



Hace setenta años, en 1948, la *Nakba* –la “Catástrofe”– trastocó la vida de los palestinos. Tres cuartas partes de su población tuvieron que exiliarse y fueron despojados de sus tierras, casas y de todos sus bienes. Hoy son muy pocos los testigos vivos de este período histórico. En este libro, veinte mujeres y hombres de diferentes sectores sociales y puntos geográficos en Palestina recuerdan la coexistencia que prevalecía en su sociedad, recuerdan la guerra y el exilio, pero también la fuerza y la resiliencia que tuvieron que construir para adaptarse a la nueva realidad. Historias de vida escritas en primera persona, acompañadas de retratos en blanco y negro, donde cada mirada interroga a las generaciones futuras.

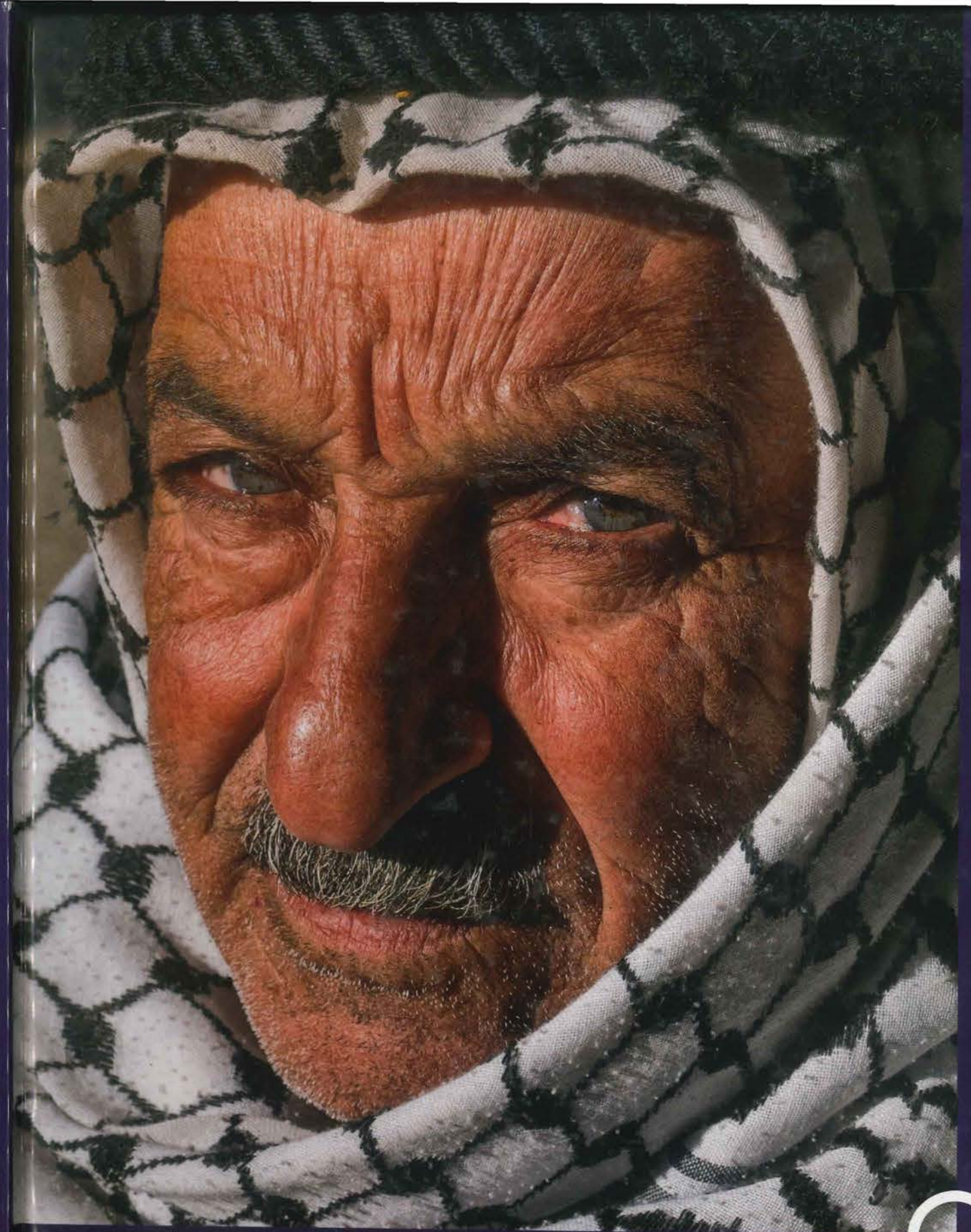
Para los palestinos y las palestinas, Jerusalén tiene una importante carga simbólica, de identidad y de memoria, hoy inaccesible para la mayoría. La ciudad en esta obra es objeto de una colección de fotografías actuales en color, entre la luz y la sombra.

OCHOLIBROS



OCHOLIBROS

PALESTINA · MEMORIAS DE 1948 · FOTOGRAFÍAS DE JERUSALÉN



PALESTINA



MEMORIAS DE 1948

FOTOGRAFÍAS DE JERUSALÉN

PALESTINA

Este libro nunca habría visto la luz sin la perseverancia y el trabajo de un equipo internacional constituido por una periodista, un fotógrafo, un intérprete, traductores, investigadores, relectores, correctores, grafistas, maquetistas y cartógrafos : Jalal Al Hussein, politólogo; Géraldine Chatelard, antropóloga, y Falestin Naili, historiadora y autora de la introducción; Lina Meruane, autora del prólogo. Con Altair, Anabelle, Chris, Cristina, Diana, Dilnaz, Elena, Francisco-Javier, François, Hago, Hopy, Omda, Orelia, Isabelle, Macarena, Marilú, Naima, Raja, Randa, Raya, Robert, Sally, Stéphane, Sylvain, Thibaud y Véronique.

MEMORIAS DE 1948

Textos: © Chris Conti

Fotografías:

- © Altair Alcântara: páginas 6, 25, 26, 30, 33, 34, 36, 41, 42, 51, 52, 55, 56, 61, 63, 64, 67, 68, 71, 72, 78, 80-81, 82, 88, 90, 93, 101, 102, 107, 112, 115, 116, 118, 122, 125, 132-133, 134, 140, 142, 152, 155, 158, 161, 162, 168, 176, 178, 181, 182, 184, 187, 188-189, 190, 193, 194, 196-197, 198, 201, 209, 211, 212.
- © Chris Conti: fotografía de tapa y páginas 22, 38, 46, 48-49, 57, 58, 98, 120, 130, 150, 166, 206.
- © Cortesía École biblique et archéologique française de Jérusalem: páginas 29, 44, 75, 77, 85, 87, 95, 97, 104, 127, 129, 137, 139, 145, 147, 157, 164, 165, 171, 173, 175, 180, 205, 215.
- © Cortesía hijos de Majed Abu Sharar: páginas 110, 119.

FOTOGRAFÍAS DE JERUSALÉN

© Altair Alcântara : Contratapa y páginas 218 a 266.

Caligrafías: Cortesía Mouneer Al Shaarani, Dar Al Anda Art Gallery, Ammán, Jordania
Grafismo tapa: Raya S.
Mapas: Thibaud Fournet
Diseño: RVé.
Impresión: Equipo Gráfico
Edición en inglés: 2019 © Hesperus, Londres, Inglaterra
Edición en francés: 2019 © Hesperus, Londres, Inglaterra

Edición en español: 2021 © Ocho Libros Editores, Santiago, Chile
ISBN 978-956-335-573-4
www.ocholibros.cl

PALESTINA

MEMORIAS DE 1948 FOTOGRAFÍAS DE JERUSALÉN

Chris Conti
Altair Alcântara
PRÓLOGO DE LINA MERUANE

Traducción al español
Anabelle, Chris, Cristina, Macarena, Marilú y Ocho Libros Editores

OCHOLIBROS

En memoria de Macarena Dalal Meruane López, miembro del equipo de trabajo en este libro. Nuestra Maca, traductora, dueña de un corazón noble y escultora de la palabra justa, orgullosa de ser chilena y de sus raíces palestinas.

No muere quien muere.

Muere quien deja de ser recordado con amor.

Juan Vicente Piqueras

Agradecimientos a Majdoline Al Ghazawi, madrina de este proyecto; Helen, Randa, Roula y Sally, amigas palestinas, por su implicación y apoyo. Al padre Jean-Michel de Tarragon, asistido por M. Serge Nègre, quienes nos dieron la posibilidad de publicar algunas fotografías antiguas numeradas del Fondo fotográfico sobre placas de vidrio de los padres dominicos de la Escuela bíblica y arqueológica francesa de Jerusalén.

Las familias de los testigos entrevistados, por su confianza y su acogida, así como a Muhammad Abdulhadi, Hussam Abed, Nazih Abu Nidal, Mohammed Abu Saleh, Dalia Abu Sharar, Salam Abu Sharar, Samaa Abu Sharar, Joumana Al Jabri, Abdel Aziz Al Sayed, Firas Banna, Francisco Javier Bernales, Ghada Bisharat, María Paz y Carlos Chawan, Paula Costabal, Sara Dajani, Reka Deak, 'Abd Al Fatah Al Kalkili, Akram Al Sharif, Suha Eid, Samah Eriqat, Rabbieh Hamzah, Wael Hamzah, Haifa Irshaid, Imad Jada, Nina Jada, Fadi Kattan, Ghada Khoury, Johnny Mansour, Samih Masoud, Ayed Nabah, Elena y Ali Qleibo, Rana Safadi, Housep Seferian, Jeanine, Jean-Yves, Rachel, Kamal, Zahira y su familia, por sus consejos.

Índice



Ir, venir, marchar, volver, nunca desaparecer, <i>por Lina Meruane</i>	9
Memorias vivas, <i>por Falestin Naili</i>	13
¿Por qué este trabajo de memoria?, <i>por Chris Conti</i>	19
MEMORIA DE 1948	
La niña que corría sobre los techos de Jerusalén, <i>Suhaila Subhy Shishtawi, 90 años</i>	23
Alegato por los fondos congelados, <i>Fuad Shehadeh, 93 años</i>	31
El extranjero, <i>Feisal Darraj, 76 años</i>	39
El guardián de los olivos, <i>Suleyman Hassan, 76 años</i>	47
La militante de Nazaret, <i>Samira Khbais Khoury, 90 años</i>	59
Terror en Dawaimah, <i>Rushdieh Al Hudeib, 80 años</i>	69
La tierra que nos nutre, <i>'Abd Al Rahman Al Najjab, 94 años</i>	79
La "ausente", <i>Umaima Mohtadi Al Alami, 83 años</i>	89
La libertad del sufí, <i>Mohammad Tijani, 93 años</i>	99
La pluma, el militante y el pan amargo, <i>Majed Abu Sharar, asesinado en 1981</i>	111
El maestro de escuela, <i>Salaheddin Saleh Aïssa, 83 años</i>	121
Las piedras vivas de Haifa, <i>Su'ad Qaraman, 91 años</i>	131
De Gaza a Río, itinerario de un compatriota de Jesús, <i>Muhyeddin Al Jamal, cerca de 88 años</i> ..	141
Madre del retorno, <i>Um Al 'Awda, Halima Mohammad Mustafa, cerca de 76 años</i>	151
El patriarca, <i>Michel Sabbah, 86 años</i>	159
La excelencia: <i>un deber de la mujer palestina, Tamam Al Ghul, 81 años</i>	167
El día en que la astucia salvó Battir, <i>Hassan Ibrahim Harbuk, 90 años</i>	177
El hijo de Jaffa, <i>Zaki Noursi, 83 años</i>	185
Volver a casa en Palestina, <i>Ilham Abughazaleh, 80 años</i>	195
Chilestino: ¿palestino de Chile o chileno de origen palestino?, <i>Nakhle Shahwan, 84 años</i>	207
FOTOGRAFÍAS DE JERUSALÉN	217

IR, VENIR, MARCHAR, VOLVER, NUNCA DESAPARECER

por Lina Meruane*

Este libro imprescindible pone por escrito entrañables historias de la vida palestina que, de no ser por la letra, por el papel, por esta cuidada edición, estarían destinadas a desaparecer. Es un libro imprescindible, digo, porque sostener el relato palestino sigue siendo imperativo además de urgente: cada historia personal agrega su sustancia insoslayable al archivo de la negada historia colectiva de la palestinidad. La desaparición de la memoria palestina y de los cuerpos que la sostienen ha constituido un proyecto históricamente orquestado por ese sionismo que proclamó que los viejos morirían y los jóvenes olvidarían y que con eso se borraría para siempre lo palestino: contra ese olvido desaparecedor y contra esas muertes trabaja este libro.

En ese empeño se reúnen aquí las fascinantes y trágicas historias de veinte mujeres y hombres nacidos en Jerusalén, o en sus alrededores, que nos legan experiencias de vida a lo largo de un siglo de colonización: desde los agónicos años del Imperio otomano hasta la desenfundada ocupación israelí que persiste hoy. Nos hablan, con voces prominentes, del épico esfuerzo de permanecer, pese al peligro, aferrados a sus casas. Nos susurran que fueron acusados de oportunismo por más que su empeño se revelaría, después, como puntal de resistencia. Nos lloran aquí las lágrimas secas de los desplazados y de los refugiados que creyeron poder regresar pero nunca lo lograron. Y nos desordenan el oído y los ojos las voces escritas de mujeres tenaces, tanto del campo como de las ciudades, cuando nos cuentan sus esforzadas y eternizadas existencias. Todo porque Chris Conti se acercó a ellas y se sentó a escucharlas amorosamente a lo largo de tres años, y las grabó, a ellas, a ellos, durante las largas tardes de sus veinticinco viajes a Palestina y los alrededores para luego traspasar las palabras al papel, darles a los relatos la debida concisión y suplementarlos con sesudas notas aclaratorias. Y luego, desobedeciendo su propio protocolo, el de ajustarse al testimonio de esas vidas propias, Conti reconstruyó (a través de testimonios ajenos) la biografía de la decisiva figura de Majed Abu Sharar, un líder de Fatah asesinado por Israel: el suyo es un elocuente retrato.

Los demás hombres y mujeres, coautores de este coro palestino, son ya ancianos cuando le confían sus vidas a Conti; todos aceptan retroceder en el tiempo para demorarse en instancias decisivas de un conflicto enhebrado a la propia intimidad. Ellos hablan de una Palestina que, contrariando el mito de la inexistencia árabe o de su retrograda pobreza, aparece atravesada por un constante trasiego de árabes emprendedores cruzando el desierto a lomo de camellos y de mulas, pasando noches en cuevas frescas donde era posible esconder las mercancías, mucho antes de que esas cuevas se volvieran sitios de masacre; en ese tiempo el acecho era protagonizado por meros asaltantes de camino o por hienas “de risa siniestra”, cuenta el palestino magrebí

* Lina Meruane es novelista, ensayista y docente chilena de origen palestino. Entre sus libros se encuentran la crónica *Volverse Palestina* y el ensayo lírico *Palestina por ejemplo*.

Mohammad Tijani, y no por milicias o soldados enemigos. Esos paisajes de la memoria son de arenas y también de huertos encendidos de cítricos y viñas, de olivos y de flores frutales, de casas de piedra blanca rosácea tostada por un sol refulgente que permitía distinguir, desde los tejados, distantes cúpulas doradas. Pero el aura maravillada de la infancia remota se va desvaneciendo mientras Suhaila Subhy Shishtawi rememora los techos de Jerusalén que recorría como los pasillos de su propia casa y Halima Mohammad Mustafá piensa en las perdices de la niñez que la perseguirían para siempre en el sueño.

La laboriosidad palestina se evidencia en el racconto de árabes incansables que siembran olivos, cosechan aceitunas y producen aceite o compran tabaco y lo convierten en cigarrillos industriales; en la gesta de agricultores que exportan naranjas descritas como impecables y deliciosas y que muchos testimonios rememoran. Hay quienes, como el longevo Suleyman Hassan, aprendieron a leer con las manos la feracidad de su huerto y continúan luchando ferozmente por el derecho a seguirlo trabajando. Hay familias criadoras de palomas. Hay intelectuales, escritores, periodistas y políticos (y no es raro que sus oficios se crucen) y hay un influyente abogado, Fuad Shehadeh, quien con su hermano Azziz trabajó arduamente por recuperar los cuantiosos fondos bancarios palestinos congelados por el mandato israelí que pretendía despojarlos de sus bienes, dejarlos en la calle. En esa Palestina hay bienes que se miden en moneda y otros en capitales culturales y en una formación que un profesor explica contrastándola al “perjuicio” que produjo entre los palestinos el sistema educativo instaurado por los ingleses. Aun así, muchas mujeres cristianas y musulmanas declaran haber ido a la escuela porque no se les impedía si sus familias podían costear su educación o si, en el valioso relato de Taman Al Ghul, hubo hermanos que pelearon por su escolarización. Esas mujeres se hicieron maestras de primaria (Samira Khbais Khoury) o de lenguas (Su’ad Qaraman) y se volvieron activistas y feministas y conferencistas como la distinguida Ilham Abughazaleh. Y sin duda hay otras (y esas mismas, a veces) que, obedeciendo la vieja tradición del matrimonio concertado, fueron casadas muy temprano y tuvieron muchos hijos o pocos hijos, y enviudaron o se divorciaron y se volvieron a casar y siguieron procreando mientras realizaban labores de todo tipo.

En la memoria de esa antigua Palestina surge una y otra vez la admirable convivencia entre la mayoría musulmana y las minorías judía y cristiana, en las calles, en las casas de unos y otros, en los oficios, en las escuelas y las universidades descritas por el primer patriarca cristiano de Jerusalén, Michel Sabbah. Esa solidaridad y esa amistad genuina tan distinta de la “tolerancia” es la que el mandato británico se encargó de trastornar instaurando instituciones segregadas, y es la que las fuerzas paramilitares del sionismo irían minando para hacer estallar el odio. Pero aun antes de que la historia de Medio Oriente quedara arruinada por el terrorismo sionista, estos relatos de armonía encuentran una importante perturbación en la revuelta contra el mandato británico que había sustentado las demandas sionistas desde la infame Declaración Balfour de 1917, favoreciendo la inmigración judía y, de manera inédita incluso para un imperio como el inglés, denegando, a partir de 1925, el retorno de alrededor de diez mil palestinos que habían migrado en los tiempos del Imperio otomano. Los británicos habían apoyado el emprendimiento sionista de hacerse de los terrenos palestinos, por la compra o por la fuerza, para dejarlos sin una parte fundamental de su identidad nacional. A partir de 1936 las huelgas se vuelven una insurrección que sería aplastada violentamente por los ingleses en 1939, poco antes de la Segunda Guerra Mundial. El “magnífico” Abd Al Qadir Al Husseini, líder de la revuelta nacionalista asesinado en 1948, es recordado aquí con más afecto y más frecuencia que el propio Yasser Arafat, quien tomaría el relevo de Al Husseini encabezando los procesos políticos y las acciones de la resistencia palestina a partir de la Partición.

Las instantáneas más coloridas en este libro lleno de elocuentes retratos y de escenas íntimas (tomadas por Altair Alcântara y por Chris Conti o sacadas de archivos fotográficos) es el correlato de lo que significaría para esos testigos la fundación de Israel, seguida del retiro de los ingleses y el inicio de la guerra contra los árabes. 1948 es, en estas singulares memorias, el punto de

catastrófica inflexión: el paramilitarismo de la Haganah (fundada en 1921) o de Irgún (creada en 1931) y de la Lehi, que luego integrarían el ejército israelí, intensifican sus tácticas de terror con las masacres de Deir Yassin (donde ejecutaron a más de doscientos cincuenta civiles palestinos), de Tantura (donde el número de asesinados puede haber sido aún mayor), de Dawaimeh (cuya cifra exacta sigue en disputa), y de tantos otros pueblos. La evidencia fotográfica de estas matanzas sería usada por el propio sionismo para aterrorizar a la población palestina y forzarla a huir para poder decir después, pervirtiendo la verdad, que los setecientos cincuenta mil desplazados habían incurrido en un éxodo voluntario.

Conmueve verificar en estos relatos cuánto demoraron los palestinos en comprender la inaudita crueldad que se les aplicaría, siendo, como eran, una población desarmada y desprotegida que los ejércitos árabes tampoco estaban preparados para resguardar: Israel iría arrasando un número escandaloso de aldeas que hoy suman entre 418 y 530, e iría allanando a sus gentes, desposeyéndolas, asesinandolas sin piedad, mientras tantos seguían creyendo que la guerra duraría poco y que pronto podrían regresar desde Gaza o desde Cisjordania, a donde huyeron masivamente, o desde los refugios del Líbano y Jordania, donde se instalaron provisoriamente para siempre. En una escena estremecedoramente triste por su inocencia, la madre del rebelde chilestino Nakhle Shahwan se preocupa por haber dejado la radio prendida en el apuro de la huida familiar, y se angustia porque va a salirle muy cara la cuenta de la electricidad de esa casa que nunca volverá a habitar. Haciéndose eco de esa incomprensión, la voz escrita del ya fallecido ‘Abd Al Rahman Al Najjab certifica con espanto la terrible matanza de Qibya, de 1953, en la que Ariel Sharon vengó la muerte de una mujer israelí y su hijo con la ejecución de sesenta y nueve palestinos, en su mayoría mujeres y niños.

Sin detenerse ya, la violencia israelí encontró una excusa explícita en 1967, pero todavía los palestinos —tanto quienes quedaron dentro del ampliado perímetro israelí como aquellos que se alojaron en los territorios ocupados o en los refugios vueltos “lugares de miseria”— seguían aferrados a la idea de que Egipto, Líbano, Jordania, Siria resolverían la catástrofe que ya contaba dos décadas. Pero como recuerda el maestro Salaheddin Saleh Aïssa, su familia debió “huir como todo el mundo” en ese momento, sabiendo que su pueblo ardería y desaparecería, y “con el sentimiento de haber sido traicionados” y abandonados por los ejércitos árabes. “En ese entonces casi todos los palestinos creían en el panarabismo” de los países vecinos, cuenta con desencanto Umaima Mohtadi Al Alami. Ese sentimiento se vuelve resentimiento en no pocos de los testimonios contenidos en las páginas que siguen: los países vecinos confirmarían que aun cuando compartían el ideario panarabista no recibían a los palestinos sin condiciones ni les brindaban las mismas oportunidades que a sus propios ciudadanos, y se solía hacer notar su diferencia, aunque, como señala Rushdieh Al Hudeib (una madre de biografía impactante), también los palestinos se sentían una nación aparte y no iban a asimilarse simplemente por pertenecer a la misma etnia o a la misma lengua, como pretendía el sionismo. De la imposibilidad de asimilación, del limbo palestino que ya ha descrito Edward Said, habla conmovedoramente el escritor Feisal Darraj describiendo cómo para siempre quedó identificado como un *lajiyin*: un ausente, un refugiado, un desplazado, un eterno extranjero.

“Ir, venir, marchar de nuevo, volver. Nosotros, los palestinos, estamos siempre desgarrados entre nuestra tierra y los países que nos acogen, entre nuestra Palestina inaccesible y el país del exilio que en ocasiones nos concede un pasaporte”, corrobora el nonagenario Muhyeddin Al Jamal cuando repasa los años que pasó en Brasil y en su constante devenir por el mundo. Ir, venir, marchar, volver, intentando no desaparecer, seguir venciendo al desánimo y a la muerte: eso es lo que hacen cada una de estas breves historias enormes que hacen de la memoria una épica de resistencia.

MEMORIAS VIVAS

por Falestin Naili

*Hay muertos que duermen en cuartos que ustedes construirán
hay muertos que visitan su pasado en el lugar que ustedes están destruyendo
hay muertos que pasan por encima de los puentes que ustedes construirán
hay muertos que iluminan las noches de las mariposas, muertos que
vienen al amanecer para tomar el té con ustedes, calmos
tal como los dejaron sus fusiles, así que ¡dejen, huéspedes del lugar,
sillas vacías para los anfitriones... para que les lean
a ustedes las condiciones de paz con los muertos!*

(Mahmud DARWISH, "Discurso del 'Indio'. El penúltimo ante el 'Hombre Blanco'")

El 15 de mayo de 2018, miles de manifestantes palestinos se reunieron en la frontera entre la Franja de Gaza e Israel para exigir su derecho al retorno y oponerse al traslado de la Embajada de Estados Unidos a Jerusalén. Setenta años después de la *Nakba* (1948), estos manifestantes, la mayoría menores de treinta años, asombraron al mundo con la firmeza de su memoria. Proclamaban en voz alta su derecho a regresar a los pueblos cercanos y a las ciudades vecinas de Gaza como Ramle, Lydda, Majdal y Jaffa. Estos jóvenes, que no han conocido otra realidad que la ocupación militar, las guerras y los bloqueos, forman parte de un destino colectivo cuyo trágico punto de partida lo constituye el año 1948. Para ellos, la frontera representa el límite entre su vida en los campos de refugiados de Gaza y la vida —la que se acabó— de los pueblos y ciudades de sus antepasados que algunos pueden ver desde la frontera. Por eso, también simboliza la demarcación entre su realidad presente y un pasado cercenado por la fuerza, pero al que no le pueden dar la espalda.

En mayo de 2000, hace veinte años, semejantes escenas tuvieron lugar tras la retirada del ejército israelí del sur del Líbano. La frontera, de nuevo accesible tras veintidós años de ocupación militar, fue el escenario de visitas y reuniones familiares de los refugiados palestinos que vivían en el Líbano con sus familiares en el norte de Israel. (1) En la actualidad, muchos refugiados palestinos viven muy cerca de su lugar de origen al que, sin embargo, les es imposible llegar, ni siquiera de visita. Así lo cuenta Suhaila Shishtawi desde Amán donde hoy vive, a tan solo 80 km de su ciudad natal, Jerusalén: "Solicité una visa en la Embajada de Israel en Jordania para visitar a mi sobrino en Jerusalén, pero me la denegaron. No entiendo: ¿qué peligro puede representar para Israel una mujer palestina de noventa años, 1.40 m de estatura y 38 kg?"

Sin embargo, desde 1948, los "ausentes" (como los israelíes llaman a los palestinos impedidos de regresar a sus tierras) han hecho sentir su presencia, aunque esta no pueda ser física. Las veinte historias de vida compiladas en este libro muestran diferentes formas de estar presente, de contar y de ser escuchados. Ante una anulación impuesta —por el terror, por la destrucción de los pueblos, (2) por su invisibilidad en los censos de población, por la pérdida del derecho de

residencia—, ante la confiscación de sus bienes y su marginación de la historiografía dominante en el conflicto palestino-israelí, ocho mujeres y doce hombres comparten aquí sus historias de 1948. En ellas describen el efecto de este cataclismo histórico y las diferentes estrategias de supervivencia, perseverancia, creatividad y resistencia que desplegaron.

Obviamente, estos veinte testimonios no recogen toda la experiencia palestina de 1948, pero dan una idea próxima de lo que pasó. Desde Gaza hasta Nazaret, los narradores provienen de diferentes partes de la Palestina histórica, ahora dispersos por todo el mundo. Originarios de ciudades y pueblos, algunos hoy viven en campos de refugiados, otros en ciudades del Medio Oriente o más allá. Proviene de diferentes clases sociales, ejercen multitud de ocupaciones y están comprometidos en diferentes grados social y políticamente.

Si bien algunos relatos proceden de figuras públicas como el patriarca latino de Jerusalén, Michel Sabbah, o los intelectuales Ilham Abughazaleh y Feisal Darraj, la mayoría de los testimonios son de personas sin registro escrito de su experiencia. La razón de ser de este libro es precisamente dar voz a estas vidas y responder al llamado lanzado hace diez años por Ahmad Sa'di y Lila Abu Lughod de contribuir a que “las narrativas palestinas se deslicen a través del muro de la historia dominante de 1948 y abran el cuestionamiento fáctico y moral”. (3)

Estas historias íntimas abordan temas que a menudo se entrelazan: la tierra y las raíces, la creatividad y la resistencia, y en fin, el tema de lo posible.

El colapso de un mundo

Más allá de estos registros, las vivencias evocan el terror, el desgarro y el intenso sentimiento de pérdida que padecieron estos hombres y mujeres, la mayoría niños aún durante la guerra de 1948; un conflicto que Israel presenta como su “guerra de independencia”, y que ha sido objeto de muchos libros y revistas en los que, hasta hace poco, la perspectiva palestina fue marginal. Sin embargo, en los detalles de este drama que afligió a los palestinos es precisamente donde encontramos la razón del nombre: la *Nakba*, la catástrofe. El temor a la muerte, a la violencia, a la pérdida de seres queridos, a la separación, al exilio, al terror de la privación del hogar y de todos los medios de subsistencia. Todas estas angustias forman el contexto del momento en el que el mundo de los palestinos colapsó.

A través de estos testimonios entendemos el sufrimiento del desarraigo y la extrema vulnerabilidad de las familias (de hecho, mientras huían, muchas fueron separadas y hasta se perdieron). Entendemos las palabras sencillas de los niños para expresar su miedo y rebelión, como las de la hermana de Halima Mustafa, que huye de la invasión de Fir'im, cerca de Safad, con la máquina de coser de su madre sobre su cabeza mientras canta: “*Dâr, dâr abûna, wâ jayîn al ghuraba ytarûna*” (Esta casa es la de nuestro padre y los extranjeros vienen a expulsarnos).

Tras estas historias de huida está el miedo a la masacre. Rushdieh Al Hudeib es una superviviente del pueblo de Dawaimeh, al oeste de Hebrón, donde un batallón del ejército israelí cometió una masacre a finales de octubre de 1948 (cinco meses tras la fundación del Estado de Israel) que costó la vida a unos quinientos civiles. Y no era la primera. Seis meses antes, grupos paramilitares sionistas llevarían a cabo una matanza similar en Deir Yassin, que la propaganda sionista explotaría para aterrorizar a los palestinos y alentarlos así a abandonar sus pueblos. Deir Yassin tuvo un efecto traumático en la población palestina, (4) como lo relata Suhaila Shishtawi.

A pesar del trauma colectivo causado por estas masacres, alrededor de ciento cincuenta mil palestinos permanecieron en sus pueblos y ciudades tras su integración en el territorio del nuevo Estado de Israel. Samira Khoury de Nazaret y Su'ad Qaraman en Haifa fueron testigos de la vida bajo la ley marcial, los censos y el apartheid administrativo impuesto a los palestinos.

Tras el desgarro de 1948, los palestinos se enfrentaron a una multitud de situaciones legales, en particular en lo que respecta a su residencia en las diversas partes de la Palestina histórica y en los países que los acogieron. (5) En un mundo gobernado por Estados-naciones, fueron privados de la nacionalidad palestina que podría haberlos unido y definido. Los relatos de Umaima Al Alami y de Tamam Al Ghul, a los que se impide ir a su Jerusalén natal en ausencia de un permiso especial concedido por Israel, son instructivos a este respecto. De allí la relación muy especial que los palestinos tienen con su documento de identidad, especialmente con su pasaporte. Feisal Darraj lo subraya en su historia, definiéndose como un hombre cuya “existencia le fue confiscada durante siete décadas”.

“La tierra, máxima metáfora de la permanencia”

La tierra ocupa un lugar especial en un gran número de relatos, (6) ya que representa el elemento central del conflicto entre la población indígena palestina y las ambiciones del movimiento sionista desde finales del siglo XIX. Las ideologías de los asentamientos colonialistas comparten el *leitmotiv* de un territorio vacío. Por eso la ideología sionista describió a Palestina como “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”. (7)

La historia de vida de Suleyman Hassan, originario de la pequeña aldea de Kafr Laqif, en Cisjordania, refleja la firmeza de un pastor y agricultor fuertemente apegado a su tierra y sus olivos. Suleyman utilizó todos los medios legales para hacer valer sus derechos de propiedad contra los colonos tras la ocupación de 1967. Durante la guerra en ese mismo año, con la experiencia de haber visto a los refugiados que llegaron a su aldea en 1948, Suleyman logró convencer a casi todos los habitantes de Kafr Laqif, expulsados por el ejército israelí, para que regresaran a sus casas lo antes posible. El mismo apego a la tierra se encuentra en el profesor de agricultura, 'Abd Al Rahman Al Najjab, quien durante toda su vida insistió en la importancia de la autonomía en la producción agrícola.

Otra historia destaca la estrecha relación entre el cultivo de la tierra y la determinación de estar presentes y defender sus derechos. Los habitantes del pueblo de Battir, cerca de Jerusalén, aterrorizados tras la masacre de Deir Yassin, no se atrevieron a dormir en sus casas cerca del ferrocarril que conecta Jerusalén con Jaffa. Sin embargo, continuaron cultivando su tierra durante el día para dar la impresión al ejército israelí de que la aldea continuaba habitada. Por poco Battir se encontró en una zona llamada “no man's land” (la tierra de nadie), entre las líneas de demarcación israelí y jordana, cuando uno de sus pobladores, Hassan Mustafa, decidió, con alrededor de veinte hombres, recurrir a un truco para evitar la evacuación del pueblo. Los habitantes de Battir lograron salvar su tierra por segunda vez en 2014, logrando hacer registrar el pueblo en la Lista del Patrimonio Mundial en Peligro de la Unesco, lo que evitó la construcción de una nueva parte del muro de separación.

Contra viento y marea – *Al sumûd*

El destino de Battir nos lleva al registro de la creatividad y de la resistencia que en Palestina se caracterizan, sobre todo, por la perseverancia o capacidad de aguantar (*Al sumûd*). Se trata de un tipo de resistencia y rasgo revolucionario ensalzado por los nacionalistas palestinos, que se refleja esencialmente en el comportamiento diario. La noción de *sumûd* se desarrolló a partir de la década del setenta, en respuesta a los profundos cambios en la sociedad rural palestina cuando la confiscación de tierras y la atracción que representaba el mercado laboral israelí tuvieron un impacto en la comunidad rural palestina. En este contexto, *Al sumûd* significaba quedarse en su pueblo y preservar su tierra. (8)

En las historias recopiladas en este libro, la perseverancia adquiere diferentes formas según el momento. Desde el deseo de éxito individual para asegurar la supervivencia familiar a pesar del despojo hasta el compromiso militante en la resistencia palestina, *Al sumûd* se basa sobre todo en el deseo de no ser víctima de su propio destino.

Algunos, como Muhyeddin Al Jamal, inscriben esta voluntad en su narrativa biográfica, como si se tratara del comienzo de una epopeya. Tras su niñez en una familia humilde de un pueblo cercano a Ramle, logró gradualmente convertirse en un exitoso empresario en Brasil. Para otros, esta perseverancia está ligada a la convicción del deber de restaurar los derechos y rechazar la injusticia. El abogado Fuad Shehadeh, nacido en Jerusalén en 1925, decidió en 1950 demandar a los dos bancos internacionales que, a petición de las autoridades israelíes, habían congelado las cuentas palestinas. Su acción permitió a las familias recuperar su dinero, aunque fuera mediante pequeños reembolsos mensuales.

Con el mismo espíritu de lucha contra la injusticia, otros decidieron dedicar su vida a la resistencia uniéndose a las filas de la OLP. Algunos lo pagaron con sus vidas, como Majed Abu Sharar cuya historia es contada aquí por su familia y amigos. También hay mujeres como Samira Khoury, de Nazaret, una de las fundadoras de la asociación llamada *Nahda* (el despertar), que militó contra la ley marcial impuesta a los habitantes de las ciudades y pueblos palestinos, a partir de la fundación del Estado de Israel. Otras mujeres organizaron respuestas cívicas y políticas a los repetidos trastornos que la sociedad palestina tuvo que enfrentar, como es el caso de la académica Ilham Abughazaleh en Nablus.

El registro de lo posible

La historia de Palestina fue escrita por los vencedores de la guerra de 1948 y entendida, en retrospectiva, como una crónica de eventos inevitables. Para contrarrestar esta visión fatalista de la historia, es necesario interesarse en otros caminos, los que no fueron recorridos, en las potencialidades no explotadas y las posibilidades no aprovechadas en los diferentes momentos de la historia. Este registro de lo posible atraviesa los relatos, en particular mediante el recuerdo de una convivencia pacífica entre todos los habitantes de Palestina, independientemente de su confesión, antes de 1948. Esta convivencia, por cierto ya minada antes de la *Nakba* por las políticas del poder mandatario británico y la creciente influencia del movimiento sionista, emerge a menudo en los relatos como evocación de mejores épocas.

El patriarca latino de Jerusalén, Michel Sabbah, nacido en Nazaret en 1933, recuerda lo que algunos olvidan: “Los ingleses se fueron en 1947 y dejaron el país en guerra, entre palestinos árabes y palestinos judíos. En ese momento, todos seguían siendo palestinos”. Salaheddin Aïssa, por su parte, recuerda con cierta nostalgia la convivencia que imperaba en su región entre los aldeanos palestinos y los habitantes de los *kibutzim*, o los matrimonios entre árabes y judíos de Europa. Su’ad Qaraman habla de amistades que desafiaron los límites de categorías identitarias establecidas por los británicos y que dividían a la población palestina en “judíos” y “árabes” (o “no judíos”). Sin embargo, esta política de división impuesta por unos (poder mandatario británico) y deseada por otros (movimiento sionista), ya estaba presente mucho antes de 1948: la escuela agrícola Kadoorie, donde ‘Abd Al Rahman Al Najjab recibió su formación, fue dividida por los británicos en dos colegios, uno para estudiantes árabes y otro para judíos.

Más allá de los lazos colegiados o amistosos, surge la cuestión de hacer campaña por un proyecto político común a los habitantes de Palestina, de manera más obligatoria después de 1948 que antes, durante el período mandatario. Con ello, entendemos que la compartimentación de las narrativas históricas sobre Palestina no solo no hace justicia a realidades históricas mucho más complejas que las que dominan la historiografía del país, sino que además imposibilita el

establecimiento de horizontes comunes para una solución justa al conflicto palestino-israelí. En 1984, Edward Said insistía en la necesidad de dar a conocer narrativas para “absorber, apoyar y hacer circular” los hechos, (9) incorporarlos a la historia y utilizarlos para una narrativa histórica restauradora de justicia. (10) Las memorias de los palestinos constituyen un pilar importante de esta narrativa que necesariamente debe abrirse a una historia de los posibles.

(1) M. A. Khalidi (Ed.), *Manifestations of Identity: The Lived Reality of Palestinian Refugees in Lebanon* (Manifestaciones de Identidad: La realidad vivida por los Palestinos refugiados en el Líbano). Beirut: Institute for Palestine Studies/ Ifpo, 2010.

(2) Nur Masalha, *The Palestine Nakba: Decolonising History, Narrating the Subaltern, Reclaiming Memory* (La Nakba Palestina: Historia de la Descolonización, Narración de los Subalternos, Reclamando Memoria). Zed Books, 2012, e Ilan Pappé, *The Ethnic Cleansing of Palestine*. Gran Bretaña: Oneworld Publication, 2006, trad. al español de Luis Noriega; *La limpieza étnica de Palestina*. Madrid: Crítica, 2008. Ver también las monografías de los pueblos destruidos, un trabajo del Birzeit Center for Research and Documentation of Palestinian Society (CRDPS) elaborado entre 1980 y 1990 bajo la dirección de Sharif Kanaana y Salah Abd Al Jawad, y el libro de Walid Al Khalidi, *All that remains: The Palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que nos queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C.: Institute for Palestine Studies, 1992.

(3) A. H. Sa’di y L. Abu Lughod (Eds.), *Nakba: Palestine, 1948 and the Claims of Memory* (Nakba, Palestina y las Reclamaciones de la Memoria). Nueva York: Columbia University Press, 2007, p. 23. Destacamos las numerosas iniciativas recientes para recoger la historia oral de los palestinos, tales como “Palestinian Oral History Project” de la Universidad Americana de Beirut (AUB), o el proyecto “Testimonies on the Displacement of the Palestinians in 1948” (Testimonios del desplazamiento de los palestinos) que dio lugar a la publicación de *Living Memories*, editado por Faiha Abdulhadi, Ramallah, 2017.

(4) Deir Yassin fue atacado por los grupos sionistas Irgún, Stern y el Palmah, cubiertos y apoyados por la Haganah, el 9 de abril de 1948. La masacre que allí tuvo lugar fue descrita por los servicios secretos sionistas como “el factor de aceleración decisivo” para el éxodo de los palestinos (B. Morris, *Victims, Histoire revisitée du conflit arabo-sioniste* (Historia revisitada del conflicto árabo-sionista). París: Editions Complexe, 2003, pp. 229-232).

(5) Ver J. Al Hussein y A. Signoles (Dirs.), *Les Palestiniens entre Etat et diaspora* (Los palestinos entre Estado y diáspora). París: Karthala, 2012.

(6) Nadine Picaudou (Dir.), *Territoires palestiniens de mémoire* (Territorios palestinos y memoria). París: Karthala/ Ifpo, 2006, p. 27.

(7) Según el movimiento sionista, Israël Zangwill fue quien formuló este eslogan a finales del siglo XIX (E. Said, *The Question of Palestine* (La cuestión de Palestina). Nueva York: Vintage Books, 1979, p. 9). Sin embargo, Lord Shaftesbury fue probablemente el primero en utilizarlo a mediados del siglo XIX con relación a Palestina.

(8) S. Tamari y R. Hammami, “Populist Paradigms: A Review of Trends and Research Problems in Palestinian Sociology” (Paradigmas populistas: una revisión de las tendencias e investigación de los problemas en la sociología palestina), en R. Bocco et al., *Palestine, Palestiniens: Territoire national, espaces communautaires* (Palestina, Palestinos: Territorio nacional, espacios comunitarios). Beirut: CERMOC, 1997, p. 29.

(9) E. Said, “Permission to Narrate” (Permiso de narrar), *Journal of Palestine Studies*, vol. 13, printemps 1984, p. 34.

(10) Said, op. cit., p. 46.

¿POR QUÉ ESTE TRABAJO DE MEMORIA?

por Chris Conti

La versión oficial de la historia que se enseña y transmite es, en la mayoría de los casos, fabricada y contada por los vencedores y conquistadores, aquellos que se apropian por la fuerza de territorios y amordazan a sus poblaciones.

Hipnotizados por los que se autoproclaman “héroes”, la mayoría olvidamos la otra cara de la memoria. Sin duda, evitamos o no dedicamos el tiempo necesario a buscar más allá, en los rincones donde a menudo se amontonan los vencidos, los que ante nuestra indiferencia se convierten en los “olvidados de la historia”.

Pero la memoria tiene una facultad especial: por más que se intente reprimir, resurge siempre donde nadie la espera. La memoria es un brote verde en el hormigón, un cactus en las ruinas de un pueblo tachado del mapa, una palabra insolente o pregunta ingenua de un niño. Quizás por eso la memoria persigue al que la niega. Desafiando al olvido mismo, las prohibiciones, la memoria de las víctimas siempre termina reapareciendo.

Así, en Israel, la historia escrita por los vencedores ha sido cuestionada por sus propios hijos, los investigadores llamados “nuevos historiadores israelíes”. Son ellos quienes buscaron en los archivos, encontraron documentos, reexaminaron el breviarío que se les había impuesto, revelaron masacres, ofrecieron pruebas, recogieron evidencias... y terminaron cuestionando el estereotipo ampliamente difundido de un país vacío cuando, en realidad, fue vaciado.

Los testimonios recogidos por nuestro equipo (periodistas, fotógrafos, intérpretes, correctores científicos, traductores) son los de mujeres y hombres, palestinas y palestinos, que vivieron la *Nakba*, la catástrofe. La palabra, prohibida en Israel, describe fielmente la realidad con la que los palestinos se ven obligados a vivir desde hace setenta años, tras la pérdida de familiares y el despojo de propiedades, casas y tierras. Son personas mayores, de entre setenta y siete y noventa y seis años, todas nacidas antes de 1948. Eran palesti-

nos —como lo indicaba su pasaporte bajo el mandato británico— y permanecieron palestinos, pero tuvieron que adaptarse a una realidad en la que su identidad había desaparecido. Fueron obligados a adaptarse a una nueva vida: una existencia bajo ocupación y controlada por la ley marcial israelí en unos casos; una ciudadanía israelí de segunda clase para otros; un campo de refugiados para muchos, y, en ocasiones, un pasaporte extranjero que les ha permitido rehacerse, adaptarse, educarse, aprender y, sobre todo, convertirse en quienes son hoy en día.

Los conocimos en Oriente Medio gracias al azar de la vida cotidiana. Su energía, su capacidad de resiliencia y la dignidad con la que enfrentaron su destino nos conmovieron; su voluntad de compartir su memoria nos impresionó. Durante las largas horas que pasamos escuchándolos, forjamos lazos de confianza y, a menudo, de amistad. El resultado es una serie de testimonios insólitos que retratan, en parte, la diversidad de la sociedad palestina efervescente y llena de vida de los años que precedieron a 1948. Estos relatos, escritos en primera persona, evocan con sensibilidad las fracturas y las heridas que infligieron las masacres, la limpieza étnica (como la denominan varios historiadores) y el éxodo; hablan sobre la rebelión y la supervivencia y, sobre todo, de qué modo cada narrador tuvo que inventar su manera personal de resistir.

Este libro se construyó a partir de la memoria de los ancianos, los protagonistas de la historia de Palestina, sin interpretación de terceros, tal como ocurrieron los acontecimientos, dejando a cada testigo elegir hasta los temas de los que quería hablar.

Para todos ellos, Jerusalén está impregnada de una importante carga simbólica, espiritual, política, en parte, por ser inaccesible a la mayoría de los palestinos, y en todo, porque representa la identidad y la continuidad de su presencia en el territorio. Jerusalén, capital de los palestinos, está presente en este libro mediante una serie fotográfica en color que permite tener una visión de su actualidad, con sus luces y sus sombras.



Memorias de 1948



La niña que corría sobre los techos de Jerusalén

Suhaila Subhy Shishtawi, 90 años

Formaba parte de las cuadrillas de niños que vagaban por las murallas de la Ciudad Vieja de Jerusalén (1) en los años cuarenta. Nació allí, en una casa grande y hermosa, construida con piedras blancas que parecían rosadas al amanecer y doradas al ponerse el sol.

Pequeña niña traviesa, adolescente responsable con un gran número de hermanos, desde muy joven, Suhaila Subhy Shishtawi sabe hacer de todo: lava, cose, cocina, cuida de sus hermanos y hermanas, se encarga de ir a buscar aceite o gas, y recoger agua del pozo. Observa los rituales y las creencias, y escucha los consejos de las mujeres mayores de la casa. Pero no es eso lo que la hace vibrar, no. Lo que hace palpitir a Suhaila, lo que la hace sentirse viva es salir, emprender una aventura, escapar por las terrazas y los tejados de la ciudad para ver el mundo desde lo alto. Tomando los atajos de Jerusalén que solo los gatos conocen, ella puede verlo todo, oírlo todo, aprenderlo todo. La ciudad le entrega sus secretos, sus cantos y sus oraciones, sus sombras y sus luces, sus trajes y sus especias, sus vendedores y sus viajeros. Todo lo que la gente normal que se desplaza por los callejones no alcanza a percibir.

Para Suhaila, Jerusalén sigue siendo hoy su ciudad, como ayer, aquella de la que tuvo que partir en 1950 y que desde 1967 solo pudo visitar con una visa concedida por Israel. Jerusalén, su ciudad, de la que hoy emana un olor a desolación.

“ Solicité una visa en la Embajada de Israel en Jordania para ir a ver a mi sobrino en Jerusalén, pero me la denegaron. No entiendo: ¿qué peligro puede representar para Israel una mujer palestina de noventa años, 1.40 m de estatura y 38 kg de peso? El año pasado, cuando hice la misma gestión, me convocaron. Un hombre joven, en apariencia muy correcto —que no se presentó—, comenzó a hablarme en un tono duro, sospechando que mentía. Según él, no iría solo a Jerusalén. Me dijo haber visto mi foto en la página de Facebook de una de mis sobrinas en Ramallah... Cuando salí de su oficina me pregunté si semejante interrogatorio no



escondía algún tipo de miedo. Posiblemente este chico temía que muriera en Jerusalén (2) y en consecuencia tener que contabilizarme como una palestina más en mi ciudad ocupada.

¡Ellos saben que soy de Jerusalén!, está escrito en mi acta de nacimiento. Soy de Jerusalén, nací allí en 1929, y aunque me impidan volver, siempre seré de Jerusalén. Toda mi familia nació en nuestra casa de Harat As-Sa'diyya, en el corazón de la Ciudad Vieja, en la calle que conecta dos de las puertas principales, Bab Al 'Amoud y Bab Al Zahra. (3) Era —y sigue siendo— una casa grande de varios pisos con siete habitaciones.

Mi madre, Amina, era una mujer de gran belleza, la dulzura hecha mujer, con sus cabellos largos, lisos y castaños, su mirada oscura y suave, y su aire decidido a pesar de su pequeña talla. Nadie la contradecía. No le gustaban las joyas, pero llevaba un collar de cristales transparentes que lucían como diamantes. Era una costurera talentosa que manejaba los tafetanes, los rasos y los algodones con facilidad, dándoles movimiento

y bordándolos con hilos de seda de colores brillantes, rojos y morados, dorados y azules, todo un conocimiento del que las mujeres palestinas eran guardianas. (4)

Amina era ante todo una madre. Tuvo un hijo cada dos años, hasta once, todos sanos, cuatro niños y siete niñas a los que inscribió en la escuela pública Al Mamunieh. De haber tenido un bebé más, los ingleses le habrían concedido el bono que otorgaban a las mujeres que daban a luz doce hijos.

Cuidar de tantos niños era mucho trabajo, y mi madre necesitaba ayuda. Por eso, a los trece años me asignaron el rol de “pequeña madre”. Mi hermana mayor estaba casada y tenía sus propias obligaciones. En 1942, cuando terminé mi educación primaria, tuve que abandonar la escuela. Pero ello no supuso ninguna actitud de rebelión por mi parte. En ese momento no tenía el tiempo ni la posibilidad de oponerme a la decisión de mis padres. Sin embargo, hoy lamento profundamente no haber podido continuar mis estudios.

Yo era la encargada de hacer las tareas diarias, lavaba la ropa y bañaba a los niños, tejía chalecos en invierno, cosía blusas en verano... Cada día preparaba el pan y lo llevaba en una bandeja hasta la panadería de la calle contigua, donde lo cocían. Me encantaba preparar el maklubeh, un guiso de arroz con berenjenas mezcladas con coliflores y sazonado con cardamomo, nuez moscada y canela. También me gustaba cocinar el waraq al'ainab, hojas de parra doradas en una grasa llamada mendil y rellenas –en forma de dedito– de carne con especias y pimienta. En casa, el plato preferido de todos era arnab mahshi, conejo frito en aceite de sésamo llamado sirej, y relleno de hojas de parra.

Además, era la que mimaba a mis hermanos y hermanas, la que les ayudaba a reconciliarse cuando se enojaban, y la que comprendía las penas de todos. Para ello, a menudo hacía uso de amuletos, talismanes y remedios que guardábamos cuidadosamente en nuestro hogar. Como mi abuela y mi madre, yo también estaba convencida de sus efectos, pues tradicionalmente estos se transmitían de madre a hija.

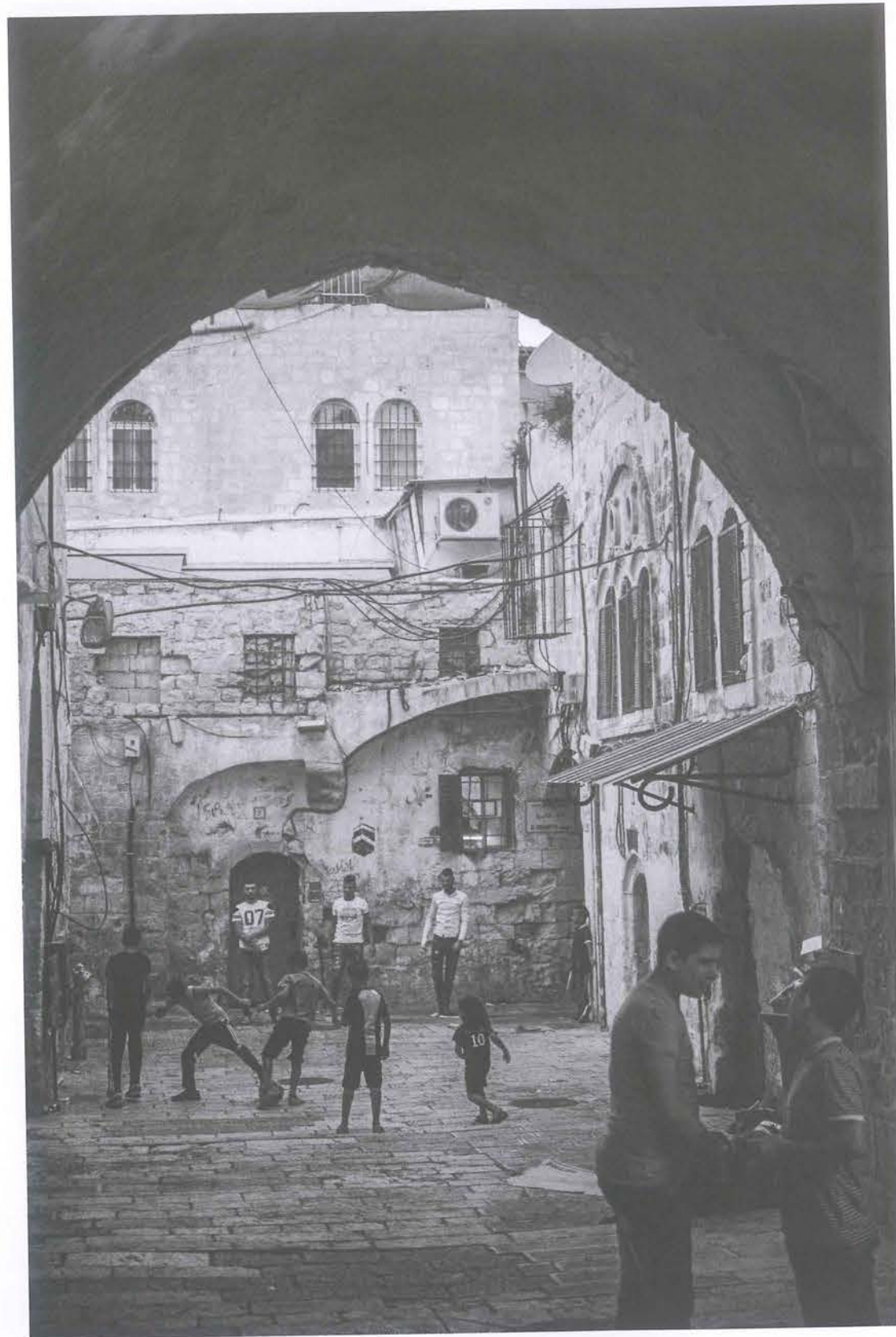
Uno de los utensilios tradicionales era un tazón de cobre llamado tasset-al ru'beh (tazón del miedo) con el que estaba familiarizada porque a menudo lo usábamos para tratar la ansiedad que sentían mis hermanos y hermanas. Por la tarde lo llenaba con agua y lo dejaba reposar durante la noche junto a la ventana. Antes del amanecer, la persona afectada bebía todo el líquido para que los miedos desaparecieran. Aprendí que la forma de proteger a los niños era sumergiendo durante algunas

horas un collar de piedras en una taza de agua caliente para, a continuación, lavar a los niños con este agua que supuestamente alejaba el mal de ojo. Siempre había una cura para las enfermedades comunes. Por ejemplo, calentar un poco de sal y envolverla en un trapo para luego aplicarlo sobre el estómago hacía desaparecer los dolores y las náuseas; un dolor de vientre podía calmarse simplemente aplicando masa de pan tibia mezclada con aceite de oliva. Las mujeres que tenían dificultades para concebir un hijo debían tragar de una vez la mezcla de una planta llamada murr batarikh (commiphora myrrha), con un huevo apenas cocido.

En definitiva, muchas creencias que hoy llamaríamos supersticiones influyeron en nuestra vida diaria. Nadie se burlaba de ellas, todo lo contrario. Jamás dejábamos que los cuervos y las lechuzas se posaran sobre nuestra terraza. Había que asustarlos para ahuyentar la desgracia. Una escoba de pie era un hogar pobre, por lo que debíamos acostarla para tener la esperanza de vivir en abundancia.

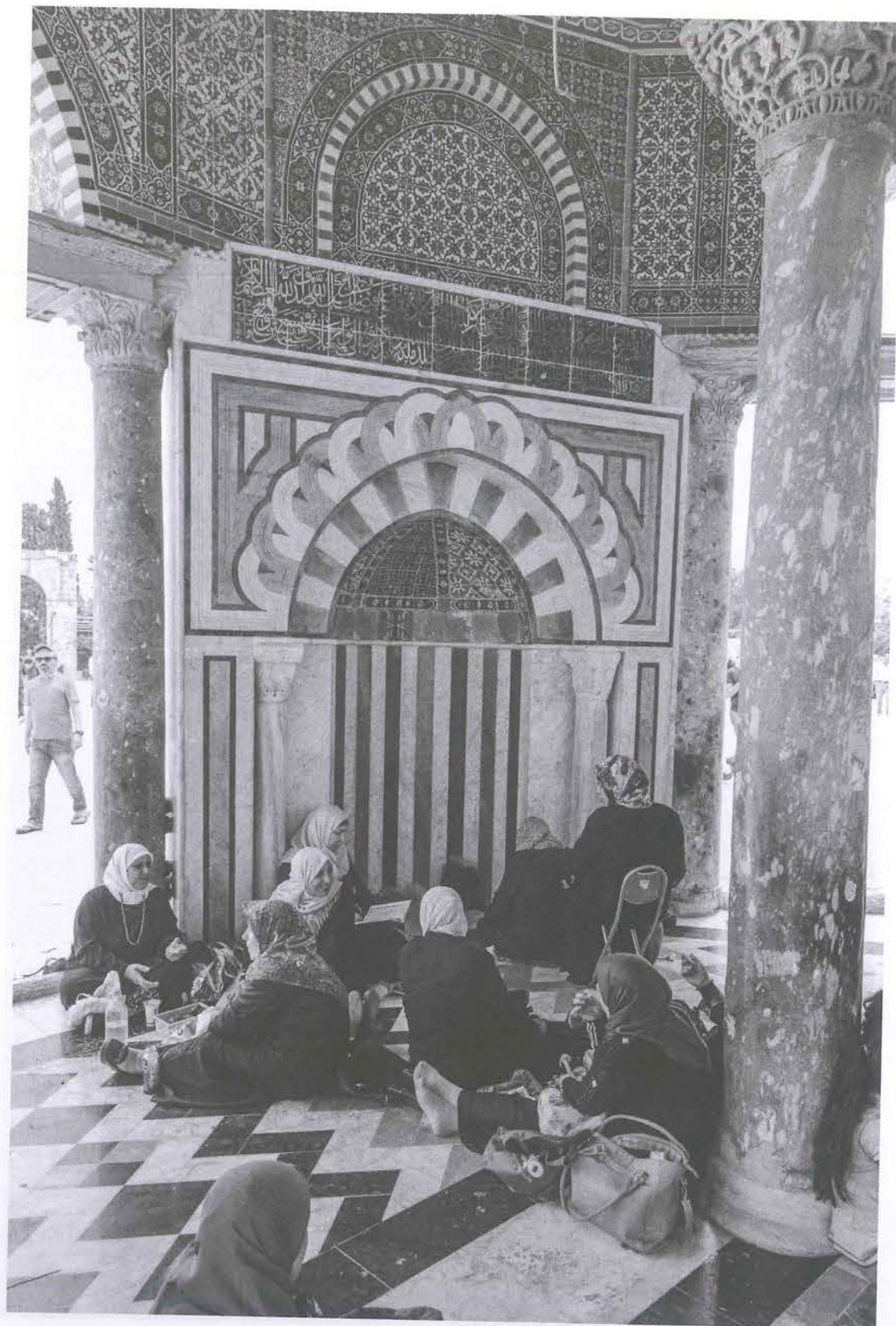
Mi abuela paterna, mi Sitty, nos transmitía todas estas “recetas” ancestrales que había aprendido de joven. Nos describía también las tradiciones de las diversas comunidades de Jerusalén para que las respetáramos. Por ejemplo, cuando cruzábamos la procesión mortuoria de un judío –durante esa procesión el cuerpo yacente, colocado sobre una camilla, era transportado en hombros hasta el cementerio por cuatro hombres–, había que tener cuidado de no pasar debajo del cadáver porque la familia del muerto estaba convencida de que esto le traería mala suerte. Por eso, cuando una persona pasaba accidentalmente bajo la camilla, se le pedía cruzar de nuevo en sentido opuesto bajo el cadáver y se le ofrecía una monedita. Algunos pícaros se habían dado cuenta de que pasando debajo del cuerpo durante la procesión podían ganar un poco de dinero. Seguramente esta fue una de las razones que provocó que comenzaran a llevarse a la altura de las rodillas, en lugar de sobre los hombros...

Una noche, bajo la luz cansada de una lámpara de aceite, mi Sitty me habló de mujeres marroquíes del barrio judío de Al Mu Sherem, a la salida de la Ciudad Vieja, a quienes temerosamente visitaba de vez en cuando. Muchos habitantes de Jerusalén acudían a ellas porque se decía que conocían los secretos de la magia negra. Restablecer la paz en los hogares o echarle mal de ojo a un vecino formaban parte de sus especialidades. En ocasiones se desplazaban también a los domicilios para preparar el maftoul, trabajando los granos de bourghoul en la palma de sus manos. (5)



La Ciudad Vieja de Jerusalén

Explanada de
las Mezquitas



Nuestra casa era cómoda porque mi padre, Abu Saleh, era muy hábil con el trabajo manual, y pasaba el tiempo haciendo arreglos. Había construido un fregadero de madera cubriéndolo con un producto impermeable. Para obtener agua, como no contábamos con grifo, había que sacarla del pozo que teníamos en casa. Si el líquido precioso nos llegaba a faltar, íbamos a buscarlo a los sabils, (6) las fuentes públicas, y, para calentarlo, lo poníamos en un recipiente sobre las llamas de una hornilla llamada el babbur. En invierno, las madres del barrio preferían llevar a los niños al baño turco, denominado hammam Al 'Ayn (la fuente), al hammam Al Shifa (la curación) (7) o al hammam Sitty Maryam (baño de dama María). Todas nos encontrábamos en cualquiera de estos lugares para cotorrear mientras resregábamos a los niños con nuestros guantes de crin. En el camino, pasando por el mercado, nos cruzábamos con los vendedores de queso y yogur que se desplazaban con sus burritos. Desde las terrazas de Jerusalén observaba también a los peregrinos que venían de todas partes del mundo a descubrir la ciudad. Me encantaba ir al cine Rex, situado en Bab Al Khalil (puerta de Jaffa) (8), para ver las películas que proyectaban, en especial sobre la vida de cantantes como Asmahan, "La Siria", y Oum Kalthoum, "La Egiptia".

El babbur nos servía principalmente para recalentar el contenido de la gran olla de cobre. Era nuestra "cocinera". La electricidad, de la que solo disfrutaban los hogares más pudientes, todavía no había sido instalada en nuestra casa, de modo que la iluminábamos, como todas las del vecindario, con lámparas de petróleo, las mismas que alumbraban las calles por la noche dándole a nuestra vieja ciudad su atmósfera dorada y misteriosa. Este ambiente era el escenario perfecto para que la imaginación desbocada diera vida al personaje legendario de Jerusalén, "la ammura", que podía transformarse en gato, oveja, abuelita u hombre y asustar a los niños.

En los años cuarenta, mi padre logró un puesto de carpintero en el cuartel británico del barrio de Baqa'a, situado a media hora en autobús de nuestra casa. Allí fabricaba puertas, mesas, sillas, armarios... A diferencia de nuestros vecinos que no sabían gran cosa, escuchaba hablar de los movimientos que se organizaban. Así supo sobre el Plan de Partición de Palestina entre comunidades judías y árabes aprobado por la ONU. (9)

Apenas comenzaron los combates, nos pidió que nos quedáramos en casa escondidos en el sótano. Inmediatamente se interrumpieron los contactos con nuestros conocidos judíos, y una cierta desconfianza se instaló entre ellos y nosotros. En las calles, los hombres

del vecindario amontonaban sacos de arena para protegerse, mientras los británicos por su parte dejaban, sin prestar mayor importancia, que los barrios de Jerusalén fueran atacados por los sionistas. La vida cotidiana se convirtió en un infierno.

En los primeros días de abril de 1948, las redadas afectaron, entre otras, a la aldea árabe de Qastal, situada en el camino a Jerusalén. Para su defensa, se formó un ejército de aldeanos encabezado por un hombre, Abd Al Qadir Al Hussein, figura clave de la Gran Rebelión Árabe de 1936-1939 que se opuso a la Declaración de Balfour. (10) Al Hussein fue asesinado durante una batalla con los sionistas en Qastal, dejando a sus hombres perdidos y desorientados. Durante su funeral el 9 de abril de 1948, todos los hombres de las aldeas vecinas fueron a Jerusalén para rendirle un último homenaje.

La Ciudad Vieja se llenó de gente. Como yo era menuda y ágil como una ardilla, pude seguir la procesión trepando las murallas sin que nadie reparara en mi presencia hasta llegar a Haram Al Sharif, donde fue enterrado. Tras el funeral, en el camino de regreso encontré a un grupo de mujeres muy agitadas que gritaban:

— ¡Deir Yassin!, (11) ¡Dios mío!, ¡las mujeres están todas desnudas! ¡Asesinos!... ¡Las mujeres de Deir Yassin! ...

En ese momento los vi. No caminaban, sino que arrastraban los pies, apesadumbrados, como una bandada de pájaros heridos que vuelan en grupo para sostenerse... Una marea de chicos sobrevivientes de apenas entre diez y doce años. Sangraban, gritaban su dolor en silencio, un silencio ensordecedor, insostenible para quienes los veíamos pasar. Se detuvieron cerca del mercado Al Hossor y, cuando uno de ellos intentó contar lo sucedido, sus palabras se entremezclaron con sollozos.

Allí entendí la gravedad de lo que acababa de suceder: conscientes de que los hombres de Deir Yassin seguían las exequias de su jefe, grupos sionistas habían atacado el pueblo, donde solo había ancianos, mujeres y niños. Primero ametrallaron las casas, una tras otra. Luego reunieron a los supervivientes y eligieron a unos cuantos para ejecutarlos delante del resto. A continuación, agarraron a las mujeres y les hicieron lo que les hicieron... Dicen que arrojaron bebés en los pozos. (12)

El muchacho que hablaba se parecía a mi hermano menor, el mismo aire, los mismos rizos castaños. Lo pusieron contra una pared junto a toda su familia, y cayó, cayó sin morir. Las mujeres sobrevivientes, los ancianos y algunos chicos habían sido llevados hasta un barrio judío de Jerusalén cercano al pueblo, para ser

exhibidos. (13) Luego los liberaron. En total, cincuenta y cinco niños de Deir Yassin quedaron huérfanos ese día. Afortunadamente para ellos, Hind Al Husseini, una mujer de la burguesía de Jerusalén y prima de Abd Al Qadir Al Husseini, se hizo responsable de ellos y los colocó en una institución. Tras el alto el fuego, los recogió e instaló en la casa de su abuelo, que rebautizó con el nombre de Dar Al Tifi Al Arabi (La casa del niño árabe). (14)

Tras la retirada de los británicos el 14 de mayo de 1948, y a pesar de los combates y bombardeos, Jerusalén resistió... Los cohetes caían por todas partes. Las dum-dum, balas que tras estallar proyectan otras más pequeñas, llegaban por sorpresa, alojándose en lo más hondo de nuestra carne, de nuestras almas y de nuestros muros de piedra. Los progenitores, hermanos y hermanas de mi padre, que vivían en Baqa'a —el barrio de Jerusalén Occidental donde se encontraba el cuartel británico donde él había trabajado—, vinieron durante la catástrofe para refugiarse en nuestra casa. Baqa'a había sido atacado, y sus habitantes, marcados por lo ocurrido semanas antes en Deir Yassin, huyeron de inmediato. El mensaje de los sionistas era claro: los que se atrevieran a resistirse, y los que se negaran a marcharse, sufrirían la misma suerte.

En la Jerusalén herida, mi padre fabricaba alguna cosa aquí y allá, pero no era suficiente. El problema era el mismo para todos: había que encontrar trabajo y allí ya no era posible. Mi padre resistió mientras pudo, porque no quería huir, pero en 1950 tuvimos que marcharnos a Ammán. Se decía que en la capital jordana había muchas perspectivas de futuro. Por aquel entonces, Jerusalén Oriental formaba parte de Jordania y no necesitábamos pasaporte para ir a Ammán. Me costó mucho dejar mis murallas, mis terrazas, mi mundo.

Una vez instalados en la capital jordana, Abu Saleh encontró empleo fácilmente, no solo gracias a sus manos expertas en carpintería, sino también a su reputación. Pese a ello, su vida parecía haberse extinguido. Murió un año después de nuestra llegada a Jordania, haciéndonos prometer devolverlo a Jerusalén. Lo acompañamos hasta la puerta Bab Al Asbat (15) donde se encuentra el principal cementerio musulmán del mismo nombre, situado fuera de la Ciudad Vieja. Una tumba entre las tumbas, una estela entre las estelas, en casa, como él quería.

En 1967, Israel arrebató Cisjordania a Jordania. Justo después, volví a escondidas a Jerusalén con mi hermana. Era extremadamente peligroso. La víspera, en el mismo camino que tomamos nosotras, una fami-

lia entera había sido masacrada. Me quedé en casa de mi hermana durante cuarenta días. Por entonces, los israelíes organizaron un censo que permitiría a los palestinos que en ese momento se encontraban allí, recibir un carné de identidad israelí. Sin embargo, esta era una medida que impedía el regreso a Jerusalén de los palestinos que se habían ido.

Asustada por la idea de que los israelíes reaccionaran violentamente si descubrían que estaba en Jerusalén en lugar de Ammán, donde supuestamente debía estar, me escondí para que no me contabilizaran. A partir de entonces impidieron regresar a Jerusalén a los palestinos que se encontraban en Jordania. Cuando unas semanas más tarde atravesé nuevamente la frontera con destino a Jordania para reunirme con mi familia, el aduanero israelí me pidió el certificado censal que, naturalmente, no tenía. Me miró fijamente en los ojos y dijo: "No podrás volver, ¿entiendes?". No, no entendía bien, pero, sobre todo, pensaba que se marcharían rápidamente. Por desgracia, él tenía razón y, desde ese día, jamás pude regresar a Jerusalén sin solicitar una visa temporal.

Nuestra casa de Harat As-Sa'diyya no quedó vacía. Cuando las familias árabes dejaron Jerusalén, los habitantes de Hebrón llegaron en gran número y se instalaron en ella. Protegieron nuestros bienes, fueron valientes. Nuestra casa fue alquilada a una de estas familias de Hebrón por el equivalente a 4 dinares mensuales de la época. Desde entonces, el precio no ha cambiado, lo que significa que el alquiler mensual actual de nuestra casa corresponde a unos 5 o 6 dólares estadounidenses. Como la mayoría de los miembros de la familia somos considerados "ausentes", (16) nos es imposible recuperarla. Nos está impedido vivir en Jerusalén, y obtener un visado de Israel se vuelve cada vez más difícil. Somos palestinos de Jerusalén sin derecho a regresar a nuestro hogar.

Sé que en repetidas ocasiones los israelíes han visitado a los inquilinos de nuestra casa tratando de convencerlos de venderla. Cuatro o cinco de nuestros vecinos vendieron la suya. Son tales las cifras de dinero que ofrecen por ellas, que es fácil perder la cabeza sin pensar en las desastrosas consecuencias que esta venta conlleva para toda la comunidad palestina. Es muy triste, incluso vergonzoso. Debemos entender que lo que los israelíes quieren, independientemente del estado de las casas, es tomar posesión de ellas. En su mente, lo importante es plantar su bandera en el corazón de nuestra Jerusalén. ”



Jerusalén,
1907

(1) Los lectores interesados en la vida en Jerusalén desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX pueden descubrirla en la siguiente obra: Angelos Dalachanis, Vincent Lemire. *Ordinary Jerusalem 1840-1940, Opening New Archives, Revisiting a Global City* (Jerusalén de todos los días entre 1840 y 1940. Abriendo nuevos archivos, revisitando una ciudad universal). Brill Open E-Books Online, 2018.

(2) Sobre el tema de la memoria y la identidad de los palestinos de Jordania y de su futuro en este país, ver Géraldine Chatelard, "Palestiniens de Jordanie". *Jordanie, le royaume frontière* (Palestinos de Jordania. Jordania, el reino fronterizo). París: Autrement, 2001.

(3) Puerta de Damas y puerta de Herodes.

(4) Cada vestido llevaba un motivo específicamente vinculado a una ciudad palestina.

(5) El conocido como maftoul en Palestina es el grano de cuscús del norte de África. El plato completo se llama Al moghrabiya, es decir, "la mujer del Magreb".

(6) Vincent Lemire, *La soif de Jérusalem, Essai d'hydrohistoire (1840-1948)* (La sed de Jerusalén. Ensayo sobre la hidrohistoria de la ciudad entre 1840 y 1948). Editions de la Sorbonne, 2011.

(7) En el sur del pasillo cubierto del mercado Al Qattanin (mercado de los algodonereros), los dos baños mencionados fueron construidos por los mamelucos en 1336. Durante la campaña de construcción, el gobernador Saif Al Din Tankiz restauró el barrio en su totalidad con un gran pasillo cubierto, un kan o carava serrallo y dos baños.

(8) La puerta de Al Khalil (Khalil es el nombre de la ciudad que cristianos y judíos llaman Hebrón) es llamada puerta de Jaffa, por judíos y cristianos.

(9) El Plan de Partición de Palestina fue aprobado por la Asamblea General de la ONU el 29 de noviembre de 1947.

(10) En Henry Laurens, *La Question de la Palestine* (La cuestión de Palestina), t. 3: 1947-1967. L'accomplissement des prophéties (El cumplimiento de las profecías). París: Fayard, 2007, p. 73, el autor explica por qué Abd Al Qadir Al Husseini decidió retomar el pueblito muy cercano a Jerusalén.

(11) Nadine Picaudou, "1948 dans l'historiographie arabe et palestinienne" (1948 en la historiografía árabe y palestina), *Violence de Masse et Résistance (MV&R)* del 15 de febrero 2010. Sciences Po, <http://www.sciencespo.fr/mass-violence-war-masacre-resistance/fr/document/1948-dans-lhistoriographie-arabe-et-palestinienne>

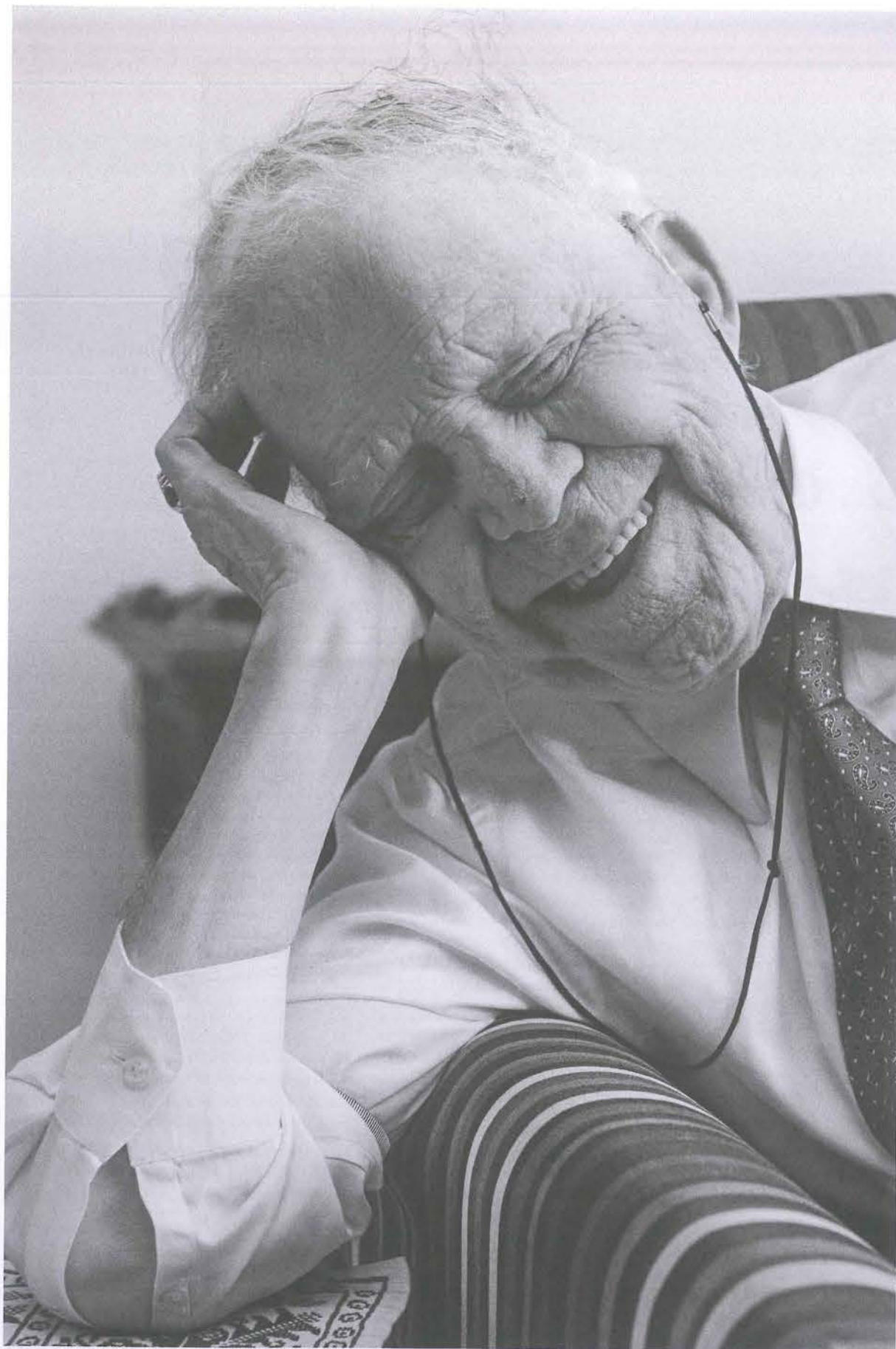
(12) Ilan Pappé, en *La limpieza étnica de Palestina*, 2006 (publicado por Crítica en 2008), p. 131, lo confirma: "Las fuerzas judías consideraban cualquier aldea palestina como una base militar enemiga, la distinción entre las personas masacradas y las muertas 'en batalla' era tenue. Basta enterarse de que entre los asesinados en Deir Yassin había treinta bebés para entender por qué todo el ejercicio 'cuantitativo' (no muy distinto del que los israelíes realizaron en una fecha tan cercana como abril de 2002 a propósito de la masacre de Jenyín) es relevante".

(13) Nathan Yalin-Mor, *Israël, Israël, Histoire du groupe Stern, 1940-1948* (Israel, Israel, Historia del grupo Stern, 1940-1948). París: Presses de la Renaissance, citado por Henry Laurens, op. cit., p. 75, da detalles sobre esta matanza.

(14) El orfanato se encontraba en el barrio Sheikh Jarrah, en las afueras de la Ciudad Vieja de Jerusalén.

(15) Bab-el-Sbat, Puerta de los Leones.

(16) En 1950, Israel votó la ley sobre "la propiedad de los ausentes" que le permite apropiarse de los bienes y tierras de los palestinos, que tienen prohibido volver a sus hogares. Esta ley permite además a las autoridades israelíes entregar las propiedades de los "ausentes" a terceros.



Alegato por los fondos congelados

Fuad Shehadeh, 93 años

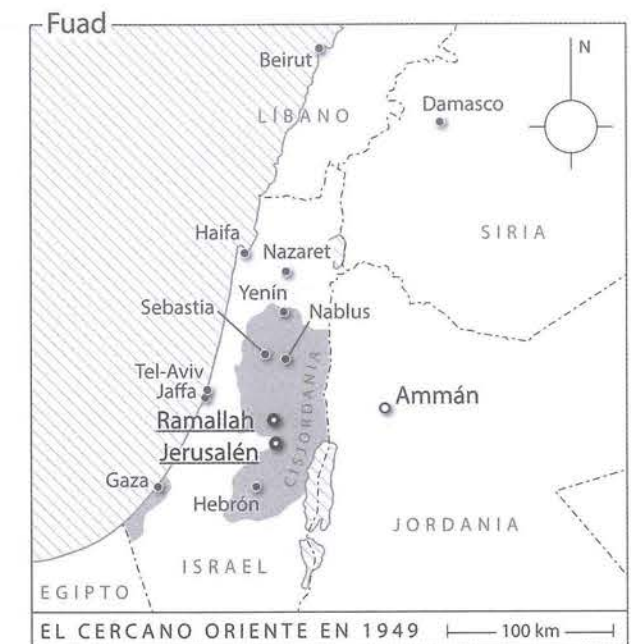
Su oficina se encuentra en el primer piso de un edificio antiguo y modesto en el centro de Ramallah, sin adornos ni objetos decorativos. La reputación de la firma A, F & R (Aziz, Fuad y Raja) que Fuad fundó con su hermano Aziz se formó gracias a los éxitos de su labor jurídica desde inicios de los años cincuenta. Por entonces, ambos hermanos Shehadeh llevaron a juicio a los bancos que habían aplicado la orden israelí de congelar las cuentas de todos sus clientes árabes. (1) Los dos abogados intentaron luchar contra una medida unilateral que tomaba por sorpresa a todas las personas que habían depositado, en un acto de confianza, sus fondos en estas instituciones, y que, al solicitar lo que les pertenecía, se encontraban con esta respuesta inaceptable de parte del banco: "Lo siento, su dinero está aquí, pero no podemos entregárselo, está congelado, mujammad". Entre los bancos más importantes estaban el Barclays, banco oficial de las autoridades británicas mandatarias, y el Ottoman, por aquel entonces principalmente en manos británicas y francesas.

¿Cuánto representaba el dinero congelado? ¿Quiénes fueron las personas despojadas? (2)

En febrero de 1949, pocos meses después de la aplicación del diktat israelí, ambos bancos fueron obligados a transferir el dinero en efectivo y los valores de sus clientes árabes palestinos al Custodio Israelí de la Propiedad del Ausente, (3) administrador encargado de gestionar los bienes muebles e inmuebles y el capital de los árabes palestinos... Un sistema ratificado en 1950 por la Ley sobre la Propiedad de los Ausentes.

Frente a este nuevo despojo que se sumaba al de sus casas, sus pertenencias y sus tierras, los clientes palestinos perjudicados recurrieron a los tribunales. Fuad Shehadeh fue uno de sus abogados.

“Pertenezco a una gran familia de periodistas. Mi padre era de Ramallah. Trabajaba como editor del periódico *Mir'at Al Sharq* (El Espejo del Este, creado en 1919). Era viudo, había perdido a su esposa e hijos durante la epidemia de cólera de 1916, cuando



conoció a mi madre, originaria de Jaffa, de una familia de reporteros conocidos tanto en el Líbano como en Egipto y Palestina.

Nací en 1925, en la casa familiar construida por mi padre, situada en el número 8 de la calle Ibn Sina, (4) en la Jerusalén Oriental. Por aquel entonces, Palestina se encontraba bajo mandato británico, una situación a la que mi padre se oponía abiertamente.

Yo podría haber seguido la tradición familiar y convertirme en periodista, pero mi sueño era ser abogado.

Mi infancia en Jerusalén fue la de un niño feliz. En el colegio Saint George, donde pasé toda mi vida escolar, los niños —cualquiera fuera su religión— convivían y jugaban en los mismos equipos de fútbol.

En 1942, cumplidos los diecisiete años, viajé al Líbano para estudiar en la Universidad Americana de Beirut (AUB), donde permanecí dos años. Allí reencontré a muchos de mis compañeros de primaria, incluidos aquellos de confesión judía. Tomábamos el mismo

taxi colectivo de Jerusalén a Beirut. Fue en esa época cuando conocí al muchacho que se convertiría en mi mejor amigo, Mahmud Abu Zalaf. Mahmud trabajaba en el periódico *Al Difa'a* (la Defensa), en Jaffa. Estábamos en el mismo curso que Meir Shamgar, quien más tarde, entre 1983 y 1995, fue presidente de la Corte Suprema de Justicia de Israel.

Dejé Beirut para regresar a Jerusalén y estudiar leyes. A mi regreso me di cuenta de que el ambiente había cambiado. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, se anunciaron el Plan de Partición de Palestina, el fin del mandato británico y la creación del Estado de Israel... Los acontecimientos se sucedían uno tras otro. Mis antiguos compañeros de clase judíos cambiaron de actitud, se pusieron peleadores. El ambiente unido de nuestro curso desapareció.

A menudo, nuestra familia pasaba el fin de semana en Ramallah, donde alquilábamos una casa. Comenzábamos a acostumbrarnos a movernos en convoyes para disuadir los ataques de los grupos armados paramilitares y sionistas en las carreteras. Sin embargo, ese día de principios de abril de 1948, no íbamos en convoy. Regresábamos del campo con mi mamá en el auto de un amigo que manejaba tranquilamente... De pronto, varios disparos nos detuvieron. Nuestro amigo, un joven y exitoso empresario, murió en el acto. El cuerpo de mi madre yacía inmóvil, atravesado por diecisiete balas. A mí me habían alcanzado tres. Un tanque vino a recoger nuestros cuerpos heridos y nos llevó al hospital gubernamental de Jerusalén, donde pasamos el resto del mes luchando contra la muerte. La ciudad olía a caos y en el hospital los medicamentos eran escasos. Tan pronto pudimos ser transportados, el 27 de abril, tomamos el camino hacia Ammán, en Jordania, donde pudimos recibir una atención adecuada. A pesar de ello, mi madre nunca se recuperó completamente de sus heridas... Y yo todavía tengo una bala incrustada en el brazo.

Como no se podía volver a Jerusalén, los saqueadores terminaron localizando nuestra casa. Los ladrones, que debían amar los libros, robaron toda la biblioteca. Más de mil libros además de manuscritos, de los cuales tres cuartas partes eran muy antiguos y de gran valor. (5) Solo dejaron los archivos del diario de mi padre, sin duda porque eran demasiado pesados para llevárselos.

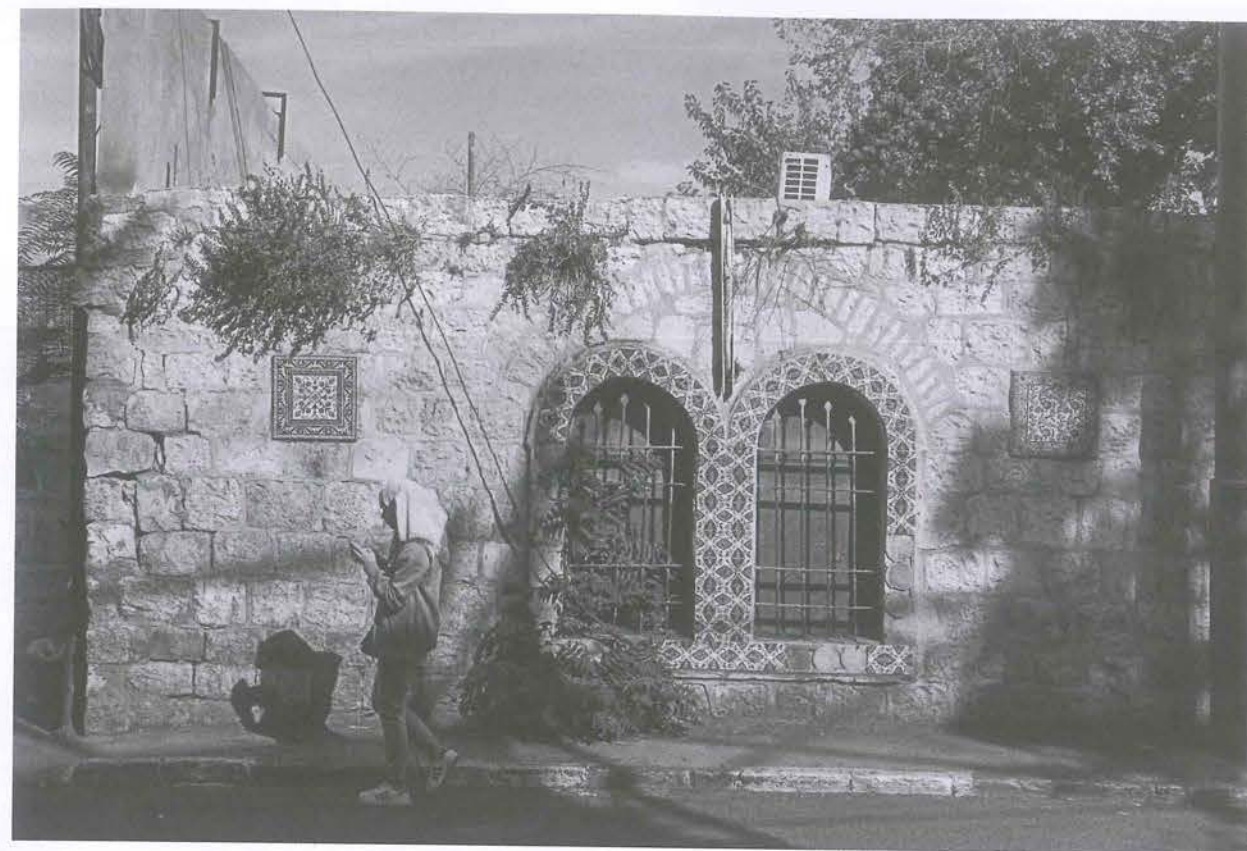
A los veintitrés años, con mi diploma de abogado en mano, soñaba con poder ejercer mi carrera. Pero estábamos en Ammán, que se parecía más a una pequeña ciudad provincial en auge que a una capital. Sus abogados aún no se organizaban en gabinetes. Por entonces,

se reunían en el Café Brasil, situado en el centro de la ciudad, para ofrecer sus servicios, cada uno sentado en una mesa que le servía de escritorio. Como Jordania continuaba bajo el Imperio otomano y yo acababa de recibir una formación basada en las leyes del mandato británico, que eran diferentes, estaba obligado a hacer más estudios. Desanimado, preferí aceptar el cargo de secretario de un miembro del Parlamento jordano, y confiar en que la oportunidad de ejercer mi carrera —que me atraía muchísimo— llegara lo antes posible. (6)

A finales de 1949, mi hermano mayor, Aziz, (7) abogado prominente en Palestina, me llamó desde Lausana, en Suiza, donde participaba en las negociaciones de paz con Israel, para pedirme que abriera una oficina con él en Ramallah. No dudé un segundo. La abrimos el 1 de enero de 1950. En ese momento, Cisjordania —que llamamos “West Bank”, la ribera occidental del río Jordán—, era parte de Jordania desde 1950, (8) por lo tanto trabajábamos tanto en Ramallah como en el Jerusalén Oriental y en Ammán. Ramallah quedaba a diez minutos de Jerusalén, y Ammán a una hora y media en auto. (9)

Tras el cese del fuego (10) en junio de 1948, los bancos recibieron de Israel la orden de congelar las cuentas palestinas. La mayor parte de estas cuentas se encontraban en los bancos Barclays y Ottoman. Sin embargo, ambos continuaron su actividad en el territorio del nuevo Estado israelí, haciendo caso omiso a dicha orden. Los bancos habían solicitado instrucciones de sus oficinas centrales en Londres, las que, dado el carácter inusual de la situación, les recomendaron no cambiar en absoluto su modo de funcionar. Esta situación duró cuatro meses hasta que, en octubre de 1948, las autoridades israelíes descubrieron la demora del Banco Otomano en aplicar la orden y lo amenazaron con revocar su licencia comercial. Eso, claro, hizo que los dos bancos, tanto el Otomano como el Barclays, entendieran el mensaje y acataran las directrices israelíes, por temor a perder la licencia de ejercicio en Israel.

Nuestra familia no perdió su dinero, porque lo tenía en el Arab Bank, propiedad de un palestino, Abdul Hameed Shoman, quien se había ido de Palestina e instalado en Ammán antes del 14 de mayo 1948, día en que los británicos abandonaron Palestina. Sin embargo, los amigos palestinos de nuestro entorno que habían abierto cuentas en los dos bancos británicos se desmoronaban. Nadie entendía cómo una medida de este tipo podía aplicarse de la noche a la mañana. Tampoco entendían que al solicitar que se les devolviera su dinero, la respuesta fuera que su cuenta estaba



Calle Nablus en Jerusalén

mujammad, es decir, “congelada”. No solo habían sido despojados de sus casas y tierras, sino que además se congelaba su dinero para que no pudieran sobrevivir!

Pero estos hombres y mujeres nunca se rindieron y, con grandes esfuerzos, trataron de hacer valer sus derechos. Primero, escribiendo a los bancos como clientes para pedirles que cumplieran con sus contratos. (11) Luego, tras recibir respuestas poco claras de los bancos, dirigiéndose a las autoridades británicas. Pero todo ello sin resultado.

Mi hermano y yo comprendimos que no valía la pena demandar a los bancos ante un tribunal inglés, pues Gran Bretaña reconocía la soberanía de Israel. De hecho, los tribunales británicos dieron la razón a ambos bancos con el argumento de que una entidad bancaria tiene que obedecer las órdenes del Estado soberano donde opera, y, para ellos, Israel lo era. Todo giraba en torno a una cuestión clave: la soberanía de Israel. Un día pensamos que, si podíamos llevar el caso a otro

tribunal que no fuera inglés, en un país como Jordania, que no reconocía la soberanía de Israel y donde los dos bancos estaban igualmente presentes, quizás tendríamos posibilidades de ganar.

En Jordania, el Barclays y el Ottoman tenían sucursales en todas las ciudades, incluida Jerusalén Oriental. (12) Organizamos un grupo de afectados, quienes interpusieron varias demandas en un mismo día en diferentes tribunales de las principales ciudades jordanas contra ambos bancos. Ganamos todos los juicios, y los tribunales jordanos concluyeron que los bancos no podían aplicar una ley que no emanaba de una entidad soberana, lo que les obligaba a reembolsar a sus clientes.

Sin embargo, la decisión fue letra muerta, Israel no devolvió los fondos palestinos. Entonces, los dos bancos condenados se unieron para solicitar una audiencia con el gobierno israelí, al que pidieron fuera responsable y aplicara la decisión del tribunal jordano. De esa manera ellos no perderían el dinero que los juicios les

Arab Bank,
Jerusalén



habían costado. Y esta vez, las autoridades israelíes sí consintieron en el descongelamiento de las cuentas, pero... anunciaron su imposibilidad de devolver el dinero porque ya no lo tenían. ¡Se lo habían gastado! Los bancos, entonces, propusieron un préstamo de 12 millones de libras a Israel, es decir, el doble de dinero congelado. Se trataba de un préstamo con intereses extremadamente bajos y reembolsable en veinte años. Finalmente, todas las partes terminaron aceptando la propuesta. Las autoridades israelíes recibirían un préstamo muy atractivo, y las familias palestinas, por su parte, recuperarían sus activos, aunque fuera en montos extremadamente pequeños, entre 50 y 60 libras mensuales, y por lo tanto durante un período muy largo. La batalla había terminado.

El caso dio gran publicidad a nuestra firma. En ese momento reapareció mi mejor amigo, Mahmud Abu Zalaf. El periódico *Al Difa'a*, para el que trabajaba, había tenido que trasladar su sede a El Cairo, en Egipto, pero allí no dio con su público. Trabajé en Jerusalén, en *Il Jihad*, (13) durante más de siete años donde, a solicitud de Mahmud, escribía periódicamente editoriales políticos sin firmarlos.

Pocos años después, en 1959, conocí a la que sería mi futura esposa. Shamieh Labibeh trabajaba para una fundación estadounidense a cuyos directores yo conocía. Era una mujer maravillosa, brillante y hermosa. De nada sirven las palabras para describir de qué manera su presencia llenó mi vida. Al igual que yo, Shamieh era de Jerusalén. Su familia había emigrado a Jordania y posteriormente a Bahrein, donde dio clases de historia y geografía a los niños de la familia real. Nos casamos en la catedral de San Jorge, en Jerusalén, y construimos nuestra casa en Ramallah, donde crecieron nuestros cuatro hijos.

Cuando el 6 de junio de 1967 comenzó la guerra de los Seis Días, toda la familia huyó de Ramallah a Ammán. Recuerdo en la frontera a soldados iraquíes que también huían. Para mí no supuso una "guerra" ni el "comienzo de una guerra". Para mí, la guerra había terminado antes de empezar. Tuve que esperar dos meses para que la Cruz Roja nos entregara un permiso, dado con la venia de Israel solo a tres mil personas, que nos permitía volver a Ramallah con toda mi gente.

A partir de entonces fuimos gobernados por los militares israelíes que emitían órdenes para regular la vida en Cisjordania. Nuestro orgullo nos dificultaba admitirlo, pero era una realidad. Se tornó urgente aprender hebreo para comprender las comunicacio-

nes administrativas, los periódicos, lo que se decía en la radio y, en general, todas las normas que se nos imponían. (14) Mi mujer y yo nos matriculamos en un curso en el Instituto Americano del Jerusalén Occidental, donde se enseñaban el árabe y el hebreo. Más de la mitad de los estudiantes eran árabes como nosotros. Los demás procedían de Estados Unidos para obtener la nacionalidad israelí.

Esto supuso un golpe para nuestra oficina de abogados, que tuvo que empezar de cero. Todos los bancos tuvieron que cerrar salvo dos, el Leumi, (15) cuyo director era un antiguo compañero de clase de Beirut, y el Israel Discount Bank. (16) Ya que las leyes jordanas que prevalecían en Cisjordania desde 1950 se mantuvieron en 1967, los bancos necesitaban nuestra experiencia, lo cual nos permitió asesorar a uno de ellos, el Leumi. Las relaciones eran profesionales y basadas en el respeto mutuo. Afortunadamente, con el tiempo, otros bancos abrieron en Cisjordania. Además de las asesorías, denunciábamos las violaciones de las leyes locales y el derecho internacional por parte del ejército israelí en Cisjordania, cuando este quería tomarse los terrenos palestinos y construir rutas y colonias.

Después de 1967, mi carrera se tornó multifacética. Hasta un año más tarde continué como vicepresidente de la Asociación de Abogados, cargo para el que fui elegido en 1964. En 1974, nuestro despacho de abogados A, F & R asumió importantes riesgos. Uno de ellos fue la defensa de Hilarion Cappuci, arzobispo de la Iglesia griega-católica y melquita de Jerusalén; un hombre acusado por Israel de dedicarse al tráfico de armas en beneficio de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Más tarde, en 1984, publicamos un estudio sobre la planificación de rutas establecida por Israel en los territorios ocupados, y denunciarnos lo que escondía este plan: la destrucción de los sistemas de riego utilizados por los campesinos palestinos. Posteriormente, tras la firma de los Acuerdos de Oslo en 1994, trabajé en la redacción de nuevas leyes para el territorio palestino. Tres años más tarde, en 1997, me convertí en asesor legal de la Autoridad Monetaria de Ramallah, y nuestra firma comenzó a asesorar a organizaciones no gubernamentales y grandes empresas internacionales sobre cómo llevar a cabo sus proyectos en los territorios palestinos, fueran estos orientados al desarrollo de infraestructuras, recursos hídricos, electricidad o gas natural.

En 1985 mi vida privada sufrió un cambio radical. Fue un año terrible. De regreso a Sebastia, un pueblo



Diario *Al Difa'a* (La Defensa)

en el norte de Cisjordania que habíamos ido a visitar con dos de mis hijos, manejaba por la carretera que va de Nablus a Yenín cuando un coche que venía de frente, chocó contra nosotros. Mis dos hijos resultaron gravemente heridos y a mí me dieron por muerto. Había perdido los ojos, la nariz, e incluso parte del cráneo. Pero, tras largos meses de cirugías mayores del cerebro, logré sobrevivir. Pude incluso recuperar cierta apariencia humana, aunque perdí por completo la vista.

Se convirtió en mi obsesión retomar el rumbo de la oficina. Tan pronto como pude, volví a ejercer. Ello gracias a la ayuda inestimable de asistentes que eran, y siguen siendo, “mis ojos”. Hoy sigo siendo miembro de la Asociación de Abogados de Palestina y, desde el 31 de mayo de 2016, figuro en el libro Guinness de los récords como el abogado, aún activo tras casi siete décadas de leal servicio, con la carrera profesional más larga del mundo.”

Fuad Shehadeh murió el 6 de septiembre de 2019, a los 94 años, poco más de un año después de habernos concedido esta entrevista.

(1) Antes de mayo de 1948, los habitantes de la Palestina bajo mandato británico eran “palestinos”, independientemente de su religión. Fue en el momento de la partición, en mayo de 1948, cuando las autoridades israelíes comenzaron a diferenciar entre las poblaciones de origen árabe (fueran cristianos o musulmanes) y aquella de origen judío.

(2) Sreemati Mitter, investigadora de la Universidad de Brown (Rhode Island, Estados Unidos), autora de *A History of Money in Palestine: From the 1900s to the Present* (Historia sobre el dinero en Palestina: desde los años 1900 hasta hoy). Doctoral dissertation, Harvard University, 2014. En una conferencia en el Centro de Palestina en Washington D.C., el 20 de mayo de 2014, en la que Mitter presentó su trabajo, la autora explicó cómo sesenta mil titulares de cuentas en ambos bancos poseían cerca de 6 millones de libras palestinas, lo que representaba más del 43 por ciento de las exportaciones de la economía palestina en 1945, y un valor equivalente a casi 800 millones de libras inglesas en la actualidad. Se trataba de un monto importante, que pertenecía a depositantes, quienes “no eran campesinos, ni la élite financiera; tampoco era la élite política (ya que esta última nunca habría depositado su dinero en un banco extranjero), sino la clase media”. Su trabajo de investigación tiene como base el análisis de los archivos bancarios y los archivos nacionales israelíes y británicos.

(3) El ‘Custodio de la Propiedad del Ausente’ tenía el derecho de apoderarse de la propiedad y los fondos de todos los palestinos considerados como “ausentes” por haber dejado sus hogares y propiedades entre el 29 de noviembre de 1947 y el 1 de septiembre de 1948, y haber esperado el final de los combates en un territorio situado fuera de Palestina, o en un lugar ocupado por fuerzas militares árabes. En 1950, Israel aprobó la llamada Ley sobre el Patrimonio de los Ausentes, que permitía al Estado adueñarse de las propiedades de los palestinos y, si lo deseaba, vendérselas a terceros. Para Sandrine Mansour-Mérien, autora de *L'Histoire occultée des Palestiniens, 1947-1953* (La historia oculta de los palestinos, 1947-1953). Toulouse: Privat, 2013, “la noción de ‘ausentes’ permitió tomar posesión de casi todas las propiedades de los palestinos, refugiados o no”. Por ejemplo, las tierras agrícolas palestinas pasaron a ser propiedad del Estado israelí, al no poder los

propietarios seguir cultivándolas. Con ello, cerca del 93 por ciento de las tierras palestinas fueron confiscadas. Esta ley creó una nueva categoría de ciudadanos, los “presentes ausentes” (en hebreo: *nifkadim nohahim*), personas árabes israelíes, que están presentes, pero ausentes de acuerdo con la ley. Bajo esta ley, estos ciudadanos pueden gozar de todos los derechos civiles, incluyendo el de votar en el parlamento israelí, menos uno: utilizar y disponer de su propiedad. Entre treinta mil y treinta y cinco mil palestinos se han convertido así en “presentes ausentes”.

(4) Nombre árabe de Avicena (980-1037), filósofo, escritor, médico y científico persa.

(5) Gish Amit, Ex-Libris, *Chronicles of Theft, Preservation, and Appropriating at the Jewish National Library* (Crónicas de un robo. Preservación y apropiación en la librería nacional judía) Jerusalén: Institut Van Leer, 2014 (en hebreo)/Ramallah, Madar, *The Palestinian Forum for Israeli Studies* (Encuentro palestino de estudios israelíes), 2015 (en árabe). El libro señala que treinta mil libros de la Biblioteca Nacional Judía provienen del saqueo de bibliotecas pertenecientes a familias palestinas que tuvieron que huir en 1948. Ver la entrevista con Gish Amit en el siguiente enlace: <http://allegralaboratory.net/we-cannot-give-up-hope-a-conversation-with-gish-amit-on-his-book-palestine/>. net: “We cannot give up hope” – A conversation with Gish Amit on his book #Palestine, el 2 de noviembre 2015.

(6) Como vivía en Jerusalén Oriental, que formaba parte de Jordania entre 1948 y 1967, Fuad podía viajar a ambos lados del río, a diferencia de los palestinos de pueblos o ciudades que formaron parte del nuevo Estado de Israel a partir de 1948 y que tuvieron que huir dejando todas sus pertenencias, casa y tierra. El derecho al retorno de los palestinos refugiados fue confirmado por varias resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, como la Resolución 194 (III) de 1948, parte de las condiciones negociadas durante el acuerdo de paz con Israel, y rechazada por este alegando razones demográficas. La OLP, por su parte, exige el respeto del principio.

(7) Aziz era conocido por haber fundado, en los años cincuenta, el “Congreso Árabe para los Refugiados Palestinos” que, entre 1948 y 1967, defendió el establecimiento de dos Estados: Palestina e Israel. Este compromiso fue considerado

inaceptable en su momento, tanto por Jordania como por la OLP (aunque esta última más tarde aceptó la idea). Aziz murió el 1 de diciembre de 1985, apuñalado frente a su casa en Ramallah.

(8) Unificación de Transjordania y Cisjordania, bajo la égida de la corona hachemita.

(9) Ver Véronique Bontemps, “Entre Cisjordanie et Jordanie, l'épreuve du passage frontalier au pont Allenby” (Entre Cisjordania y Jordania, la prueba de cómo pasar la frontera en el puente Allenby), *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 30, núm. 2, 2014, pp. 69-90. Hoy en día, el viaje puede tomar entre seis y siete horas debido a los controles fronterizos y en las carreteras. Para los palestinos que tienen la autorización de desplazarse entre Jerusalén o Ramallah y Ammán (en caso de ser portadores de un pasaporte extranjero o la tarjeta de identidad verde que fue entregada por las autoridades palestinas tras 1994), el viaje es generalmente más largo que para los ciudadanos de cualquier otro Estado.

(10) Entre el 15 de mayo y el 11 de junio, las fuerzas árabes se enfrentaron a las fuerzas israelíes. Ambas aceptaron la tregua de un mes solicitada por el mediador de la ONU, firmada el 11 de junio.

(11) Las cartas están guardadas por los bancos en los archivos investigados por S. Mitter.

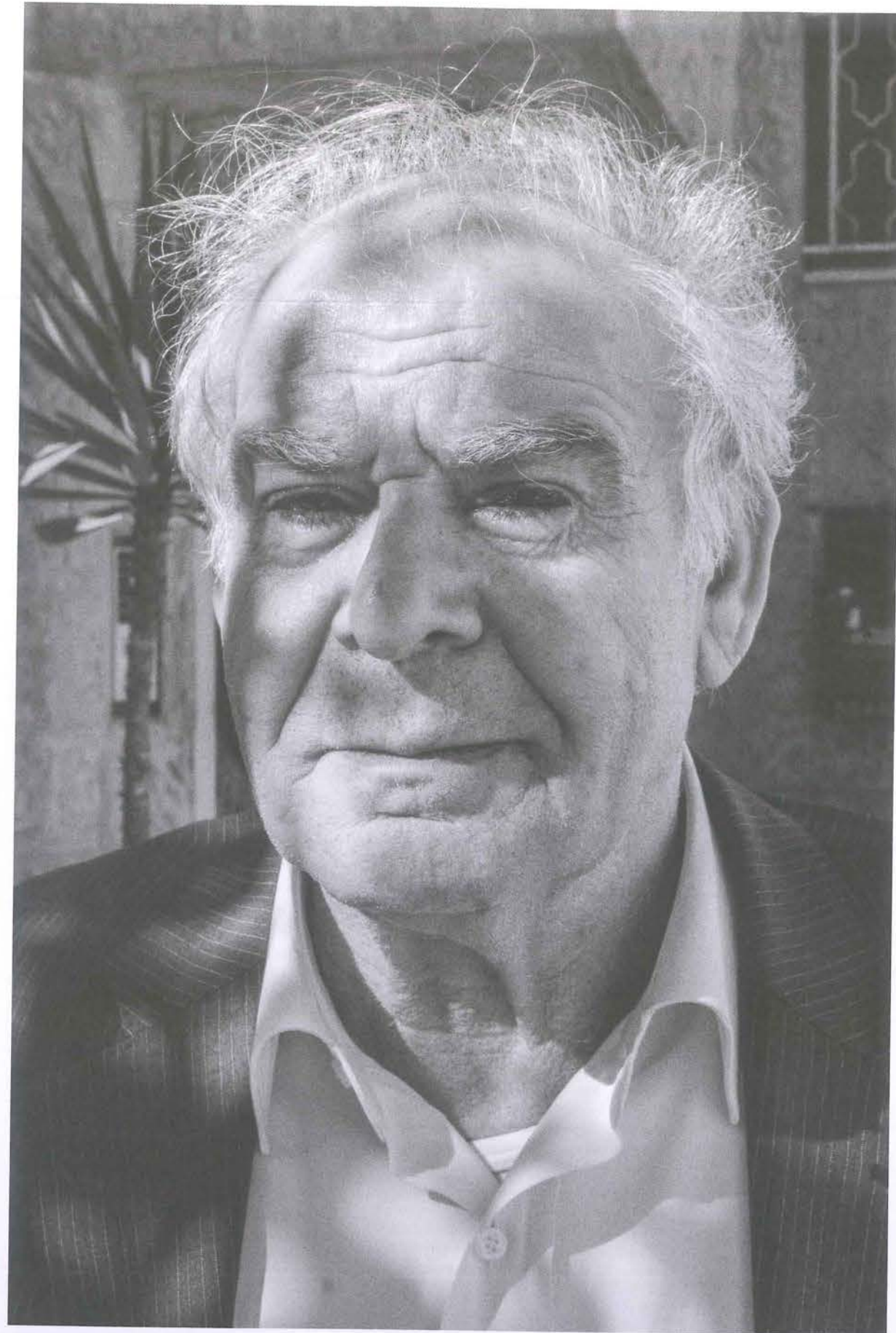
(12) A partir de 1950, Cisjordania pasó a formar parte de Jordania.

(13) *Il Jihad* se convirtió en uno de los periódicos más leídos hasta 1967 en Cisjordania, Gaza y Jordania. Tras esta fecha, pasó a llamarse *Al Quds*.

(14) Las leyes israelíes fueron traducidas al árabe y al inglés.

(15) En 1902, los miembros del movimiento sionista fundaron en Londres la Anglo-Palestine Company (precursor del Leumi) a fin de proporcionar un instrumento financiero a los inmigrantes judíos que viajaban a Palestina, y promover así la industria, la construcción y la agricultura, con el objetivo de construir las bases del futuro Estado hebreo. En 1971, Leumi adquirió el Arab Israel Bank (AI Bank), cuyos clientes eran principalmente árabes israelíes del norte del país. En 1983, el banco fue nacionalizado.

(16) Israel Discount Bank, conocido como Eretz Israel Discount Bank o Palestine Discount Bank, fue fundado en 1935 por un inmigrante griego.



El extranjero

Feisal Darraj, 76 años

Ser palestino significa ser un hombre inválido, desollado, rebelde. Ser palestino es ser siempre el extranjero, el que debe levantar la mano cuando se cuentan los refugiados en el colegio, al que ponen de lado en el aeropuerto, el que ya no existe porque Palestina no figura en ningún mapa del mundo.

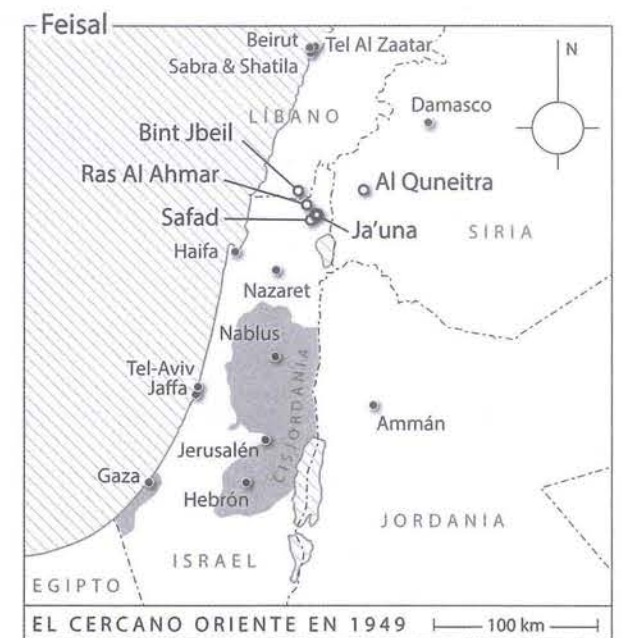
Feisal Darraj es refugiado palestino. Refugiado apátrida desde 1948, despojado de todo.

Darraj, hombre de letras, no nombrará nunca su emoción. Pero la comparte con crudeza, en forma de historias, de imágenes simbólicas que nos trasladan al corazón de su íntima vivencia. Filósofo y escritor, periodista especializado en sionismo y crítico literario conocido en todo el mundo árabe. A través de los momentos claves de su vida, y de imágenes simbólicas que lo han construido o destruido, nos cuenta en quién se ha convertido.

“Cada vez que miro hacia atrás, hacia el pasado, hacia la Palestina donde nací, hacia el Líbano, Siria y Jordania, donde viví después de 1948, siento en mí una vida confiscada que debo reconstruir. Estas piezas, estas imágenes simbólicas marcan mi existencia.

• PRIMERA IMAGEN: UNA CAMIONETA DE COLOR AMARILLO

Una mañana de abril de 1948, como otros tantos miles de habitantes del norte de Palestina, huimos de los bombardeos, dejando atrás nuestra casa de Al Ja'una, cerca de Safad. Tengo cinco años y estoy temblando. Afortunadamente estamos todos juntos: mis hermanos, mis padres y yo, apretados unos contra otros en una camioneta amarilla. Tras conducir durante un cuarto de hora, de repente mi madre comienza a agitarse y a apresurarnos para que regresemos. Tiene un presentimiento. ¿Y si la idea difundida por los programas de la radio egipcia sobre una guerra corta y el regreso a casa dentro de dos o tres semanas no fuera cierta? Mi madre cree en las intuiciones y quiere volver a casa, donde dejó



su dinero y algunas joyas familiares. A partir de ese instante, jamás dejará de dudar.

• SEGUNDA IMAGEN: UNA FOTO

Mi padre la descolgó de la pared para deslizarla en su bolsillo antes de subir a la camioneta amarilla. Se trata de una foto en blanco y negro de un hombre joven de mirada franca. Sus rasgos son finos y en su pecho se puede observar un cinturón de municiones. No lo conozco, pero mi padre me explica que se trata de un gran hombre, Abd Al Qadir Al Husseini, al que todos llaman “El magnífico”. Estudió química en las universidades americanas de Beirut (AUB) y más tarde de El Cairo (AUC). El día en que recibió su diploma, lo hizo pedazos delante del rector, demostrando la poca importancia que le daba a este tipo de documentos. Luego regresó a Palestina, donde se convirtió en uno de los líderes de la revolución (1) árabe de 1936-1939. (2) Murió durante un combate

en Qastal, un pueblo situado cerca de Jerusalén, en abril de 1948, atacado por grupos sionistas. Mi padre colgará esta foto en la pared de todas las casas donde viviremos de allí en adelante, en El Líbano, en Siria, justo al lado de la foto simbólica de Jerusalén, con la Cúpula de la Roca en su centro.

• TERCERA IMAGEN: UNA IDENTIDAD ASEDIADA

A partir de 1948 estamos continuamente en movimiento. Abandonamos Al Ja'una, pasando por Ras Al Ahmar y Bint Jbeil, (3) un pueblo chiíta situado al sur del Líbano. En cada ocasión nos quedamos un tiempo... porque aún tenemos la esperanza de poder regresar. Finalmente emigramos hacia el distrito de Al Quneitra, (4) en el suroeste de Siria. Ese día cae una lluvia torrencial. El pueblo está en lo alto de una gran cuesta. Demasiado cansado para continuar, el conductor de nuestra camioneta amarilla se detiene al lado de una pequeña tienda. Quiere dejarnos allí. La cuesta le parece demasiado empinada y resbaladiza debido a la lluvia y el barro. Mi madre, enfurecida, se opone diciendo, ¡no puede dejarnos aquí bajo la lluvia, en medio de la nada y con todas nuestras cosas! Mientras intentamos hacerlo cambiar de opinión, el comerciante sale de la tienda y lo interpela:

—¡No tiene ningún sentido moral!, le grita. ¡No se atreva a dejar así a una mujer con sus hijos!

El hombre de la tienda es muy alto y, a pesar del abrigo del ejército sirio que le da un aire duro y austero, siento que emana de él una amabilidad extraña, sin duda debido a sus ojos, grandes y azules, y a su larga cabellera. Se presenta como Aïssa. Nos hace entrar en su bodega, temperada por una vieja estufa a parafina. Una mesa, una silla y una estantería llena de libros, ese es su mundo. El té dorado que nos sirve de su vieja tetera oxidada nos calienta hasta los huesos. En la pared, la imagen de un hombre llama mi atención: tiene un bigote anaranjado, divertido. Pero me dijeron que no hiciera preguntas ni molestara a los adultos.

—Ven a verme, pídeselo a tus padres, me dice Aïssa deslizándome unos caramelos en mi bolsillo.

Sin duda comprendió que somos refugiados. Y claro, volveré a menudo a visitarlo en su tienda situada a la entrada del pueblo. Tengo cinco años y me gustan los dulces. Además, quiero saber quién es el misterioso hombre del bigote. Más tarde, ya como viejos conocidos, me atreveré a preguntarle:

—¿Es tu padre?

—No, es un cuadro de Picasso, representa a Stalin.

Pocos meses después, durante el invierno, veré pasar a Aïssa delante de nuestra casa con un asno cargado de *chnan*, una planta seca que sirve para fabricar escobas. Me vuelvo hacia mi padre y le pregunto:

—¿Aïssa se convirtió en vendedor ambulante?

—No... es un comunista —me contesta—. Finge vender *chnan*. Pero fíjate, ¡lo envuelve con carteles políticos!

De ahí en adelante somos *lajiyin*, refugiados. En ese momento el niño que soy no comprende lo que eso significa, ni por qué en la escuela el maestro le pide a los niños palestinos que levanten la mano. Somos cuatro, cuatro extranjeros. El extranjero es aquel considerado por los demás como un ser sin historia, sin cultura, incluso sin conocimiento de las cosas pequeñas de la vida cotidiana. Este estereotipo está tan arraigado en los espíritus del país que nos acoge, que un día en el mercado, un hombre le muestra un pescado a mi madre, preguntándole si por casualidad sabe lo que es. Mi madre, que maneja el humor con arte, le responde:

—Sí, es un vegetal. Hay muchos en Palestina. Lo plantamos en abril y al final del verano...

—¿Y esto? Pregunta el hombre, mostrando un higo, ¿sabe lo que es esto?

—Oh claro, eso también, sigue mi madre en el mismo tono. Pero este viene con la lluvia.

Evidentemente este hombre está convencido de que no sabemos nada de nada. Los extranjeros somos seres aparte.

Seamos claros: en 1948, Siria acogió a los palestinos (5) y lo hizo bien. Teníamos los mismos derechos civiles que los sirios, podíamos ir al colegio, a la universidad, teníamos acceso a todos los empleos, aun en la administración pública, y no sufríamos discriminación. Teníamos además un documento de viaje, un pasaporte. El Estado sirio — que en esa época estaba en el centro de los movimientos nacionalistas árabes— asumía la causa palestina como si se tratara de su “propio” problema. Egipto, y sobre todo el Líbano (6), con palestinos amontonándose en los campos libaneses, no mostraron la misma disposición. A mi tío paterno, refugiado en Beirut, se le prohibió oficialmente ejercer la mayoría de los oficios. Uno de mis sobrinos tuvo que argumentar haber perdido su documento de identidad y hacerse pasar por sirio o libanés para poder trabajar.

A pesar de la dispersión resultante de 1948, los palestinos retomaban continuamente el contacto con sus familias, enviando mensajes a través de las emisoras



Una vida de exilio

de radio. “Me llamo Feisal, y le mando un mensaje a mi tía Samira. No sé dónde está”. A veces la gente se reencontraba, no siempre. De hecho, perdimos a una tía y jamás la volvimos a ver.

En Damasco, éramos una decena de miembros de la familia Darraj. Todos los jueves por la tarde se reunían mis tías y mis tíos con todos sus hijos para tomar té o café y compartir historias de adultos. El humo era denso, la luz lo atravesaba con dificultad. Una vieja radio, colocada sobre la mesa en medio de la pieza, chisporroteaba, y la escuchábamos con atención. De manera espontánea, los adultos hablaban de Palestina, pero también de algún libro o de un eslogan... Contaban su experiencia, evocaban el pasado y el futuro, pero jamás el presente. El pasado, porque trataba de nuestras raíces; el futuro, porque mantenía la esperanza loca de poder volver; pero nunca el presente, porque estaba enfermo. Allí comencé a entender, mediante estas sencillas vivencias, el carácter trágico de la condición

palestina. Ser palestino significa haber sido expulsado de su país sin tener el derecho a volver ni a recuperar sus bienes. Palestina es el lugar que nos han robado. Desde 1916, con el acuerdo Sykes-Picot (7) y un año más tarde con la Declaración Balfour, (8) las potencias mundiales sellaron nuestro destino. Fuimos sacrificados.

Sin embargo, como la inmensa mayoría de las personas a quienes se les quitaron todos los derechos, el palestino se aferra, una y otra vez, a la eterna virtud de la esperanza... Prueba de ello era mi creencia en los años cincuenta de que Nasser militaba por su causa, y que incluso liberaría Palestina en nombre de la nación árabe.

Pero ¿de qué nación árabe estamos hablando? ¿Dónde se encontraban en 1948 los ejércitos árabes de liberación, llamados *Jaish al Inqath*, que prometían que en pocas semanas todo volvería a ser como antes? ¿Qué quería decir *Mako awamer* (“no recibí ninguna orden”) en boca del responsable iraquí que justificaba

así su pasividad ante la llegada de los tanques israelíes a los pueblitos palestinos? ¿Por qué no había recibido ninguna orden? Y, sobre todo, ¿por qué estos ejércitos árabes habían pedido a los palestinos abandonar sus tierras y casas lo antes posible?

Estas preguntas cruciales forjaron el carácter de los palestinos, quienes instintivamente saben que para existir, habrá que ser el mejor; el mejor en la escuela y en la universidad, sin hablar de los negocios, donde los palestinos históricamente han demostrado su habilidad. Muy probablemente, el hecho de que hoy exista un número relevante de millonarios palestinos en el mundo esté ligado a ese deber de alcanzar la excelencia.

Noventa palestinos de Damasco participarían en la creación de la OLP, (9) fundada en 1964. Yo militaba por Palestina, pero no quería estar vinculado a una organización. En ese momento, noté preocupado que los sirios tenían la impresión de que los mirábamos con arrogancia, que éramos presuntuosos e ingratos. Fue el comienzo del desamor entre palestinos y sirios, si bien ellos nunca nos abandonarían y continuarían

militando por la causa, concediendo incluso a la OLP el derecho de establecer campos de entrenamiento en su país para formar a los militantes combatientes, los fedayines, defensores de la causa palestina procedentes del mundo entero. Esta es una de las imágenes más potentes de la historia de los palestinos, el apoyo internacional recibido durante aquellos años. Porque nuestra causa era justa.

Sin embargo, tras la guerra de los Seis Días y la derrota de los países árabes frente a Israel, todo cambió. La esperanza se desvaneció y la realidad del regreso imposible comenzó a imponerse en los espíritus. Poco a poco, nuestra familia abandonó las reuniones de los jueves por la tarde. Y nosotros, que éramos naturalmente alegres y siempre con sentido del humor, nos volvimos tristes y pesimistas.

A partir de 1970, muchos palestinos se fueron a Beirut, donde se encontraba el cuartel general de la OLP. El sur del Líbano se convirtió en la base de los *fedayines*.

Como estudiante en la universidad de Damasco, tenía posibilidades de seguir mis estudios en Europa.

Me atraía profundamente la cultura francesa, de modo que rellené un formulario para solicitar una beca para estudiar en Francia. Me propusieron ir a la Universidad de Toulouse.

• CUARTA IMAGEN: COMISARIO FRANCÉS EN 1973

Perder documentos es algo que le pasa a cualquiera. Pero cuando se es palestino, una pérdida de los papeles de identidad puede tener consecuencias dramáticas. Estaba muy angustiado cuando extravié mi documento de viaje sirio y fui a la comisaría de Toulouse. El comisario me miró de arriba abajo y dijo amenazante:

—¡Sin pasaporte, no puedes quedarte en Francia! ¡Debes regresar de inmediato a tu país!...

Me lo espetó con una crudeza probablemente consciente, pero al mismo tiempo, sentí que quería ayudarme... Sacó un formulario.

—Nombre, apellido... nacionalidad... Siria, entonces.

—No —me opuse—, no soy sirio.

—Ah, entonces eres israelí.

—No, no soy israelí, ¡soy palestino!

Durante unos segundos me miró fijamente en silencio. A continuación prosiguió con el mismo tono neutro:

—Escucha, no conozco un país llamado Palestina. Mira en el mapamundi: aquí están Israel, Jordania, Siria... Pero Palestina no existe.

En ese instante le solté la siguiente frase, cargada de tristeza y cólera contenida:

—Señor, nací en Palestina, en un pueblo llamado Al Ja'una.

El hombre, al ver en mi rostro la expresión de dolor y humillación que sus palabras involuntariamente habían provocado, cambió de tono:

—¿Por qué viniste a Francia? ¿Puedes contarme lo que conoces de la cultura francesa?

Había leído muchas novelas francesas, de modo que comencé a explicarle sobre algunos títulos de Antoine de Saint-Exupéry y André Malraux. Le dije que Sartre había sido traducido al árabe, e incluso mencioné que encontraba a Gaston Bachelard particularmente interesante... Cada vez que citaba a un autor, su rostro sonreía. Concluida la conversación, me lanzó una mira de complicidad y me pidió que le trajera una foto. A continuación, añadió:

—Voy a escribir "refugiado palestino" en el recuadro de nacionalidad.

Ese mismo día obtuve un pase francés.

En Toulouse vivían cuatro palestinos convencidos de que el compromiso político era una parte "orgánica" de sus vidas. Juntos constituimos una rama del GUPS (Unión General de Estudiantes Palestinos), (10) y organizamos conferencias con otros jóvenes estudiantes afincados en Francia que militaban por otras causas en el mundo. Los domingos teníamos un estante en los mercados, distribuyendo volantes y folletos a los curiosos... Responder a las preguntas de la gente que pasaba representaba un verdadero desafío porque hacían muchas. Para ello debíamos conocer muy bien la historia del sionismo, y mis conocimientos sobre el tema eran bastante limitados. Así me puse a leer a muchos autores judíos, entre ellos a Martin Buber o Bernard Lazare.

Durante mis investigaciones, me impresionó particularmente la constante preocupación de los intelectuales de izquierda europeos por justificar moralmente el fenómeno sionista, sabiendo, sin lugar a duda, que el exterminio de los palestinos no podía justificarse en modo alguno. En 1973 mandé un primer artículo titulado "Sionismo y racismo" a la revista de Anis Sayegh, (11) llamada *Shu'un Filastiniya*. (12) Fue publicado.

Mediante mis lecturas traté de reflexionar sobre los fundamentos del sionismo, sin emitir juicios definitivos. Era la única manera de analizar y entender de dónde este movimiento sacaba su fuerza. Comprendí dos cosas importantes: primero, que la fuerza del sionismo no estaba en la ideología, sino en el apoyo que había recibido de Occidente. Sin los europeos ni los estadounidenses, el sionismo no habría tenido tanto éxito. Segundo, tuve que admitir que los palestinos no tenemos los medios de comprender, anticipar y luchar contra esta ideología porque nuestra percepción de los acontecimientos históricos es muy ingenua, y porque pensamos a corto plazo. Para enfrentarse al sionismo hay que saber analizarlo, mirar de cerca sus estrategias a largo plazo, lo que solo hicimos en raras ocasiones. Reaccionamos desde las emociones a una ideología que había anticipado todo, cada detalle, y a la que no le importaba ni el derecho internacional ni la moral.

Tuve la suerte de obtener una beca para realizar un doctorado, y me fui a París, donde encontré todo el material intelectual que necesitaba para trabajar en mi tesis titulada "Alienación y alienación religiosa para el joven Marx". (13) La desposesión del individuo en provecho de la sociedad me fascinaba. Léí todos los libros sobre el tema con la ilusión de que leyendo mucho, comprendería mejor.





Cerca de Safad, años treinta

• QUINTA IMAGEN: MATANZA DE TEL AL ZAATAR, EN EL LÍBANO

Llegué a Beirut en 1975 con una carta de presentación en mano, escrita por un hombre de teatro parisino y dirigida a un hombre político libanés. Este documento debería, según el actor, permitirme entrar tranquilamente al Líbano. Pero el mundo de los artistas franceses estaba lejos, muy lejos de lo que sucedía en Beirut, donde los palestinos a mediados de los años setenta no eran bien vistos. El funcionario al que entregué la carta en el aeropuerto me pidió que me quedara en un rincón mientras él verificaba si mi pase francés me permitía entrar al país. No esperé a que volviera. Tomé mi maleta y caminé sin rumbo, como si nada. Afortunadamente nadie me detuvo. Estaba acostumbrado a episodios como este. Por eso odio las fronteras, no me gustan los aeropuertos, y la palabra pasaporte, como para todo palestino, no tiene el mismo sentido que para el ciudadano común y corriente. ¡A mí siempre me piden la *wathiqa* (el “documento de viaje”)!

En Beirut me encontré con Mahmud Darwish. (14) Darwish era un fabuloso poeta, pero, sobre todo, llevaba la causa palestina en su poesía. Se había convertido, en cierto modo, en portavoz de todos los palestinos. Tuve el inmenso placer de colaborar en la realización de su revista literaria *Al Karmel*. Además, trabajábamos juntos en *Shu'un Filastiniya*, donde cada mes publicaba extensos artículos, como retratos de Noam Chomsky, Albert Memmi, o György Lukács... Gracias a Darwish y sus contactos en la Embajada de Argelia, obtuve un pasaporte para cuatro años.

Trabajaba todo el tiempo, escribía artículos en los diarios libaneses y palestinos, así como en revistas literarias europeas. En Beirut la situación estaba cada día más tensa. La matanza de Tel Al Zaatar, ocurrida en 1976, (15) hizo que todo estallara. Tras dos meses de cerco, las falanges libanesas penetraron en el campo de refugiados palestinos situado al este de Beirut, con cincuenta mil personas, y la milicia ejecutó a muchísimas personas —nunca supe la cifra exacta, algunos hablan de dos mil, otros de cuatro mil muertos—, ¡justamente cuando había sido firmado el acuerdo de paz, y la Cruz Roja se disponía a evacuar a sus habitantes! Para nosotros los palestinos, Tel Al Zaatar supuso la derrota de todos los sueños de solidaridad que el mundo árabe nos había prometido.

A comienzos de los años ochenta, sentimos que algo iba a pasar. Yo mismo recuerdo haber anticipado la intervención de Israel. La colaboración entre el ejército israelí y ciertas facciones libanesas era cada vez más evidente. En 1982 tuvo lugar en Beirut una conferencia de la Unión de Escritores Palestinos a la que uno de los hombres claves de la OLP fue invitado. Nos dijo con claridad que, en el futuro, nuestra situación en Beirut se vería “profundamente amenazada”.

Más tarde, la masacre de Sabra y Chatilla en 1982 puso de rodillas a todos los palestinos de Beirut. Había que irse lo antes posible. Con la matanza de las personas refugiadas en los campos, las falanges y los israelíes nos mostraban la salida, el único camino que nos autorizaban a tomar, el paso obligatorio donde los cazadores se encuentran con los cañones listos: *Mamar Al Ghuzlan* (“El paso de las gacelas”).

Junto con la OLP, once mil palestinos fueron exiliados, esta vez a Túnez. Mahmud Darwish me propuso unirme y continuar allí con la revista *Al Karmel*, pero esta vez me negué. Estaba dispuesto a escribir y dar conferencias, pero no quería unirme a la OLP, prefería ser un hombre libre. Es una posición que valoro y que siempre defendí, hasta hoy: ¡mi libertad de escribir es mi vida! Jamás fui un militante armado; mi arma es la escritura. Obtuve una beca en una universidad húngara, lo que supuso tres años de paz en mi vida.

• SEXTA IMAGEN: EL EXILIO PERMANENTE

Luego de Budapest, no quise regresar a Beirut por miedo a que me mataran. Decidí ir a Damasco, donde conocía bien el medio intelectual. Junto con el célebre dramaturgo Saadallah Wannouss y el novelista Abdelrahman Munif, lanzamos una influyente revista

cultural llamada *Qadiyat wa Shehadat* (“Problemas y Testimonios”).

En 1993, durante un viaje a Ammán, me reencontré con Mahmud Darwish, quien me invitó a participar en el renacer de su revista *Al Karmel*. Trabajé con él durante diez años. Fue una época extraordinaria porque me encontraba en mi universo. En cada número escribía un artículo; ya fuera sobre el patrimonio, la literatura o sobre la memoria colectiva palestina. Llegamos a publicar un libro de trescientas páginas titulado *La Memoria de los vencidos*, con las mejores crónicas de

Al Karmel. Darwish conocía mi interés en la cuestión de la memoria, sin la cual no hay historia ni futuro.

He vivido los últimos veinte años primero en Siria y luego en Jordania. (16) Pasé mi vida en el exilio. El exilio es una residencia provisoria continua, es perder todo sentimiento de seguridad, es sentirse inquieto a cada rato. Desde 1948, hace ya siete décadas, soy un refugiado, un hombre cuya existencia le ha sido confiscada, un hombre inválido. Mi único consuelo es saber que el hombre inválido tiene el poder de meditar sobre la belleza de la luna. ”

(1) Feisal Darraj explica que el período de combates entre 1936 y 1939, llamado *Thawra* en árabe, es decir la “revolución”, es traducido al inglés en los libros como “la revuelta”, aunque todos los palestinos lo llamen “revolución” y no “revuelta”. La palabra “revuelta” tiene una connotación negativa sobre lo que sucedió.

(2) Henry Laurens, *La Question de la Palestine* (La cuestión de Palestina), t. 3: 1947-1967. L'accomplissement des prophéties (El cumplimiento de las profecías). París: Fayard, 2007, p. 73, cuenta que Abd Al Qadir Al Hussein, héroe de la rebelión entre 1936-1939, era el jefe de la milicia Al Jihad Al Muqaddas, creada oficialmente el 25 de diciembre de 1947 para proteger a los pueblos de los ataques sionistas (pp. 32 y 46).

(3) Bint Jbeil, en el sur del Líbano, es una localidad de mayoría chiíta. Destruída y ocupada por las fuerzas israelíes en repetidas ocasiones, será el escenario de una de las principales batallas durante la guerra israelo-libanesa en 2006.

(4) Al Quneitra es una región situada en los Altos del Golán.

(5) En 1948, Siria es una joven república que cinco años antes había obtenido su independencia. En 1949 cuenta con cerca de setenta y cinco mil refugiados palestinos. Ver el artículo de Jalal Al Hussein, “Los refugiados palestinos de Siria”. Afkar / ideas, Estudios de Política Exterior/Instituto Europeo del Mediterráneo, 2013, pp. 20-26.

(6) Ver el artículo de Jalal Al Hussein, “Le statut des réfugiés palestiniens au Proche-Orient : facteur de maintien ou de dissolution de l'identité nationale palestinienne?” (El estatuto de refugiados

palestinos en el Oriente Próximo: ¿factor de mantención o de disolución de la identidad nacional palestina?), en la obra colectiva *Les Palestiniens entre État et diaspora – Le temps des incertitudes* (Los palestinos entre Estado y diáspora. El tiempo de las incertidumbres). París: Karthala, 2011, pp. 37-65. El autor enfatiza la solidaridad del Estado sirio con los refugiados palestinos en 1948, a pesar de que solo representaban el 2,7 por ciento de la población de Siria. Los palestinos constituían el 10 por ciento de la población total en el Líbano, y el 43 por ciento en Jordania en 2003 (cifras entregadas por autoridades jordanas).

(7) Henry Laurens, “Comment l'Empire ottoman fut dépecé” (Cómo el Imperio otomano fue despedazado), *Le Monde Diplomatique*, abril 2003, pp. 16 y 17.

(8) Olivier Compagnon, “Balfour (déclaration 1917)”, en *Encyclopaedia Universalis*, escribe que el 2 de noviembre de 1917, Arthur James Balfour le escribió una carta a Lord Rothschild, presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña, en la que le prometía crear un foco nacional judío en Palestina. El gobierno británico obtendría, gracias a este documento, el apoyo de los bancos judíos de Inglaterra y de los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, cuando se necesitó movilizar fondos importantes. La declaración entra en contradicción con los compromisos que Gran Bretaña había adquirido con los nacionalistas árabes, quienes reivindicaban un gran Estado independiente (acuerdos Hussein-McMahon en 1915 y, fundamentalmente, los acuerdos Sykes-Picot de 1916 que estipulaban poner

bajo tutela internacional los territorios que el Imperio otomano poseía en el Medio Oriente).

(9) La OLP fue creada el 28 de mayo de 1964.

(10) En 1959 Yasser Arafat y Abou Iyad crearon en El Cairo la Asociación de los Estudiantes Palestinos, transformada posteriormente en la Unión General de Estudiantes Palestinos (GUPS).

(11) Para saber más, ver la autobiografía de Anis Sayegh: *Anis Sayegh'n Anis Sayegh* (Beirut: Ed. Riad Al Rayyes), cuya reseña fue publicada en el *British Journal of Middle Eastern Studies*, vol. 1, 455-458, 2011.

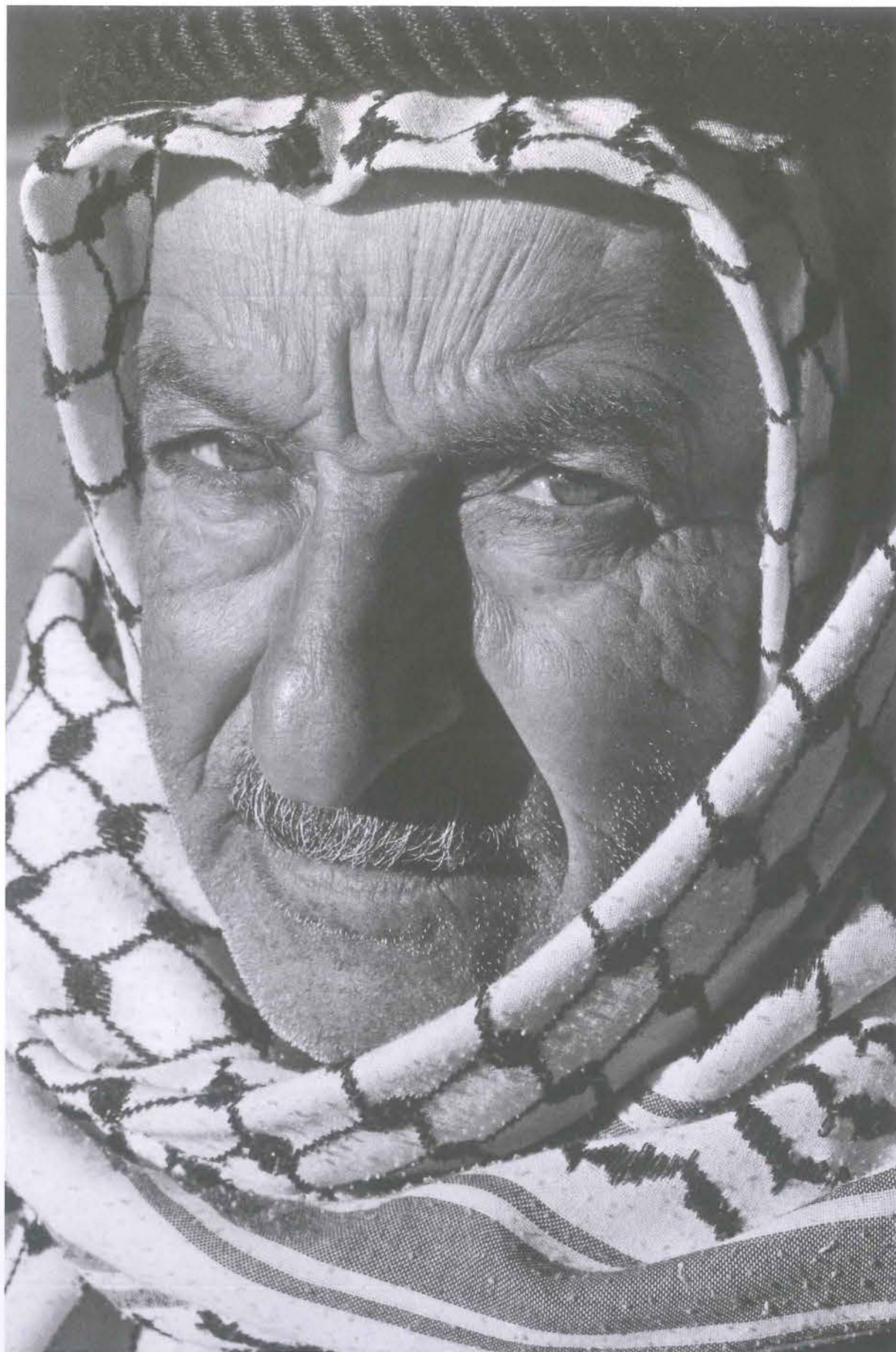
(12) *Shu' Filastiniya* (Asuntos Palestinos) fue dirigida por Anis Sayegh entre 1964 y 1974. La revista, publicada en árabe, tuvo varios directores, desde su nacimiento hasta 1993.

(13) Tesis doctoral en filosofía de Feisal Darraj, dirigida por Alain Guy, Universidad de Toulouse - Jean Jaurès, 1974.

(14) Mahmud Darwish es el poeta palestino más célebre, y uno de los poetas árabes contemporáneos más importantes. En 1960, con diecinueve años, Darwish publicó su primera antología poética titulada *Asafir bila ajniha* (Los pájaros sin alas).

(15) Sobre la historia política del Líbano, ver Roger Azzam, *Trente ans de guerre. L'instruction d'un crime* (Treinta años de guerra. La instrucción de un crimen). Cheminements, 2005, p. 323.

(16) Jalal Al Hussein y Kamel Dorai, “La vulnérabilité des réfugiés palestiniens à la lumière de la crise syrienne” (La vulnerabilidad de los refugiados palestinos a la luz de la crisis siria). *Confluences Méditerranée*, vol. 87, núm. 4, 95-107, 2013.



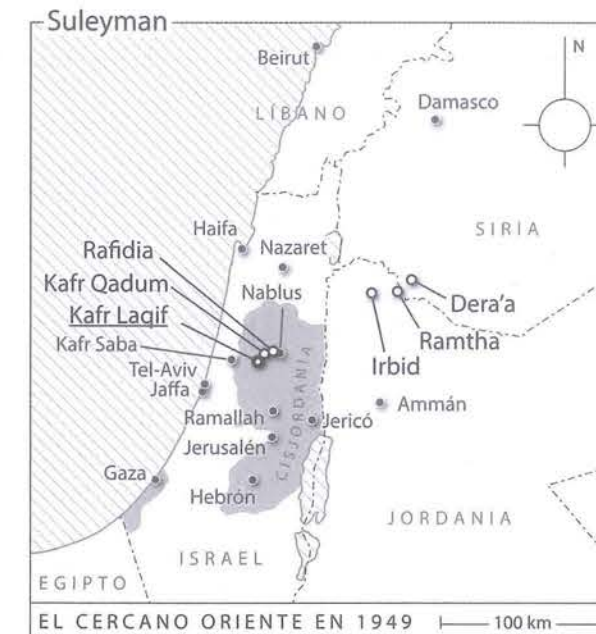
El guardián de los olivos

Suleyman Hassan, 76 años

Con un palo de madera en la mano derecha y el keffieh blanco envolviendo su pelo, Suleyman recorre lentamente los paisajes ondulados del sudoeste de Nablus, siguiendo a su ganado de ovejas. Cada mañana, sube por la senda de olivos que conduce al lugar más elevado de Kafr Laqif. Este pueblito palestino, de aproximadamente mil habitantes, tiene un gran valor estratégico por encontrarse muy cerca del eje Nablus-Tel Aviv, a tan solo 30 km del mar Mediterráneo y cerca del muro de separación. (1)

A las cinco de la mañana, su silueta, tallada como un robusto olivo, se desliza por entre las rocas, se sienta en una de ellas y posa su mirada azul sobre sus árboles, al pie de la colina, desgranando la tierra de color ocre con sus rugosas manos. Una manera de tantearla, de acariciarla, de interrogarla sobre lo que necesita, porque Suleyman siente su tierra; la siente y sabe; sabe porque desde hace setenta y cinco años hunde sus manos en ella, y porque es capaz de predecir la calidad de su aceite antes de la cosecha de la aceituna en octubre. Sus olivos que, desde hace siglos, sus antepasados y luego su padre plantaron y cuidaron con muchísimo cariño. “El Ard”, la tierra, su honor, su orgullo. “El Ard”, sus olivos y su tierra, sus perfumes salvajes de tomillo y salvia. Los 32 370 dunums (2) (3,24 ha) partidos por la mitad, con un camino construido en 1982 por colonos venidos de Irán, Irak, Yemen y Rusia, extranjeros que decidieron, sin pedir autorización y con el apoyo de Israel, instalarse allí usando como pretexto un derecho bíblico. A partir de entonces, Suleyman vio extenderse las colonias y las casas blancas con tejados de ladrillo rojo hasta estrangular sus tierras para engullirlas en algún momento.

Pero Suleyman no es un hombre que se somete a las amenazas. Una estrategia de anexión, aun apoyada por las autoridades israelíes, sigue siendo ilegal según la legislación internacional. Por eso, a pesar del riesgo, este pastor-agricultor palestino defiende la tierra que ama, cultiva y alimenta, reivindicando pacientemente su derecho frente a la policía y los jueces en Jerusalén. Su batalla pacífica, su constancia y su tenacidad lo convirtieron en un hombre respetado, tanto por los palestinos de Kafr Laqif y sus alrededores como por los que todavía hoy intentan someterlo.



“Recibí la carta el 1 de noviembre de 2015. Estaba fechada el 21 de octubre, y me decía que tenía cuarenta y cinco días para responder y oponerme a su decisión de arrebatarle cuatro *dunums* (0,4 ha) de mis tierras. ‘Mis’ tierras, (3) las que mi padre compró y cultivó, y cuyo heredero soy yo. Mis tierras, situadas en Palestina, no en Israel.

Claro que no es la primera vez que tratan de robármelas. Cualquiera sentiría temor de una carta oficial. Yo sé que mis 32 *dunums* (3,2 ha), situadas a la salida del pueblo de Kafr Laqif, interesan a las crecientes colonias que nadie detiene. Así pues, cada vez que intentan expulsarme, acudo al tribunal, aunque me cierren la puerta a mi llegada, con el pretexto de que ya no es hora y que tendré que volver el día siguiente y luego al siguiente. Pero hasta ahora he ganado el derecho a conservar mi tierra, pero solo según el documento oficial. En realidad, ¡son ellos quienes disponen de esta y deciden cuáles son los pocos días durante los cuales puedo acceder a ella para cosechar mis aceitunas!

En 1948, cuando crearon el Estado de Israel, (4) yo tenía cinco años. Por eso, nosotros, los palestinos, lo llamamos "48". Vivíamos en el campo. Mis padres no tenían radio ni televisión, y eran pocas las informaciones que nos llegaban. Solo veíamos a los británicos cuando íbamos a la ciudad...

Éramos diez niños. Saleh, mi padre, era agricultor, vendedor y, sobre todo, descubridor. Le encantaban las nuevas tecnologías aplicadas a la agricultura. Lo llamaban "el embajador" y era muy respetado en toda la región. A menudo se iba con su camello, cargado de sacos llenos de estiércol de cordero para venderlo como abono en Haifa y Jaffa (tanto a palestinos como a judíos, sobre todo europeos, que habían inmigrado entre 1920 y 1930). A finales de los años cuarenta, la sequía había destrozado nuestras cosechas y los pozos estaban secos. Para traer agua, debíamos caminar kilómetros hasta las fuentes de Wadi Qana.

Un día, durante el verano de 1948, decenas primero y luego centenares de personas llegaron a nuestro pueblo. Familias enteras se aglomeraron sobre las tierras no cultivadas. Venían de Kafr Saba, de Arab Abu Kishek... pueblos que a partir de ese momento formarían parte del nuevo Estado de Israel. Desde entonces, una frontera nos separaría de nuestros vecinos de ayer, porque sus tierras formaban parte de Israel y nosotros, de Cisjordania. Ellos habían sido expulsados, nosotros no, por lo menos no ese año...

Aterrorizados por los ataques de los grupos paramilitares y las imágenes de la matanza de Deir Yassin, (5) estos vecinos habían dejado sus casas sin llevarse nada. Pensaban que pronto regresarían tras la liberación de sus tierras por parte de los ejércitos de los países árabes que habían conseguido convencerlos de su fuerza... ¡Pobres vecinos! Estaban tan desprovistos y famélicos que ofrecían sus zapatos a cambio de algo de alimento. Dormían en el suelo y plantaban lo que podían, melones y *faqouss* (variedad de pepinos delgados y largos), por ejemplo, algo que nosotros no cultivábamos por aquel entonces. También recogían madera del bosque para fabricar carbón que vendían barato en invierno. Mi padre se los compraba, lo llevaba a Rafidia (al oeste de Nablus) para revenderlo. Luego iba a Nablus, de donde traía un poco de harina que mi madre transformaba en tortillas para llenar nuestros estómagos hambrientos. No teníamos gran cosa que compartir a excepción de los dátiles que comíamos con agua tibia y pan, la base de nuestra comida diaria. Por entonces, nuestras aceitunas eran aún muy chicas.



Olivares, Kafr Laqif

Estas familias de vecinos permanecieron alrededor de tres o cuatro años en Kafr Laqif. Posteriormente fueron reagrupadas por el UNRWA (6) en campos en Nablus, Ramallah, y Jordania. Otros marcharon en dirección a la Franja de Gaza, al Líbano y a Siria. (7)

En la década de los cincuenta, la miseria y el hambre hicieron que los hombres de Kafr Laqif buscaran otros horizontes para encontrar trabajo. Mi padre y mi tío se fueron hasta Ramtha o Irbid, en el noroeste de la actual Jordania, cerca de la frontera con Siria. También viajaron a Dera'a, en Siria, para plantar trigo. A mis siete años, como no iba a la escuela, yo también pasé algunas temporadas allá. Muy a mi pesar, mi padre no tenía suficiente dinero para enviarnos a estudiar a todos sus hijos. El trabajo era pagado con bolsas de trigo, y yo tenía derecho a recoger lo que caía al suelo. En los días buenos llegaba a recolectar ¡hasta 2 kg! A causa del calor, trabajábamos de noche. Un año, la policía nos impidió cruzar la frontera con Siria, de modo que tuvimos que atravesarla ilegalmente, pasando por un campo de maíz para, a continuación, conseguir un asno y cargarlo con 120 kg de trigo. Me sentaron encima del animal y me ataron con cuerdas para que no me cayera mientras dormía.

En 1956, mi hermano mayor—al igual que otra treintena de hombres de Kafr Laqif—decidió irse a Kuwait, que requería de mano de obra extranjera para construir y desarrollar el país. Uno de nosotros debía irse para que los demás pudieran quedarse. Fue mi hermano Abu Ala'ez, el electricista. El barquero pedía 15 dinares (era mucha plata, unos tres salarios por lo menos). En dos ocasiones lo abandonaron en el desierto. La tercera, pasó. Poco tiempo después, lo siguieron otros tres hermanos. Cada vez que volvían, traían ropa y chocolates. Al principio de la década del sesenta yo también quise ir a Kuwait, pero el calor húmedo era insostenible. Debíamos rociar los colchones con agua para conseguir dormir unas horas. Solo me quedé dos meses, hasta que mi padre me llamó pidiendo que volviera a Palestina. Su voz pesaba, pesaba mucho. Así es que volví y trabajé la tierra. Como era el único de los hijos en Palestina, a fin de que no nos la quitaran, la tierra fue registrada a mi nombre. Si se hubiera inscrito a nombre de uno de mis hermanos afincados fuera de Palestina, habría sido usurpada y ocupada por colonos. Eso es lo que Israel denomina la "Ley sobre los Bienes de los Ausentes".

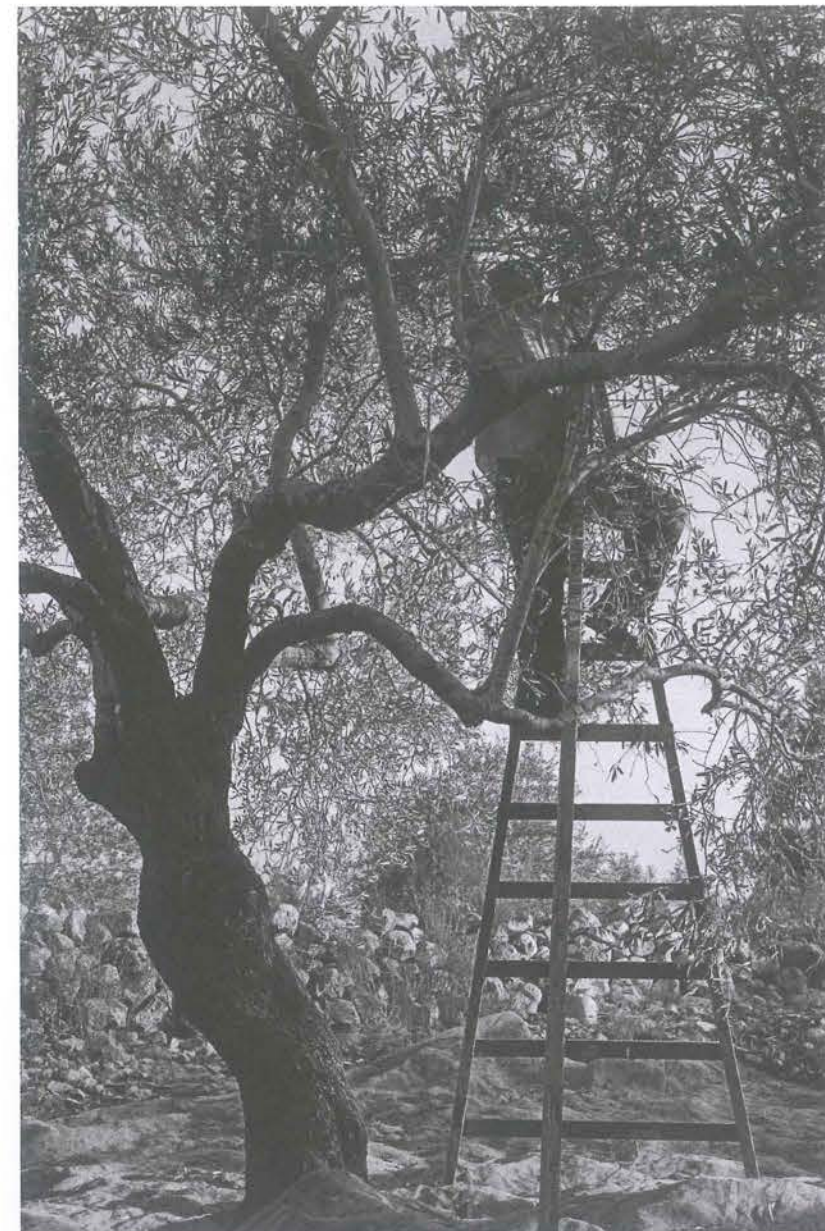
En 1967 me casé con Fawzya, una prima lejana. Mis dos hermanos mayores organizaron la petición de mano. Fawzya y yo nos conocíamos desde tiempo atrás, de modo que enseguida aceptó. Tres meses antes

de que estallara la guerra, nos instalamos en la casa de mis padres, la que contaba con un jardín paradisíaco, con una fuente, un limonero y un granado.

El 5 de junio por la mañana me encontraba trillando cuando, de pronto, un avión de caza israelí pasó volando muy bajo. Tras una vuelta, soltó una bomba sobre posiciones del ejército jordano, allí presente desde 1948. Todos los habitantes de Kafr Laqif salimos de nuestras casas por temor a que nos cayeran encima. Alrededor del mediodía, los soldados del ejército israelí llegaron en todoterrenos, reunieron a todos los habitantes en la entrada del pueblo y nos ordenaron largarnos inmediatamente. Ni siquiera pudimos volver a casa para recoger algunas cosas importantes; nos fuimos con lo puesto. Tomamos la ruta principal, aterrorizados, custodiados por los israelíes, y sin oponer ninguna resistencia. De hecho, desconocíamos el significado de la palabra "resistir". No teníamos armas ni comprendíamos lo que estaba en juego. Todavía hoy me pregunto qué habría pasado si hubiéramos dicho "no" al unísono, si nos hubiéramos opuesto a ese ejército...

Mi padre tomó de la mano a una niña de tres años y a mi abuela en sus espaldas. A medida que avanzábamos en dirección a Nablus, nuestro grupo iba aumentando con gente de otros pueblos. Al final del día éramos varios miles. Llegada la noche, los soldados no querían que camináramos, así que debimos dormir bajo los olivos, cerca de Nablus. Mi padre nos llevó aparte a mí y a mi primo, y nos pidió regresar a escondidas a Kafr Laqif por los senderos (el camino había sido bloqueado, los soldados israelíes nos impedían volver) para buscar comida y frazadas para protegernos del frío. Éramos niños del campo, de modo que, en pocas horas ya estábamos de regreso en nuestra casa. El pueblo había enmudecido.

Comencé por liberar a nuestras quince vacas para que pudieran sobrevivir. Luego, llené una bolsa de frazadas y de harina, y reemprendimos el viaje de vuelta a Nablus. Cuando llegamos encontramos solo al ejército israelí; la familia había continuado su camino, y un soldado nos ordenó volver a nuestra casa. Pero insistimos, ¡queríamos seguir con la familia que ya se había alejado!, pero el soldado nos detuvo y nos mandó de vuelta por donde habíamos venido. En ese momento comprendimos que podíamos volver a Kafr Laqif, que los israelíes no tenían los medios para controlar todo. Mi primo y yo, conociendo los senderos, avanzamos hasta encontrar de nuevo a nuestra familia. Apenas los vi, comencé a zarandearles para convencerlos y grité:



Cosechando las aceitunas

Trabajo en familia



—¡Hay que volver a nuestra casa! ¡Hay que volver! ¡Si no, lo perderemos todo! ¡No podemos dejarlos hacer eso!

Algunos me siguieron inmediatamente, otros estaban aturridos, y las mujeres tenían miedo de las posibles represalias. A mis veinticuatro años, hablé a cada uno de nuestros vecinos; les expliqué que no podíamos someternos así, que era importante reaccionar. Al final, gané. Las pocas mujeres que siguieron su éxodo fueron las que buscaban reencontrarse con un marido ya exiliado. La gente de Kafr Laqif volvió a Kafr Laqif, y los soldados israelíes no se dieron cuenta de nada, estaban demasiado ocupados controlando la frontera. Volver a nuestra casa era en sí un acto de resistencia, éramos totalmente conscientes de ello. Atravesamos las colinas escondiéndonos en los matorrales, y dormimos en Kafr Qadum, tumbados por todos lados. Volvimos a entrar en nuestras casas dos días después, a las nueve de la mañana. Era extraño, en apariencia nada había cambiado en nuestro pueblo, nada. Pero en realidad algo profundo se había quebrado. Todo estaba paralizado. Debíamos estar más alerta, ya nadie nos tomaría por sorpresa —ahora éramos más duros que la roca y por la noche dormíamos con los zapatos puestos—, pero la plata ya no circulaba bien y algunos meses después de haber regresado a Kafr Laqif, entendí que tenía que salir a buscar trabajo. Pensé en Kuwait. Era muy despabilado, atravesar Jordania e Irak no me parecía complicado. Pero en la frontera jordano-iraquí me impidieron el paso y debí regresar. Finalmente, encontré un medio para recuperar un dinero que mi hermano había enviado de Kuwait a Zarqa, al norte de Jordania, donde se amontonaban miles de refugiados palestinos. Disimulé los billetes en el forro de mi pantalón que levanté hasta los muslos, y volví clandestinamente, atravesando las aguas del río Jordán. El ejército israelí disparaba sobre los que trataban de volver. La frontera estaba cerrada.

Luego de 1967, los israelíes confiscaron de facto las tierras de los palestinos que habían debido huir y que jamás podrían regresar. A menudo nos proponían empleos bien remunerados, sobre todo en la construcción. Como los palestinos vivíamos cercados y en la miseria, muchos aceptaron.

En mi caso aún seguía con el cultivo de los pepinos y los olivos, pero no bastaba. Tuve además que ir a trabajar a los naranjales de Jaffa, expoliados por los israelíes, para alimentar a mis diez hijos y darles así la posibilidad de estudiar en las mejores universidades de la región. Sin embargo, todo el dinero que ganamos

allá durante diez años, no vale un céntimo de lo que nos robaron aquí.

La campaña de anexión de tierras comenzó en 1971. Nuestro terreno no estaba cercado, y los colonos pensaron que fácilmente podían hacerse con él. Afortunadamente, mi padre y yo los sorprendimos cuando íbamos a plantar nuestras verduras. Los denunciarnos a la policía para que quedara muy claro que esta tierra nos pertenecía. ¡No se trataba de una tierra abandonada que podían usurpar! ¡Era nuestra tierra! Reclamaron y trataron de hacer presión, pero el responsable debió pagar una multa. A partir de ese momento, nunca más pararon las intimidaciones.

En 1982 vimos aparecer caravanas que se instalaron en mis campos y por todos lados. Unos hombres allanaron el suelo y trazaron un camino que atravesó mi tierra, cortándola en dos; 28 *dunums* de un lado, 4 del otro. El objetivo era facilitar el establecimiento y desarrollo de una colonia ilegal, y luego otra... Por entonces, (8) si un palestino reclamaba su derecho, lo golpeaban. No pude decir nada. Poco tiempo después, muchos colonos procedentes de Marruecos, Yemen, Rusia, Irán e Irak se instalaron con toda su familia en mis tierras. Nunca construyeron un muro, optaron por los alambrados electricados que siempre pueden ser corridos para agrandar el espacio, pues su objetivo es extenderse. Un iraní llamado Moses lideraba la colonia. Se hizo construir una casa sobre una de las colinas desde la que se domina toda la región.

En 1987, un grupo de empresas estadounidenses e israelíes decidió que mi tierra sería ideal para edificar baños rituales de purificación, importantes en el judaísmo. Cuando lo oí, fui a ver a la jueza israelí, quien me espetó:

—¿Por qué no hiciste nada en 1982, cuando construyeron la ruta?

Me quedé mudo... Habrían podido dar la vuelta a mi tierra, pero pasaron justo por el medio, sin duda una estrategia para apropiarse de mi terreno a corto plazo. ¡Evidentemente la jueza lo sabía! Debió darse cuenta de que su observación y consejo eran totalmente incoherentes y perversos, porque terminó sugiriéndome anotar los nombres de los constructores y denunciar a cada uno de ellos. Era fácil, la prensa hablaba del proyecto, solo copié los nombres. Y la construcción fue paralizada en 1988... Pero el papel y la ley no garantizan nada en esta región. El encargado de la seguridad de las colonias me soltó:

—Si queremos tomar un terreno, ¡lo tomamos!

La primera Intifada (1987-1993) había comenzado hacía ya varios meses. Los muchachos que lanzaban piedras eran golpeados por el ejército israelí o asesinados. Las calles estaban bloqueadas. Yo temía por los míos, y les impedía salir por miedo a que los mataran o los llevaran a prisión. (9)

Mis hijos, como mis olivos, tuvieron una vida dura. Los colonos de Guinot Shomron los atacaban continuamente. Una vez, en primavera, regaron la mitad de mis árboles con un producto químico. A los pocos días estaban todos secos y debimos cortarlos y trasplantar. Mi corazón se hizo pedazos porque para que un olivo produzca frutos, hay que esperar siete años... Le escribí una carta a Isaac Rabin, pero nunca tuve respuesta.

En 1991 recibí una misiva que me avisaba que mis 32 *dunums* eran propiedad de lo que ciertos israelíes y los colonos llamaban la "Judea-Samaria". Ese año, muchas tierras fueron confiscadas y las colonias se extendieron de manera dramática, de modo que decidí ir a ver a la jueza para reclamar. Las paredes de su oficina estaban recubiertas con mapas de toda Palestina. Mientras los miraba atentamente, me lanzó:

—Todas las tierras que figuran sobre estos mapas forman parte de la Judea-Samaria. (10) ¡Muéstrame dónde está la tuya!

Me negué. No quería prestarme a ese jueguito. Y seguí denunciando:

—Los colonos cortaron mis árboles...

—Pero tu casa está a 2 km de tu terreno, replicó. ¿Cómo pudiste saber que cortaban los árboles?

—La tierra es llana —respondí— y a las dos de la mañana, cuando solo reina el silencio, el ruido viaja. ¡Por la mañana vi mis árboles masacrados!

Tenía las fotos de los troncos heridos por el hacha, y las extendí sobre la mesa para que las viera. Parecía un campo de batalla. La jueza terminó por aplicar la ley, lo que bastó para pararlo todo. Mi tierra siguió siendo mía, pero tras la invasión de Kuwait por Irak, y los dos años siguientes, mientras los colonos organizaban pícnicos, a mí se me negó el acceso. Fue un momento extremadamente duro para la familia porque todos mis hermanos debieron abandonar Kuwait. (11)

Terminé por acudir a la Cruz Roja, que me consiguió un salvoconducto durante la cosecha, pero ¡tan solo para dos horas! Y no a cualquier hora: desde la siete de la mañana, y rodeado por cuatro vehículos policiales. Cuando me vieron, los colonos enfurecidos me escupieron.

Están dispuestos a todo para dominar nuestras tierras y extender sus colonias. En Jericó, en 1967, el pro-

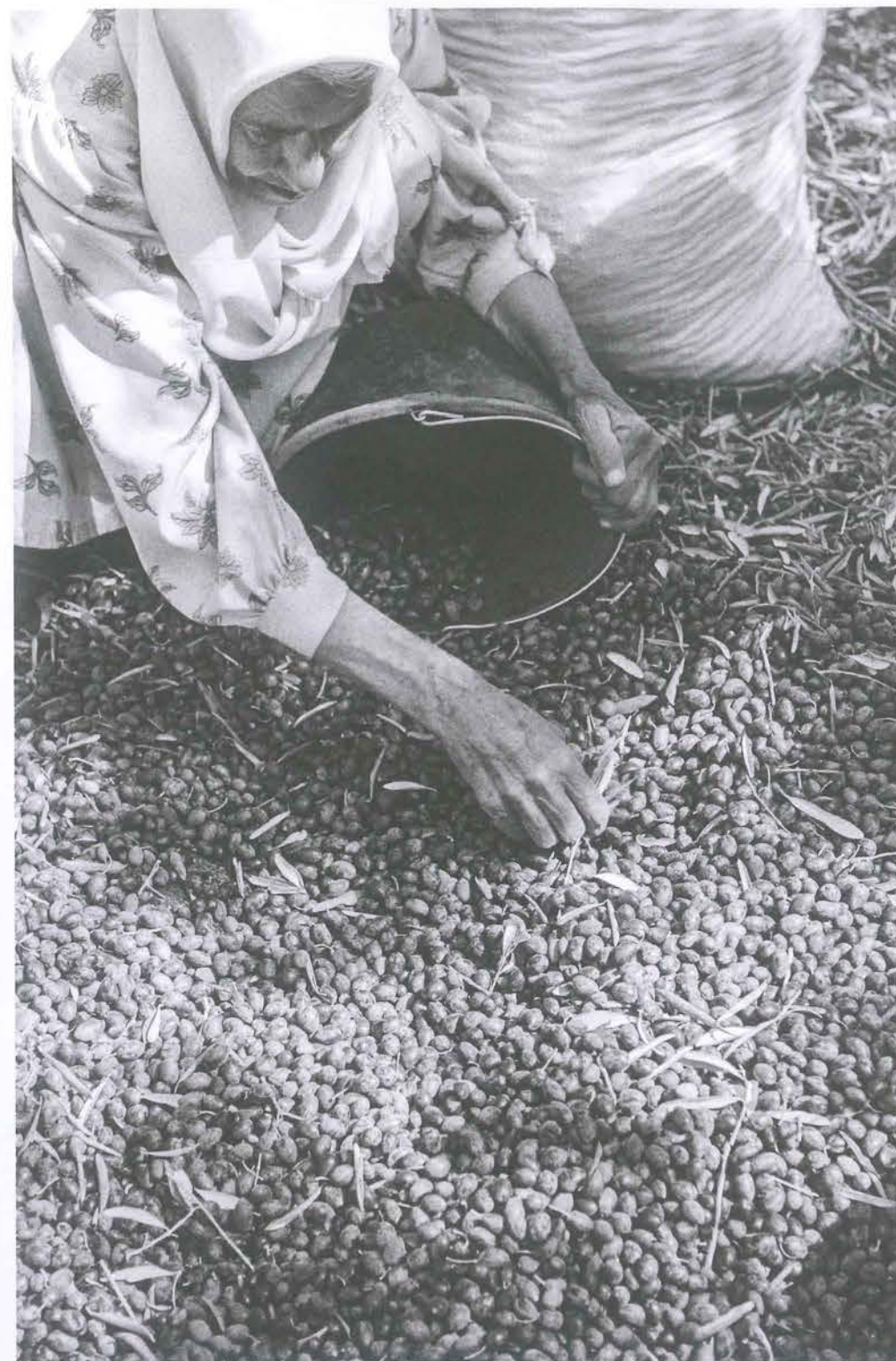
pietario de un terreno, ministro jordano de la época, había fallecido. Encontraron a un campesino con el mismo nombre y lo hicieron firmar la venta en lugar del muerto. No importaba que fuera ilegal, lo que querían era una firma; por eso no firmé jamás ningún papel. No quiero que me maten y después utilicen mi firma para vender mi tierra...

Hace dos años, los colonos diezmaron ciento siete de mis árboles que tenían entre treinta y cincuenta años. Quisieron además construir piscinas. Antes incluso de comenzar, distribuyeron publicidad sobre el proyecto, convencidos de poder hacerlo sin autorización alguna... Pero lo que más me duele es ver cómo, desde el 2000, los derechos de acceso a mis olivos se reducen cada día más. Desde hace algunos años, la asociación israelí "Harakat el Salam", (12) formada por abogados israelíes, nos ayuda cada vez que los colonos nos atacan o amenazan con expoliar nuestras tierras. Reconforta saber que también en Israel hay personas que comprenden nuestro derecho a vivir en nuestra casa. Pero francamente, llamar a lo que nos queda "territorio palestino" es burlarse abiertamente de los palestinos y de los acuerdos internacionales. El mundo entero cierra los ojos cuando Israel o los colonos buscan hacernos desaparecer...

La historia de mi tierra debe ser conocida en toda la región, ya que hace poco, el responsable del ejército israelí de Cisjordania pidió hablarme. Me preguntó cuántos litros de aceite de oliva lograba producir al año. Quería saber si lograba vivir con lo que producía. Le contesté que sí.

Actualmente he perdido el derecho a ir cuando quiera. El responsable de la seguridad de las colonias, un judío iraquí, decidió que solo podría ir seis días al año, ¡un día para el abono y cinco en octubre, para la cosecha de mis aceitunas! Y además, los fines de semana no es posible porque esos días los colonos pasean por mi tierra. Y cada vez que voy, lo hago "custodiado" por cuatro soldados israelíes, que dicen estar allí para protegerme de los colonos. Cinco días es muy poco. Debo recurrir a recolectores para no perder mi cosecha. Mientras tanto, ellos siguen extendiendo la ruta, siempre sin autorización, apropiándose de 1,5 *dunums* adicionales. Ahora esta carta me expropia porque ellos lo deciden así, y porque "el iraquí" tiene los medios para enviar a gente armada donde quiera. Hace algunos meses, con cara de ingenioso, me dijo:

—“Si vendiera sería rico y podría comprarle un auto a cada uno de sus hijos...”



Separando las aceitunas de las hojas del olivo



Retomando fuerzas

(1) Construido por Israel a partir de 2002, el muro en Cisjordania debería llegar a tener una extensión de 700 km y rodear más de cincuenta asentamientos israelíes, donde vive el 80 por ciento de los colonos, y dando así una continuidad a Israel. En 2004, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) declaró que la construcción del muro era ilegal y exigió a Israel que lo destruyera. Sin embargo, esta decisión nunca fue respetada.

(2) El *dunum*, unidad de medida del período otomano, equivalía a 919,3 m². Durante el mandato británico de Palestina (de 1917 a 1948), fue adoptado el dunam métrico, equivalente a 1000 m². Diez *dunums* equivalen a una hectárea.

(3) Salman Abu Sitta, *Atlas of Palestine 1948* (Atlas de Palestina 1948). Londres: Palestine Land Society, 2004.

(4) Los palestinos llaman "48" a la tierra que fue concedida para conformar Israel en 1948. Esta inversión del orden entre espacio y tiempo muestra hasta qué punto ese año 1948 alteró el mundo en el que vivían los palestinos.

(5) El 9 de abril de 1948, 254 niños, mujeres y ancianos fueron masacrados por grupos sionistas en Deir Yassin, cerca de Jerusalén (la cifra de víctimas fue entregada por la Cruz Roja). Henry

Laurens, *La question de la Palestine*, t. 3: 1947-1967, *L'accomplissement des prophéties*, p. 75 (La cuestión de Palestina. El cumplimiento de la profecía), explica cómo esta masacre, que aconteció mientras Palestina todavía estaba bajo control británico, tuvo un efecto traumático sobre toda la población y aceleró el éxodo hacia los países vecinos. Las autoridades oficiales sionistas negaron toda responsabilidad.

(6) La Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Medio (UNRWA, United Nations Relief and Work Agency for Palestine Refugees in the Near East) fue creada por la resolución 302 de la ONU en diciembre de 1949 (las operaciones humanitarias comenzaron en mayo de 1950). Esta agencia respondió a las necesidades de los refugiados de Palestina en salud, educación, ayuda humanitaria y servicios sociales en la Franja de Gaza, Cisjordania, Jordania, Líbano y Siria. Los palestinos son los únicos refugiados en el mundo que no dependen del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados (ACNUR).

(7) El ACNUR les daría más tarde un estatus específico de refugiados.

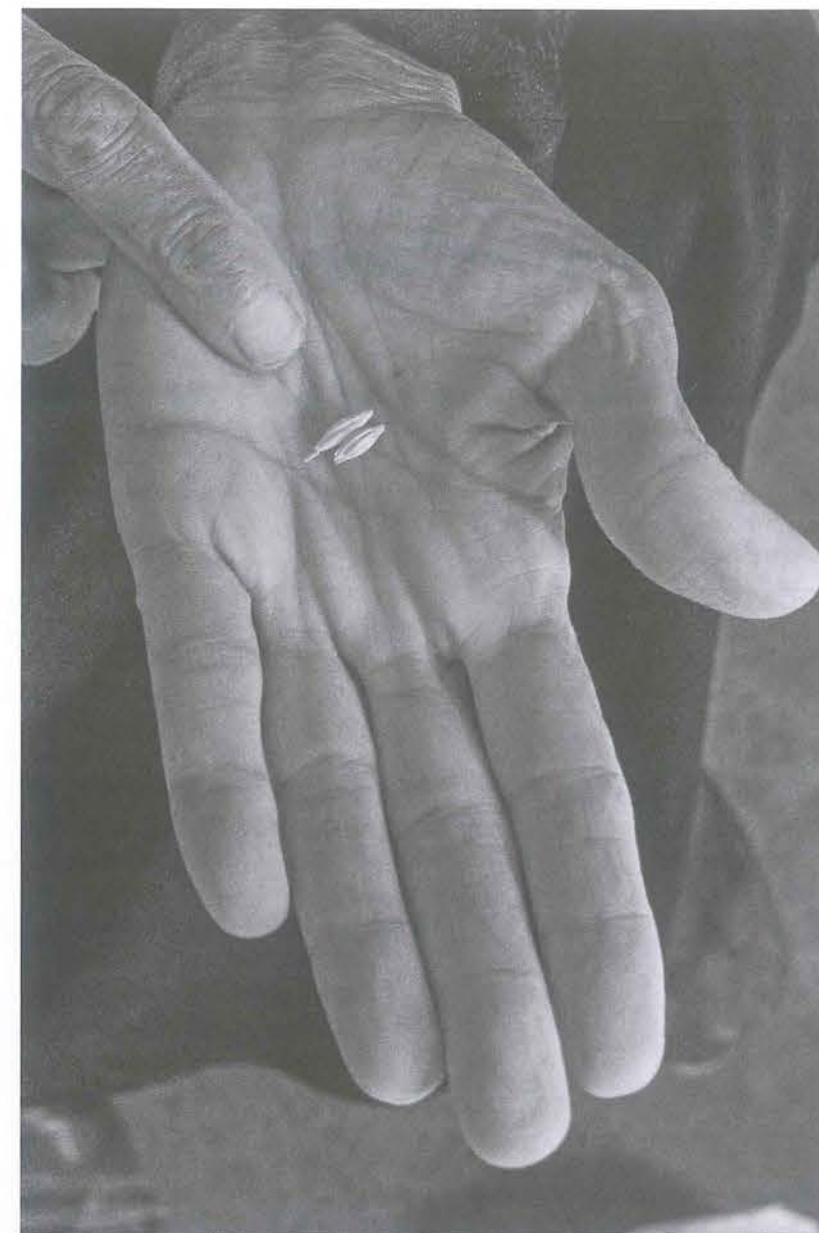
(8) Los gobiernos de Menajem Begin (1977 a 1983) e Isaac Shamir (1983 a 1984 y 1986 a 1992).

(9) Amira Haas, "Broken bones and broken hopes" (Quebrando huesos y quebrando esperanzas), *Haaretz*, 4 noviembre 2005. La periodista israelí habla de la política de Yitzhaq Rabin.

(10) Israel se niega a llamarla Cisjordania, porque considera que se trata de la cuna del judaísmo en referencia a la Biblia. Sus dirigentes ven allí un territorio administrado y disputado desde 1967, mientras que la comunidad internacional lo considera como un territorio ocupado.

(11) En el momento de la invasión iraquí de Kuwait, la OLP (y también Jordania) apoyó a Sadam Hussein. Por eso, la mayoría de los países del Golfo Pérsico boicotearon la mano de obra palestina. Cerca de doscientos mil palestinos tuvieron que salir del país. Los hermanos de Suleyman, como habían dejado Palestina antes de 1967, no pudieron regresar y muchos se instalaron en Jordania donde algunos tenían familiares. Ver Géraldine Chatelard, "Jordan: A Refugee Haven" (Jordania: un asilo para refugiados), *Migration Information Source* (online del Migration Policy Institute, MPI), 31 de agosto 2010.

(12) La asociación "La paz ahora", llamada *Shalom Akhshav* en hebreo.



Semillas de futuro



La militante de Nazaret

Samira Khbais Khoury, 90 años

“Más vale morir de hambre en casa que ser un refugiado que no tiene dónde ir”. Con estas palabras el padre de Samira selló su destino y el de toda su familia en 1948. Decidió a toda costa quedarse en Nazaret porque allí estaba su casa, su tierra, a pesar de que el Plan de Partición de Naciones Unidas de noviembre de 1947 le entregaba a Israel Galilea, cuyo corazón es Nazaret.

En 1948 quedarse no era una decisión fácil de tomar teniendo en cuenta las numerosas y evidentes masacres perpetradas por las milicias sionistas en pueblos árabes de Palestina. Estas masacres fueron utilizadas como arma de la guerra psicológica y de propaganda para asustar a la población palestina y provocar su éxodo masivo. (1)

Samira es una de los diez mil palestinos que permanecieron en Nazaret (de los ciento cincuenta mil que decidieron quedarse en su tierra, transformada en el Estado de Israel en 1948) y que contribuyeron a transformar la ciudad en lo que hoy en día constituye no solo la “flor de Galilea”, célebre porque allí visitó el ángel Gabriel a la Virgen María, sino por tratarse además de “la principal ciudad árabe de Israel”.

La historia de Samira la sitúa en la categoría de los “palestinos de 1948”, a quienes los israelíes llaman “árabes israelíes” (2) y clasifican según su religión, “etnia” o grupo social (cristianos, musulmanes, drusos, beduinos...); toda una serie de etiquetas que buscan eliminar cualquier vínculo entre ellos y los palestinos de Cisjordania, de Gaza o de la diáspora. La división borra así cualquier representación mental de unidad. No reconocer a esta minoría es una forma de evitar imaginar a los palestinos como una nación en una sociedad donde las personas, así como sus derechos, no existen.

Samira es un ejemplo típico de los ciudadanos considerados por Israel de “segunda categoría”, y el millón setecientas mil personas que reivindican la denominación de “minoría palestina” dentro del Estado de Israel, proclamando en voz alta la necesidad de crear un Estado palestino del que Jerusalén-este sería la capital, el reconocimiento de las fronteras que existían antes de la guerra de los Seis Días en 1967, y la posibilidad del regreso de los refugiados.



“ Desde que recuerdo, fui una chica indomable; insubordinada pero buena alumna, rebelde pero generosa. En 1936, a la edad de siete años, recitaba todas las canciones revolucionarias que las maestras de la escuela primaria nos enseñaban, y las seguía de buena gana cuando interrumpían las clases para ir a protestar. ¡Toda Palestina se manifestaba! La Gran Revuelta árabe de Palestina, la llamada *thawra*, la “revolución”, de 1936 a 1939, (3) comenzó en Nablus y más tarde se extendió rápidamente de ciudad en ciudad, a Jerusalén, Nazaret, Hebrón y Belén. Nuestra escuela desfilaba por las calles cantando consignas contra el mandato británico. Vestidas con nuestros hermosos uniformes, gritábamos tanto o más que las mayores: “¡Que se vayan los británicos! ¡Dignidad! ¡No nos traten como mendigos!”. ¡Había que vernos, estábamos tan orgullosas! Más aún en mi caso cuando pasamos frente a la tienda de mi padre, en la Ciudad Vieja, donde encima de la puerta había un cartel que decía en letras grandes:

“Naïm, fabricante zapatero”. Era el mejor en su especialidad en Nazaret, un artesano de renombre que ganaba lo suficiente para alimentar a sus doce hijos, dos niños y diez niñas, de los cuales yo era la mayor.

Mi padre no salía a la calle a protestar, pero participaba indirectamente en la Gran Revuelta transmitiendo mensajes a los grupos escondidos en los pinares de Al Qashli, justo detrás de nuestras tierras, sobre la cresta de la montaña. Envolvía cuidadosamente las cartas en un paño limpio, las colocaba en el fondo de una cesta, y las tapaba con panes, frutas y verduras diversas. Después, me pedía que llevara la cesta hasta una cabaña situada en nuestro huerto, donde crecían para el consumo familiar granados, limoneros y naranjos. Cuando oscurecía, iba hasta los lindes del bosque y pasaba delante de una garita, evitando que la policía británica que vigilaba los alrededores me viera. A la mañana siguiente iba a buscar la cesta vacía, y días más tarde comenzaba de nuevo.

Al principio no tenía ni idea de lo que transportaba. Para mi padre no decirme nada era una manera de protegerme, pues un niño siempre habla demasiado. Pero cuando comprendió que era capaz de guardar un secreto, me contó que había pasado mensajes a los combatientes que se escondían en el bosque. Este fue para mí un gran momento, porque entendí que era parte de los que creaban el vínculo con los miembros de la Resistencia y, al mismo tiempo, que era digna de confianza.

En 1939, tras la Gran Revuelta, vimos llegar a Nazaret centenares de jóvenes mujeres polacas. Lo único que sabía sobre ellas era que habían sido amenazadas de muerte por los alemanes en Polonia, (4) y que venían a refugiarse en Palestina. Las autoridades de la ciudad las habían instalado en el barrio Casanova. Sinceramente, no tenía idea de cuál era su religión ni me interesaba demasiado. En Nazaret nadie preguntaba por la creencia de su vecino, por entonces no era una marca de identidad como hoy en día, sobre todo porque participábamos en todas las fiestas religiosas, fueran las que fueran. En Navidad íbamos a la iglesia, y al final del Ramadán, vestíamos ropa nueva para celebrar la fiesta de Eid. Poco tiempo después, las refinerías en Haifa fueron bombardeadas. La Segunda Guerra Mundial nos había alcanzado y las fuerzas del Eje intentaban debilitar a los Aliados, entre los que estaban Inglaterra y Palestina, esta última bajo mandato británico. (5) Los precios se dispararon, provocando el empobrecimiento rápido de los nazarenos, y lo que producíamos en casa no bastaba para alimentar catorce bocas.

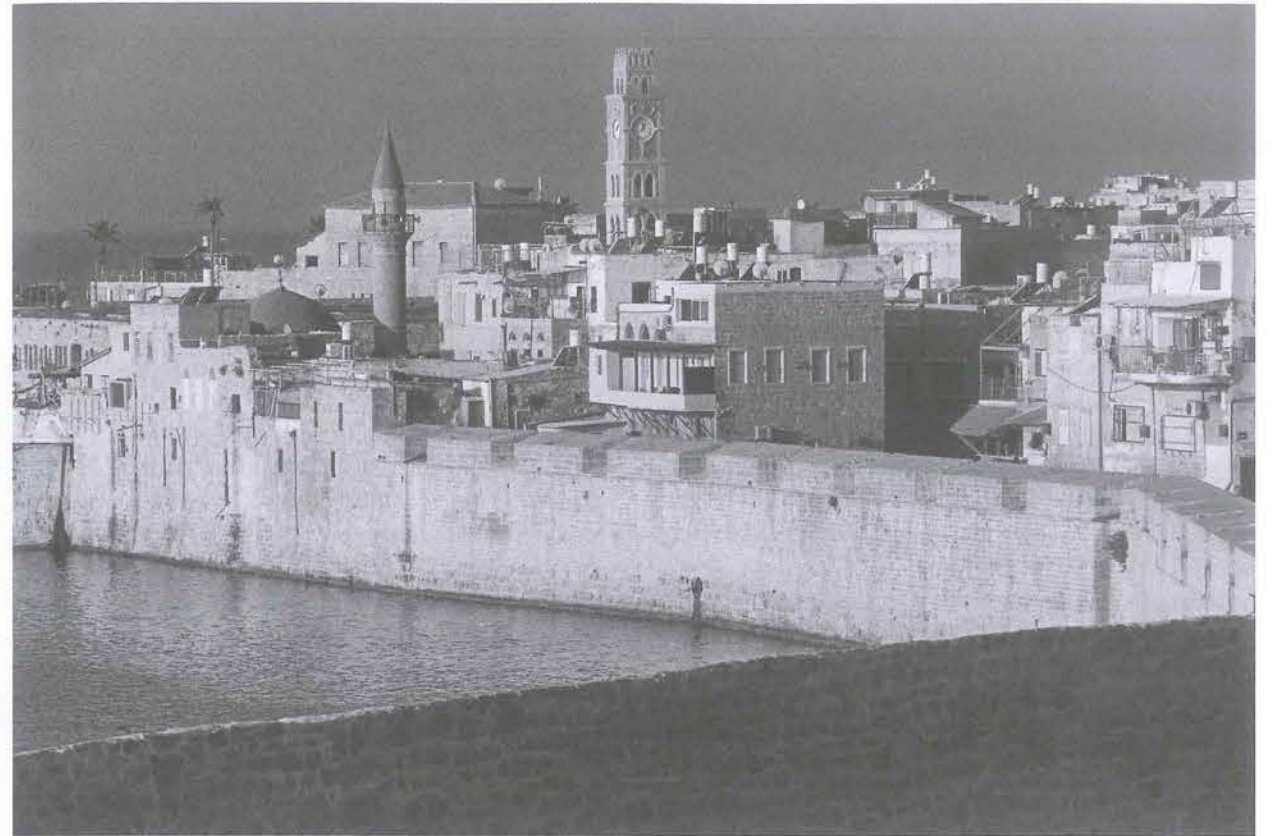
Trabajé duro en la escuela, y mis esfuerzos se vieron recompensados. En 1941, finalizada la primaria pasé un concurso mediante el cual cuarenta alumnas de Palestina fuimos escogidas para ser formadas, durante seis años, como profesoras de primaria. La mitad fueron enviadas a Jerusalén, y la otra mitad a Ramallah. Yo fui parte de las primeras. La suerte me sonreía, muchas niñas de mi edad se quedaban en Nazaret: algunas se iniciaban en la artesanía, otras cosían o trabajaban en la cosecha del tabaco destinado a la fabricación de cigarrillos locales.

El conflicto mundial estaba lejos, pero nosotras desde Jerusalén seguíamos su evolución diaria en el colegio, cuya dirección y profesorado era inglés. Cada tarde nos reuníamos en la sala de estar para escuchar la radio.

En tanto, los movimientos sionistas iban ganando impulso en Palestina. La Haganah, el Irgún y el Stern se organizaban en guerrillas y atacaban a la población árabe que, en respuesta, llamaba a boicotear las tiendas judías. Nuestra escuela se encontraba en la calle Musrara, no lejos del barrio judío, creado en 1874, que los árabes llamaban Al Musherem, por su nombre hebreo Mea Shearim. En 1947, cuando los británicos contrataron a un director y profesores locales durante algunos meses, entendimos claramente que iniciaban su retiro. Los inmigrantes judíos empezaron a lanzarnos piedras y a insultarnos.

Mi formación llegaba a su término y, en principio, debía comenzar a enseñar un año más tarde. Cuando volví a Nazaret, sentí que la gente tenía miedo. Panfletos en árabe circulaban por la ciudad y los pueblos de los alrededores. Entre los sionistas hubo quienes ordenaron que nos fuéramos: “¡Esta tierra es nuestra!, decían, ¡váyanse!”. Otros sin embargo, como los miembros de la Liga de Liberación Nacional en Palestina (6), intentaban convencer a los palestinos para que no abandonaran sus hogares: “¡Los sionistas quieren que te vayas para robar tus bienes!”, gritaban. En Nazaret, la Liga fue puerta por puerta para persuadir a los habitantes de que se quedaran, pero la mayoría desconfiaba de ella porque, al igual que la Unión Soviética, esta se había mostrado partidaria del Plan de Partición de 1947 cuando la mayoría de los palestinos se había opuesto.

En septiembre de ese mismo año recibí una carta del gobierno en la que me asignaban destino como maestra en Acre. Fue un cambio importantísimo en mi vida. En esa época no estaba bien visto que una mujer joven fuera a instalarse sola en otra ciudad. La mayoría de



Acre

las veces la familia intentaba seguirla, pero en mi caso no era posible, ¡ni hablar de imponerles una mudanza a mis once hermanos y hermanas! Afortunadamente, había un autobús que iba de Nazaret a Haifa todos los días. Por la mañana llevaba a los obreros de la refinería y, por la tarde, los traía de vuelta. A mis diecinueve años, encontraba divertido ser la única mujer en compañía de unos cincuenta hombres. Tranquilicé a mis padres. No, no tenían de qué preocuparse. En el autobús era muy respetada, y cuando por casualidad me retrasaba unos minutos, los otros pasajeros le pedían al chofer “que esperara a Samira”. El autobús me dejaba a la entrada de Acre, y yo terminaba el trayecto en carreta o a pie.

La ansiedad era cada día más grande. Oíamos hablar de violaciones, ejecuciones sumarias y destrucción de pueblos enteros. (7) Palestina sangraba, el país se vaciaba. Todavía hoy se me encoge el corazón al pronunciar los nombres de ciudades o pueblos como

Saliha, Deir Yassin, Abu Shusha, Tantura, Deir Al Asad o Majdal Krum. El efecto sobre los palestinos fue inmediato. Los habitantes, aterrorizados, huyeron precipitadamente en busca de un lugar seguro. Unos meses antes de abandonar Palestina, el 20 de enero de 1948, los británicos anunciaron que “Gran Bretaña planeaba entregar tierras a cualquier grupo predominante en la región”, (8) lo que desencadenó una gran oleada de violencia.

Conforme al Plan de Partición, en teoría Haifa formaba parte de Israel, y Acre de Palestina. (9) En abril del mismo año, los palestinos de Haifa tuvieron que huir en barcos puestos a disposición por los británicos con destino a Acre, un gesto que mostraba claramente de qué lado estaban. En Acre habíamos visto llegar a familias enteras que huyeron con lo puesto y una maleta, a lo sumo. Las acomodábamos donde encontrábamos sitio: en la escuela, la mezquita, la iglesia, o en las casas y patios de los habitantes de la ciudad.

Era desgarrador asistir impotentes a su desconcierto sabiendo además que seríamos los próximos afectados. Y así fue. Poco tiempo después fue el turno de Acre de ser atacada por la organización armada sionista Etzel. (10) Aquel domingo cayó una bomba sobre la prisión situada justo en frente de la escuela donde yo enseñaba. Los presos se escaparon. Reinaba la anarquía.

Aproveché la primera ocasión que tuve para regresar a Nazaret, donde el pánico era absoluto. Los habitantes de Eilaboun, As Safriya, Ma'aloul, Bisan, y de todos los pueblos atacados o destruidos de Galilea, venían a Nazaret buscando refugio. En pocas semanas, la población se duplicó. Luego llegó el momento en que los nazarenos también pensaron en huir. ¿Pero dónde? El alcalde de la ciudad, Youssef Fahoum, llamó a sus conciudadanos a quedarse, pero no logró convencer a todos. La decisión de mi padre estaba clarísima desde hacía tiempo: la familia entera, padres e hijos, además de abuelos, tíos, tías y primos, todos se quedarían. Ni hablar de abandonar nuestra casa y nuestra tierra. Hoy entiendo que, para mis padres, esta tuvo que ser una decisión muy difícil. Mi madre lloraba. Había oído hablar de violaciones perpetradas por los sionistas y se angustiaba por sus diez hijas. La única que se marchó fue mi hermana menor, Geneviève, casada con un jordano y embarazada de su primer hijo. Tuvo que caminar hasta el Líbano y, desde allí, un vehículo la llevó hasta Jordania. Mis padres no volverían a verla hasta después de 1967. Por mi parte, solo me reencontré con ella cuarenta y seis años más tarde, en 1994.

Entre mayo y junio de 1948, se acabó el trabajo. Cada día la radio daba noticias diferentes. Nos preparábamos para lo peor. Un día los sionistas de Etzel renunciaban a Tiberías en Galilea, poco tiempo después lo recuperaban y controlaban también Safad. Al día siguiente, Safad era vaciado y los habitantes de Tiberías se refugiaban en Nazaret.

Hasta que llegó el 16 de julio. Aquel día vinieron hombres, muchos hombres, como una ola que se formaba tras los bosques. Estaban por todas partes, en todo momento. Vestían como nosotros, lo que nos hizo pensar que forzosamente eran árabes. ¡Serán miembros del Ejército Árabe de Liberación —denominado *Jaish al Inqath*— que vienen a defendernos!, decíamos. Algunos de los nazarenos comenzaron a aplaudir, pero rápidamente dejaron de hacerlo. Tras el puesto de vigilancia policial, los presuntos liberadores comenzaron a desfundar sus rifles y a disparar: ¡eran sionistas disfrazados, vestidos como palestinos! Mi tío, que trabajaba

en el campo cerca de nuestra casa, intentó esconderse pero, subiendo la escalera que le permitía pasar directamente de una terraza a otra, una bala lo alcanzó. Se desplomó dando un grito que todos oímos. Murió antes de que llegáramos. Conmocionados, necesitábamos urgentemente encontrar la forma de enterrarlo. En aquella época no teníamos teléfono, de modo que corrí colina abajo hacia la carretera, avanzando entre los cactus y escondiéndome como podía, para advertir al resto de la familia. Pero los que venían a matarnos me habían visto, y me apuntaban. No sé cómo logré llegar, me temblaba todo el cuerpo. Mi tío fue enterrado a medianoche, en la oscuridad.

Para evitar un baño de sangre, Nazaret se rindió. Por eso, la ciudad no fue vaciada de todos sus habitantes. (11) El campamento militar de Al Maskubieh sirvió de cuartel general al estado mayor israelí que decretó la ley marcial (estado judicial de excepción, con administración bajo reglas militares) para todos los palestinos que se encontraban en el nuevo Estado de Israel. (12) Como muchos otros, nuestras huertas y vergeles nos proporcionaban algo para comer. Hasta separábamos los granos destinados a los animales para sacar un poco de harina. Sin embargo, al cabo de dos meses, todo se acabó y el hambre comenzó a arrastrar su sombra por la ciudad.

Una delegación formada por el alcalde y los líderes locales nazarenos se dispuso a negociar con los militares israelíes y consiguió obtener la autorización para reabrir algunas tiendas. Nos dieron cupones alimentarios.

Junto a otras siete mujeres, creamos una asociación llamada *Nahda*, “despertar” en árabe, para abrir un lugar donde todos los refugiados que llegaban a Nazaret pudieran dormir. Con frecuencia organizábamos manifestaciones para expresar nuestra oposición a la ley marcial, exigir pan y leche para nuestros niños y trabajo para nuestros maridos. Las autoridades terminaron recibiendo a nuestra delegación para ofrecernos trabajo en Ramle cosechando cítricos, aceitunas y sésamo. Pudimos enviar a ochocientas personas. Poco después, a pesar de la ley marcial que estuvo vigente hasta 1966, obtuvimos el derecho a salir de la casa, reabrir las escuelas y recuperar el acceso libre al agua.

Algunos nazarenos que habían huido antes de julio de 1948 fueron lo bastante temerarios como para atreverse a regresar, instalándose al este de la ciudad. Hablo de temeridad porque lo pagaron caro. Una noche de abril de 1949, a las tres de la madrugada, centenares de soldados israelíes armados invadieron sus casas,

destruyendo los suministros de arroz, azúcar y harina, desparramando el aceite, rompiendo mesas y sillas, y finalmente deteniendo a los hombres para encarcelarlos. El barrio estaba bloqueado y solo había una salida que daba a las montañas, incitando a las familias a que tomaran esa dirección. Apenas nos enteramos de lo ocurrido, las mujeres de *Nahda* nos reunimos en la plaza de Al Maskubieh con las mujeres y los niños de aquellas familias. Rápidamente se unieron centenares de habitantes que vinieron para apoyar. Los soldados, a caballo y equipados con garrotes, trajeron vehículos para evacuar a todo el mundo, mientras nosotras, tiradas en el suelo gritábamos: “¡Pásennos primero sobre el cuerpo!”, “¡liberen a nuestros maridos!”. La resistencia duró seis horas. A las cuatro de la tarde, la mayor parte de los hombres fueron liberados. Finalmente, las familias del este de Nazaret pudieron quedarse. Pero, más tarde, la concesión de la ciudadanía por parte de Israel los convirtió en “casos especiales”: su carné de

identidad estaría escrito con tinta roja, mientras que el nuestro, con tinta azul. Se trataba de una manera de identificar —y separarnos— a los que huyeron en 1948 y luego regresaron, de quienes decidimos quedarnos allí desde el inicio.

En 1949, *Nahda* entró en contacto con la organización de Mujeres Progresistas, una asociación de mujeres judías que ya existía antes de la creación de Israel. Como nosotras, militaban por el regreso de los refugiados palestinos. Teníamos mucho en común. Querían formar parte de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (13), con voz ante Naciones Unidas, y que aquel año organizaba su Congreso en París. La Federación nos explicó que no podía integrar dos asociaciones del mismo país, aunque en la práctica las mujeres palestinas-israelíes y las mujeres judías-israelíes estuvieran separadas. Nos aconsejaron fusionarnos, de modo que fue lo que hicimos en 1951. Decidimos llamarnos ‘Movimiento Democrático de Mujeres’, lo

Procesión, Domingo de Ramos



cual trajo consigo críticas muy fuertes por parte de los palestinos fuera de Israel. La diáspora pensaba que no debíamos quedarnos en Israel cuando, para nosotros, era al contrario, se trataba de un acto de resistencia. La prueba es que en 1948 éramos ciento cincuenta mil palestinos en Israel y hoy somos un millón setecientos mil, es decir ¡diez veces más! Ser numerosos es nuestra manera de triunfar, aunque sea silenciosamente... Por entonces, los medios de comunicación no eran los de hoy, estábamos divididos geográficamente, y las discusiones eran difíciles. Los discursos de unos y otros nos dividían, aun cuando defendíamos una sola identidad palestina.

En el Movimiento Democrático de Mujeres conocí a Yukhaivit y su marido Benyamin Gonen, inmigrantes en Palestina desde comienzos de 1930, cuando tenían cuatro y cinco años respectivamente. Ella huyó de la Alemania nazi; él, de Polonia. Fieles a la línea política de la Unión Soviética, ambos militaron por la creación

de dos Estados en 1947, Israel y Palestina, lo que en aquel momento fue rechazado por los líderes palestinos. Yukhaivit y Benyamin me contaron la historia de cómo sus familias, de origen pobre, migraron a Palestina gracias a la ayuda substancial de la Agencia Judía (14) que les pagó el viaje en barco hasta Haifa y su instalación en un departamento del barrio Halisa, donde vivieron con otras cinco familias de correligionarios inmigrantes, cada una de ellas en una habitación. Según Yukhaivit, el comportamiento de los gobernantes europeos tras la Segunda Guerra Mundial tenía mucho que ver con el Holocausto. Sentían vergüenza de haber permitido que algo semejante ocurriera en Europa. Para calmar el sentimiento de culpa general, los vencedores de la guerra decidieron de mutuo acuerdo dar a los judíos la posibilidad de crear lo que tanto tiempo llevaban pidiendo: un Estado.

Escuchándola entendí que ese argumento estaba por encima de la reflexión sobre las consecuencias, por

catastróficas que fueran, que aquello tendría para nosotros, los palestinos. Europa lavaba su conciencia sacrificándonos y negándonos.

De hecho, Benyamin recordaba el que la idea de crear dos Estados en Palestina comenzó en abril 1947 cuando el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andréi Gromyko, declaró ante la Asamblea General de las Naciones Unidas “el desastre y sufrimiento sin precedente” al que el pueblo judío había sido sometido durante la Segunda Guerra Mundial. (15) Benyamin insistía que la construcción de una idea absurda muy presente en todos los espíritus, la de “una tierra prometida por dios a los judíos”, estaba claramente basada en dos hechos: la fuerza del movimiento sionista instalado en Palestina desde finales del siglo XIX, y a la vez la debilidad de su defensa por parte de los países árabes. Según Yukhaivit, (16) esa consigna les bastaba a los inmigrantes judíos para justificar la apropiación de las casas y los bienes de los palestinos, sin cuestionamiento. La “voluntad divina” era la perfecta justificación.

La vida en Nazaret bajo la ley marcial se volvía cada vez más insoportable. El 1 de mayo de 1958, las autoridades nos prohibieron organizar manifestaciones, pensaban hacer una fiesta en la plaza central a la que invitaron a personas claves de la sociedad civil y religiosa, los *mokhtares* y los *jeques* de todos los pueblos cercanos, así como a corresponsales de la prensa extranjera, para mostrar hasta qué punto la población era feliz bajo la ley marcial israelí. Pero los “felices” eran pocos. La mayoría asistió por miedo o porque pensaban que era una manera de ser bien vistos. El temor y el oportunismo hacen buena dupla en semejantes momentos. Muchos se negaron a acudir, y la fiesta fue breve. Algunos jóvenes comenzaron a lanzar piedras sobre los que fingían festejar. Fue nuestra “primera Intifada”, (17) nuestra guerra de pedradas dentro de Israel. Dos mil personas vinieron de los alrededores y ese 1 de mayo, al mediodía, iniciamos en la fuente de la Virgen María una marcha que, a pesar de algunos enfrentamientos con el ejército, duró hasta la medianoche.

Mis amigas del Movimiento y yo nos oponíamos a las reglas militares y defendíamos nuestros derechos como mujeres, pero también nuestra supervivencia como minoría palestina y nuestro derecho a quedarnos en Nazaret. A menudo íbamos en grupo a recorrer los pueblos vaciados, animando a quienes habían decidido quedarse a que afirmaran su identidad, y a quienes habían huido de Palestina por temor a las masacres, a que regresaran. Si bien la mayoría de palestinos no

tuvieron la opción de reinstalarse en sus pueblos ahora despoblados (18) —Al Mujaydal, Safuriyya o Ma'alul entre otros—, los que volvieron se establecieron en las colinas frente a estos, un gesto de enorme valentía que exigía, cuanto menos, el respeto de todos.

Aquí, en Nazaret, en 1953 las autoridades israelíes intentaron integrar a los inmigrantes judíos que llegaban de Europa y Rusia, construyendo el Nazaret Ilit (Nazaret, Ciudad Alta, en árabe) que debía convertirse en el símbolo del desarrollado asentamiento judío de Galilea (19). Nazaret se extendía sobre 43 000 *dunums* (20) (4300 ha), de los que Ilit tomó 36 000. La idea de las autoridades israelíes era no mezclar a las poblaciones. Pero el plan no funcionó. Hoy, entre el 23 y 30 por ciento (21) de los habitantes de Ilit son palestinos de Israel. Nazaret, la principal ciudad árabe de Israel, es muy apreciada por los israelíes de origen europeo oriental, de la ex Unión Soviética y de América Latina. Su apego a las tradiciones cristianas es sobre todo visible en Navidad, cuando sus hogares se llenan de árboles de pascua y guirnaldas.

Con el paso del tiempo, el Movimiento se fue acercando a otras organizaciones de mujeres israelíes, entre las que se encontraban las madres judías opuestas a la formación de sus hijos en el odio durante el servicio militar, o las que se oponían activamente al crecimiento del número de colonias. Entre ellas se encontraba Tzefira Yonatan, (22) hija de un profesor judío ucraniano huido de los pogromos y emigrado a Palestina en 1923; Tzefira nació en Jerusalén. Después de 1948 militó activamente para que sus amigos palestinos pudieran retornar a los pueblos de los que habían sido expulsados como consecuencia de las operaciones militares de ese año. Tzefira se oponía firmemente al cambio de nombre de los pueblos por parte de Israel para borrarlos de la memoria. La conocí en 1973, poco después de la muerte de su hijo de veintiún años durante la guerra del Kippour, a raíz de una carta enviada a un periódico israelí en la que, como madre, señalaba no guardar rencor al asesino de su hijo, porque quizás se trataba de uno de los habitantes de un pueblo destruido por los sionistas. Tzefira decía querer conocer a las mamás originarias de esos pueblos. En semejante contexto, esta era una carta fuerte y valiente. Pero recibió muchas críticas. Ella, sin embargo, se mantuvo firme. Como yo, participó en los “Puentes de la paz” a partir de 1974.

En 1976, justo después de la expropiación de 25 000 *dunums* (2500 ha) de nuestras tierras situadas en Galilea, nos unimos a una huelga celebrada en el Día de

A la vuelta de la esquina



la Tierra. La participación fue masiva, extendiéndose por Cisjordania y la Franja de Gaza. (23) Todos los palestinos nos sentíamos afectados. Aunque vivíamos en Israel, nos sentimos parte de la primera Intifada, que tuvo lugar en Cisjordania en 1987, y militamos por la creación de un Estado palestino independiente para los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza. Vivir en el marco de las fronteras definidas por Israel no nos excluye de ser y sentirnos palestinos.

En la década del noventa, junto con mujeres judías, formamos el movimiento llamado “Mujeres de negro”, (24) seguido años más tarde por otro, denominado “Hijas de la paz”. (25) Era nuestro modo de participar en las negociaciones de paz que culminaron en Oslo, en 1994.

Sin embargo, todo pareció morir a principios del 2000 con la masacre de jóvenes palestinos. (26) A partir de entonces, nos distanciábamos de las organizaciones israelíes que habían sido compañeras nuestras durante

los movimientos por la paz. Nos sentimos totalmente fracasadas con la colonización oprimiente, la represión sangrienta en los territorios ocupados, nuestra marginación en Israel, y la evidencia de no poder hablar del retorno de los refugiados.

Recientemente, en 2014, otro movimiento vio la luz, el llamado “Mujeres de blanco”, que militaban “por la paz”. Era bastante espectacular. Pero lo cierto es que la palabra ‘paz’ ha perdido todo su sentido. Tras su creación, intentamos acercarnos a ellas para tratar de convencerlas de la urgencia de ser honestos, de detener las manipulaciones y mentiras: la paz solo existirá si creamos dos Estados independientes, Palestina e Israel, manteniendo las fronteras establecidas por Naciones Unidas en 1967 y designando Jerusalén Oriental como capital de Palestina, y Jerusalén Occidental como capital de Israel. Y solo si abordamos cuestiones centrales como el retorno de los refugiados. Solo esa paz, la verdadera paz para todos, será aceptable por todos. ”

(1) Ver los libros de Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Madrid: Crítica, 2008; y de Nur Masalha, *The Palestine Nakba, Decolonising History, Narrating the Subaltern, Reclaiming Memory* (La Nakba palestina. Descolonizando la historia. Narrando y recuperando la memoria subalterna). Londres y Nueva York: Zed Books, 2012, sobre el papel central que tuvieron las masacres y la estrategia de la limpieza étnica en el éxodo de setecientos cincuenta mil palestinos en 1948.

(2) Laurence Louër, *To Be an Arab in Israel* (Ser un árabe en Israel). Londres: Hurst, 2007.

(3) Ver Ted Swedenburg, “The Role of the Palestinian Peasantry in the Great Revolt (1936-1939)” (El papel de los campesinos palestinos durante la Gran Revuelta de 1936-1939), en Edmund Burke III and Ira Lapidus (Eds.), *Islam, Politics, and Social Movements* (Islam, políticas y movimientos sociales). Berkeley: University of California Press, 1988, pp. 169-203.

(4) Invasión de Polonia, en septiembre de 1939.

(5) Las fuerzas aéreas italianas tenían el objetivo de atacar las zonas controladas por los británicos en Oriente Medio. Los objetivos principales eran las refinerías y los puertos palestinos.

(6) Sobre la Liga nacional de liberación en Palestina, partido fundado en 1944 por miembros árabes del Partido Comunista palestino, ver Johan Franzén, “Le Yishouv et le ‘yishouvisme’” (El Yishuv y el ‘yishuvismo’), *Revue d'études palestiniennes*, 104, 2007, “La posición comunista oficial frente al proyecto sionista en Palestina al comienzo del mandato británico era la de la

hostilidad sin reserva [...]. Pero esta posición cambió entre 1940 y 1947 [...] En 1947 la colonización judía se justificó argumentando que el proletariado judío de Palestina se transformaría en una vanguardia socialista y elevaría el nivel político de los árabes [...]. Sobre el mismo tema, ver la tesis de Laurent Rucker, “L'URSS et le conflit israélo-arabe, 1941-1956” (La URSS y el conflicto árabe-israelí, 1941-1956), París X Nanterre, 1999.

(7) Ari Shavit, “Survival of the fittest” (La supervivencia de los más fuertes), entrevista con Benny Morris), *Haaretz*, 8 de enero de 2004.

(8) Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*, op. cit., p. 375.

(9) El 13 de mayo de 1948, la Haganah emprendió, en el oeste de Galilea, una operación militar conocida como Ben-Ami, con el fin de retomar Acre (que en ese entonces tenía doce mil habitantes), así como toda la llanura costera hasta la frontera libanesa. Acre cayó ante la brigada Carmeli el 18 y 19 de mayo. El grueso de la población huyó, y de las cinco mil a seis mil personas que se quedaron, muchas eran refugiadas de Haifa.

(10) Fuerza armada sionista en Palestina bajo mandato británico, el Irgoun, cuyo nombre completo es Irgoun Zvai Leoumi (en hebreo “organización militar nacional”), a menudo llamada IZL por sus siglas (y pronunciado Etzel). Cercano de la derecha nacionalista, tenía como objetivo la construcción de un Estado judío a ambas orillas del río Jordán, incluyendo la actual Jordania. Etzel fue creado en 1931 tras una cisión de la Haganah. Luego

de 1948, la inmensa mayoría de sus miembros fueron integrados al ejército israelí.

(11) Ver John B. Quigley, *Palestine and Israel: A Challenge to Justice* (Palestina e Israel: un desafío para la justicia). Durham: Duke University Press, 1990, p. 83. Ver también el artículo de Jonathan Cook, “Why Israel has silenced the 1948 story of Nazareth's survival” (Por qué Israel ocultó la historia de la supervivencia de Nazaret), en el sitio de mondoweiss.net de enero 2016, <https://mondoweiss.net/2016/01/silenced-nazareth-survival/> donde el periodista explica que Nazaret no solo fue una anomalía sino un error, y que debería haberse despoblado al igual que otras ciudades palestinas que hoy forman parte de Israel. El autor cuenta cómo el comandante Ben Dunkelman, un judío canadiense que encabezaba la Séptima Brigada blindada del ejército israelí transgredió la orden de despoblar Nazaret. La ciudad se rindió. Al día siguiente, Dunkelman perdió el mando y fue destituido.

(12) En 1948, ciento cincuenta mil palestinos se quedaron en el nuevo Estado israelí. Recibieron la ciudadanía israelí en los años cincuenta.

(13) La Federación Democrática Internacional de las Mujeres reagrupa, con ciento sesenta y tres ONG, a más de dos millones de mujeres en el mundo hoy. Hablan ante la Knesset, el parlamento israelí, como ante las Naciones Unidas.

(14) Marius Schattner, *Histoire de la droite israélienne, de Jabotinsky à Shamir* (Historia de la derecha israelí, de Jabotinsky a Shamir). Ed. Complexe, 1991, p. 108 y ss., sobre el tema de la alianza entre

Ben Gurión, Stalin y Hitler, que tuvo el efecto de empujar el desarrollo de la Agencia Judía.

(15) Gabriel Gorodetsky, “Aux origines du soutien soviétique à Israël” (Los orígenes del apoyo soviético a Israel), *Le Monde Diplomatique*, febrero 2016.

(16) Entrevista de Yukhaivit y Benyamin Gonen, 13 de junio de 2018. En los años setenta estaba prohibido para cualquier israelí – ya fuera árabe o judío– entrar en contacto con miembros de la OLP bajo pena de prisión. Lo que no detuvo a Benyamin Gonen, militante del Partido Comunista, de entrevistarse con Yasser Arafat. Uno de los encuentros se produjo en 1973, durante el Festival mundial de la juventud comunista en Berlín.

(17) Esta Intifada ocurrió unos treinta años antes de la conocida “Primera Intifada”, que tuvo lugar entre 1987 y 1993 en Cisjordania y la Franja de Gaza, y que correspondió al levantamiento de la población palestina contra Israel.

(18) La aplicación llamada iNakba, creada en 2014 por una ONG, Zochrot, permite conocer los nombres de los cerca de quinientos pueblos palestinos destruidos o despoblados a partir de 1948. La información de este sitio se basó en el libro de Walid Khalidi, *All that Remains: the*

Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948 (Todo lo que nos queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C.: Institute for Palestine Studies, 1992.

(19) En 1953 se promulgó la Ley sobre la adquisición de bienes, cuyo objetivo era legitimar las expropiaciones.

(20) El *dunum* es la unidad de medición de la época otomana, equivalente a 919,3 m2. Durante el mandato británico de Palestina (1917-1948), se adoptó el *dunum* métrico, de 1000 m².

(21) De acuerdo con las fuentes.

(22) Tzefira Yonatan, actriz y música conocida en Tel Aviv, fue la primera esposa de Nathan Yonatan, escritor y poeta nacido en Ucrania. En 1945, la pareja se instaló en un kibbutz, llamado Sarid, construido en el sitio del pueblo árabe Khuneifis. De esa unión nacerán dos hijos, Lior y Ziv. Lior muere en 1973 en el Sinaí, durante la guerra del Kippur. Encuentro con Tzefira Yonatan el 14 de junio de 2018 en el kibbutz.

(23) Elisabeth Marteu, “La sphère associative palestinienne en Israël” (El mundo asociativo

palestino en Israel), en Jalal Al Hussein y Aude Signoles (Eds.), *Les Palestiniens entre État et diaspora* (Los palestinos entre Estado y diáspora). Karthala, 2012. Marteu explica que ciertas asociaciones palestinas de Cisjordania y de la Franja de Gaza se negaron durante mucho tiempo a cooperar oficialmente con asociaciones israelíes, aunque fueran árabes. El Movimiento de las mujeres demócratas de Nazaret tenía contactos con la Unión general de las mujeres palestinas (facción femenina de la OLP, fundada en 1965), pero las relaciones nunca se oficializaron ni dieron lugar a acciones comunes.

(24) El movimiento “Mujeres de negro” fue creado en 1988 por mujeres israelíes opuestas a la ocupación de los territorios más allá de la línea verde. A principios del 2000, diez mil personas se movilizaron en el mundo entero en su nombre.

(25) En 1990, tras una reunión en Bruselas en la que Samira Khoury participó, se decidió crear el movimiento “Hijas de la paz” (*Bint Salam* en árabe).

(26) Durante las manifestaciones en Nazaret y Galilea murieron trece jóvenes palestinos.



Nazaret



Terror en Dawaimenh

Rushdieh Al Hudeib, 80 años

Hay lugares de vida de la Palestina anterior a 1948 que ya no existen. Pueblos enteros desaparecidos, arrasados, reemplazados por asentamientos israelíes, y red denominados a fin de borrarlos mejor de la memoria colectiva, de borrarlos de la memoria, simplemente.

Son entre 418 y 530 los nombres de los pueblos desaparecidos en Palestina y que las autoridades israelíes intentan hacer olvidar a toda costa. (1) Esta obstinación por querer suprimir un nombre, un edificio, un rastro solo muestra lo mucho que asusta el recuerdo de los ausentes.

Dawaimenh (2) es uno de los pueblos silenciados por Israel. Y sin embargo, a pesar del silencio, el viento continúa haciendo resonar la voz de sus víctimas a pesar de las colonias que se han instalado justo encima del lugar de la matanza y de los cactus que crecen allí donde estaban antes las casas de los habitantes palestinos.

Dawaimenh era un pueblo palestino. En Dawaimenh, el batallón 89 de Moshé Dayan perpetró una matanza el viernes 29 de octubre de 1948, y una matanza nunca puede ser borrada, como lo comprueban las palabras de Rushdieh Al Hudeib, sobrina del mokhtar (3) de la época. Ella cuenta aquí lo que vivió; se lo contó a sus hijos, a sus nietos, a sus vecinos y a todas las personas que conoció a lo largo de su vida, quienes lo volverán a contar a lo largo de las suyas.

“Dawaimenh, viernes 29 octubre de 1948, día de oración. Apenas ve una columna de soldados y tanques israelíes avanzando hacia nuestra aldea, mi tío Hassan Mahmoud Al Hudeib comienza a correr y gritar para advertir al mayor número posible de personas. Él es el mokhtar de Dawaimenh —como lo fueron su padre y el padre de su padre antes de él—. A toda velocidad, mi padre (su hermano) carga dos camellos con bolsas de víveres, toma a mi hermano menor sobre los hombros, mi madre, mis hermanas y a mí, que solo tengo diez años, de la mano, y huimos, no sin haber cerrado previamente la puerta de madera con llave. Mi padre nos tranquiliza: solo es un mal momento que va a pasar, dice, colocando la inmensa llave en su bolsillo. Todos



vamos a volver muy pronto. Unas veinte mujeres, primas, sobrinas, tías, nos siguen. Al principio corremos, luego caminamos a paso rápido, atravesando la tierra húmeda y los terrenos llenos de piedras... Todos sabemos, sin necesidad de explicación, que tenemos que apresurarnos si queremos seguir con vida. Pasamos en fila por caminos estrechos que bordean barrancos. Al final del día, agotados, alcanzamos una cueva donde pasamos la noche. Siempre me acordaré de este 29 de octubre 1948, siempre, hasta el fin de mi vida, ¡aunque viva cien años!

Son alrededor de las doce del día cuando el batallón 89 de Moshé Dayan entra en Dawaimenh. Hay unos veinte tanques divididos en tres columnas, (4) que, conforme a una estrategia utilizada de manera repetitiva, cercan todo el pueblo dejando una sola salida hacia el este, para forzar a los habitantes a huir en esa dirección. El asalto se produce a golpes de mortero y de armas automáticas, sin dejarles a los aldeanos la

menor posibilidad de rendirse. Los soldados israelíes son metódicos: avanzan como una ola oscura, abren las casas una tras otra, vacían sus cargadores sin mirar. Así es como habitualmente proceden cuando quieren vaciar totalmente un pueblo de todos sus habitantes. (5) Saben que los sobrevivientes huyen cuando la matanza se acerca. Muchas familias corren a refugiarse en las cuevas que se encuentran en las colinas cercanas.

Los soldados descubren donde vive el *mokhtar* y se precipitan para hacer volar su casa, (6) además de las casas que se encuentran alrededor, donde vivimos nosotros, su familia extendida. De todos modos, para los israelíes no valemos nada, ni siquiera somos seres humanos, no existimos. Sus cerebros han sido lavados para convencerlos de que, lo que sea que nos hagan, no es importante.

Media hora después de haber entrado en nuestro pueblo, dos tanques se detienen delante de la mezquita Darawish, donde setenta y cinco ancianos están rezando, la mayoría hombres. Entre ellos se encuentra mi abuelo Mahmud Ahmed Al Hudeib, de noventa años de edad. Los ancianos no tienen tiempo de huir, además ni piensan en eso, ya que están seguros de que los israelíes no les harán ningún daño. ¡La idea de que un ser humano, incluso un soldado, dispare a personas mayores de edad que se vuelven hacia Dios, es impensable! Todos serán ejecutados en el acto.

Justo al lado de Dawaimah, los israelíes encontraron a treinta y cinco familias escondidas en la cueva Iraq el-Zagh. (7) Los aldeanos se dirigieron hacia esa cueva espaciosa que pensaban iba a ser un escondite seguro hasta que las fuerzas armadas abandonaran la zona. Los soldados la descubren fácilmente. Una inmensa mayoría de las personas que están allí vienen de Dawaimah, pero también hay habitantes de Qubayba, (8) de Bayt Jibrin (9) y de otras localidades cercanas. Huyeron ante la avanzada de los tanques, como huyó nuestra familia, pero un poco más tarde, demasiado tarde. Entre ellos se encuentra un primo de mi padre, su mujer y sus cuatro hijos.

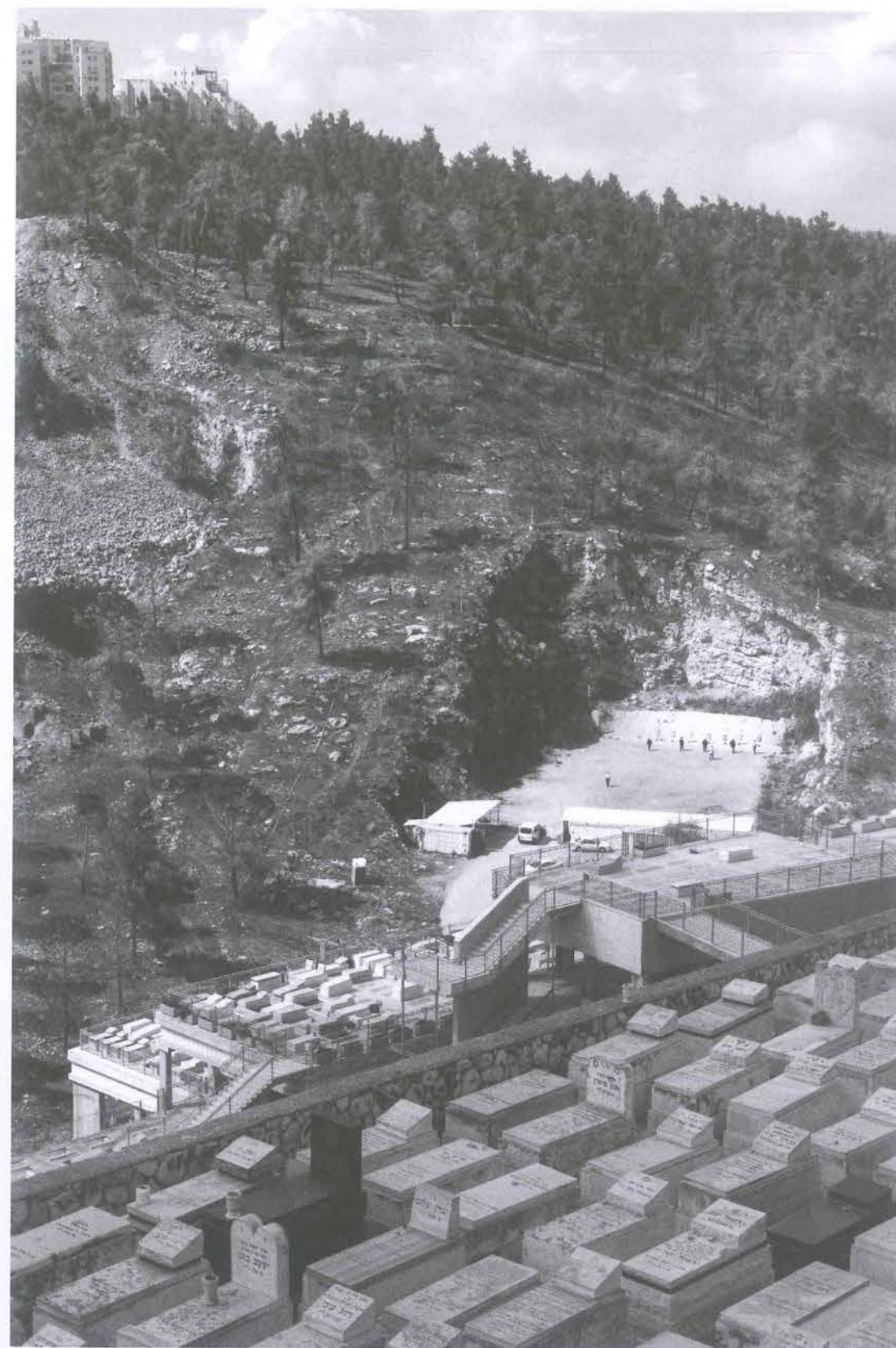
Primero fueron los hombres quienes salieron del escondite. Algunos se habían llevado sus viejos fusiles, pero la inmensa mayoría estaba desarmada. Amarraron su *keffieh* (10) alrededor de un palo de madera y lo agitaron en signo de rendición. Luego fue el turno de las mujeres y de los niños. Los soldados les ordenaron colocarse en línea, y luego avanzar. Al primer paso, los disparos comenzaron, en ráfagas, su crepitación cubrió los gritos. Cuando terminaron, todos yacían en el suelo. La mujer de mi primo y su hijita a quien tenía en los

brazos, también cayeron, pero milagrosamente escaparon de las balas. El resto de la familia fue exterminada. Ambas se quedaron acostadas entre los muertos. Otros sobrevivientes hicieron lo mismo, esperaron a que los soldados israelíes se fueran y que la noche los cubriera, para correr hacia otra cueva, que quedaba más lejos del pueblo, donde encontraron a mi tío el *mokhtar*. Le contaron todo. Dicen que los soldados habían escogido a tres muchachas en la cueva, tres chicas muy lindas. Una de ellas tenía un bebé en un brazo, y con el otro le daba la mano a su madre; mataron a la madre y al bebé y se llevaron a la joven. La colocaron a un lado con las otras dos, Dios sabe para qué. Las pobres gritaban tanto que al final los soldados, molestos, les dispararon y acabaron ejecutándolas también.

Mi tío escuchó el testimonio de su pariente, todos los hombres que estaban con él lo escucharon, y cuando cayó la noche, fueron al lugar donde había ocurrido todo; vieron los cuerpos tirados en el pueblo, en la mezquita, en la cueva, y enterraron los cadáveres. (11) Algunos trataron de regresar a sus casas para buscar algo que comer y frazadas, pero los soldados israelíes estaban alerta y les dispararon, muchos terminaron heridos o muertos. Los soldados israelíes eran ahora los dueños de toda la zona Ajur-Beit Jibrin-Dawaimah, al oeste de Hebrón. (12)

Cuando entendió que no había vuelta atrás, mi tío, como buen *mokhtar*, se fijó dos objetivos: primero, rendir homenaje a los mártires, (13) luego preocuparse de los vivos. De los seis mil habitantes del pueblo de Dawaimah, 455 habían sido masacrados. (14) No pudo averiguar cuántas personas de los pueblos circundantes habían muerto a manos de los israelíes. Desde el mes de mayo, muchos palestinos del oeste y de la costa habían encontrado refugio en nuestro pueblo. Quizás unas cuatro mil personas en total. En casa, estábamos albergando a una familia compuesta por una pareja y una niña, que habían llegado con un burro y algunas cosas en una pequeña bolsa. Lo habían perdido todo el día en que los sionistas habían tomado su pueblo. Les llevábamos pan caliente e higos, y ellos tomaban agua de nuestro pozo. Sus rostros estaban marcados por lo que habían vivido. No los volví a ver nunca más después de ese 29 de octubre.

Lo urgente para mi tío era encontrar un lugar seguro para los sobrevivientes de la matanza, un techo para el invierno, ropa caliente, comida. Tomamos la dirección de Jericó, (15) hacia el valle del río Jordán, en Cisjordania, donde la Cruz Roja estaba preparando varios campos de refugiados para nosotros, los palestinos.



Deir Yassin. En el lugar de la masacre se construyó un cementerio y un campo de tiro israelíes



"Cuando nuestros hijos son asesinados"

En el camino, nuestro grupo se encontró con otros miles de personas en busca de refugio. Hacía frío, sobre todo de noche; nos pegábamos a los olivos para encontrar algo de calor. Avanzábamos como una nube de grillos, gritando nuestro suplicio que nadie oía. Una de las amigas de mi madre buscaba a su hija, a su hijo, a su madre. Le preguntaba a todas las personas con las que se encontraba si no los habían visto. Todavía no sabía que a los tres les habían disparado.

Después de habernos dejado en un lugar seguro, varios meses más tarde, en junio de 1949, mi tío fue a dar su testimonio y relató lo que había sucedido a un miembro de la CCNUP (Comisión de Conciliación de las Naciones Unidas para Palestina). (16) Fue muy extraño, porque en ese momento nadie se daba cuenta de que en Dawaimah había ocurrido una masacre más brutal aún que la de Deir Yassin. (17) Y lo que nosotros vivimos allí, cayó en el olvido... como muchos acontecimientos sangrientos vividos por los palestinos. (18) Es más asombroso aún, porque algunos autores de la masacre quisieron dar su testimonio, particularmente un sol-

dado israelí que, diez días después de la matanza, el 8 de noviembre de 1948, envió una carta a un periódico israelí. Su carta se "perdió" y fue "encontrada" y publicada sesenta y ocho años más tarde, recién en 2016. (19)

¿Por qué el terror al que fuimos sometidos en Dawaimah permaneció oculto, a diferencia de Deir Yassin, que había asustado y provocado la huida de la población palestina en abril de 1948 (incluso antes de que se creara el Estado de Israel) hacia los países vecinos? No lo sé. Entre los amigos de mi tío había quienes pensaban que era para evitar una nueva ola de pánico e impedir así que los territorios palestinos se vaciaran por completo. (20) Otros aseguraban que eran las autoridades israelíes las que habían encubierto el caso, temiendo que pudiera manchar su imagen. Hay que recordar que la masacre de Deir Yassin tuvo lugar antes de la creación de Israel, y que los responsables de la carnicería fueron unas "pandillas" sionistas que David Ben Gurion decía combatir (21). Sin embargo, en Dawaimah, cinco meses más tarde, el Estado ya existía, y estas mismas pandillas eran integrantes de las fuerzas

armadas israelíes, directamente bajo las órdenes de Ben Gurion; por lo tanto no era posible culpar solo a estos elementos señalando, como lo habían hecho con Deir Yassin, que eran "incontrolables" o "externos". (22)

En Jericó, el clima era templado. Cada uno se había construido su carpa con lo que traía, y pasamos allí el invierno, convencidos de que era algo temporal, que en la primavera podríamos volver a nuestra casa. En marzo, unos extranjeros de la Cruz Roja (23) vinieron a vernos para proponernos "soluciones internacionales": nos dijeron que eligiéramos, si se puede decir así... o nos quedábamos en Jericó o nos "mudábamos" a uno de los campos cerca de Jerusalén. Mi padre pidió ir a Arub, un campo entre Hebrón y Belén. El lugar donde vivimos era minúsculo, pero estaba construido en concreto. Él mismo construyó una habitación extra. Había un terreno vacío justo al lado de nuestra casa, y mi madre había querido plantar semillas para cultivar verduras, árboles frutales, olivos, y mejorar así nuestra alimentación. Pero mi padre, furioso, arrancaba todas las plantitas:

—¿Qué haces? Se desgañitaba. Si plantas aquí, vas a echar raíces. ¡No debemos olvidar que tenemos que regresar a nuestra casa!

Quería volver, costase lo que costase. Pero murió en Arub en 1957, nueve años después de la matanza de Dawaimah.

Yo no me quedé mucho tiempo en Arub. Me casé muy joven, a los doce años, y regresé a Jericó donde se había refugiado la familia de mi marido, Shehadeh Mohammad Hudeib. Él era un primo lejano, tenía veinte años el día de la boda y trabajaba en las canteras rompiendo piedras para empresas de construcción. Su madre me había visto cuando yo era chica, me encontró bonita y me pidió para su hijo. Nadie, nunca, me preguntó mi opinión y eso me enfureció, pero jamás pude decirlo. Ya de adulta me pude desquitar: ¡los hombres me temían! ¡Nunca dejé a ninguno faltarme el respeto!

Muchos niños solos andaban por el campo de Jericó. Entre ellos estaban Saif e Ibrahim. Su mamá había sido una de las víctimas de la cueva cerca de Dawaimah, su padre había muerto antes, los dos niños se habían quedado solos y la gente se encargó de ellos en un gesto colectivo. Eran robustos como los olivos, caminaban sin zapatos, hasta en invierno. Mi hermana les cosía ropa, les dábamos de comer. Ambos estudiaron gracias a la UNRWA y consiguieron becas para ir al extranjero; uno es médico, el otro ingeniero. Claro, no todos los huérfanos tuvieron su fuerza ni su suerte...

En 1967, cuando tuvo lugar la guerra de los Seis Días, estaba en el campo de refugiados de Jericó y mi

marido en Aqaba (Jordania) trabajando. El responsable de nuestro sector pidió a la UNRWA que transportase a las mujeres y a los niños al otro lado del río Jordán, para mantenerlos a salvo, pero el vehículo no llegaba y los aviones israelíes empezaban a sobrevolar por encima de donde nos encontrábamos. La gente corría por todos lados, buscando a sus seres queridos. Yo no lograba encontrar a mis dos hijos, Ziyad, de nueve años y Mohammad, de dos. Tenía a mi hija de cincuenta días en los brazos, me estaba volviendo loca. De repente, en la muchedumbre, los vi a los dos con mi vecina. De lejos, ella me hizo un signo, y entendí que se quedaban con ella, lo que me tranquilizó, porque yo no podía correr tan rápido. Delante de la comisaría que quedaba cerca de la entrada del campo de refugiados, unos policías jordanos nos aconsejaron tomar el camino de tierra y no el camino asfaltado, ya que acababa de ser bombardeado. Seguí el movimiento: de todos modos, no tenía otra opción, la muchedumbre parecía ser un mar en movimiento, la gente se atropellaba, gritaba, entraba en pánico. Un Land Rover surgió de la nada, el espacio atrás estaba lleno de hojas de bananos que escondían a un soldado jordano. Nos gritó:

—¡Vengan! ¡Vengan! ¡Los vamos a salvar!

Y la gente se precipitó a la camioneta. Yo estaba a punto de subir, cuando vi a mi vecina. ¡Estaba sola! ¡Sin mis dos hijos! Aullé:

—¿Ziyad, Mohammad?!

Ella puso sus manos alrededor de la boca y articuló:

—El parque, el... parque... señalándolo con la mano.

Creí morirme. El soldado jordano se dio cuenta y le di pena: hizo bajarse a todas las personas del vehículo y se lanzó hacia el parque para ir a buscar a mis dos hijos. Pero volvió con las manos vacías, sin ellos, una explosión había destruido el camino. La multitud me atrapó, los bombardeos se intensificaban. Ya no era más que un zombi, incapaz de saber adónde iba, llevada por el movimiento, sin mis dos pequeños. Me hicieron subir a un vehículo lleno de municiones. Yo gritaba:

—Dos niños, ¿vieron a dos chicos?

Pero no era la única que gritaba. Muchos padres y madres buscaban a sus hijos. Muchos hijos buscaban a sus padres. Todos vociferaban. Todos sabíamos, ya que éramos refugiados desde 1948, lo que eso significaba, porque lo habíamos vivido diecinueve años antes.

La angustia me invadió. Y si... ¿Y si habían muerto? Era como si todas las desgracias del mundo me hubieran caído encima, respiraba con dificultad, mi pecho se había vuelto pesadísimo. Cuando me vio así, mi primo Ismail, el hijo del tío *mokhtar* con el que me

encontré en Jordania, en Ammán, me ayudó a buscar a mis hijos. No me quedaban muchas ilusiones, pero caminamos por toda la capital jordana, dando descripciones y haciendo preguntas, hasta que una tarde nos encontramos con un niño que los había visto: hasta había compartido con ellos un vehículo que los había transportado desde Jericó. Él nos llevó hasta Ziyad y Mohammad.

Frente al parque a la salida del campo de Jericó, Ziyad y Mohammad habían esperado un largo rato. Se habían quedado allí, de pie, a pesar de la bomba que había caído a varios cientos de metros, allí donde el camino había empezado a escupir fuego. Por suerte, un vecino había pasado por allí en bicicleta en busca de sus propios hijos y ayudó a Ziyad y Mohammad a atravesar la zona en llamas para dejarlos con una pariente, Amnah. El hombre de la bicicleta me contó más tarde que le había costado soltar la pequeña mano de Ziyad porque este se había aferrado fuertemente a la suya. Amnah se había puesto en marcha con los dos niños. El destino los puso en la ruta de un auto lleno de niños, apilados unos encima de los otros. El chofer había apagado las luces, conduciendo en la oscuridad total aquella noche sin luna, mientras los chicos sollozaban atrás.

Mohammad, quien debe haber sido el más joven del grupo, había estado extremadamente acalorado, sus labios se habían vuelto violáceos como una piedra negra. Afortunadamente Amnah, dándose cuenta de que su estado de deshidratación era alarmante, le había encontrado un vaso de agua; el pequeño pudo haber muerto. Al día siguiente, por la mañana, el auto los había dejado a todos en el centro de Ammán, y Amnah comenzó a buscarme. Cuando los encontré, cuando los vi correr hacia mí, no lo podía creer: ¡Dios es grande! Sollozando, entre dos hipos, Mohammad balbuceó:

—¡La culpa es de Ziyad!... ¡me perdió!

Años más tarde, todavía me despertaba por la noche gritando: ¿Dónde están mis hijos? ¡Es que perder a sus niños es algo que no le deseo a nadie, ni a mi peor enemigo!

La mitad de Palestina estaba en Ammán. Y no había suficiente casas para alquilar, la gente dormía en la calle. Me reuní con mi marido, y nos fuimos al norte de la capital jordana, a Zarqa, donde había un gran campo de refugiados palestinos. Nos dieron la nacionalidad jordana, (24) lo que nos permitió comprar un pequeño terreno en Ar Rusaifa, (25) donde construimos una casa de concreto. Estos dos hijos terminaron el colegio en Jordania. Luego tuve otros hijos, en total son diez: cinco mujeres y cinco hombres.

Mohammad se hizo artista, hace películas. Ziyad se fue a estudiar a la Unión Soviética. Había terminado sus estudios de idiomas y comenzado la facultad de ingeniería civil en Minsk, Bielorrusia, cuando Yasser Arafat llamó a todos los estudiantes palestinos presentes en los países socialistas a ir al Líbano. Era el verano de 1981, (26) y la OLP se enfrentaba a Israel, las Falanges y Siria al mismo tiempo; todos le eran hostiles. Ziyad no dudó un segundo, y se fue de inmediato en nombre del pueblo palestino. Era importante para él ser parte de los que se levantaban cuando se pronunciaba la palabra Palestina. Era esencial. Pero durante los meses que siguieron, no tuvimos ninguna noticia de él, las comunicaciones estaban totalmente cortadas. Los medios hablaban de muertos, pero no daban nombres. Pusimos una bandera negra delante de la casa en Ar Rusaifa, en señal de duelo. En 1982, cuando nos llegó una carta que decía que estaba vivo, no lo creímos... Para asegurarnos de que era cierto, mi marido se fue al sur del Líbano. Llegó al Valle de la Bekaa, (27) y luego fue preguntando. En todo el Medio Oriente, el boca a boca funciona perfectamente y así pudo encontrar a su hijo, antes de regresar a Jordania solo.

Poco tiempo después, durante el verano de 1982, cuando Beirut fue asediada por las fuerzas armadas israelíes, la dirección de la OLP tuvo que dejar el Líbano. (28) Pero antes de irse a Túnez, Yasser Arafat envió a los jóvenes combatientes de regreso a sus hogares. Fue así que Ziyad volvió a la Unión Soviética, pero no me lo había dicho. Por eso, cuando oí hablar de la matanza de Sabra & Shatila, creí una vez más que había muerto y mi corazón casi deja de latir.

Cuando mis ojos todavía veían claro, me reunía a menudo con otras mujeres de Ar Rusaifa para bordar vestidos con el punto de cruz tradicional. Mientras trabajábamos, cantábamos y hablábamos con los más jóvenes de la vida en los pueblos en Palestina. La cosecha de olivos, la melaza de uvas, las costumbres de matrimonio. La inmensa mayoría de los jóvenes de hoy saben de qué lugar en Palestina provienen. Si se les pregunta, responden: "Jaffa", "Haifa", "Al Khalil"... pero como no tienen derecho a regresar y no los han visto, no tienen idea de la belleza de estos lugares cuyo espíritu todavía fluye en sus venas. No saben que hay cactus creciendo en los lugares donde se encontraban, antaño, nuestros pueblos, como si quisieran combatir el olvido con sus espinas. Nosotros, los ancianos, debemos contarles y transmitirles ese olor tan particular que tiene Palestina. Esa mezcla de aire fresco y de azúcar que se asemeja al aroma de la miel. ”

(Rushdieh Al Hudeib murió el 26 de abril de 2018 a la edad de ochenta años, meses más tarde de concedernos esta entrevista. Su hijo Ziyad murió cuarenta días después de ella).

Puente sobre el río Jordán, 1905



(1) Según las fuentes, son 418 o 530 pueblos, ver Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Madrid: Crítica, 2008.

(2) La operación Yo'av, del ejército israelí, en octubre de 1948, tuvo como efecto la huida masiva de habitantes de toda la región al oeste de Hebrón. En Dawaimah, los tanques entraron al pueblo el viernes 29 de octubre de 1948. Masacraron a los habitantes en sus propias casas, mataron a las personas de edad en la mezquita y luego a treinta y cinco familias escondidas en una cueva cercana al pueblo.

(3) El *mokhtar* es nombrado por las autoridades administrativas para representar a su pueblo o su barrio ante ellas y para desempeñar el papel de oficial de estado civil (él es quien registra los nacimientos, las defunciones, etc.)

(4) El río de Rushdieh los ve en tres caminos distintos que unen Dawaimah a los pueblos vecinos, es decir, Qubayba, Beit Jibrin y Mafkhar, como lo señala más tarde a las Naciones Unidas.

(5) Ilan Pappé, op. cit. El autor menciona los términos de la aplicación del Plan Daleth, el 10 de marzo de 1948.

(6) Es un testigo ocular que sobrevivirá a la matanza, y lo relatará al *mokhtar* más tarde.

(7) Ver Yoella Har-Shefi, "Another Deir Yassin?" (Otro Deir Yassin?), en *Journal of Palestine Studies*, vol. 14, núm. 2, 207-212, Special Issue: The Palestinians in Israel and the Occupied Territories (Los Palestinos en Israel y en los Territorios Ocupados) (Winter 1985). University of California Press. El *mokhtar* Hassan Mahmoud Hudeib le hablará a la periodista del periódico israelí *Hadasot* Yoella Har-Shefi en 1984. Ella hará una inspección ocular de la matanza con él. Para verificar las declaraciones del anciano, volverá sobre los lugares para hacer

una excavación, y acabará descubriendo huesos. El *mokhtar* le había dicho la verdad.

(8) Ver el libro de Walid Al Khalidi, *All that remains: The Palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que nos queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C., 1992.

Para los detalles sobre el pueblo, la asociación Zochrot catalogó los pueblos que fueron vaciados en 1948 después de haber sido atacados por fuerzas israelíes. Qubayba contaba con mil doscientos treinta habitantes. Fue atacado probablemente por la unidad Giva'ati o Har'el (Palmach). El asalto hizo que los habitantes huyeran.

(9) Bayt Jibrin tiene un lugar especial en 1948, debido a su situación estratégica sobre el frente entre las fuerzas egipcias e israelíes. El primer batallón del ejército egipcio había tomado posición en este pueblo. Según el corresponsal del *New York Times*, en mayo de 1948, miles de habitantes de Jaffa habían huido en dirección de Hebrón, donde se habían instalado. El pueblo fue ocupado durante la operación Yo'av (al igual que el pueblo Qubayba), que, en coordinación con la operación ha-Har, debía ocupar todo el sur del corredor de Jerusalén, después del 18 de octubre de 1948, según los archivos israelíes citados por Zochrot.

(10) Hasta comienzos del siglo XX, el *keffieh* era el pañuelo con el que se cubrían la cabeza los beduinos. Los campesinos se ponían un turbante encima de la cabeza, como lo hacen los egipcios hasta hoy en día. A partir de los años treinta, los campesinos empezaron a utilizar el *keffieh* en el marco de las acciones de guerrilla contra los sionistas y contra los franceses en Siria durante esta década. Después, el *keffieh* reemplazará al turbante.

(11) El responsable de la matanza de Dawaimeh era el batallón 89, encabezado por el fundador del Palmach, el general Yitzhaq Sadeh. Ver la condena de todas las matanzas por el ministro de agricultura Aharon Zisling y el remordimiento de algunos soldados, en el artículo de Yair Auran, "Breaking the Silence: The Poem That Exposed Israeli War Crimes in 1948" (Rompiendo el silencio: el poema que reveló los crímenes de guerra israelíes en 1948), *Haaretz*, 18 de marzo 2016.

(12) Según el Plan de Partición de las Naciones Unidas, de noviembre de 1947, Hebrón formaba parte de los territorios palestinos.

(13) Más tarde el *mokhtar* le entregó la lista al gobernador militar jordano de Hebrón, Ibrahim Qarishan.

(14) El historiador Ilan Pappé, después de haber cotejado varias fuentes, concluye que 176 ancianos fueron asesinados en la mezquita, y 426 hombres, mujeres y niños, en Dawaimeh. El *mokhtar* habla de 455 personas ejecutadas (de ellas, 280 hombres), en su deposición bajo juramento ante la Comisión de Conciliación de las Naciones Unidas para Pa-

lestina. Al sumar las víctimas de los pueblos de los alrededores que estaban refugiados en Dawaimeh, rápidamente se llegó a 560 muertos.

(15) El nombre de Jericó en árabe es Ariha.

(16) El representante de la Comisión de Conciliación de las Naciones Unidas para Palestina (CCNUP) presentó su informe en el Congreso de los refugiados árabes en Ramallah. La idea de crear esta Comisión de Conciliación fue propuesta por el conde Folke Bernadotte, un diplomático sueco que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había nombrado como mediador en el conflicto árabe-israelí. Después de su asesinato en septiembre de 1948, la Asamblea General, basándose en la Resolución 194 del 11 de diciembre de 1948, votó por la creación de esta organización, cuyo objetivo era asumir la misión conciliadora del mediador de la ONU. El CCNUP está compuesto por tres miembros de la Asamblea general de las Naciones Unidas, los Estados Unidos, Francia y Turquía. El informe de la conversación con el *mokhtar* Hudeib puede ser consultado en el sitio online de Mondoweiss, en el artículo de Jonathan Ofir: <http://mondoweiss.net/2016/02/the-mukhtars-sworn-testimony-more-on-the-dawaymeh-massacre/>

(17) El 9 de abril de 1948, 254 niños, mujeres y ancianos fueron masacrados por grupos sionistas en Deir Yassin, pueblito palestino situado cerca de Jerusalén (cifra de la Cruz Roja). Esta masacre que tuvo lugar mientras Palestina aún estaba bajo mandato británico, provocó un impacto psicológico extremadamente importante sobre la decisión de los palestinos de buscar un sitio seguro fuera del país. Las autoridades israelíes siempre negaron su responsabilidad en los hechos.

(18) En 1955, un *moshav* (comunidad agrícola cooperativa israelí, compuesta por una asociación de varias granjas individuales), llamado Amatzya, se estableció sobre las ruinas de Dawaimeh. Hoy, la parte este del pueblo se transformó en lugar de residencia de una comunidad israelí. Desde 2010, excavadoras prepararon la zona para construir viviendas donde viven familias judías ortodoxas de Gush Katif, evacuadas en 2005 de la Franja de Gaza.

(19) El informe del *mokhtar* Hudeib ha sido confirmado por el testimonio de un soldado israelí que estuvo en la matanza. Este escribió una carta detallada a Eliezer Peri, director del periódico israelí *Al Hamishmar*, el 8 de noviembre de 1948, es decir diez días después de ocurridos los acontecimientos. Pero no fue publicada. En esta carta, el soldado explica como, en Dawaimeh, hombres educados y cultos se transformaron en asesinos, y acusa la lógica de destrucción y de expulsión instalada en sus mentes, que justifica la bestialidad de la matanza (cráneos de niños destrozados, mujeres violadas o quemadas vivas en sus hogares...), y la banalización de los asesinatos colectivos de palestinos. Ver el artículo de

Jonathan Ofir: <http://mondoweiss.net/2016/02/barbarism-by-an-educated-and-cultured-people-dawayima-massacre-was-worse-than-deir-yassin/> La carta del soldado será publicada por el diario israelí *Haaretz* en el artículo del historiador Yair Auran, el 5 de febrero de 2016, es decir, sesenta y ocho años más tarde. Según este último, los testigos oculares fueron numerosos, pero ningún soldado israelí fue juzgado por ello, a pesar de las pruebas contundentes. Fueron amnistiados masivamente en febrero de 1949. Además, el escritor israelí Amos Keinan, que estaba presente en la masacre, confirmó los hechos en una entrevista que dio a finales de los años noventa al actor y cineasta palestino Muhammad Bakri, en el marco de su documental 1948.

(20) Según Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*, op. cit., el informe de las Naciones Unidas del 14 de junio de 1949 señalaba lo siguiente: "La razón por la que se sabe tan poco acerca de esta masacre, que en muchos sentidos fue todavía más brutal que la de Deir Yassin, es que la legión árabe (el ejército que controlaba el área) temía que si se permitía la difusión de la noticia, esta tendría el mismo efecto sobre la moral del campesinado que había tenido la masacre de Deir Yassin, a saber, provocar otro torrente de refugiados árabes".

(21) Después de mayo de 1948, David Ben Gurión integró a las milicias sionistas en las fuerzas armadas israelíes de defensa. Es decir que a partir de ese momento, él era directamente responsable de sus actuaciones. Ya no podía declarar que se oponía a las acciones de un grupo que no controlaba, como lo había hecho en el momento de la masacre de Deir Yassin.

(22) La periodista Yoella Har-Shefi, durante su investigación respecto de Dawaimeh en 1984, encontró a antiguos miembros del batallón 89, como el historiador israelí oficialista de 1948 Uri Millstein, quien declara que no hubo masacre en Dawaimeh, y Haim Shabtai, subcomandante de la compañía. Este último fue objeto de una investigación y terminó reconociendo haber mentido y deformado los hechos (diciendo que los soldados habían encontrado objetos que pertenecían a una colonia israelí de Hebrón, al entrar en las casas de Dawaimeh, lo que no era cierto), para darle una justificación a la actitud de sus soldados. Ver *Journal of Palestine Studies*, vol. 14, núm. 2, 207-212, 1985.

(23) Ver Catherine Rey-Schyr (encargada de investigaciones históricas del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) que colabora en la redacción de la historia del CICR para el período 1945-1955), "Le CICR et l'assistance aux réfugiés arabes palestiniens" (El CICR y la asistencia a los refugiados árabes palestinos), *Revue Internationale de la Croix Rouge*, vol. 83, núm. 843, septiembre 2001.

(24) Ver el artículo de Géraldine Chatelard, "Palestiniens de Jordanie" (Palestinos de Jordania),

en Riccardo Bocco y Géraldine Chatelard (Eds.), *Jordanie, le royaume frontière* (Jordania, el reino fronterizo). París: Autrement, 2001.

(25) Ver Blandine Destremau, "L'espace du camp et la reproduction du provisoire: les camps de réfugiés palestiniens de Wihdat et de Jabal Hussein à Ammán" (El espacio del campo de refugiados palestinos de Wihdat y de Jabal Hussein en Ammán), en Riccardo Bocco y Mohammad-Reza Djalili (Eds.), *Moyen-Orient, Migrations, Démocratisation, Médiations*. Ginebra: Graduate Institute Publications, 1994. Los refugiados compran terrenos pero no tienen acceso a documentos de propiedad.

(26) Ver Mohamad Kamel Dorai, *Les réfugiés palestiniens du Liban* (Los refugiados palestinos del Líbano), ch. IV, CNRS éditions, 2006. El párrafo titulado "L'isolement croissant de l'OLP au Liban et sur la scène moyen-orientale" (El

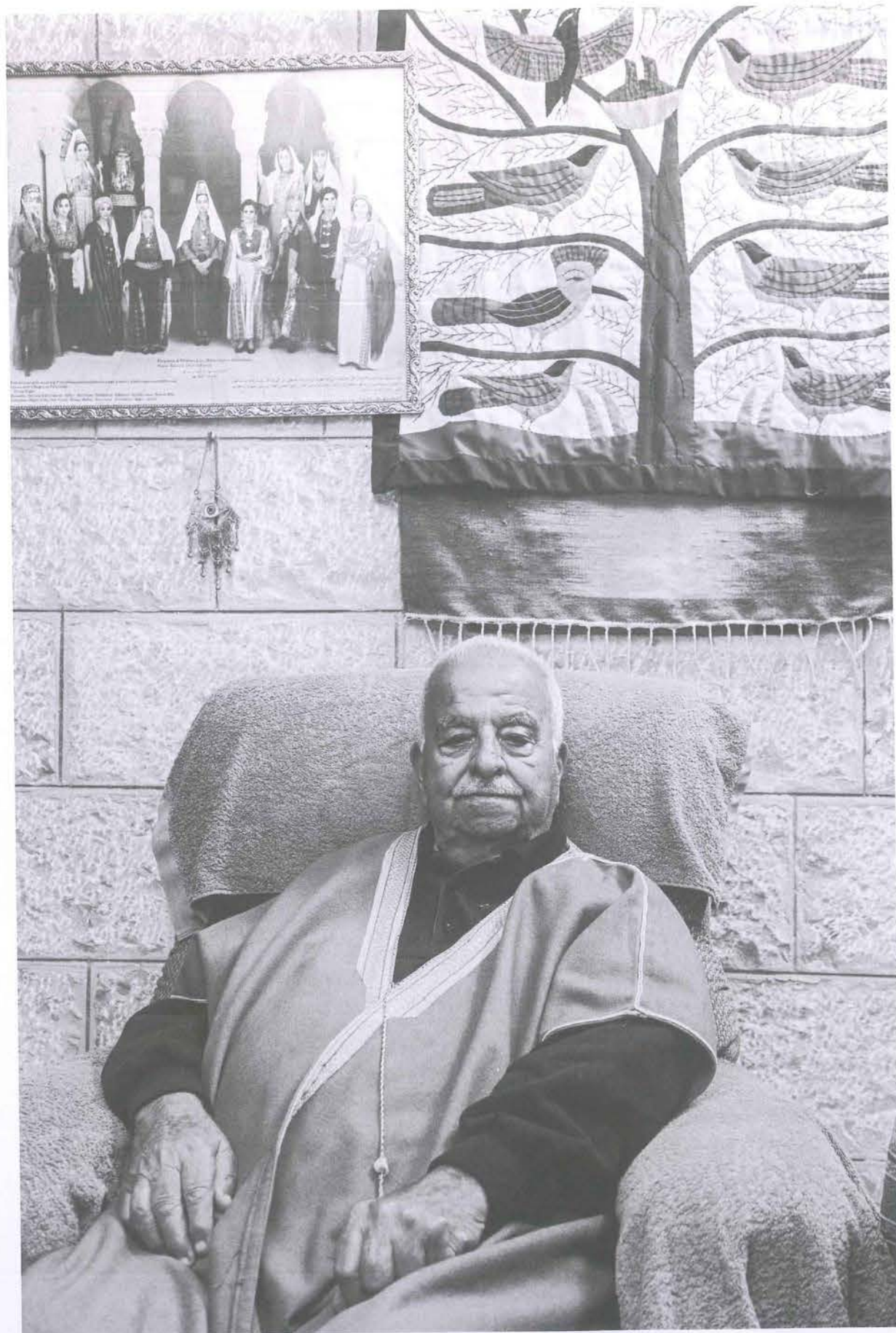
aislamiento creciente de la OLP en el Líbano y en la escena del Medio Oriente) explica el contexto: Yasser Arafat enfrenta simultáneamente a tres actores hostiles hacia los palestinos: Israel, los Falangistas y Siria. El gobierno de Begin quiere que su plan de autonomía propuesto a los palestinos de los territorios ocupados sea aceptado, y ese objetivo implica invadir el Líbano hasta Beirut, derrotar a Siria y tener en el Líbano un gobierno que sea su aliado, con Bashir Gemayel. La OLP, advertida de la inminencia de un ataque israelí importante (llamada Operación Paz en Galilea), busca apoyos entre sus aliados externos, pero sin resultados.

(27) Ver el artículo de Cosima Flateau, "La Bekaa, un territoire stratégique sous influence (Bekaa, un territorio estratégico bajo influencia)", *Les Clés du Moyen-Orient*, 13 de junio 2013.

(28) Ver el artículo de Anne-Lucie Chaigne-Oudin, "Opération Paix en Galilée" (Operación Paz en Galilea), *Les clés du Moyen-Orient*, 9 de marzo 2010, que detalla cómo la evacuación de la OLP y de sus combatientes (quince mil hombres) se hace a partir del 21 de agosto bajo la protección de una fuerza multinacional y la promesa israelí de no entrar en Beirut Oeste. La fuerza multinacional termina su trabajo y se retira del Líbano el 13 de septiembre de 1982. El entonces presidente recientemente elegido, Bashir Gemayel, es asesinado el 14 de septiembre. El ejército libanés deja entrar al ejército israelí en Beirut Oeste. Del 16 al 18 de septiembre, las milicias cristianas masacran a los refugiados palestinos de los campos de Sabra y Shatila, en presencia de los israelíes. La fuerza multinacional regresa entonces a Beirut con el fin de controlar la salida del ejército israelí, que durará hasta el 26 de septiembre.

Campo de refugiados de Dheisheh, Cisjordania, 1960





La tierra que nos nutre

'Abd Al Rahman Al Najjab, 94 años

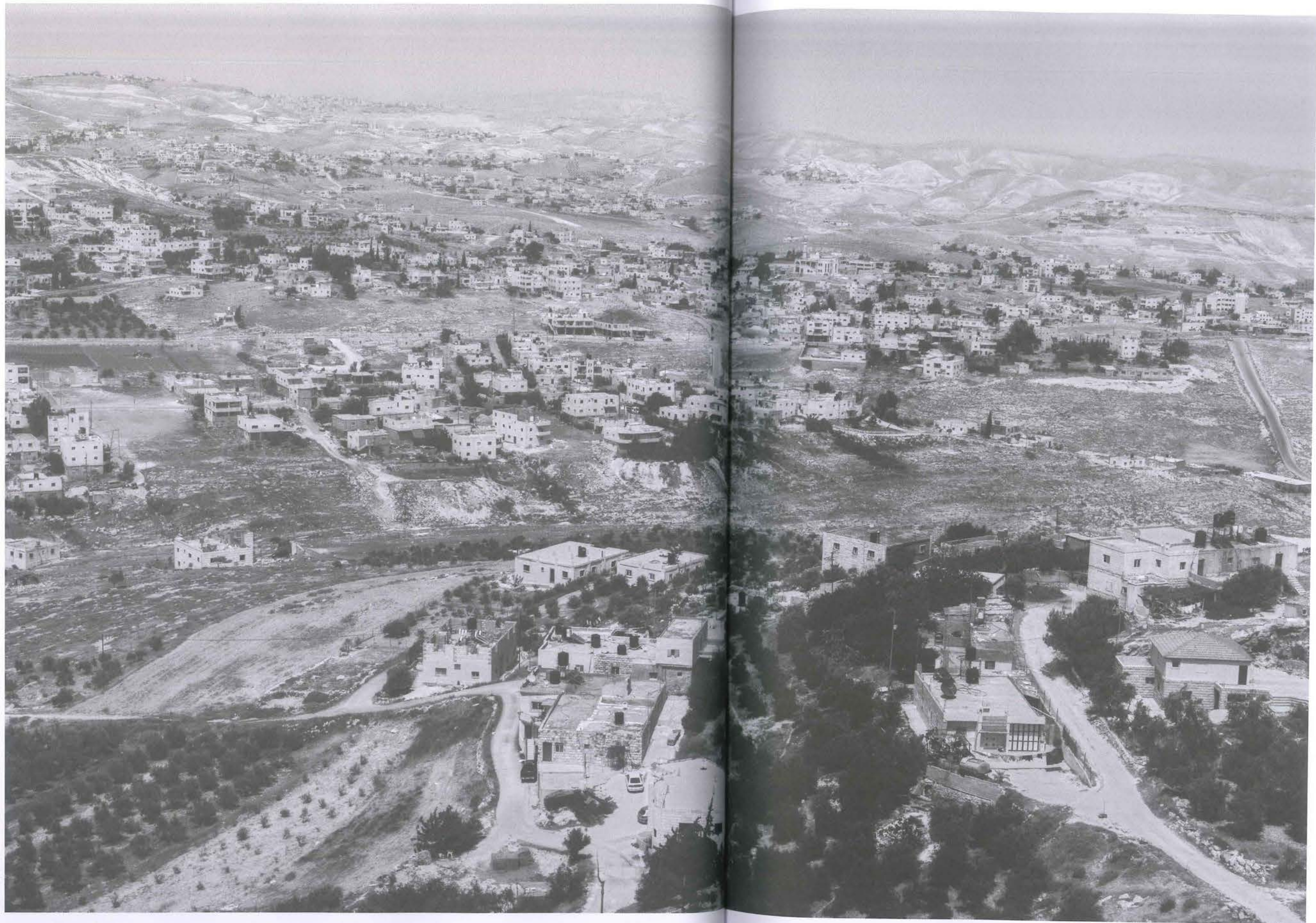
Es un oasis lleno de verdor en medio de las casas de tono arena de la capital jordana. Un pequeño paraíso en el que coexisten buganvillas rojas, anaranjadas y blancas, madroños y quinotos, limoneros y naranjos, pistachos y olivos. Sentado en medio de todos los colores, disfrutando de la brisa de la tarde, 'Abd Al Rahman Al Najjab contempla su jardín, su mano fuerte apoyada en un bastón. Le gusta ver mezclarse los toques azucarados y los sabores salados. Sabe que la tierra es generosa cuando se la respeta. Lo aprendió a principios de la década del cuarenta, cuando estudiaba agronomía. Desde entonces está convencido de que las técnicas y las herramientas pueden mejorar la calidad de la tierra y ayudar a las personas que esta nutre a vivir mejor. Por eso, a lo largo de su vida, 'Abd Al Rahman se ha esforzado por transmitir sus conocimientos. Promover la producción local, dice, significa satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de los palestinos. Esto era cierto en 1940 y hoy continúa siéndolo. Producir a nivel local puede hacer que cada aldea, cada pueblito sea autónomo, y evitar así la importación, incluso de productos israelíes. 'Abd Al Rahman comprendió hace mucho tiempo que enseñar lo que él sabía era en sí mismo un acto de resistencia.

“ Aquel día de principios de verano en 1945, cuando a la edad de veintidós años me gradué como agrónomo de la escuela agrícola Kadoorie, en Tulkarm, pensé sobre todo en mi padre, un hombre profundamente apegado a sus tierras, que se sacrificó para empujarme a estudiar y hacer de mí un especialista. Sabía que el diploma que había recibido lo haría feliz: graduarse en Kadoorie era asegurarse un futuro dorado en ese momento debido a la prosperidad del mundo rural (1) y a la reputación de la escuela, la que había crecido desde su establecimiento en 1930. El imponente edificio en piedra blanca había sido construido en un campo de 600 dunums, (2) donado por la comunidad de Tulkarm y financiado por el filántropo judío-iraquí sir Ellis Kadoorie, un hombre que vivía en Hong Kong y muy comprometido con promover la educación en



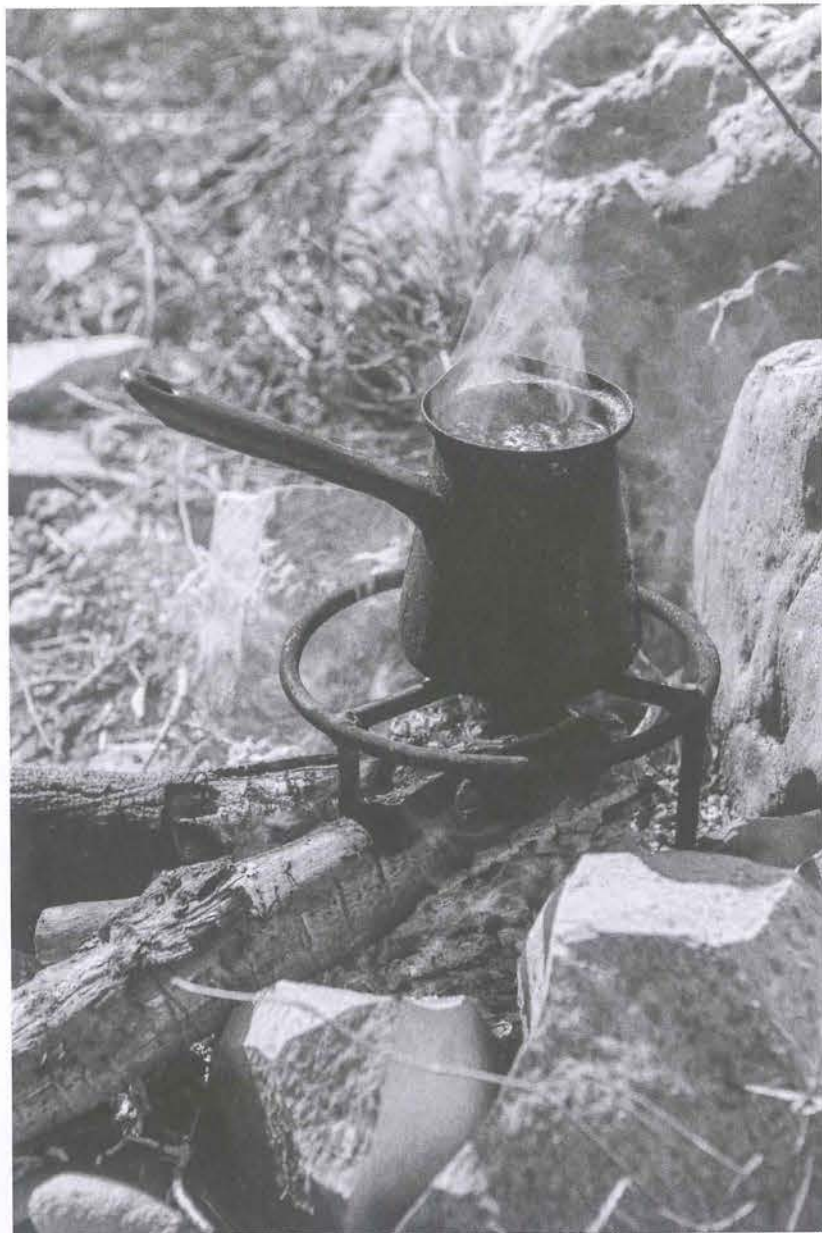
Palestina. Se decía de él que era un ferviente defensor del aprendizaje técnico, que había entregado el dinero a los británicos, y estos lo habían dividido en dos, una parte para construir la escuela de Tulkarm, dirigida por los mismos británicos para los estudiantes árabes, y la otra, entregada a la comunidad judía que hizo construir una segunda escuela cerca del lago Tiberías, al pie del Monte Tabor y reservada a los estudiantes judíos. Así pues, Yitzhak Rabin y yo salimos de las escuelas Kadoorie con el mismo diploma, aunque sin haber asistido a las mismas clases. En lugar de unirnos árabes y judíos (lo que habría sido una buena idea), Kadoorie nos dividió.

Si bien por un lado pude beneficiarme de lo que sir Ellis creó, y le estaba muy agradecido por ello, la segregación establecida por los ingleses me pareció malsana. ¿Por qué construir dos escuelas para separar a los estudiantes, árabes de un lado y judíos del otro, mientras



Cisjordania

Preparando
el café para
compartirlo



los palestinos trataban de mantener una cierta convivencia? Mi padre, por ejemplo, trabajaba en el Ministerio de Agricultura y sus colegas, ya fueran cristianos, judíos o musulmanes, venían a visitarnos los fines de semana. ¿Por qué transformar una escuela, un lugar dedicado a la apertura de las mentes, en herramienta de división? En todo caso, en 1933, la escuela Kadoorie practicó con sus alumnos la misma separación que sufriríamos más tarde, en 1948.

Mientras regresaba a mi pueblito de Jibiya cruzando bosques y olivares, vi como en una película todas las escuelas que me habían acogido desde que era niño. Todas eran públicas, mi padre no tenía medios para pagar estudios privados a sus seis hijos. Tener acceso a la educación fue siempre una tarea difícil. Yo caminaba largas horas a través de los campos para llegar al aula. Sin embargo, el resultado valió la pena. Siempre fui un estudiante ejemplar, el primero o el segundo de la clase. Comencé en 1929 cuando, a los seis años de edad, tenía que cruzar un valle de Jibiya a Kubar para llegar a la única escuela de la zona. Un profesor daba clases bajo un gran olivo a veinticinco niños. Durante el día rotábamos alrededor del árbol para evitar que el sol nos cegara.

Pero tras seis meses, la escuela tuvo que cerrar y yo, naturalmente, volví a trabajar en el campo con mi padre mientras aprendía a cazar conejos salvajes y gacelas... En Jibiya yo era el único de los sesenta y dos habitantes que sabía leer, escribir y contar un poco. Pero no por eso era pretencioso. De pequeño me gustaba la vida de pueblo. Mi juego favorito era observar a las mujeres mientras cocinaban el *musakhan*, un plato a base de pan y cebollas que les hacía llorar, al que se le agregaba pollo con especias, todo bañado en aceite de oliva. Me encantaba seguirlas al interior de las casas cuando preparaban un matrimonio. La ceremonia de la *henna*, el día antes de la unión, era uno de mis momentos favoritos. Me llamaba mucho la atención el cuidado con que dibujaban motivos extremadamente finos sobre las manos de la novia. Al día siguiente esta desfilaba en su camello, rodeada por las danzas y los cantos de todos los niños del pueblo.

En 1935, al ver que había dejado de ir a clases, un amigo de mi familia que tenía relaciones con personas importantes me inscribió en una escuela primaria pública de Bir Zeit, situada a 5 km a pie entre colinas. En 1937 me recibieron en el internado de El Bira en Ramallah, donde pasaba los fines de semana en casa de amigos, pues los vehículos eran escasos como resultado

de la huelga general contra la Declaración Balfour y el Plan de Partición que esta preveía. Esta huelga, ampliamente secundada en toda Palestina, se convirtió en la "Gran Revuelta (o Gran Revolución) Árabe" de 1936 a 1939.

Los ingleses arrestaron a dos de mis amigos con la falsa acusación de ser *thuwar*, los "rebeldes" de aquel entonces. Los soldados británicos entraron en sus hogares mientras dormían y los llevaron a una casa-prisión en Ramallah conocida como "el pozo" porque las puertas y ventanas estaban amuralladas, y el prisionero era introducido por un agujero en el techo. Cuando los familiares de los presos se quejaron al gobernador británico, este les dijo: "¡No respetaron el toque de queda! Aquello era ridículo, ¡habían sido detenidos en su propia casa!

En 1941, dos años después que terminó la Revuelta de 1936-1939, me recibí en la Escuela Secundaria Al Rashidiye de Jerusalén, un internado para varones. (3) Allí fue donde me reclutó la escuela de Kadoorie.

Graduado en agronomía, opté por la educación, deseoso de transmitir mis conocimientos y ayudar a desarrollar la agricultura palestina. Al igual que todos los jóvenes de mi generación, conocía el plan de adquisición establecido por el movimiento sionista con el Fondo Nacional Judío (JNF). (4) Antes de 1948 habíamos observado las acciones de esta agencia para tomar el control de la tierra, pero por entonces no éramos conscientes de su carácter organizado. Fue mucho más tarde, tras leer el libro del historiador israelí Ilan Pappé, cuando comprendí el lugar central de la cuestión agraria en la estrategia sionista, la misma que originaría los primeros actos de violencia. Despojar a un campesino palestino de su tierra significaba quitarle su estatus y una parte esencial de su identidad. Ilan Pappé escribió que nada había sido dejado al azar, que todo había sido planificado. A partir de los años treinta y de manera sistemática en los años cuarenta, el FNF se había esforzado por elaborar mapas y fichas de datos de cada uno de los pueblos palestinos. (5) Estas hojas de datos contenían todo tipo de detalles sobre la situación topográfica, las vías de acceso, los recursos, las afiliaciones religiosas, las relaciones con los pueblos vecinos, la edad de los hombres, quiénes eran los líderes locales, etcétera. Toda esta crucial información sería utilizada en 1948 por los grupos paramilitares sionistas para organizar ataques contra pueblos como Deir Yassin, Tantura o Dawai-meh, entre otros. Las fotos de las masacres se hicieron públicas con el fin de provocar el pánico y forzar a la

gente a huir. Y muchas colonias judías se fueron construyendo justo encima de los pueblos árabes de los que los habitantes habían tenido que huir.

Yo mismo fui testigo de lo que sucedió en Qibya, cerca de Lydda. Fui al día siguiente de la incursión asesina de Ariel Sharon y su unidad 101 del ejército regular israelí, el 14 de octubre de 1953, alrededor de las nueve y media de la noche. Para Sharon, se trataba de una expedición punitiva en respuesta al asesinato de una mujer y sus dos hijos por la explosión de una granada en el pueblo israelí de Yehud. En el pueblo palestino de Qibya fueron sesenta y nueve las personas masacradas, de las cuales, tres cuartas partes eran mujeres y niños. Lo que vi allí, nunca lo podré olvidar... Cadáveres en las calles, por todos lados. En un silencio de muerte, las familias vagaban por entre las ruinas, buscando a sus parientes bajo los escombros. Curiosamente, todos evitaban cuidadosamente una casa destruida. Pregunté y supe que era la del maestro, que no era del pueblo. El ejército jordano vino a remover los cuerpos de aquella familia con sus tres hijos.

Fui el supervisor de la educación agrícola en toda Cisjordania hasta mediados de los años sesenta. Durante este período me fascinó el entusiasmo de los estudiantes. Cuando distribuía semillas, toda la clase se las llevaba para plantarlas. El mundo rural estaba sediento de conocimiento e insolentemente mostraba su deseo de autonomía. Esta manera de afirmar nuestra visión del mundo, de rechazar todo control, me convenía. Mejoraríamos el rendimiento de colmenas, gallineros, huertas y huertos...

En varias ocasiones, el Ministerio de Educación de Jordania, del que dependía, me ofreció una beca para ir al extranjero y continuar mi formación universitaria. Así, en 1954 fui a la Universidad Americana de Beirut (AUB), y en 1958 a la Universidad de Oklahoma en los Estados Unidos, donde me gradué con una Licenciatura en Ciencias. Finalmente, en 1965 estudié en la Universidad de Texas A&M, donde preparé una Maestría sobre cómo dirigir un instituto agrícola al más alto nivel.

Tras mi regreso de América en 1966, una promoción laboral dentro del Ministerio de Educación me permitió ocuparme de la educación agrícola en Jordania. Por entonces, me reencontré con mi hermano Suleyman, once años menor que yo, que había elegido la militancia política en lugar de los estudios. Como cientos de otros jóvenes políticos, había sido liberado un año antes de la prisión de Al Jafer, en el sur de Jor-

dania. En tanto miembro de un partido político que decía ser marxista, Suleyman fue condenado en 1957 a 18 años de prisión, pues la afiliación al marxismo era por entonces duramente castigada por la ley jordana. Pero tras ocho años fue indultado y, tan pronto recobró la libertad, volvió a encontrarse con sus amigos militantes, entre ellos el poeta Mahmud Darwish, quien le dedicó un hermoso poema.

Cuando estalló la guerra de los Seis Días el 5 de junio de 1967, me encontraba en un centro de exámenes en una escuela de Jerusalén Oriental. Mi familia vivía en Ammán; (6) y fue a esta ciudad hacia donde me dirigí, como lo hicieron los miles de palestinos que huyeron de los bombardeos en Cisjordania. Así es que atravesé el río Jordán a pie, ya que el Puente Allenby había sido destruido. Recuerdo que los más ancianos se negaban a marcharse porque sabían por su experiencia de 1948 lo que pasaba con los que abandonaban sus hogares y sus tierras, sabían que una vez que estuvieran fuera del territorio palestino, sería prácticamente imposible regresar.

Después de 1967, continuar mi trabajo en el Ministerio de Educación jordano se volvió difícil, por no decir imposible. En mi puesto solía viajar por toda Cisjordania, y ese año todo se cerró, negándoseme un puesto en Hebrón porque las autoridades israelíes, que a partir de ese momento controlaban el puente Allenby, me negaron un salvoconducto. Es importante señalar que en agosto de 1967, Moshé Dayan, entonces ministro de Defensa de Israel, hizo un doble juego predicando una cosa y haciendo la contraria. Por una parte anunciaba el establecimiento de una política de "puentes abiertos", que permitiría a Cisjordania mantener sus vínculos económicos con Jordania y evitar la separación de las familias. Pero, por otra, hacía todo lo posible por incorporar la economía y la infraestructura de Cisjordania al Estado de Israel, prohibiendo todo desarrollo industrial y agrícola que pudiera competir con las empresas israelíes. Así, logró transformar el territorio ocupado en un gran importador de productos israelíes. (7) Es decir, exactamente lo que yo había estado combatiendo, enseñándoles a mis estudiantes cómo ser autosuficientes.

Estaba loco de rabia y lo hice saber, lo que me costó caro. Un año más tarde, en 1971, el Ministerio de Educación de Jordania me jubiló con apenas cuarenta y cinco años. No tenía derecho a salir de Jordania y nadie podía contratarme. Fue entonces cuando oí hablar de un puesto de expertos en la Unesco. Uno

de mis amigos tenía contactos en el gobierno jordano y le pedí que interviniera en mi favor pidiéndoles que me dejaran viajar al extranjero como una buena estrategia para deshacerse de mí. El argumento funcionó, y unos meses más tarde partí a Liberia para trabajar como instructor agrícola con esta organización. Inicialmente las autoridades liberianas no querían recibir a un palestino, pues por aquel entonces éramos percibidos como personajes difíciles, pero al fin, a falta de otro candidato, me aceptaron.

Por su parte, Suleyman, que había permanecido en Cisjordania, entró en la resistencia palestina, donde se convirtió en un líder militar clandestino. Nadie en la familia sabía dónde estaba ni qué hacía. Cuando lo veían, iba vestido con harapos y un pañuelo negro sobre la cabeza. Desafortunadamente, en 1973 fue denunciado a los israelíes por uno de sus compañeros y arrestado.

Mucho después de abandonar las cárceles israelíes nos contó lo que en ellas había experimentado. Para obligarle a hablar, el Mossad (8) primero lo había intimidado. Los agentes le habían hecho entender que ningún pariente o amigo llegaría a él porque nadie sabía dónde estaba, y que para ellos era muy fácil hacerlo desaparecer. Pero Suleyman había nacido con una buena estrella, y ese día la suerte le sonrió. De camino a la comisaría, el grupo de soldados que lo escoltaba se cruzó con la abogada israelí Felicia Langer, (9) apodada la "abogada de los palestinos", que mi hermano conocía. Cuando oyó su voz, levantó la suya para hacerse oír. Probablemente, la casualidad de esta situación le salvó la vida, porque rápidamente la abogada hizo saber que Suleyman estaba vivo y en prisión.

Para mi hermano, el "viaje" tras las rejas duró un largo año durante el cual nuestro padre pudo visitarlo.

El puente de Allenby, 1950



Lo encontró delgado, debilitado por la tortura y completamente desdentado. Pero, a pesar de todo, Suleyman logró hacerle sonreír contándole que quería cambiar la dentadura postiza...

Mucho tiempo después de su liberación finalmente nos contó que lo encerraron en una jaula de 1,60 m de alto y 60 cm de ancho (él medía 1,78 m), con una bolsa de tela negra cubriéndole la cabeza. En pocas palabras describió cómo, atado a una columna, había recibido golpes feroces en los riñones, el hígado y las piernas, colapsando finalmente sobre piedras puntiagudas dispuestas a propósito en el suelo para provocar heridas y estimular infecciones. También nos contó cómo había borrado todo de su memoria, nombres, lugares, fechas, para poder burlarse de las preguntas que le hacían. Relató cómo había perdido todos sus dientes a fuerza de permanecer en silencio. Nos contó incluso que había hecho sonreír a sus carceleros cuando le preguntaban si había dormido bien y él respondía, "una almohada no habría estado mal"...

Para Suleyman, los dos encarcelamientos no eran comparables. La primera vez, en Jordania, sintió que era un prisionero político; en Israel sin embargo fue un prisionero de guerra, concepto que las autoridades israelíes no aceptaban: para ellos, los palestinos que les resistían eran terroristas.

Estaba orgulloso de mi hermano menor. Admiraba aún más su heroicidad porque sabía que estaba fuera de mi alcance. Comprometer su vida por una causa justa y compartida no es algo que todo el mundo puede hacer. Yo sabía que no habría resistido tanto sufrimiento como él. Las Naciones Unidas me habían ofrecido una buena manera de ser lo que yo era, un especialista en agronomía que abogaba por la autosuficiencia alimentaria. Durante los dos años que duró mi misión en Liberia, ayudé a la gente a mejorar su trabajo de la tierra cultivando huertos, multiplicando incubadoras, planificando la cosecha de arroz dos veces al año... Pero pronto me di cuenta de que la agricultura liberiana no tenía el lugar central que ocupaba en Cisjordania, donde los campesinos buscaban un modo de

supervivencia lejos del control de Israel. El reto político no era el mismo.

En 1976 dejé Liberia para tomar un puesto en Irak, donde la agricultura estaba en declive. El país había pasado de ser rural a convertirse en un Estado petrolero, lo que implicaba importar alimentos en cantidades considerables. Los seis agrónomos de la ONU nombrados asesores del ministro de Agricultura teníamos como misión ayudar a los agricultores (10) a aumentar su producción e impulsar el sector.

Desde el éxodo de 1948, alrededor de cinco mil palestinos (actualmente son unos cincuenta mil) vivían en Irak. Fueron bien recibidos aunque, como en la mayoría de los países árabes, no tenían derecho a voto ni de posesión de tierra. Pronto creé lazos de amistad. Sin embargo, el objetivo de la Unesco fue un notorio fracaso. Los agricultores y funcionarios estaban fascinados por el dinero fácil del petróleo y eran completamente indiferentes a la formación que les proponíamos. No servíamos para nada. Los cursos se cancelaban constantemente porque en el último minuto no encontramos un vehículo que nos llevara donde se suponía que iban a tener lugar. Incluso cuando el curso finalmente se llevaba a cabo, la asistencia se reducía a cinco personas en lugar de las cuarenta esperadas. Y lo que es peor, nunca vimos al ministro, de quien supuestamente éramos los "asesores"...

Estaba muy decepcionado. Durante mis misiones con la Unesco nunca volví a encontrar el entusiasmo de los campesinos palestinos y jordanos por desarrollar la agricultura local, un entusiasmo que he visto disminuir con el tiempo, e incluso desaparecer. Eso les conviene a los israelíes que han declarado, sobre la base de una ley otomana del siglo XIX, que si la tierra permanece sin ser cultivada durante tres años consecutivos, se convierte en propiedad del Estado (11). En estas circunstancias, la cultivo cada año aprovechando mi derecho a ir a Palestina, a mi tierra, gracias a una tarjeta de identidad verde que me fue entregada en 1994 por la Autoridad Palestina. Hasta el día de hoy, cultivar mi tierra es mi manera de enfrentar la situación, mi manera de resistir. ”

'Abd Al Rahman Al Najjab murió el 20 de septiembre de 2018 a la edad de noventa y cinco años, más de un año después de concedernos esta entrevista.

(1) Henry Laurens, *La Question de la Palestine* (La cuestión de Palestina), t. 3: 1947-1967. París: Fayard, 2007, p. 30.

(2) El *dunum*, unidad de medida del período otomano, equivalía a 919,3 m². Durante el mandato británico de Palestina (de 1917 a 1948), fue adoptado el *dunam* métrico, equivalente a 1000 m². Diez *dunums* equivalen a una hectárea.

(3) Mientras el director del Departamento de Educación de las escuelas públicas árabes era británico, asistido de palestinos, las escuelas públicas judías eran dirigidas por judíos. En los dos colegios Kadoorie, la gestión pedagógica era muy distinta: en Tuikarm, el currículum era inglés con una dirección mayoritariamente inglesa; en el Monte Tabor, el currículum era independiente de los británicos.

(4) Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Madrid: Crítica, 2008. Según el autor "La mayoría de las actividades del FNJ durante el período del mandato y en relación con la *Nakba* estuvieron estrechamente ligadas al nombre de Yossef Weitz, el jefe de su departamento de asentamientos [...]. Para finales de la década de 1930, este "archivo" estaba casi terminado".

(5) El FNJ fue fundado en 1901, durante el Quinto Congreso Sionista, celebrado en Basilea, Suiza.

(6) Entre 1950 y 1967 Cisjordania formó parte de Jordania. No existía frontera.

(7) Moshé Dayan hizo reconstruir el puente Allenby para permitir una circulación libre y regular en ambos sentidos. La administración civil jordana se mantuvo en Cisjordania. Paralelamente, Dayan empujó el éxodo de los habitantes de Cisjordania hacia Jordania e hizo todo lo posible para que Cisjordania se transformara en un apéndice israelí, lo que los críticos llamaron "la anexión arrastrada", efectuada fundamentalmente tras la llegada al poder de la derecha israelí, con Begin y el Likud, en 1977. Ver Benny Morris, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-2001* (Víctimas: Historia revisitada del conflicto entre sionistas y árabes, 1881-2001). New York: Vintage Books, 2001. Jordania solo cortará los lazos administrativos con Cisjordania en 1988 (discurso del rey Hussein del 31 de Julio de 1988). Entre doscientos mil y trescientos mil habitantes de Cisjordania fue lo que representó el éxodo a Jordania. Ochocientos tres mil seiscientos palestinos se quedaron en Cisjordania y cuatrocientos treinta y cuatro mil en Gaza, según Georges Kossai, "L'enjeu démographique en Palestine" (El desafío que representa la demografía en Palestina). Ver tabla 2: Población árabe y judía residente en Palestina según la región y la fecha,

entre 1922 y 1967), en Camille Mansour (Dir.), *Les Palestiniens de l'intérieur* (Los palestinos del interior). Washington: Les Livres de la Revue d'études palestiniennes, 1989.

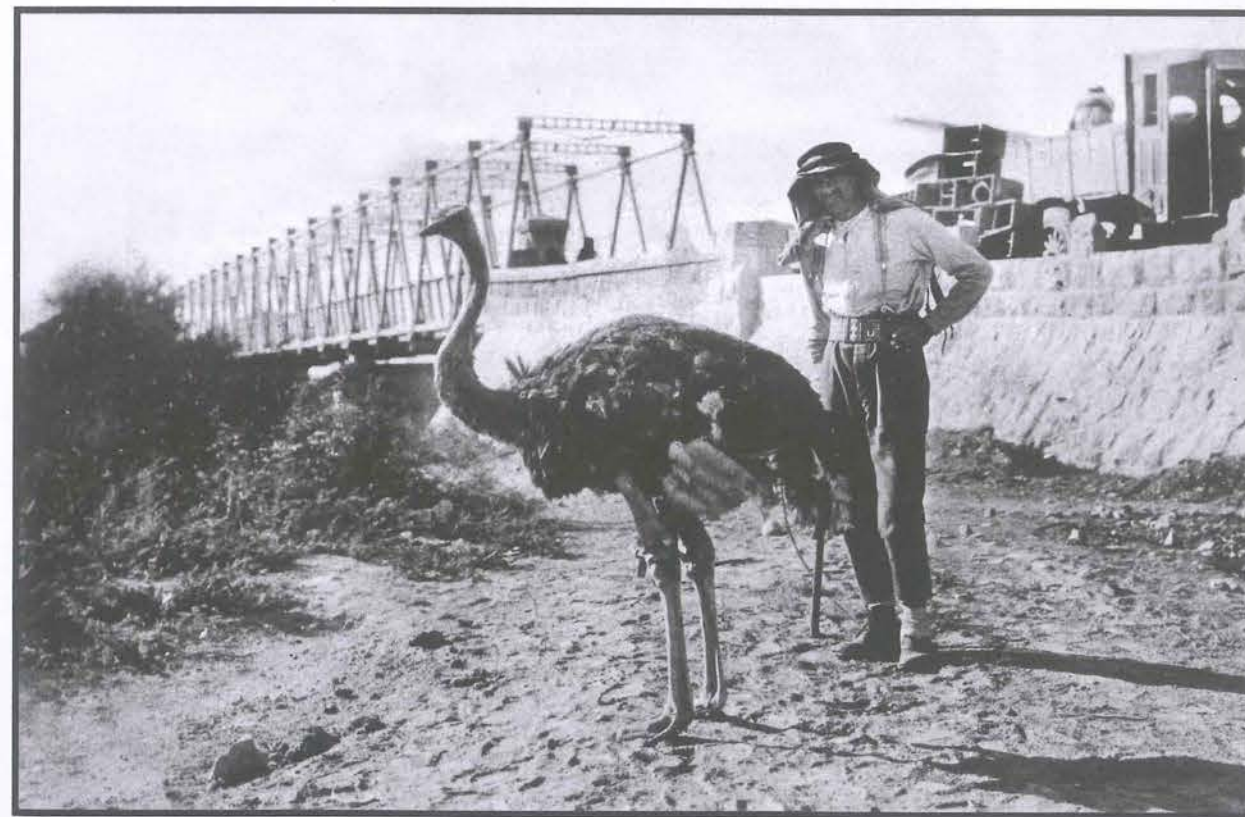
(8) Mossad es una de las tres agencias de información israelí.

(9) Felicia Langer, nacida en Polonia de padres judíos y casada con un sobreviviente del Holocausto, se instaló en Israel en 1950. Desde 1967, choqueada por la violencia del ejército israelí, defendió a los palestinos en los tribunales militares de su país. Vicepresidenta de la Liga israelí de los Derechos humanos, desde 2009 es miembro del Comité de Apoyo del Tribunal Russell para Palestina.

(10) Habib Ishow, "L'État et la paysannerie en Irak" (El Estado y los campesinos en Irak), *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, vol. 45, núm. 1, p. 116, 1987.

(11) Esta ley otomana se aplica asimismo en Jordania y Siria sobre tierras llamadas "muertas", *al ard al mauât*. Ver Muhammad Faruq 'Akkâm, "Des fondements de la propriété dans la jurisprudence musulmane-La mainmise sur les biens vacants" (Bases jurídicas de la propiedad musulmana-control de los bienes vacantes), *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, pp. 25-41, 1996.

En tiempos de los británicos





La "ausente"

Umaina Mohtadi Al Alami, 83 años

Desde la terraza del tejado de su casa en Ramallah puede ver el pueblo de Nabi Samwil y la mezquita construida en el lugar donde supuestamente se encuentra la tumba del profeta Samuel. Un lugar simbólico, que atrajo durante siglos tanto a musulmanes como a judíos, y donde Umaina tuvo la oportunidad de pasar en familia toda su infancia. Umaina jugaba con sus hermanos en los jardines que se encontraban en la parte superior de la colina desde donde se tiene una visión mágica de las cúpulas doradas de Jerusalén.

Cada mañana los ojos de Umaina acarician los lugares donde vivió, grabándolos en su memoria para poder transmitir su historia, la de antes de 1948, a sus hijos y a sus nietos. Por eso, no quiere irse de Ramallah. A pocos kilómetros a vuelo de pájaro, "su" Jerusalén y "su" Nabi Samwil la retienen, aunque hoy le sean prohibidos: Umaina es parte de los "ausentes", los que según dicta la ley israelí tienen impedida la entrada en Jerusalén. Eso implica que las propiedades de su familia, tanto en la antigua ciudad como en sus alrededores, han dejado de pertenecerle. Umaina es considerada una "ausente", si bien en realidad nunca ha estado más presente.

“ Mi padre, ‘Abd Al Rahman Al Alami, era un hombre muy respetado en Jerusalén. Tras finalizar en la década del veinte estudios islámicos en la Universidad de Al Azhar (1) con todos los honores, fue profesor de teología y una autoridad religiosa en la mezquita de Al Aqsa. (2) Allí arriba, en la roca, tenía una pieza hoy llamada *Dar Al Coran Al Karim* (la casa del sagrado Corán), donde recibía a todos los que querían aprender y reflexionar sobre temas de religión. Siempre se quedaba allí a tiempo completo durante los últimos diez días del Ramadán, considerados los más importantes porque los musulmanes creen que el libro sagrado fue revelado al profeta en ese momento. Tras la puesta del sol, nosotros, su familia, le traíamos la comida para que rompiera el ayuno.

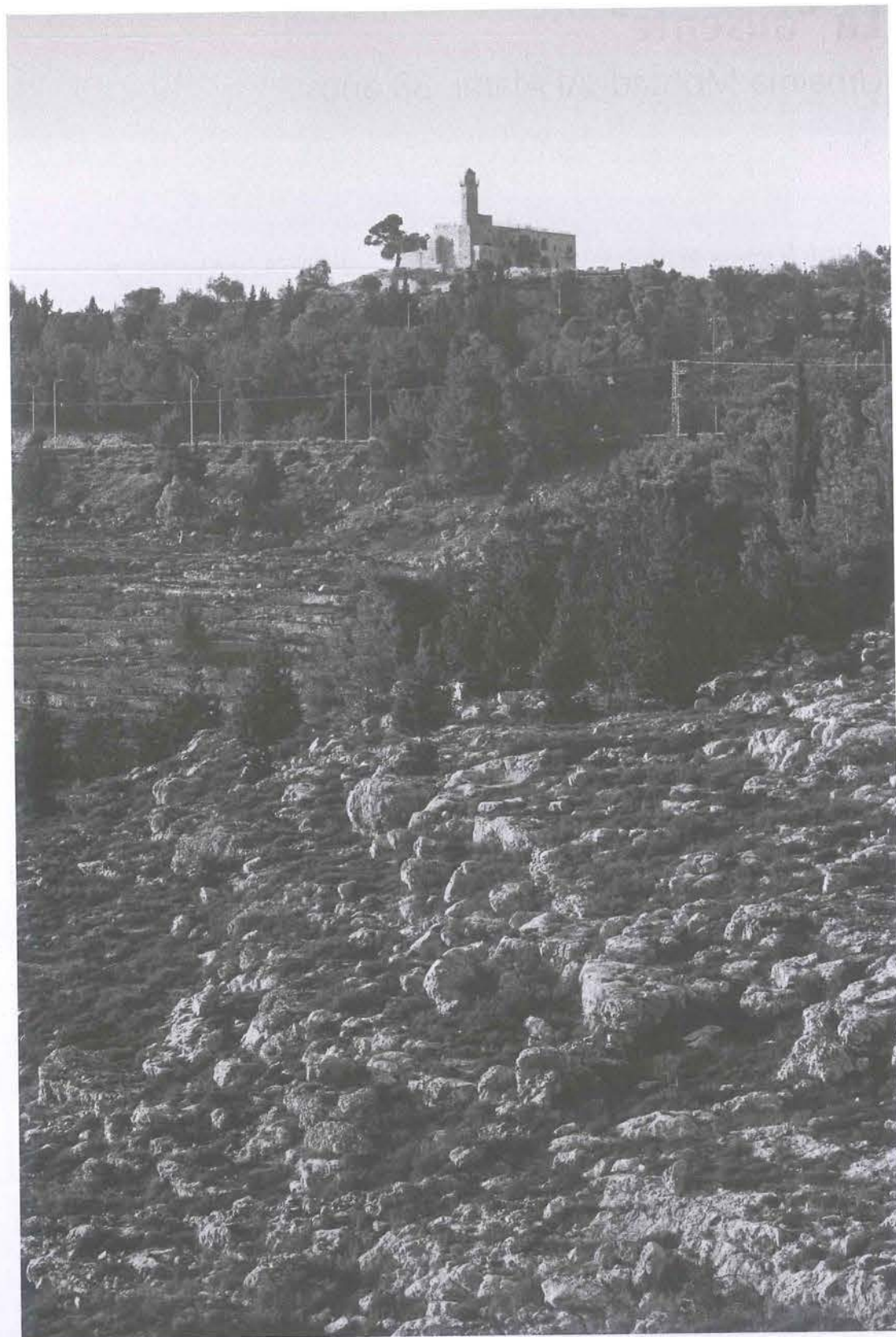
Mi padre también estaba a cargo de la mezquita de Nabi Samwil construida bajo el Imperio otomano en



1730 sobre la supuesta tumba de Samuel. Heredó este cargo de su padre, designado por las autoridades otomanas. El mausoleo se encontraba en una habitación cerrada dentro de la mezquita situada en la cumbre de una colina, a 859 m sobre el nivel del mar, con una vista excepcional de Jerusalén. El sitio, con su monasterio construido en la época bizantina, y conquistado por Saladino en 1187, había sido un importante centro de intercambio entre judíos y musulmanes en el siglo XV y atraía a miles de peregrinos. (3)

Como guardián de este lugar sagrado, mi padre tenía permitido vivir allí con su esposa y sus hijos, de modo que nos instalamos en la parte superior de la colina, justo encima de la mezquita. La casa estaba rodeada de un vergel de 26 *dunums* (2,6 ha) (4) con árboles: higueras, naranjos, granados, olivos... todos ellos plantados por mi abuelo. (5) A menudo, los invitados se sentaban bajo su sombra y sus ojos se nutrían

Nabi Samwil:
un lugar de
peregrinaje,
hoy un
enclave



del hermoso paisaje de los alrededores. Allí crecí viendo pasar por nuestro hogar a figuras emblemáticas del Islam de los años cuarenta. Era un pequeño paraíso.

Durante el año escolar, y como la mayor de las niñas, vivía con mi abuela materna en Jerusalén, mi *teta*, en la calle Aqabat Al Saraya, que lleva a la Explanada de las Mezquitas, Al Haram Al Sharif, en la Ciudad Vieja. A menudo paseábamos por las estrechas calles llenas de tiendas desde Bab Al Amud, la puerta de Damasco, hasta la calle Salah'Eddin. Los palestinos de religión judía vivían en un barrio de la Ciudad Vieja de Jerusalén y eran nuestros vecinos. A menudo nos visitábamos. Por su parte, los inmigrantes judíos de Europa seguían llegando a Palestina desde hacía varias décadas (6) si bien, en Jerusalén, no los veíamos mucho. La mayoría se instalaba en Tel Aviv, o vivía en los *kibbutzim* (7) situados a las afueras de la ciudad, donde con facilidad encontraban trabajo en la agricultura y les enseñaban el hebreo. En Jerusalén se instalarían más tarde, a partir de 1967. (8)

La escuela pública para niñas Al Mamunieh quedaba cerca. Cada mañana, con Lubna Mohtadi, la hija de los vecinos de mi abuela, caminábamos de la mano, vistiendo con orgullo nuestro uniforme, un vestido azul con los calcetines y zapatos negros sin tacón. No solíamos ponernos mangas largas y nada encima de la cabeza, ya que no era parte de la cultura. Mi madre tampoco cubría su cabello. Los fines de semana, mis padres solían venir a Jerusalén, y mi padre que era un hombre muy dedicado a lo espiritual, pasaba sus viernes en la mezquita de Al Aqsa.

Mi familia, que tradicionalmente encabezaba el municipio de Jerusalén, era propietaria de varios terrenos, tanto en la ciudad antigua como en sus alrededores. Mi bisabuelo paterno, 'Abd Al Razek Al Alami, tenía tres hijos. Cuando llegó el momento de pensar en la herencia tras su muerte, tomó una decisión que resultó ser muy sabia. Primero, dejó 2,5 *dunums* a cada uno, un sencillo legado denominado *mulk*. Asimismo, registró el resto de sus propiedades de un valor aproximado de 13 *dunums* (tierras, hoteles, casas, restaurantes, tiendas), como *waqf* (9) una forma de "fundación piadosa", en la corte de Jerusalén, lo que evitaría la división de su propiedad, proporcionándoles ingresos a sus descendientes y, al mismo tiempo, contribuiría al desarrollo intelectual y humano de la ciudad. El dinero de los alquileres de estas propiedades permitiría, por ejemplo, subvencionar hospitales, instituciones religiosas, escuelas o crear ollas comunes para las personas sin recursos.

Claro que, otorgando el estatus de *waqf* a sus propiedades, mi bisabuelo renunciaba a que continuara siendo "su propiedad", porque un *waqf* no puede ser vendido, dado, hipotecado, heredado o compartido. Tampoco se puede privatizar. Pero eso no era importante para él ni para otros muchos ciudadanos pues estas propiedades en *waqf* representaban aproximadamente dos tercios de la Ciudad Vieja de Jerusalén.

Ante el juez había declarado que los ingresos de los *waqf* serían gestionados por un miembro de la familia llamado *mutawalli* o administrador. Él mismo había elegido a mi abuelo para ese rol porque conocía las leyes y, según él, era el más sabio de sus tres hijos. Después, sería mi padre quien heredara el rol. Las mujeres no administraban, pero recibían –al igual que los hombres– parte de los ingresos del *waqf*.

Hoy, la mayoría de las propiedades que mi padre heredó del suyo, registradas en *mulk*, fueron confiscadas. La ley israelí aprobada en 1950 permitió simplemente que nos expropiaran nuestras tierras, (10) considerando a todos los miembros de la familia como "ausentes" por carecer del derecho de regresar a Jerusalén. Nuestra propiedad sigue registrada bajo el nombre de mi abuelo y de mi padre, pero Israel actúa como si no existiéramos (solo las propiedades registradas en *waqf* (11) no han sido tomadas), y nuestra familia no recibe ningún ingreso por ellas. Esta situación, sin embargo, no me impide contarles nuestra historia a mis hijos y a mis nietos para que nunca se olviden.

En 1948 yo tenía doce años. Desde el comienzo de la guerra, Nabi Samwil fue tomada por una división del Palmaj, el grupo de élite de los combatientes sionistas de la Haganah. (12) Luego fue el turno del ejército jordano de tomar posesión del lugar, que consideró era una posición estratégica para defender Jerusalén. Al ver que cada vez era más complicado movernos, mi padre decidió dejarnos en un lugar seguro y para ello nos llevó a Gaza, donde poseía 100 *dunums* con naranjos. Las naranjas de Gaza... ¡eran tan jugosas y deliciosas como las de Jaffa!

"Volveremos, el viaje no va a ser largo", decía mi padre, designando al primo que lo remplazaría para la gestión de los bienes *waqf*. Y su tono tranquilo para explicarnos que solo era una cuestión de semanas y que los ejércitos árabes tomarían las riendas de la situación, nos hacía sentir seguros. Creo, sin embargo, que en su fuero interno sentía que lo peor estaba por venir, pues la llegada a Palestina de inmigrantes judíos procedentes de todas partes del mundo, si bien hasta ese momento

discreta, era una realidad desde hacía mucho tiempo para quien quisiera verla. En cierto modo, lo que pasó en 1948 había sido anunciado, y nuestra partida a Gaza no fue una sorpresa...

Con una pequeña maleta cada uno y amontonados en un automóvil bastante grande para toda la familia, viajamos a Gaza. En el camino nos cruzamos con soldados egipcios. Más tarde supimos cuán mal armados estaban y cómo su buena voluntad no servía de nada contra las fuerzas israelíes, mucho mayores en número y perfectamente equipadas.

Al sur de Hebrón los disparos se hicieron más intensos y encontramos refugio en la mezquita cerca de Beit Jibrin (hoy territorio de Israel). Yo temblaba de miedo y mis hermanos y hermanas también. Las balas volaban, olía a metal. Pero allí estaba mi padre para tranquilizarnos.

En Gaza alquiló un apartamento y todos pudimos ir a la escuela. No éramos los únicos recién llegados, muchos habitantes del sur de Palestina emigraron allí. (13) Por desgracia, cuatro meses después de nuestra llegada, la guerra nos alcanzó. Así es que mi padre pensó que era mejor regresar a Jerusalén. El camino de vuelta era impracticable. La ruta estaba cerrada y los israelíes controlaban el área entre Gaza y Jerusalén. Gaza estaba aislada como lo está hoy en día. Tuvimos que darnos la vuelta, dirigirnos a El Cairo y desde allí volar a Ammán para luego continuar por vía terrestre hasta Jerusalén.

Al llegar a El Cairo, mi padre reencontró algunos amigos que lograron convencerlo para que esperara unos días o unas semanas, hasta que los ejércitos árabes intervinieran y todo volviera a la normalidad, incluida la apertura del camino directo que une Gaza con Jerusalén. La idea de que la guerra no duraría estaba tan arraigada en las mentes, que prácticamente todas las personas que nos rodeaban, al igual que nosotros mismos, decidieron esperar. Pero la espera se fue alargando días, años.... En Egipto ni siquiera éramos reconocidos como refugiados y cada seis meses teníamos que renovar en el Ministerio del Interior las autorizaciones de residencia. Éramos únicamente familias anónimas que esperaban la reapertura de los caminos para poder regresar a su casa. Familias que no habían perdido la confianza, y que a comienzos de los años cincuenta pusieron sus esperanzas en los discursos de Nasser (en ese entonces casi todos los palestinos creían en su panarabismo).

Poco a poco nos convertimos en una familia numerosa sin ingresos. El dinero era escaso, pero mi padre

nos hacía sentir como si no faltara, y compartía la mesa con los amigos que venían desde Jerusalén para visitarlo en El Cairo. Mi padre era un hombre justo que siempre nos enseñó a comportarnos con respeto, y trataba por igual a sus hijos e hijas; incluso dividió en partes escrupulosamente iguales su patrimonio, incluidas sus tierras en Gaza.

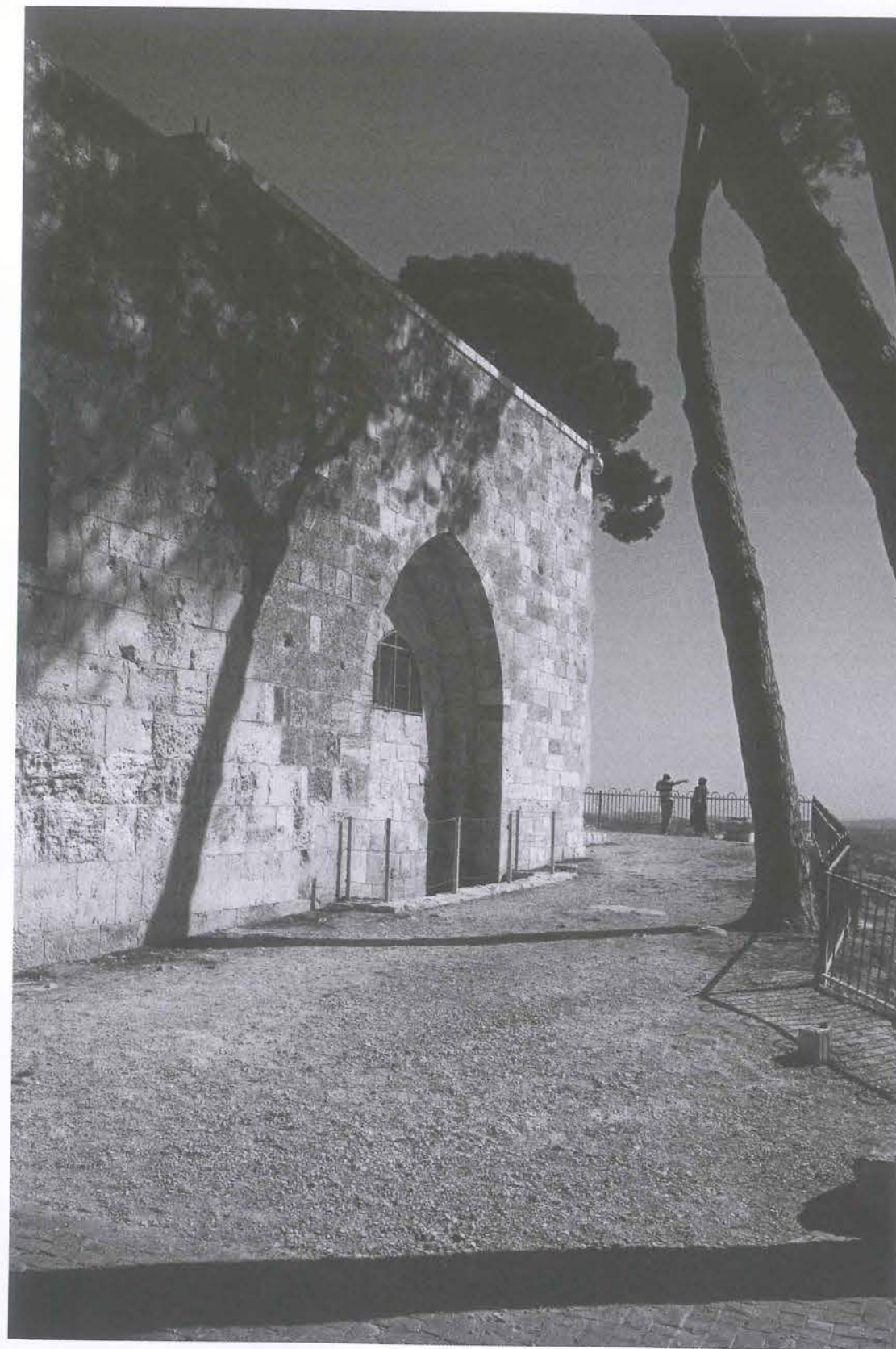
A mediados de la década del cincuenta se abrió de nuevo la exportación de naranjas de Gaza, dándole un respiro a mi padre y permitiendo a la familia vivir en mejores condiciones.

Su principal preocupación era que estudiáramos, de modo que, en cuanto pudo, nos mandó a un internado situado en Helwan, un suburbio de El Cairo. Esta fue para mí una experiencia inolvidable durante la cual nadie me hacía sentir que no era bienvenida por el hecho de ser palestina. Éramos quince o dieciséis alumnas por curso, y yo formaba parte de un grupo de excelentes compañeras egipcias con un fuerte sentido del humor.

Tras mi paso por el internado, comencé estudios de periodismo en la Universidad de El Cairo. Ya por entonces, las instituciones académicas egipcias tenían muy buena reputación a nivel internacional, y su excelencia atraía a estudiantes de todo Oriente Medio. Sin embargo, mi sueño era volver a Palestina, de modo que cuando mi padre habló de realizar un viaje para visitar a nuestra hermana mayor en Jerusalén, lo recibí como una señal clave. La vida durante tantos años en el exilio, lejos de mi casa, de mis raíces, de la historia de mi familia, me tenía obsesionada y deseosa de encontrar el modo de acercarme a Palestina.

Durante este viaje, mi amiga de la infancia Lubna me presentó a su hermano Helmi Mohtadi que por aquel entonces estaba terminando sus estudios de medicina en El Cairo; estudios que completaría años más tarde en Inglaterra con la especialidad de otorrinolaringología. Helmi y yo nos comprometimos en El Cairo en 1955, y el matrimonio tuvo lugar en Ramallah. Me sentía feliz y no podía imaginar vivir en otro sitio. A los diecinueve años había conseguido volver a Palestina.

A finales de 1961, mi padre decidió abandonar El Cairo y volver a Gaza para permanecer cerca de su tierra, de modo que junto con mi madre y mi hermano menor, regresaron. Extrañamente, tras catorce años de exilio, algo lo empujó a volver a Palestina, a su hogar, como si hubiera sabido que allí moriría tres meses más tarde... por fortuna antes de que, en 2004, los israelíes



En las alturas de Nabi Samwil

destruyeran sus 100 *dunums* de árboles frutales, arrasaran y destruyeran su casa, su piscina, sus pozos de piedra... Hoy, la carretera que atraviesa toda la zona está aislada, y las tierras alrededor desérticas para que los soldados israelíes puedan circular con total seguridad.

Durante la primavera de 1967, mi madre y mi hermano menor vinieron a visitarme a Ramallah. (14) Tuvieron que pasar por El Cairo, Ammán y el puente del Rey Hussein (que también es conocido como el puente Allenby, nombre del general británico). Por entonces, yo estaba embarazada de mi tercer hijo. Mis parientes estaban conmigo cuando la situación se puso tensa entre Israel y Egipto (15) y cuando, al cabo de unas semanas, empezaron los bombardeos israelíes. (16)

Nuestra calle se vació muy rápidamente. Los residentes huían hacia Ammán (Jordania). En medio de trece casas vacías solo quedábamos nosotros y otra familia de nueve niños que no encontraban un vehículo lo suficientemente grande para llevarlos a todos a Jordania. Mi médico me dijo:

— ¿Por qué no llevas a los niños a Ammán o al campo?

— No voy a ninguna parte, repliqué.

¡No iba a huir y dejarlo todo allí como hicimos en 1948!

Era extraño, pero no sentía ningún miedo.

Estaba embarazada de ocho meses, cuando una bomba cayó sobre el jardín. A la mañana siguiente, los israelíes comenzaron a entrar en las casas para apoderarse de los autos que, con patente jordana, les permitirían pasar inadvertidos y entrar en los pueblos de Cisjordania por sorpresa y apresar a todos los ciudadanos árabes que consideraran “sospechosos”, algo que no habrían podido hacer con placas israelíes. Cuando entraron a la fuerza en nuestro jardín, quisieron abrir el garaje, pero la puerta de metal estaba bloqueada, una de las explosiones la había deformado. En consecuencia, nuestro automóvil fue el único de nuestra calle que no pudo ser utilizado por los soldados israelíes. Nuestros vecinos encontraron los suyos abandonados en el campo pocos días o semanas más tarde. La guerra no

duró. En muy poco tiempo los israelíes bombardearon y destruyeron la fuerza aérea egipcia. No hubo batalla.

No teníamos electricidad ni agua, pero el pozo en el jardín nos permitió sobrevivir. Los que se fueron a Ammán tuvieron muchas dificultades para volver. Sin embargo, los israelíes no controlaban todo. Por ejemplo, mi hermano logró regresar escondiéndose, cruzando el río Jordán por un punto no vigilado.

Tres semanas más tarde las contracciones comenzaron, pero el toque de queda nos prohibía salir. Mi marido solo pudo llevarme a la clínica de Beit Hanina a las cuatro de la madrugada, donde di a luz a mi hija una hora más tarde, el 29 de junio, día en que Israel declaró la “unificación” (17) de Jerusalén bajo su bandera. Ese día no paré de llorar...

A partir de entonces, la vida empezó a organizarse bajo la ocupación. Nos sorprendió de repente tener acceso a Haifa, a Jaffa y Cesarea o Tiberías, incluso sin permiso. Pero no duró mucho tiempo. Pronto comenzaron simultáneamente las restricciones y la instalación de las colonias. Moverse, construir, importar... Nada podía hacerse sin el permiso de las autoridades administrativas israelíes. Poco a poco nos sentimos estrangulados.

Poco tiempo después, las autoridades emitieron un documento de identidad palestina, un tipo de pasaporte (18) para los residentes de Jerusalén Este. Sin embargo, en mi caso, aunque nací en Jerusalén, no pude obtenerlo porque me consideraban cisjordana (yo tenía el pasaporte jordano durante el período que Cisjordania fue parte de Jordania, es decir, entre 1950 y 1967) porque vivía en Ramallah, lo cual complicaba mucho los desplazamientos.

En los años setenta, viajamos a Inglaterra, y como Israel no reconocía nuestro pasaporte jordano, nos dieron un pase llamado *laisser-passer*. Este documento señalaba que teníamos la nacionalidad jordana. En el aeropuerto de Londres, el oficial de la aduana no entendía: ¿un pase de Israel y nacionalidad jordana?... Nos miró con una mezcla de desconfianza y desesperación, pero terminó rindiéndose y escribió “incierto” en el espacio reservado para la nacionalidad. ”



Explanada de las Mezquitas, Jerusalén, 1908

(1) Al Azhar, la "Espléndida", es la principal universidad de estudios del Islam situada en El Cairo.

(2) La mezquita de Al Aqsa fue la primera *qibla*, "dirección hacia la cual los musulmanes se dirigían durante la oración" antes de la Meca. Junto con la mezquita de la Cúpula de la Roca, forma parte de un conjunto de edificios religiosos construidos sobre la Explanada de las Mezquitas, Al Haram Al Sharif, tercer lugar santo del Islam. Según la tradición musulmana, está construida en el lugar desde donde el profeta Mohammad se elevó hacia el cielo durante su "viaje nocturno".

(3) Nabi Samwil (el profeta Samuel) es un pueblito palestino ubicado al noroeste de Jerusalén, en Cisjordania. En el siglo VI, un autor cristiano identificó el sitio como la tumba del profeta Samuel. En el siglo XII, el rabino español Benjamín de Tudela señaló que los cruzados habían encontrado en un cementerio judío de Ramah los huesos de Samuel.

Se dice que desde la cima de la colina de Nabi Samwil los cruzados pudieron ver, por primera vez, Jerusalén. Por eso la llamaron "la colina de la alegría". En este punto se construyó una iglesia y un monasterio, y luego una mezquita bajo el reino de Salah'Eddin (Saladino, en 1187). En el siglo XV se construiría una sinagoga justo al lado.

El hogar donde vivía Umaima Al Mohtadi Al Alami se construyó sobre la mezquita y la iglesia. El pueblito de Nabi Samwil se edificó en 1730, bajo el Imperio otomano, pero en 1967, la mayoría de los habitantes que vivían alrededor de la mezquita de Nabi Samwil fueron expulsados. Aunque este lugar fue importante para judíos y musulmanes, los israelíes construyeron una sinagoga y, en 1993, se abrió una *yeshiva* (centro de estudios judaicos de la Torá y el Talmud). En 1995, Israel decidió que a partir de ese momento Nabi Samwil sería Parque Nacional bajo control administrativo israelí. En 2007, el pueblo (unos 250 habitantes) fue separado del resto de Cisjordania por la construcción del muro de separación. Los actuales habitantes viven en un enclave, rodeados de asentamientos.

(4) El *dunum*, unidad de medida del período otomano, equivalía a 919,3 m². Durante el mandato británico de Palestina (de 1917 a 1948), fue adoptado el *dunum* métrico, equivalente a 1000 m². Diez *dunums* equivalen a una hectárea.

(5) En este terreno hay excavaciones arqueológicas en la actualidad. Ver el libro de Elias Sanbar, *Dictionnaire amoureux de la Palestine* (Diccionario amoroso de Palestina). Plon, 2010, pp. 31-39, donde el autor explica el papel que juegan las excavaciones arqueológicas emprendidas por Israel, que tratan de demostrar la anterioridad de su presencia y justificar así su posesión exclusiva de todos los lugares.

(6) En 1922, la población de religión judía representaba el 11 por ciento de la población total de palestinos (según Justin McCarthy, *Population of Palestine: Population History and Statistics of the Late Ottoman Period and the Mandate* (Población de Palestina: historia de la población y estadísticas durante el período otomano y el mandato británico), Columbia University Press, 1990) y eran propietarios del 2,5 por ciento de las tierras (Lehn, 1988).

(7) El *kibutz* (en plural, *kibbutzim*) es un agrupamiento que se funda en la agricultura y cuyos miembros basan su organización en el concepto de propiedad común. Esta organización (la primera fue creada en Palestina en 1910) se utilizó ampliamente en los años cuarenta para el establecimiento de asentamientos de colonos judíos.

(8) En 1949, el Estado de Israel convirtió a Jerusalén occidental en su capital. En 1967, después de haber conquistado la parte oriental de la ciudad, pasó a considerar la ciudad "reunificada" como "su" capital, a pesar de que la mayor parte de los Estados miembros de Naciones Unidas consideran que Jerusalén oriental está "ocupado" y pidan la aplicación de la Resolución 181 que se refiere a Jerusalén como "ciudad internacional", con un estatus especial resultante de su importancia para las tres religiones monoteístas y que, en consecuencia, no puede ser la capital de ningún Estado.

(9) En Jerusalén, todas las comunidades religiosas tenían bienes *waqf*; no solo los musulmanes. Ver Musa Sroor, *Fondations pieuses en mouvement. De la transformation du statut de propriété des biens waqf à Jérusalem, 1858-1917* (Fundaciones piadosas en movimiento. Evolución de las propiedades de bienes *waqf* de Jerusalén, 1858-1917). Presses de l'Ifpo, 2010.

(10) En 1950, Israel aprobó la ley sobre el patrimonio de los "ausentes" que le permitió expropiar los bienes de los palestinos, a quienes se les prohíbe volver a sus tierras. De esa manera el Estado se apropió de las tierras y propiedades palestinas y luego las vendió a instituciones o a particulares.

(11) El Estado de Israel ha encontrado la manera de apropiarse los *waqf*. Por ejemplo, la mezquita de Nabi Samwil.

(12) La Haganah es una organización paramilitar sionista fundada en 1920 e integrada al ejército israelí en 1948. En sus inicios fue parte de la dirección del sindicato sionista Histadrut, y posteriormente la organización pasó a ser controlada por la Agencia Judía (que fue el Ejecutivo sionista durante el mandato británico de Palestina). La Haganah se convirtió en el brazo armado de la Agencia Judía, considerada ilegal por las autoridades británicas.

(13) En la actualidad, dos terceras partes de la población de Gaza son descendientes de los desplazados internos de Palestina que llegaron en 1948, sobre todo del sur de Palestina.

(14) Antes de 1948, Ramallah era conocida como la ciudad cristiana y Bireh, la musulmana. Eran localidades vecinas. Después de 1948, las dos ciudades se fusionaron ya que la mayor parte de la población de Ramallah huyó a los Estados Unidos.

(15) Después del cese el fuego con Israel, la Franja de Gaza estuvo bajo administración de Egipto. Pero los habitantes de Gaza no recibieron la nacionalidad egipcia y viajaban con un pase, el *laisser-passer*. En Cisjordania fue diferente, ya que fue considerada como parte de Jordania a partir de 1950 y se les dio la nacionalidad jordana a los residentes palestinos.

(16) En 1967, Egipto estaba comprometido en una guerra en Yemen, junto con los republicanos que también recibían apoyo de la URSS contra los monárquicos, a su vez apoyados por Arabia Saudí y el Reino Unido. Durante ese mismo año, Abdel Nasser cerró el estrecho de Tiran a la navegación israelí y exigió que las fuerzas de paz de la ONU se retiraran de la frontera con Israel. Israel decidió iniciar una guerra y bombardeó a las fuerzas aéreas egipcias.

(17) En 1948, Jerusalén debía haber sido, según el Plan de Partición de la ONU, una ciudad internacional, por su rol central en las tres religiones monoteístas. El *corpus separatum* fue una de las decisiones más importantes acordadas en la Conferencia de Lausanne de 1949, junto con el trazado de las fronteras y la cuestión del derecho de retorno para los refugiados. Tras la guerra de los Seis Días, el 29 de junio de 1967, el Knesset (parlamento israelí) declaró a Jerusalén "unificada" y "capital eterna e indivisible de Israel", hecho que hasta la fecha no ha sido reconocido por la mayor parte de la comunidad internacional. Durante casi cincuenta años, la comunidad internacional reaccionó retirando sus embajadas de la ciudad para mostrar su oposición a la ocupación.

(18) Según Abbas Shibliak, "Passport for what Price? Statelessness among Palestinian refugees", en Are Knudsen y Sari Hanafi, *Palestinian Refugees: Identity, Space and Place in the Levant* (Refugiados palestinos: Identidad, Espacio y Ubicación en El Levante). Londres-Nueva York: Routledge, 2011, p. 116, Israel utilizó un instrumento normativo en 1974 para quitarles su carnet de identidad y su derecho de residencia a muchos árabes de Jerusalén si estos se ausentan de la ciudad durante más de siete años o si adquirieron otra ciudadanía, o si reciben derecho de residencia permanente en otro lugar.



Cúpula de la Roca, Jerusalén, en los años diez



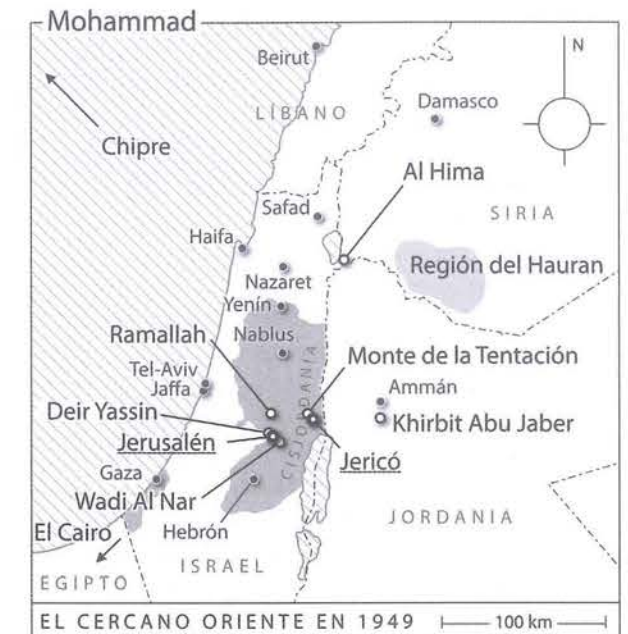
La libertad del sufí

Mohammad Tijani, 93 años

El sábado 10 de junio de 1967, (1) los altoparlantes empezaron a anunciarnos su amenaza: los setecientos habitantes de Harat Al Maghariba, barrio magrebí de Jerusalén, debían evacuar sus hogares. (2) ¡Todas las casa iban a ser demolidas! (3) Luego todo ocurrió muy rápidamente. Las excavadoras empezaron su trabajo, destruyendo lo que encontraban a su paso. Como nadie quería morir bajo los escombros, pero sabían que las amenazas israelíes eran reales, los residentes huyeron llevándose consigo lo que pudieron. En un solo día, este barrio de la Ciudad Vieja, que databa del siglo XII (4) y situado a pocos metros del Muro Occidental, (5) simplemente desapareció. Fue erradicado y sustituido por una explanada. (6)

La familia de Mohammad Tijani vivía en Al Maghariba. Su padre, Ahmad, se encontraba allí cuando estalló la Primera Guerra Mundial, lo que le impidió regresar a su país, Marruecos. En esa época, Palestina todavía formaba parte del Imperio otomano. Todos los recuerdos de la infancia, adolescencia e incluso de la vida adulta de Mohammad Tijani están vinculados a este barrio, a sus vecinos, al muro Al Burâq y a la zawiya, lugar de reunión de la tariqa, la cofradía sufí Al Tijaniya (7) que su padre fundó en 1925.

“ Mi padre era un hombre adelantado a su tiempo, un hombre instruido y moderno. Guiado por su fe, nos enseñó sobre la libertad: la de la respiración y la del viento. Toda su vida se dedicó a la búsqueda de lo divino en cada ser vivo. No se contentó con pensar, imaginar o teorizar, sino que inspiró a sentir el camino del conocimiento y de la libertad de pensamiento a cuantos le rodeábamos. Nos dio alas. Decía “*Sultan men la yaref il Sultan*” (“El sultán no conoce a ningún sultán”), lo que quiere decir que la mejor forma de ser jefe de uno mismo, es no someterse a ninguna autoridad, salvo la de Dios. Nos impulsaba a ser autónomos, libres y respetuosos, evitando buscar el dominio alienador de los poderosos. Mi padre era sufí. Se llamaba Ahmad Al Tijani.



Originario de la aldea marroquí de Tissili, (8) aprendió las siete maneras de leer el Corán en Fez antes de estudiar la jurisprudencia islámica (9) en la famosa universidad Al Azhar de El Cairo. En 1914 fue en peregrinación a La Meca. A su regreso, como la mayoría de los peregrinos, se detuvo en Jerusalén para “poder bendecir la peregrinación”. (10) Hacía una semana que recibía gratuitamente alojamiento y alimentación en la Explanada de las Mezquitas, cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Se vio totalmente bloqueado: volver a Marruecos era imposible, demasiados peligros marcaban la ruta. Inicialmente decidió quedarse en Jerusalén, donde el *wagf* musulmán de Abu Madyan lo hospedó. (11) Pero como el ejército otomano reclutaba masivamente (12) para mandar a quien fuera a hacer la guerra en su nombre, que mi padre tenía la edad que les interesaba y que él no quería ir a combatir, se refugió al este del río Jordán, en Khirbit Abu Jaber. (13)

La guerra trajo escasez de agua y de alimentos. Mi padre había oído hablar de los cultivos de trigo en la región del Hauran en Siria, (14) y se organizó para poder ir. Un día partió en caravana, cargando seis camellos y dos mulas. Iba acompañado de una decena de hombres, dos de los cuales llevaban armas para el caso de que los *qutaa turuq*, (15) los bandidos, prepararan alguna emboscada y para alejar a las hienas de risa siniestra. Unas semanas más tarde regresó cargado a Khirbit Abu Jaber. Inmediatamente, enterró la preciosa mercancía bajo dos metros de paja dentro de cuevas conocidas por ser frescas; era la única manera de evitar que los soldados otomanos la encontraran y se apropiaran de ella. Cada vez que los soldados se acercaban, hundían su fusil en el forraje, pero nunca se les ocurría buscar más profundo. Sin embargo, la odisea de transportar el trigo no terminaba allí: había que llevarlo en mula hasta el río Jordán, donde los traficantes lo esperaban para cargarlo hasta Palestina.

En 1918, finalizada la guerra, mi padre había conseguido ahorrar lo suficiente como para poder comprar varios *dunums* (16) en los alrededores de Jericó, (17) cerca de la fuente del Elíseo, (18) bajo el monte de la Tentación. (19) Plantó árboles frutales y crío ovejas. La mano de obra era abundante, llegaba de todas partes: Jordania, Líbano, Siria... En aquella época, los campesinos trabajaban "para el cuarto", (20) pero mi padre, preocupado por la equidad, les proponía compartir la producción en partes iguales.

Fue en esta época gloriosa de Palestina cuando mi padre conoció a mi madre, Fátima, proveniente de una familia de agricultores de Ramallah. En invierno ambos vivían en Jericó; en verano se trasladaban a Jerusalén. Tenían una casita de piedra blanca, situada junto a la mezquita de Al Aqsa, en Harat Al Maghariba, el barrio magrebí de Jerusalén; y otra en Al Qatamun, (21) a las afueras de la Ciudad Vieja. Yo fui el primer hijo que mi madre dio a luz. Nací en Jericó, un lunes de la primavera de 1926.

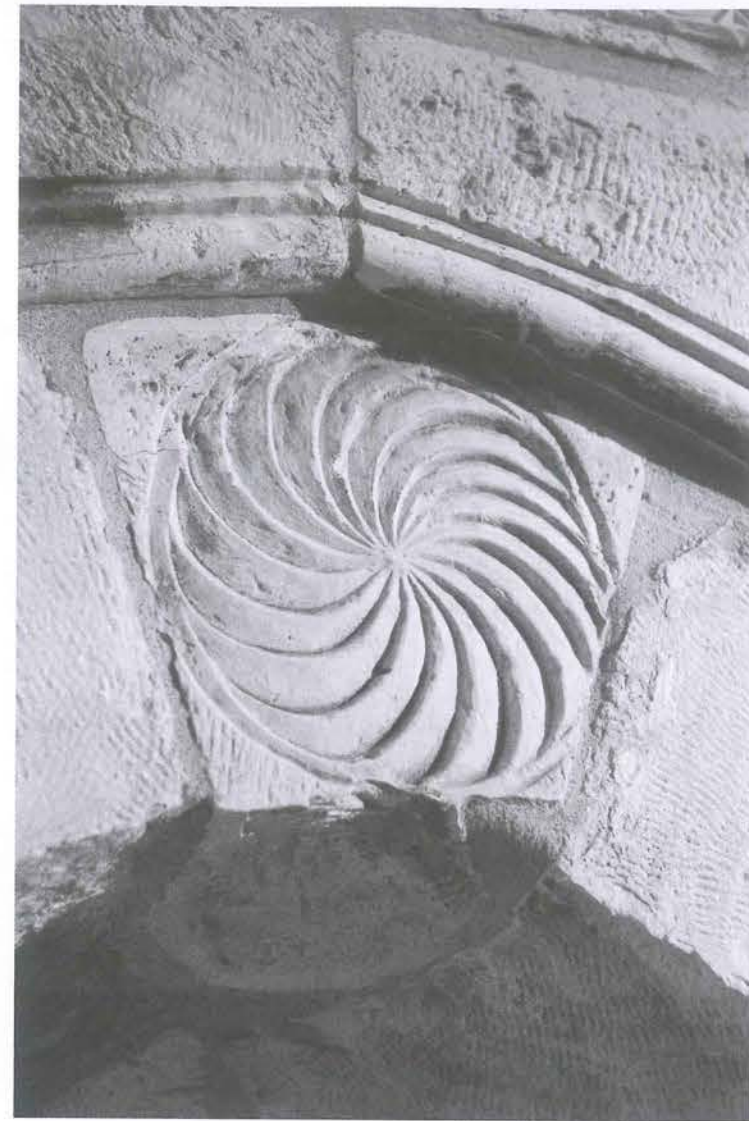
Uno de los recuerdos más presentes de mi infancia, es un drama familiar que me hundió en una terrible soledad. Una noche, mi hermano menor, Mustafa, a quien llevaba dos años, despertó gritando. Pero todos nuestros esfuerzos para calmarlo fueron en vano. Unas horas más tarde, con su pequeña mano en la mía, dejó de respirar.

Cuatro años más tarde, en 1936, mi madre decidió que era hora de que la familia partiera a Jerusalén, donde poder asegurar nuestra educación, la mía, la de mi otro hermano, y la de mis tres hermanas. Mi padre

estuvo de acuerdo con esa decisión. La escuela Rawdat Al Maaref, situada dentro de la Ciudad Vieja, tenía la reputación de ser una de las mejores de toda Palestina. Los profesores procedían de las más prestigiosas universidades de El Cairo, y los estudiantes acudían de toda la región: Palestina, Egipto, Irak, Siria, Transjordania y el Líbano. Necesitaba un buen nivel de inglés para inscribirme, pero yo nunca había escuchado el sonido de esa lengua, cuando los demás alumnos hablaban un inglés fluido. Pasé, pues, el verano tomando clases particulares intensivas de inglés con un profesor. Comenzaba leyéndome la lección y pidiéndome que la repitiera. Pero yo solo podía leer árabe, escrito en el sentido opuesto a las lenguas con alfabeto latino. Con el tiempo, lo logré, pero no porque pudiera leer sino gracias a mi excelente memoria: repetía palabra por palabra lo que había escuchado, fingiendo leer. Por desgracia, escribir fue mucho más complicado, pues para ello la memoria no bastaba. Tuve que reproducir letras que no entendía utilizando papel de calco. O sea que en lugar de leer y escribir, memorizaba y copiaba. Cuando el profesor se dio cuenta, se puso colorado: no solo había mentido, sino que ¡me había reído de él! Su "inmensa admiración" por mi padre felizmente me salvó, y las lecciones siguieron.

Es que mi padre era una persona respetada en la ciudad santa, si bien no formaba parte del grupo que dominaba Jerusalén. Siendo un joven estudiante en Fez, había conocido a una cofradía sufi, (22) la *tariqa* Al Tijaniya. (23) Todos los viernes acudía a la *zawiya*, el lugar donde sus miembros se reunían. Cuando a principios de los años veinte mi padre se instaló en Jerusalén, la *tariqa* naturalmente consideró su experiencia, y le propuso ser el responsable de toda la región, lo que aceptó. ¿Qué otro lugar había mejor que Jerusalén para difundir un mensaje de paz, justicia y comprensión mutua entre los pueblos? Con el acuerdo de la cofradía sufi, mi padre, Ahmad Mohammad Abdullah Abdulsadeq Al Dadsí Tissili, se convirtió en Ahmad Al Tijani, jeque de la cofradía sufi Tijaniya, y con dicho nombre se inscribió en el registro de Jerusalén. Por aquel entonces, el nombre de una persona desvelaba su identidad dentro de la sociedad por la que trabajaba y era reconocido.

A lo largo de los años, Jerusalén se convirtió en un lugar de encuentro para la Tijaniya. Tras el Ramadán, los *jeques* sufíes, guías espirituales de la cofradía —procedentes de Argelia, Libia, Egipto y Sudán— se reunían allí para desearse suerte, la *baraka*. Mi madre preparaba enormes raciones de cuscús para la ocasión, y uno de



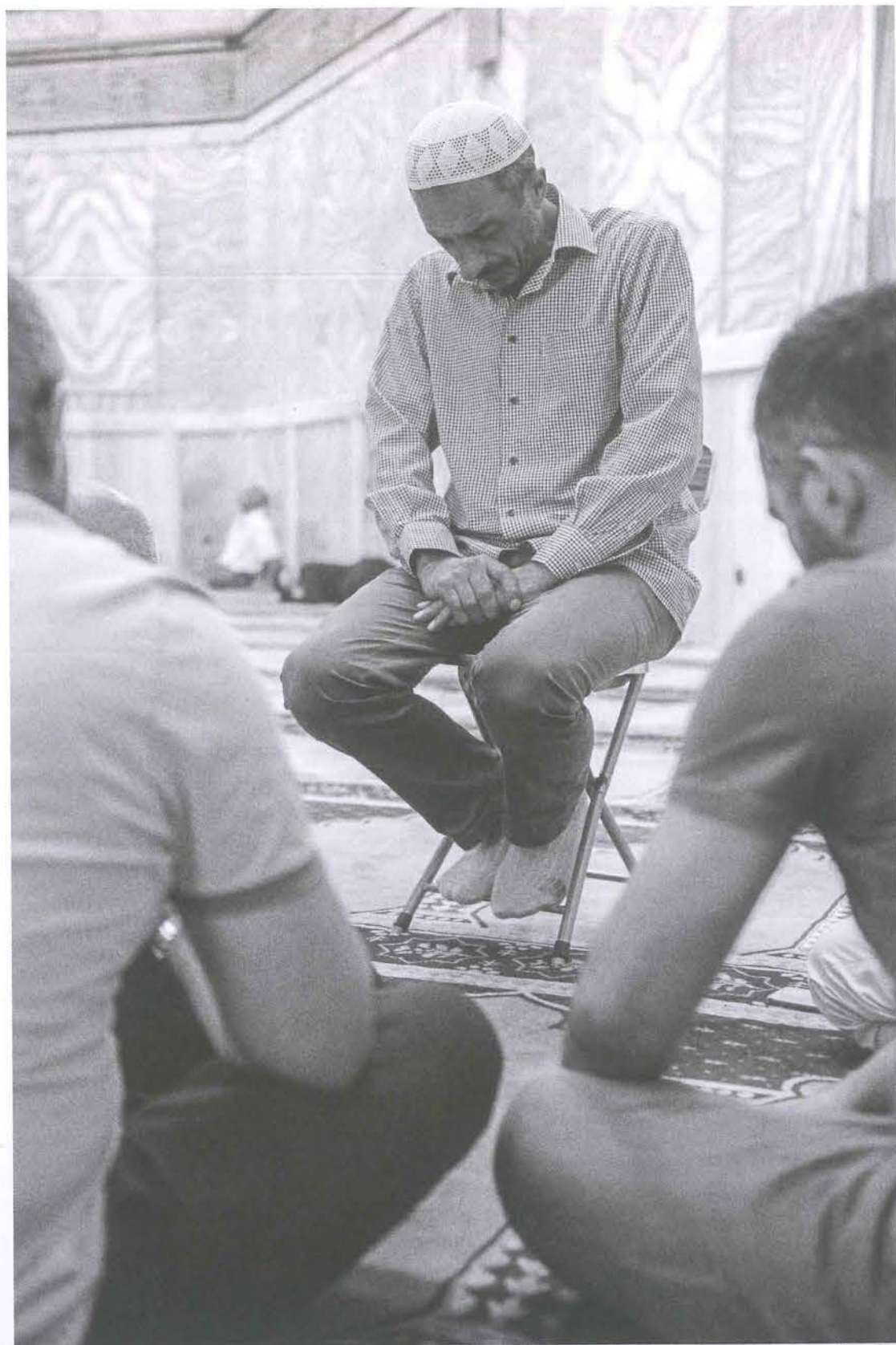
Símbolo dinámico

los jeques lo distribuía a los pobres y a quienes querían recibir la bendición. Recuerdo estar parado junto a un hombre delgado, de grandes y alargadas manos, mientras veía desfilar centenares de personas, hombres y mujeres, con un plato en la mano para recibir la comida bendita, y regresar a sus hogares con una amplia sonrisa iluminando sus rostros. Por extraño que parezca, si bien el cucharón no paraba de llenar platos, la olla nunca se vaciaba. Así fue que entendí la *baraka* como un gesto mágico, nacido del sentimiento de compartir.

Todos los viernes, mi padre y los demás miembros de la *tariqa* se reunían en la sala (24) dedicada al ritual del *hailala*. (25) Hombres y mujeres se juntaban por

separado. Los participantes recitaban repetidamente versículos del Corán (26) empapándose de su espíritu, y terminando por sumergirse en un estado a medio camino entre la vigilia y el sueño, cerca del trance. Desde los ocho años, yo también empecé a participar en las *hailalas*. Me cautivó la lectura de los textos sagrados por la infinita belleza que abrían a mis ojos, suscitando en lo más profundo de mí una serenidad como la de una música deliciosa que te transporta, sin intermedios, a esferas superiores, a lo más secreto del alma.

Mi padre no se limitó a asumir un liderazgo espiritual, se convirtió en un político en Palestina. Era un nacionalista, un revolucionario comprometido con la



Zikr, sumergirse
en uno mismo en
nombre de Dios

revolución de 1936-1939. Denunciaba a los británicos y luchaba contra ellos porque protegían a los grupos sionistas que venían a usurparnos nuestras tierras. Sin embargo, no metía a todos en el mismo saco. Cuando nuestra vecina, una anciana inglesa jubilada llamada Miss Dickson, tuvo que irse de Jericó ante el llamado de las autoridades británicas a todos los ingleses a reunirse en las ciudades principales de Palestina, mi padre se preocupó de que nadie saqueara su casa. Su explicación era sencilla y benévola: lo importante era recordar que habíamos compartido con las personas que vivían en nuestro barrio. Era su manera de enseñarnos a siempre defender la paz y la justicia, sin caer en la trampa de la manipulación. Del mismo modo, cuando el grupo revolucionario un día descubrió a un palestino espiando para los británicos, mi padre comenzó por preguntarle sobre su situación. Quizás su necesidad de dinero explicaba su traición. Luego, en vez de condenarlo a la pena de muerte, una sentencia que todos consideraban bien merecida, le ofreció unirse a la revolución con un salario que asegurara la supervivencia de su familia. Mi padre decía que los que traicionan lo hacen principalmente por miedo, pocas veces por afán de lucro, y que por ello bastaba con ofrecerles un poco más de dinero para persuadirlos y evitar así que se vendieran de nuevo. De este modo, dejaba el destino del hombre en las manos de Dios, sin juzgarlo. Convencer al grupo no fue fácil, pero su palabra prevalecía sobre el resto.

En 1939, las autoridades británicas retomaron el control de los pueblos más pequeños y lograron reprimir la revolución. Nos sorprendió enormemente el anuncio de la cancelación del proyecto de creación, dentro de Palestina, de dos Estados, uno árabe y otro judío independiente. En noviembre de 1938, tras un estudio detallado del informe de la Comisión para la Partición, el gobierno de Su Majestad llegó a la conclusión de que este proyecto era irrealizable por razones políticas, administrativas y financieras.⁽²⁷⁾ Los británicos sugirieron la creación de lo que llamaron Estado de Palestina, con mayoría árabe, pero que incluyera a la población judía. A decir verdad, no creíamos ni una palabra de lo que nos decían. La postura inglesa había sido siempre abiertamente opuesta a nuestro pueblo. Así pues, afortunadamente reaccionamos con desconfianza, porque pronto el viento cambió de dirección y las presiones políticas comenzaron a llegar de todas partes. Los grupos sionistas, por su parte, tomaron represalias en contra de los británicos, que ahora llamaban traidores. ⁽²⁸⁾

El caos que reinaba en las zonas rurales ponía a mi padre y a todos los revolucionarios en gran peligro. Para no ser condenado a muerte, tuvo que esconderse. Durante algunos meses se unió a 'Abd Al Qadir Al Husseini, ⁽²⁹⁾ el hombre más temido por los ingleses, al que bombardeaban de día y evitaban de noche.

Fue una época difícil para nuestra familia. La ausencia repentina de mi padre en nuestra vida cotidiana, y su papel central en nuestra educación, nos hizo sentir muy aislados. Sabíamos que se encontraba en algún lugar de la región montañosa de Wadi Al Nar, ⁽³⁰⁾ refugiado en una cueva de pastores. Mi madre le enviaba regularmente ropa limpia y víveres, lo que me permitió ir a verlo en varias ocasiones. Viajaba en mula, acompañado de un hombre de la región para no despertar sospechas entre los británicos, que vigilaban todos nuestros movimientos. Su *keffieh* atado a la cabeza, fusil en mano, capa negra sobre los hombros, mi padre aparecía y desaparecía tras las rocas, como un fantasma. No quería crear en mí un sentimiento de violencia, pero, al mismo tiempo, quería que aprendiera sobre la medida y el equilibrio, por eso nunca me quedé más de un día con los combatientes... Con los últimos rayos del sol, tenía que regresar a Jericó.

Sucedió entonces algo tan inesperado como insólito. Miss Dickson, nuestra vecina inglesa, escribió al gobernador de Jerusalén para pedirle que se permitiera a mi padre regresar a su casa en Jericó. Su voz era influyente, pues tenía familiares en la Cámara de los Comunes del Parlamento británico, y su petición recibió una respuesta positiva. Mi padre pudo volver a casa sin riesgo a ser condenado. Aunque durante los meses siguientes, el oficial británico a cargo de la región venía a caballo para hacer su visita de control semanal.

Mi padre trabajaba puntualmente para el *waqf* ⁽³¹⁾ de Jerusalén. Cada año viajaba al norte del país, a Safad y Nazaret, especialmente cuando oía hablar de un campesino que se disponía a vender sus tierras al Fondo Nacional Judío (FNJ) ⁽³²⁾ o a los libaneses. Se desplazaba allí para tratar de convencer al vendedor de que registrara sus terrenos como fundación piadosa, explicándole que era una manera de contribuir al mantenimiento de las tierras palestinas.

En la primavera de 1944, fuimos de vacaciones a Al Hima, ⁽³³⁾ en Siria. En el camino de regreso, sentado en el autobús que nos llevaba de vuelta a Jerusalén y admirando la belleza de los paisajes, escuché distraído las divagaciones de un joven, un poco inestable, sentado a mi lado. Se presentó como miembro del



Cúpula de la Roca, inicios del siglo XX

movimiento Haganah, (34) pero no le creí. La Haganah era, a nuestros ojos, un grupo que aterrorizaba a los palestinos. ¿Cómo era posible que ese chico reclamase pertenecer a tamaña máquina de matar? Me mostré desconfiado, a la defensiva, y desinteresado. Pensé que estaba loco, pero me equivoqué. Lo que el joven anunciaba, sucedió. Afirmaba, entre otras cosas, que había sido entrenado por el ejército británico, y que este lamentaría haber abandonado al movimiento sionista con la publicación del Libro Blanco un año antes, en 1943. Me aseguró que la Haganah estaba preparando acciones. Resultó ser verdad.

Mi madre, como todas las mujeres, quería lo mejor para sus hijos, incluso cuando íbamos a Jerusalén a comprar ropa. La calidad era para ella sinónimo de duración. En lo profesional, quería que fuera médico. Ser médico significaba asegurarse un trabajo respetable

y, a largo plazo, la seguridad de toda la familia. Así, me preparé para estudiar medicina en la Universidad Americana de Beirut (AUB), (35) cuya reputación había alcanzado todas las orillas del Mediterráneo.

La inscripción en la AUB se hacía en Jerusalén. A principios del verano de 1945, la facultad envió a su representante, Sr. Flehan, a registrar las candidaturas desde una oficina situada en el hotel King David. (36) Para ir tenía que tomar un autobús en Bab il Khalil, la puerta de Jaffa. Pero cuando llegué, el vehículo acababa de salir y tuve que esperar media hora para el siguiente. Llegué demasiado tarde para conocer al Sr. Flehan. Es curioso, pensar que un autobús podría conducir mi vida en una dirección totalmente distinta de la prevista. No me quedaba más remedio que inscribirme en la Universidad Americana de El Cairo (AUC), de modo que se lo propuse a mi padre. Allí estudiaría la carrera de

periodismo. Mi padre asintió. Por aquel entonces, salvo alguna excepción, era algo inaudito que un padre accediera a los deseos de su hijo. Este debía seguir la vía paterna, o estudiar lo que deseara la familia, pues en ello iba la supervivencia de todos. Pero la respuesta de mi padre mostraba que era un hombre adelantado a su tiempo. Me dijo: "*Masha Allahu kana*", queriendo decir que lo dejaba en manos de Dios. Sentí que me concedía una inmensa libertad, tanto para enfrentarme al presente como para gestionar el futuro. Con su enseñanza de actuar siempre pensando en las consecuencias, partí hacia El Cairo.

La capital egipcia era un lugar de confluencia de culturas, y un crisol de nuevas ideas. Recuerdo mi primer contacto con la ciudad al bajar del tren. Me sentí perdido, como un beduino fuera de su desierto. Encontré hospedaje en casa de una mujer siria, de Alepo, cerca de la plaza Tahrir. La habitación que me alquilaba era pequeña, pero tenía todo lo que necesitaba: una cama de hierro con mosquitero, una mesa y un armario. El tranvía, que costaba muy barato, me llevaba a la universidad, donde me sumergía en la alta sociedad egipcia. La Universidad Americana de El Cairo tenía todas las características de un club de gente vestida a la última moda, con autos modernos en los que llegaban conducidos por su chofer. Recorrí las tiendas de ropa Omar Effendi y Cicurel, y salí con un traje que nunca me quité. El primer día, el profesor de traducciones citó mi copia como ejemplo. Más tarde, me convertí en editor del periódico de la facultad, llamado *Caravan*, y rápidamente encontré mi lugar en un pequeño grupo de estudiantes palestinos como yo, sobre todo de Gaza. Sus nombres eran Ahmad Shawa, Majdi Abu Ramadan, William Shaheiber y Nicola Damiani, este último de Jafa. Éramos inseparables, como los cinco dedos de una mano. Nuestra amistad era tal, que cuando durante un año y medio no pude contactar a mi padre debido a los combates en Palestina, y me quedé sin dinero, mis amigos me propusieron vivir con ellos en su departamento de Heliópolis. (37) Mientras comíamos *maklubeh* (38) y pizzas, escuchábamos a Oum Kalthoum y Beethoven. Pero echaba de menos no poder comunicarme con mi familia. Sabía de ellos indirectamente, pero nada realmente sustancial. Un día de 1947, un egipcio que no conocía, se acercó a hablarme en la universidad. Me invitó a desayunar en la cafetería, y mientras conversábamos me entregó 40 libras egipcias, una suma importante. Me explicó que había recibido ese dinero de Salim, un pariente cercano, quien me las enviaba de parte de mi padre. Le creí, claro, pues Salim

viajaba entre Palestina y Egipto constantemente. Tras agradecerse enormemente, me marché a compartir el dinero con mis compañeros. No supe hasta mucho más tarde que el hombre pertenecía a la hermandad Tijaniya. El dinero era suyo, y había inventado toda esa historia solo para que yo lo aceptara.

Cada vez que un palestino llegaba a El Cairo, recibíamos noticias. Así era como nos enterábamos de lo que ocurría. Seguíamos todas las batallas libradas por nuestro héroe, 'Abd Al Qadir Al Hussein. Su muerte en abril de 1948 y la masacre de Deir Yassin (39) nos dejaron huérfanos y nos hicieron rebeldes. Más adelante, la sensación de impotencia dio paso a la necesidad apremiante de no permanecer de brazos cruzados. Éramos unos sesenta, hombres y mujeres, todos muy influenciados por los discursos panárabes de Michel Aflak. (40) Decidimos interrumpir nuestros estudios provisoriamente para recibir un entrenamiento del ejército egipcio. La formación, que tuvo lugar en pleno desierto, duró quince días, y se limitó a enseñarnos a montar y desmontar las diferentes partes de un arma de fuego, y a caminar en grupo a paso militar. Me dio rabia, estaba muy irritado:

—¿Están bromeando? ¡Nosotros no necesitamos un entrenamiento scout!, le lanzamos con la sensación de haber perdido el tiempo al oficial egipcio previo a nuestro regreso a El Cairo.

En Gaza se libraban mortíferos combates entre sionistas y palestinos. Mientras estos últimos descubrían aterrorizados que el armamento recibido de los gobiernos árabes de la región estaba a menudo en muy mal estado, sus oponentes hacían uso del mejor existente por entonces en el mercado. Junto a otros dos estudiantes, decidí averiguar lo que necesitaban, y viajamos al desierto para comprarlos a los beduinos comerciantes de armas. Desmontamos los rifles y los guardamos en cajas de zapatos enviadas más tarde a los hoteles del centro de El Cairo, donde nos reunimos con los combatientes gaziotas. (41) Esta fue nuestra contribución a la defensa de Palestina.

Tras mi graduación en 1949, volví inmediatamente a Jerusalén pasando por Jordania, pues la carretera a través de Gaza estaba cerrada. Me reuní con mis padres en Jericó, donde trataban de ayudar a miles de refugiados palestinos que se encontraron allí luego de sufrir el infierno de haberlo perdido todo, incluso, en muchos casos, a sus seres queridos. Por el momento, nuestras tierras en Jericó no habían sido anexadas por el nuevo Estado de Israel. La lucha se intensificaba cada día.

Traté en vano de ser contratado como periodista. Ejercí como profesor de inglés en el colegio Ibrahimieh (42) en Jerusalén, frecuentado mayoritariamente por niños de zonas rurales. En 1951, aproveché la oportunidad de ejercer finalmente mi profesión de periodista trabajando para la radio Near East Broadcasting Station (NEBS), situada en Limassol, Chipre. La radio era dirigida por ingleses, pero los empleados eran todos árabes, sobre todo palestinos. Las oficinas estaban en un campamento militar británico, y nuestro trabajo consistía en cubrir, en lengua árabe, la actualidad de Oriente Próximo y Oriente Medio. Cuando la monarquía egipcia fue derrocada por los oficiales libres dirigidos por Jamal Abdel Nasser en 1952, (43) ante nuestro entusiasmo, el director de la NEBS nos reunió y dijo:

—Vine a decirles que no estamos en contra de Nasser. Tienen bandera blanca.

Lo que significaba que podíamos hablar de este acontecimiento de manera positiva. Sin embargo, tres meses más tarde, nos convocaba de nuevo, con el ceño fruncido:

—¡Bandera roja para Egipto!, gruñó.

De golpe, nuestro equipo de doce periodistas presentó su dimisión al unísono. Tras dos años en Chipre regresé a Jerusalén, donde proseguí mis actividades periodísticas en una radio jordana y en la agencia United Press International (UPI). (44) Más tarde tuve que dejar de lado el periodismo para dedicarme a mi rol de director de la Cámara de Comercio de Jerusalén.

El estallido de la guerra de los Seis Días, el 5 de junio de 1967, produjo en nosotros el efecto de una bomba nuclear. Cuando las fuerzas armadas israelíes invadieron Jericó, me encontraba en Ammán. Mi hermana me llamó para pedirme que fuera a recoger a nuestros padres y ponerlos a salvo en la capital jordana. Salí inmediatamente atravesando el río Jordán, conmovido por lo que veía. Como sucedió tras la guerra de 1948-1949, miles de familias palestinas, blanco fácil de los aviones israelíes, huían apresuradamente en dirección a Jordania para buscar refugio.

En la entrada a Jericó, tanques blindados desfilaban con banderas de color blanco y azul claro ondeando en su parte delantera. Esperaba ver los otros tanques que nos defendieran, como anunciaba la radio, pero no vi ninguno. Cuando más tarde me encontré con soldados de Nablus y Yenín, me contaron que sus armas estaban en muy mal estado y que no tenían gasolina...

Logré llegar a nuestra casa atravesando pequeños callejones, al mismo tiempo que dos ataques aéreos se dirigían a la zona. En seis horas —no en seis días—, ocu-

paron todo, el Sinaí, la Franja de Gaza, Cisjordania, el Golán y Jerusalén. El 10 de junio, las excavadoras atacaron nuestro barrio magrebí. (45) No pasó mucho tiempo antes de que nuestra casa, como la de los otros setecientos habitantes, fuera arrasada. Todos estábamos conmovidos, probablemente porque en el fondo de nuestros corazones sabíamos que acabábamos de perder nuestra Palestina.

No sé cómo, pero conseguí llevar a mis padres a Ammán. Poco después, otras ocho familias —unas cuarenta personas— se nos unieron. Unos meses más tarde, en septiembre de 1967, los israelíes organizaron un censo en Cisjordania. Conscientes de lo que esto significaba, mis padres regresaron rápidamente a Jericó para poder ser contabilizados. De no haber vuelto, habrían perdido sus propiedades en Jericó, como sucedió con las que tenían en Jerusalén. Desde entonces, temiendo no poder morir en su casa, nunca abandonaron su hogar. Ante la imposibilidad de reunirse en Jerusalén, la cofradía sufi se trasladó a Jericó, donde mi padre continuó en su papel hasta la muerte. (46)

La Tijaniya reunía a personas de orígenes muy diversos. Esa era su riqueza. Uno de sus miembros, Hajj Hussein, era un agricultor de Jericó, gran amigo de nuestra familia. Durante varias décadas había vendido su cosecha a Yakub, un intermediario palestino judío. Hajj Hussein estimaba su producción de frutas y hortalizas, la enviaba a Yakub, y este le pagaba tres o cuatro meses más tarde, una vez vendidos los productos. Para hacer la transacción, Yakub se desplazaba a Jericó, donde acostumbraba a almorzar en casa, con Hajj Hussein y su mujer, Rachida. Durante la guerra de los Seis Días no pudo acceder a Jericó, pero tan pronto como pasó, volvió a visitarnos. En 1968, creo que fue un viernes, Yakub tocó a nuestra puerta. Tenía una deuda con Hajj Hussein y quería honrarla. Pero nuestro agricultor había muerto. Cuando se enteró, la cara de Yakub se descompuso y sus ojos azules se volvieron grises. Tras recuperarse, preguntó por Rachida.

—Está en uno de los campos de refugiados en Ammán, Jordania— fue la respuesta.

Yakub abrió su cuaderno de contabilidad y dijo:

—Mil dinares jordanos... ¿Podrían hacérselos llegar a Rachida?

Yo me encargué de llevar el dinero a la viuda. Un año después, Yakub regresaba con 500 dinares para enviar a Rachida. Este gesto da una idea de las relaciones que podían unirnos a árabes y judíos palestinos, incluso después de tres guerras —la de 1948, la del Suez en 1956, y la de 1967.



Cementerio de Bab Al Asbat, tumba de Shadad ibn Aus, compañero del Profeta

Esta historia mantuvo vivas mis esperanzas durante décadas. Aún oigo a mi padre decirme incansablemente:

—Tarde o temprano, la justicia vencerá. Recuerda la historia de Rashida.

Así lo creí... A pesar de la triste realidad que progresivamente se imponía. Quienes habían convivido acabaron por desaparecer, dando paso a otros que carecían de una memoria común, y por lo tanto fueron fácilmente manipulados por el odio. Comprendí esto en los años ochenta, cuando fui a Al Qatamun con la idea de visitar la casa familiar, arrebatada por Israel en 1948.

Una mujer nos abrió la puerta, era marroquí; judía marroquí. Brevemente le explicamos que esa casa nos perteneció antes de 1948. Su respuesta nos dejó sin aliento. Nos dijo que ella y su hijo habían pagado varias facturas. Nos preguntó si habíamos recibido el dinero. Obviamente, ella pensaba haber comprado la casa a

sus dueños. Cuando le contamos que nunca habíamos vendido nuestra casa, y que nunca habíamos recibido ningún dinero, hubo un silencio muy pesado. Se sentía molesta. En ese momento, su hijo, vestido de militar y armado, entró imponente en la habitación. Tras sermonear a su madre en hebreo, sin piedad, se dirigió a nosotros en árabe.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Esta es nuestra casa!, dijo. ¡La pagué con mi sangre luchando en la guerra de los Seis Días!

Como tantos otros millones de inmigrantes, estaba convencido de que la guerra le daba derecho a ocupar una casa que no le pertenecía, de que la guerra da derecho a usurpar la propiedad. Las autoridades manipuladoras saben muy bien cómo inculcar esta idea en las mentes, afianzando las ansias de destrucción y odio; una idea completamente ajena a mi padre y al sufismo que practicó y predicó toda su vida. ”

(1) Pocos días después de que el ejército israelí tomara el control de Jerusalén Oriental durante la guerra de los Seis Días. El 29 de junio de 1967, el Knesset (parlamento israelí) declaró que Jerusalén era la capital eterna e indivisible de Israel, y que estaba unificada. La ciudad se encontró así bajo la soberanía exclusiva de Israel. El Consejo de Seguridad de la ONU y buena parte de los Estados consideran aún hoy que esta decisión unilateral viola el Derecho Internacional, porque el estatuto definitivo de Jerusalén debería ser el resultado de negociaciones entre Israel y la Autoridad Palestina.

(2) El barrio magrebí de Jerusalén, llamado Harat Al Maghariba, estaba situado dentro de las murallas de la antigua ciudad de Jerusalén. Se estableció mediante dotación religiosa, o *waqf* (véase el capítulo sobre Umayma Mohtadi Al Alami). Cabe señalar que el acta de fundación de un *waqf* prohíbe totalmente que cualquiera de sus activos sea puesto a disposición. Los residentes de este barrio eran principalmente descendientes de peregrinos musulmanes del Magreb. Para comprender la historia de los *waqfs* en Jerusalén, véase Musa Sroor, *Fondations Pieuses en mouvement: De la transformation du statut de propriété des biens waqfs à Jérusalem (1858-1917)* (Fundaciones piadosas en movimiento: desde la transformación del estatus de propiedad de bienes *waqf* en Jerusalén (1858-1917)). Damasco: Presses de l'Ifpo, 2010.

(3) Irène Salenson y Vincent Lemire, "La destruction du quartier des Maghrébins : entre histoire, urbanisme et archéologie (1967-2007)" (La destrucción del barrio de los Magrebíes: entre historia, urbanismo y arqueología, 1967-2007), *Les Cahiers de l'Orient*, 130(2), pp. 129-146, 2018.

(4) Tatiana Pignon, "Jérusalem au Moyen-Âge : de Saladin aux Mamelouks (1187-1516)" (Jerusalén en la Edad Media: desde Saladin hasta los Mamelucos, 1187-1516), *Les clés du Moyen Orient*, 24 mayo 2012. Los primeros en instalarse en este barrio fueron soldados voluntarios que acompañaron a Saladin durante la Reconquista de Jerusalén en 1187; a continuación, durante los ocho siglos siguientes, llegarían los peregrinos, quienes enamorados de Jerusalén, se instalarían en la ciudad con el permiso del *waqf*.

(5) Los musulmanes llaman al muro Al Buraq, en referencia al lugar donde el profeta Mohammad se subió a su caballo celeste, Buraq, representado con alas. Para los judíos se trata del Kotel o muro occidental, donde los primeros restos de la construcción forman parte de lo que queda del Segundo templo (reconstruido tras el retorno del exilio, restaurado y ampliado por el rey Herodes).

(6) Ver la entrevista del periodista Piotr Smolar con Vincent Lemire en *Le Monde*: "Guerre des

Six-Jours: l'histoire d'un quartier qui a été rayé de la carte de Jérusalem" (Guerra de los Seis Días: la historia del barrio eliminado del mapa de Jerusalén), publicada el 30 de junio de 2017. Ver también Vincent Lemire, *Jérusalem. Histoire d'une ville-monde (Jerusalén, Historia de una ciudad mundial)*. París: Flammarion, 2016. Los israelíes entraron en la Ciudad Vieja la mañana del miércoles 7 de junio. El sábado por la noche, los setecientos residentes del barrio marroquí recibieron la orden de evacuar la zona en pocas horas. Los israelíes tenían como plazo de vencimiento el inicio de las fiestas de Shavout, el miércoles 14, momento de rezar frente al recién tomado Muro de las Lamentaciones. Los historiadores no encontraron prueba escrita de dichas órdenes. Sin embargo, recuerda a la manera de actuar durante la Nakba, cuando se ordenó solo verbalmente evacuar los pueblitos palestinos.

(7) El fundador de la cofradía Tijaniya (*tariqa*) en un oasis argelino, en 1782, se llamaba Ahmad Tijani.

(8) Tissili se encuentra en la provincia marroquí de Dadès.

(9) El *fiqh* es una interpretación temporal de las normas de la sharía, la jurisprudencia islámica.

(10) Tras visitar La Meca, el peregrino se detenía en Jerusalén para bendecir la peregrinación. Este paso se denomina "Qadès Al Hajj" en Jerusalén.

(11) Según Louis Massignon, "Documents sur certains *waqfs* des lieux saints de l'Islam, principalement sur le *waqf* Tamimi à Hébron et sur le *waqf* tlemcénien Abû Madyan à Jérusalem" (Documentos sobre algunos *waqfs* de los lugares santos del Islam, principalmente sobre el *waqf* Tamimi de Hebrón y sobre el *waqf* Tlemcen Abû Madyan en Jerusalén), extracto de la *Revue des Études Islamiques*. París: Librería Orientalista Paul Geuthner, 1952. El *waqf* se dedica a la utilidad comunitaria perpetua. Los más característicos de los bienes *waqf* son los constituidos para los Lugares Santos, tanto para sus peregrinos como para sus defensores. El autor explica (p. 85) cómo, desde la reconquista de Jerusalén (que estaba en manos de los cruzados) por Saladino en el siglo XII, musulmanes magrebíes—primeros soldados voluntarios y después peregrinos—se instalaron en este barrio. Véase también Henry Laurens, *La Question de la Palestine* (La cuestión de Palestina), t. 2: 1922-1947. Une mission sacrée de civilisation (Una misión sagrada de civilización). París: Fayard, 2002, pp. 156 a 159, sobre el Muro de las Lamentaciones convertido, desde 1918, en elemento importante en las relaciones entre judíos y árabes. El autor explica que el muro pertenece al *waqf* musulmán de Abû Madyan, constituido por un descendiente del santo musulmán magrebí en

el siglo XIV. Para esta corriente mística del islam, Jerusalén, que era el primer destino de la oración (qibla) antes de ser reemplazado por La Meca, debía recuperar ese lugar. El Mehdi de los últimos días debería aparecer en la mezquita Al Aqsa. Desde el final de la Edad Media, los creyentes judíos han trasladado progresivamente su lugar de oración privilegiado, del Monte de los Olivos al muro de las Lamentaciones en Jerusalén. Las autoridades del *waqf* les permiten rezar pero les prohíben llevar objetos, pues una instalación permanente de objetos implicaría progresivamente la transformación del lugar en sinagoga. Al parecer, durante la mayor parte de la época otomana, los creyentes musulmanes no vieron ningún peligro en la llegada de peregrinos judíos. Las cosas cambiaron con los intentos de Edmond de Rothschild de apropiarse el muro y sus alrededores, acción estrictamente prohibida por el acta de fundación del *waqf*. La inquietud se intensificó con el intento sionista de adquirirlos en 1918.

(12) Sobre el Imperio otomano, Jamal Pasha y sus largas listas de condenas a muerte, Sykes-Picot, la promesa de los ingleses a los árabes y el compromiso de Lord Alfred Balfour de apoyar "el establecimiento en Palestina de un hogar para la nación judía", ver Sari Nusseibeh y Anthony David, *Once Upon A Country. A Palestinian Life* (Érase una vez un país. Una vida palestina). Nueva York: Halban, 2011.

(13) Khirbit Abu Jaber entró a formar parte del emirato de Transjordania en 1921. Actualmente está integrado en la aglomeración de Ammán, capital jordana. Para leer sobre el desarrollo de la agricultura en esa época, ver Rauf Abujaber, *Pioneers over Jordan* (Pioneros llegados a Jordania). Londres: IB Tauris, 1989.

(14) La región de Hauran era conocida como el granero de la región.

(15) El significado literal de *Qutaa turuq* es "el que corta el camino".

(16) Unidad de medida de la época otomana, un *dunum* equivalía a 919,3 m². Durante el mandato británico de Palestina (1917 a 1948) se adoptó el *dunum* métrico de 1000 m². Diez *dunums* corresponden a una hectárea.

(17) Jericó, cuya historia se remonta hasta aproximadamente 9000 años a.C., se encuentra situada a orillas del río Jordán, 300 m bajo el nivel del mar, lo que la convierte en la ciudad más baja del mundo.

(18) Ver Hugues Vincent, "La chronologie des ruines de Jéricho", *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (La cronología de las ruinas de Jericó. Actas de las sesiones de la Academia de las Inscripciones y

Bellas Letras), 1930, pp. 50-55. La antigua Jericó, situada al norte de la ciudad actual, debió erigirse en el sitio hoy denominado Tell-es-Soultân. Allí se encuentra la principal fuente de la región, llamada del Elíseo, y que según la Biblia purificó sus aguas malsanas con sal.

(19) Cerca de Jericó, sobre un abrupto acantilado, se encuentra el monte de la Tentación, en el desierto, donde se dice que Jesús, después de su bautismo, permaneció durante cuarenta días.

(20) Una cuarta parte de la producción correspondía al campesino, y tres cuartas partes al propietario de la tierra.

(21) La toma de Al Qatamun se relata en Yusif Sayigh, *Arab Economist, Palestinian patriot, A Fractured Life Story* (Economista árabe, patriota palestino. Historia de una vida fracturada), American University of Cairo, 2015, p. 202.

(22) Ver Alberto Ambrosio, "A la rencontre du sufisme, Les mystiques en héritage" (Al encuentro del sufismo, Los místicos en herencia). *Études*, 415(10), pp. 351 a 360, 2011. Las *tariqa* aparecieron a partir del siglo XII, pero los primeros hombres en experimentar este estado espiritual y místico llamado sufismo aparecen antes, como Râbi'a (801), Bistâmi (875), Junayd (910), Hallâj (922), y más tarde Ibn 'Arabi (1240) y Rûmi (1273). Los primeros sufíes fueron así denominados en referencia a la bura de lana que vestían (sufismo viene de *sif*, que significa lana), probablemente para distinguirse de los otros creyentes, e impugnar una cierta sociedad religiosa en el lugar. El sufi sigue siendo un pobre, un mendigo. El propósito del sufi es unirse con Dios hasta el punto de formar un único ente. El sufismo es, además de textos poéticos, un proceso interno, esotérico y místico.

(23) El fundador de la cofradía Tijaniya, Sidi Ahmad Tijani, nació en Argelia. La *tariqa* se reunía originalmente en un lugar en la frontera argelino-marroquí. Posteriormente se trasladó a la ciudad de Fez, en Marruecos.

(24) La Tijaniya se reunía en Jericó, Jerusalén o en la Explanada de las Mezquitas, donde todavía hay un espacio destinado a la *tariqa* Al Tijaniya.

(25) El *hailala* es informal, no tiene nada que ver con un sermón religioso. Tiene lugar entre dos momentos de rezo, el *Asr* y el *Maghreb*.

(26) Práctica ritual llamada *Al wasifa*.

(27) Henry Laurens, *La Question de la Palestine* (La cuestión de Palestina), t. 2: 1922-1947. Une mission sacrée de civilisation (Una misión sagrada de civilización) París: Fayard, 2002, p. 416. El autor cuenta que la misma noche de la publicación de este informe, tuvo lugar en la Alemania nazi la "Noche de los cristales rotos" (9-10 de noviembre

de 1938); los sionistas pidieron a las autoridades británicas que permitieran a diez mil niños judíos de Alemania viajar a Palestina, pero Londres se negó. En mayo de 1939 se publicó el Libro Blanco (pp. 431 a 434). A partir de julio de 1943, se descartó el Libro Blanco y comenzó a vislumbrarse la idea de partir Palestina en dos (pp. 500 a 505).

(28) Jean-Pierre Filiu, *Main base sur Israël. Netanyahu et la fin du rêve sioniste* (Apoderándose Israel. Netanyahu y el fin del sueño sionista). La Découverte, 2018, p. 31.

(29) Henry Laurens, op. cit., p. 73.

(30) Entre Jericó y Ramala.

(31) Fundación piadosa.

(32) El Fondo Nacional Judío (FNJ) fue fundado en 1901, durante el Quinto Congreso Sionista en Basilea, Suiza. Permitted al movimiento sionista establecer un plan de adquisición de tierras en Palestina.

(33) Al Hima se encuentra en Julán (versión árabe del hebreo Golán), territorio sirio ocupado y administrado por Israel a partir de la guerra de los Seis Días en 1967. Se encuentra a 135 km de Jerusalén, Beirut, Ammán y Damasco. El río Yarmouk atraviesa la aldea, apreciada por su naturaleza verde, sus fuentes de agua y sus ruinas romanas.

(34) La Haganah es una organización paramilitar sionista creada en 1920, incorporada al ejército israelí en 1948. Inicialmente formó parte de la dirección del sindicato sionista Histadrut, y más tarde la organización fue controlada por la Agencia Judía (ejecutivo sionista en Palestina mandatario).

A partir de entonces, la Haganah se convertiría en el brazo militar informal de la Agencia Judía, ilegal a los ojos de la potencia mandataria británica.

(35) Para las familias pudientes que podían pagar los estudios de sus hijos en la región, las universidades estadounidenses, en Beirut (Medicina y Derecho) o en El Cairo (Idiomas y Periodismo), eran la garantía de una educación occidental y moderna.

(36) Inaugurado en 1930, el hotel King David fue objeto de un atentado perpetrado el 22 de julio de 1946 por el movimiento sionista Irgun (que se autoproclamaba "movimiento de la resistencia hebrea") contra los británicos, a los que el hotel servía entonces de cuartel general. Murieron noventa y una personas, veinticinco de ellas británicas.

(37) Heliópolis era una de las zonas residenciales del noreste de El Cairo.

(38) Plato que forma parte de la cultura gastronómica palestina. El *maklubeh* se compone de capas de carne (cordero, ternera o pollo), berenjenas o coliflor, patatas, arroz picante (siete especias, entre ellas el cardamomo y la cúrcuma), todo cubierto

del caldo en el que se ha cocido la carne. El plato se voltea sobre un plato grande, obteniendo así una torre de arroz, verduras y carne, que luego se cubre con almendras y piñones fritos.

(39) Véase el capítulo de Suhaila Subhi. Shishtawi.

(40) Michel Aflak, fundador en los años cuarenta en Damasco del partido Baas ("resurrección"), se convirtió en presidente en 1947. Para Aflak, los árabes eran una sola nación con el derecho inalienable de vivir en un Estado independiente. Durante la guerra árabe-israelí de 1948 se unió al Frente Palestino.

(41) La riqueza de Gaza procedía de sus exportaciones de naranjas a toda Europa.

(42) La escuela estaba dirigida por Nihad Abu Gharbieh, pariente de Bahjat Abu Gharbieh, uno de los líderes de la revolución de 1936-1939. Véase Bahjat Abu Gharbieh, *In the Midst of the Struggle for the Arab-palestinian Cause: The Memoirs of Freedom Fighter Bahjat Abu Gharbieh* (En medio de la batalla por la causa árabe-palestina: Memorias del combatiente por la libertad Bahjat Abu Gharbieh), 1916-1949. Beirut, 1993. Publicado en árabe.

(43) Anne-Claire De Gayffier-Bonneville, "Culture de guerre du pouvoir égyptien sous Nasser et Sadate" (Cultura de guerra del poder egipcio bajo Nasser y Sadat). *Institut de Stratégie Comparée, Stratégique*, 103(2), pp. 37 a 53, 2013.

(44) Junto con las agencias de noticias Associated Press, Reuters y Agencia France Presse, United Press fue una de las principales, previa su desaparición en la década del noventa.

(45) Valérie Nivelon, Marion Lefèvre, "Jérusalem 1967 : la destruction du quartier des Maghrébins" (Jerusalén 1967: la destrucción del barrio de los magrebíes), *RFI*, 10 juin 2017. El artículo cita a Vincent Lemire, quien explica que la destrucción "masiva" del barrio magrebí en la Ciudad Vieja de Jerusalén es un hecho "único" en la guerra de los Seis Días. La guerra de los Seis Días "no es una guerra santa" sino "estratégica", y constituye sin embargo un punto de inflexión para Israel y para el sionismo que "va orientándose cada vez más sobre aspectos religiosos, sobre aspectos sagrados". Según el historiador, la guerra de junio de 1967 no tiene por objeto destruir este barrio, sino ofrecer a Israel la oportunidad de realizar el proyecto que, desde principios del siglo XX, buscaba: crear un espacio de oración delante del muro.

(46) Los padres de Mohammad Tijani están enterrados en el cementerio de Bab Al Asbat, cerca de la Puerta de los Leones.



La pluma, el militante y el pan amargo

Majed Abu Sharar, asesinado en 1981

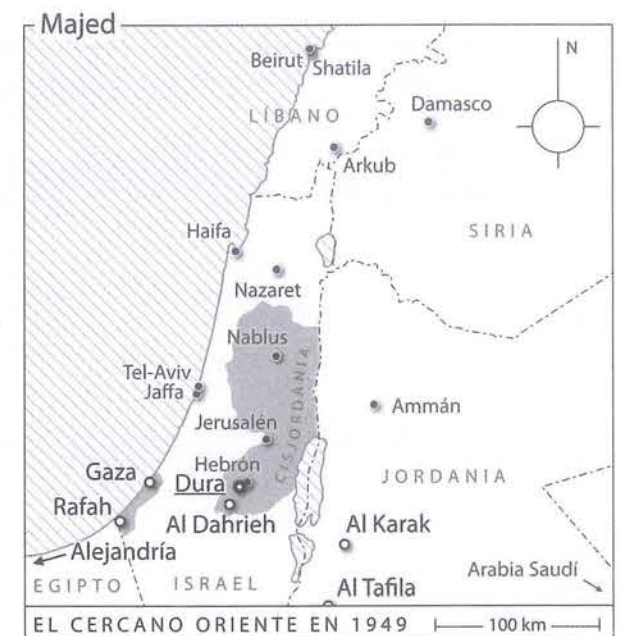
En la foto que cuelga encima del sofá en la casa familiar de Dura, (1) él está de pie. Detrás de sus delgados anteojos, el mayor de los muchachos parece estar en otro mundo, su mirada lejana y pensativa. Un rostro lleno de alma. Esta visión fugaz nos hiela el corazón porque nosotros que lo miramos sabemos que todo lo que emana de él en aquel momento, todo lo que en él se está construyendo, tanto su integridad como sus sueños, le costarán la vida treinta años más tarde, en 1981.

La vida de Majed la relata aquí su familia, sus amigos de infancia y juventud, sus colegas que lo apreciaron como escritor, poeta y hombre político. Si intentamos reunir en algunas páginas todos los aspectos de una vida tan intensa como breve, es porque representa a toda una generación construida sobre el sentimiento del deber de regresar a Palestina y luchar por ello. Se dedicó a la vida política esperando encontrar formas de recuperar una cierta dignidad, pero pagó muy caro su compromiso al transformarse, como muchos otros, en un blanco para Israel. Un blanco a derribar.

Su asesinato fue parte de una larga lista de intelectuales y pensadores de diversos movimientos palestinos eliminados por el Estado sionista. Disuasivas y desestabilizadoras, estas ejecuciones escrupulosamente planificadas —a menudo con coches o paquetes bomba— aparecen tan pronto como los movimientos de resistencia palestina en los años sesenta y setenta. Se llevan a cabo esencialmente en el Líbano, donde tenían las sedes estas organizaciones, pero también en Europa, durante los desplazamientos de sus líderes. (2) Su objetivo es decapitar la dirección histórica de la OLP. (3)

La muerte de Majed coincide con un cambio radical de la situación política en la región. La invasión del Líbano por Israel en 1982, las divisiones en las filas de Fatah y la posterior salida de la OLP de Beirut hacia Túnez pondrán fin a la idea, hasta este momento predominante, de que el movimiento nacional palestino podría representar la vanguardia de la revolución árabe. (4)

No habiendo podido ser enterrado en el cementerio familiar de su ciudad natal, Dura, Majed Abu Sharar fue enterrado en Beirut, en el cementerio de los Márti-



res de Sabra y Shatila, al lado de todos los palestinos y militantes árabes y no árabes que pagaron con su vida su compromiso militante con la causa palestina.

“ Sus amigos más cercanos se lo habían recordado: ir a Roma para asistir a una conferencia de escritores, periodistas y políticos palestinos era muy arriesgado debido a su papel como miembro de la dirección del Consejo Militar de Fatah, encargado del distrito de Hebrón, y miembro del Comité Central del Fatah. Pero Majed tendía a hacer lo que quería. Aunque sabía que era un blanco potencial para el Mossad, como lo habían sido sus colaboradores próximos Kamal Adwan, Ghassan Kanafani y tantos otros asesinados en los años setenta. Había ido a Roma en compañía del poeta Mahmud Darwish, con un pasaporte argelino, bajo el nombre de Abbas Zaitouni. El segundo día



Ver el mar Mediterráneo desde las colinas de Fgegis, cerca de Dura

de la conferencia, Majed había decidido, por razones de seguridad, cambiar de hotel y registrarse bajo otro nombre. Luego se había quedado otro día más para comprarles regalos a sus niños, Samaa, Salam, Dalia y Azza. (5) Pero en la mañana del 9 de octubre de 1981, una bomba debajo de su cama fue activada, acabando con su vida y quebrando la de todos los que lo amaban.

Diez hijos era una cifra normal para una familia palestina de los años treinta. Mohamed y Fátima, los padres de Majed, vivían en Dura donde la familia poseía una gran cantidad de tierra. Dura era conocida por sus buenas escuelas, la tumba de Noé, sus cuarenta mezquitas y, sobre todo, por el legendario carácter rebelde de sus habitantes. Dura, donde un retrato de Majed dibujado sobre un muro (6) hoy honra su memoria.

La casa de la familia era de piedra. Desde el tejado, Majed, segundo de los hermanos, miraba las colinas que se enrojecían al atardecer. Lo que más le gustaba cuando llegaba la primavera era esa tibia dulzura de la

que se escapaba un perfume de almendras amargas. Disfrutaba además del olor del pan caliente relleno de higos del jardín. Su padre era empleado de telecomunicaciones mientras estudiaba derecho en Hebrón; un hombre tradicional y progresista a la vez, que educaba a sus hijos con rigor y quería a toda costa que sus hijos estudiaran. Desde niño, Majed hacía de mediador, interviniendo cada vez que sus hermanos y hermanas se peleaban, lo que lo convirtió en el preferido de las mujeres de la familia.

En 1948, cuando los ingleses dejaron Palestina, los padres se trasladaron a Jerusalén y luego a Belén, (7) mientras Majed, inscrito en el mejor internado de Dura, se quedó al cuidado de sus abuelos. A los trece años tuvo su primera experiencia de libertad. Cuando llegaban las vacaciones, el adolescente se reencontraba con la familia en la casa de la abuela paterna en Fgegis, cerca de Dura. Allí, en la cima de las colinas desde donde se podía ver el mar Mediterráneo, disfrutaba con sus hermanas y hermanos de las simples alegrías

del campo. Cada uno se atribuía "su" roble, "su" oveja, durmiendo en las cuevas, bebiendo a grandes sorbos el yogur fresco y saboreando huevos de pájaros. Mientras preparaban juntos las provisiones de aceite de oliva, mantequilla y carbón vegetal para el invierno, los niños olvidaban que los adultos hablaban del desmantelamiento de Palestina y del miedo que reinaba por todas partes.

En 1949, el padre de Majed, acompañado por sus hijos mayores, se instaló en Gaza (8) donde ejerció como abogado y juez; su esposa se quedó en Dura. Desde la casa en Ain Sara, Majed podía ver el llamado "Beach Camp" (el campo de refugiados de la playa), donde miles de tiendas de campaña acogían a aquellos que huían de los pueblos que en 1948 se convirtieron —de facto— en parte del nuevo Estado de Israel.

Majed pasó una parte importante de su adolescencia en la Franja de Gaza, desbordada por los campos de refugiados. Allí fue un joven scout antes de comprometerse entre los quince y dieciséis años, junto a su hermana mayor Yussra, a enseñar a los niños refugiados que no iban a la escuela debido al éxodo. Más tarde, ambos dieron cursos en Rafah, cerca de la frontera egipcia, lo que significaba levantarse a las cinco de la mañana, tomar el autobús hasta el campo de refugiados de Rafah, dar el curso, volver a las doce, y a continuación, empezar los estudios de maestra de escuela ella, y de literatura árabe en la Universidad de Gaza él. En el camino entre Rafah y Gaza, ambos escaparon de los bombardeos de aviones israelíes que dejaban la tierra herida y a los seres humanos como sombras. Majed guardaba silencio, pero por dentro gritaba. Un día terminó vomitando su cólera sobre el papel. Palabras desnudas; desnudas y crudas como la realidad de Gaza.

Después de varios años de estudios de derecho en Alejandría (Egipto), el joven Majed regresó a la Universidad de Gaza donde el encuentro con un profesor, el poeta Mu'in Bseiso, (9) lo marcó para siempre. Marxista, Bseiso fascinaba a un gran grupo de estudiantes que se reunían durante noches enteras para repensar el mundo árabe y Palestina. Majed a menudo no volvía a casa. Bseiso le prestaba libros prohibidos que su hermana escondía en su cuarto porque bajo el techo de los Abu Sharar ¡tales libros eran considerados una blasfemia! Un día, el grupo de marxistas fue arrestado por la policía pero, gracias a la intervención de su padre, Majed fue liberado, lo cual lo enfureció pues detestaba los privilegios. La policía había revisado todas las habitaciones de la casa, excepto la de Yussra porque en la

sociedad tradicional árabe no se irrumpía en la intimidad de una joven. Los libros no fueron descubiertos, al menos no esa vez.

Poco tiempo después, el padre se volvió a casar en secreto por segunda vez. Pronto puso a toda la familia ante el hecho consumado, abandonando a su primera esposa y sus diez hijos sin divorciarse. Para los dos hijos mayores esto fue una traición y cortaron los lazos con su progenitor. Majed dio prueba entonces de una gran madurez. Como hijo mayor, se sintió responsable de la familia y puso fin a sus estudios. Había que ganar dinero, y rápido. Comenzó dando cursos en los alrededores de Al Dahrieh, luego en Al Tafla y en Karak. (10) En el trabajo, era un profesional muy apreciado y respetado. En casa, se oponía a los matrimonios arreglados, que consideraba retrógrados y defendía a sus hermanas cuando elegían casarse por amor.

El éxodo forzado, la gente despojada que desesperaba en los campos de refugiados, la humillación constante a la que eran sometidos, la indiferencia frente a toda la injusticia... esta realidad cotidiana corroía al joven Majed. Su ira se fue acumulando hasta encontrar una salida en los textos que publicó en los periódicos. Así nació su pluma.

Majed escribió una colección de cuentos cortos titulado *Al Khubz Al murr* (El pan amargo), de los cuales uno, "La Canasta de Mulujieh", trata sobre un hogar muy pobre donde un amigo llega de visita con *mulujieh* —una verdura parecida a la espinaca cuyas hojas secas se cocinan en *ragout* con carne— de regalo; pero la familia no tiene suficiente dinero para comprar la carne en la que se cocina la verdura. Tragándose su orgullo, la madre decide pedir la carne al dueño de la casa, quien le responde con indiferencia: "Paga primero tu alquiler, luego veremos...". Finalmente, la bolsa llena de *mulujieh* se queda en un rincón de la casa, pero con el tiempo, parece tomar cada vez más espacio. Los miembros de la familia aprenden a evitarla y respetarla como si se tratara de un cadáver. Lo que Majed representaba mediante imágenes como esta, era la violencia social, la frustración de los que no tenían nada y la incompreensión de los que tenían todo. El *mouloukchieh* sin carne es inservible, denunciaba entre líneas. En el mismo libro, otro cuento, "El pan amargo", cuenta la vida miserable de un hombre, un palestino, que tuvo que huir de la ciudad de Jaffa en 1948 cuando fue creado el Estado de Israel. (11) Majed lo describía así: "El hombre había sentido la sensación de hambre criminal y de la quemadura que provoca la humillación; había luchado

en contra de las mordeduras del frío extremo y había experimentado la pena inconsolable de la pérdida de sus hijos, uno tras otro”.

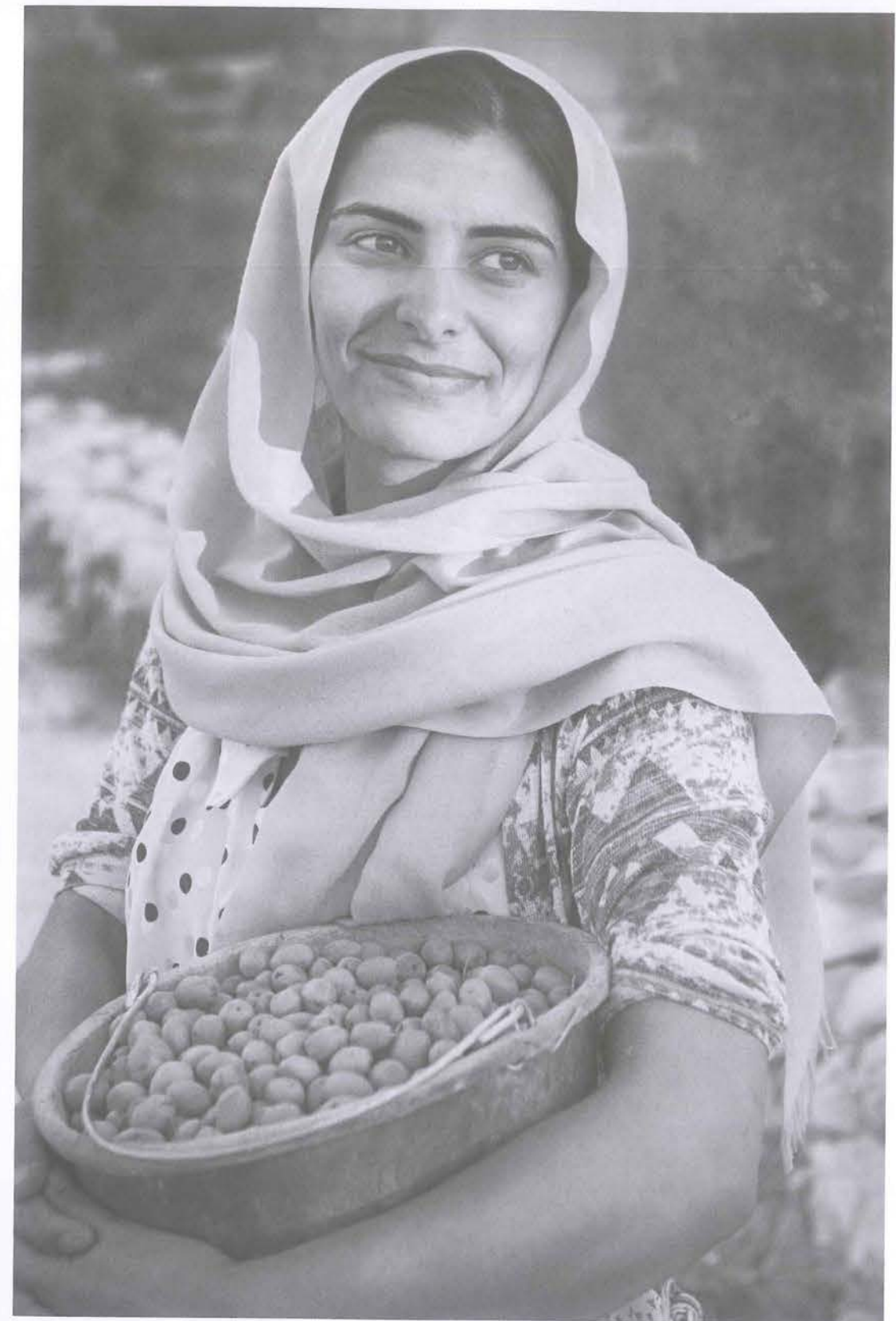
Entre los partidarios del escritor existían varias admiradoras. Una de ellas, a la que sus amigos apodaban “la guapa de Nablus”, decidió presentarse ante el abuelo paterno y logró convencerlo de que sería la esposa perfecta para Majed. El anciano, conquistado, propuso hacerse cargo de todos los gastos del matrimonio. Pero Majed se negó... estaba enamorado de Fátima El Azzeh, una hermosa morena con grandes ojos verdes de una familia de Hebrón, maestra en el campamento de Fawwar. Cada día, pese a las fuertes críticas del entorno, Majed la esperaba en la parada de autobús para acompañarla a su casa. Cuando por fin se casaron, decidió vivir con ella fuera de la casa paterna. Más tarde se trasladaron a Dammam, en el nordeste de Arabia Saudita —en la región en que están las inmensas reservas de petróleo—, (12) donde había encontrado un trabajo de profesor de lengua árabe, historia y geografía. El joven reino saudí se construía en forma acelerada gracias a los petrodólares, y los maestros palestinos aportaban sus conocimientos a la juventud saudita (algunos palestinos recibirán a cambio la nacionalidad saudí). La pareja compartía un departamento con otros profesores palestinos. Su hija, Samaa (“el cielo”) y su hijo Salam (“la paz”) nacieron en Al Khobar, cerca de Dammam.

En noviembre de 1964 los maestros se declararon en huelga, la primera en Arabia Saudita. El riesgo era grande para los palestinos porque podían ser inmediatamente despedidos, y la inmensa mayoría de los profesores tenía familia a su cargo en Jordania o Gaza, una familia que dependía de ellos para sobrevivir. Majed se unió al Comité de huelguistas encargado de discutir con las autoridades y fue elegido como su portavoz. Allí conoció a Abdel Fateh Al Kalkili (llamado Abu Nael, padre de Nael), palestino como él. Un año más tarde, un empresario saudí lo contactó porque deseaba lanzar su propio periódico, *Al Ayam* (“Los Días”), una publicación quincenal de ocho páginas (13) que en principio debía convertirse en escaparate de las acciones gubernamentales. El empresario necesitaba un director de redacción y Majed llegó en el momento oportuno. Sin embargo, el periódico no se convirtió en una caja de resonancia de la burocracia saudí, sino en la voz de los palestinos, ya que el equipo estaba formado por escritores y periodistas como Ghaleb Jarrar, Abdel Aziz Al Sayed y Abu Nael, todos escritores comprometidos. El

tono era franco, irónico, abierto a la diversidad, a compartir los diferentes puntos de vista. Pero los lectores no eran muchos: “éramos escritores y lectores a la vez”, recuerda Abu Nael entre risas.

En 1967, Majed volvió a encontrarse con uno de sus amigos de la facultad de Gaza, Moath A'abed, que era, desde hacía un año o dos, representante del Fatah (14) en Dammam. Mientras jugaban cartas, el político logró convencer al periodista-escritor de que se uniera al movimiento. Las reuniones, prohibidas, tenían lugar clandestinamente en los departamentos de unos y otros. Los militantes se turnaban para vigilar. Cuando estalló la guerra de los Seis Días, Majed viajó como reportero a Siria, donde observó y posteriormente participó en un campamento de entrenamiento del Fatah. Al regresar a Dammam se convirtió en miembro del Comité Regional del Este de Arabia Saudita. A los treinta y dos años, abandonó su oficio de periodista-escritor para involucrarse de lleno en la militancia política. Majed solía decir que “no se había unido a un partido político asociado con una clase social, sino que se había aliado con un movimiento revolucionario que luchaba por la liberación de Palestina”. No era lo mismo. El Fatah era un movimiento que reunía a personas con ideas muy diversas: comunistas, socialistas, nacionalistas, Hermanos musulmanes... Todos impulsados por el mismo objetivo (15) cuya causa común no se limitaba a un lema, sino que era la base de su vida cotidiana.

A fines de 1969, la familia dejó Dammam para instalarse en Ammán (Jordania). Majed aprovechó su talento para contar historias en la revista de Jerusalén, *Al Ufuq Al Jedid* (“El nuevo horizonte”). Nazih (Abu Nidal=padre de Nidal) trabajaba para el mismo periódico. Juntos crearon el sindicato de escritores y periodistas palestinos y ayudaron en un campo cerca de Salt (Jordania) a instruir en el manejo de las armas y la palabra a militantes procedentes de todo el mundo. Su idea era decirles a los jóvenes que si venían a combatir con armas, se equivocaban. Que antes que todo, hay que conocer la causa que se defiende. Porque cuando un combatiente desarrolla su conciencia política y la del bien público (la conciencia comunitaria), entonces sus palabras (que son mucho más poderosas que la bala de su fusil) alcanzarán simbólicamente todos los aspectos, tanto lo cultural como lo político. Lo interesante fue la idea innovadora propuesta por los dos hombres al Fatah: querían que toda noción de orden o castigo fuera excluida y reemplazada por el principio de auto-crítica en los nuevos campos de entrenamiento.



La cosecha de las aceitunas, una tradición ancestral



Handala, el pequeño refugiado palestino, ícono de la resistencia

Nazih y Majed se sentían inspirados. Fue así que lanzaron juntos un periódico interno de la OLP, el *Falastin* ("Palestina"), cuya edición diaria en Ammán alcanzaba varias decenas de miles de ejemplares. Eran reporteros de terreno, testigos y analistas e incluso criticaban la dirección del movimiento: por ejemplo, ambos desaprobaron fuertemente dos batallas en las que participaron militantes de la OLP. La primera, la de Ain Al Baydah en Jordania, el 4 de mayo de 1970, donde veinticuatro militantes fueron masacrados por los israelíes. En su crítica, Majed y Nazih acusaban a los líderes de la OLP de incompetencia y desconocimiento del terreno, así como por haber enviado a sus combatientes a la muerte. Una semana más tarde, tuvo lugar la batalla de Ish il-Nisser ("el nido del águila") en Arkub, en el sur del Líbano. Mientras que la OLP quería que las víctimas aparecieran como héroes, los periodistas le reprocharon haber dejado que se perpetrara una verdadera masacre, aun teniendo conocimiento de los pocos

medios con que contaban los palestinos frente a las tropas israelíes.

Lo increíble, es que las duras críticas a lo que ocurría en su propio campo tuvieron efectos positivos en todo el movimiento. Esto se hizo evidente en el impacto de la breve obra escrita por Majed y Nazih titulada *Nosour Al Arkub* ("Las águilas de Arkub"), que fue distribuida a los combatientes palestinos. Tras leerla, según Nazih, "aumentó en gran medida la moral de las tropas...".

Entre el 16 y el 27 de septiembre de 1970, período que se conoce como Septiembre Negro, la situación de la OLP se complicó en Jordania como consecuencia del conflicto civil entre algunos grupos del movimiento y las fuerzas armadas jordanas. Son muchos los militantes que luego de su derrota se trasladaron a Beirut. Majed y Nazih se fueron a Siria, recuerda Abdel Aziz Shadeed, su amigo de Dura que, como Majed, entró en el movimiento Fatah en Arabia Saudita.

A partir de ese momento, el ascenso de Majed en la OLP (16) y su componente principal, el movimiento Fatah, fue muy rápido. Elegido jefe del Consejo revolucionario de la OLP en 1970, trabajó como director adjunto de Kamal Adwan, quien estaba a cargo del Departamento unificado de medios de comunicación donde, después del asesinato de este último en 1973, siguió encabezando las decisiones políticas. En este ambiente dramático, Majed dirá estas palabras que muestran la fuerza de su militancia: "En estos días, la muerte está presente en cada una de nuestras acciones, en cada uno de nuestros movimientos y aun en nuestra inercia. Si hay que morir, prefiero morir en movimiento".

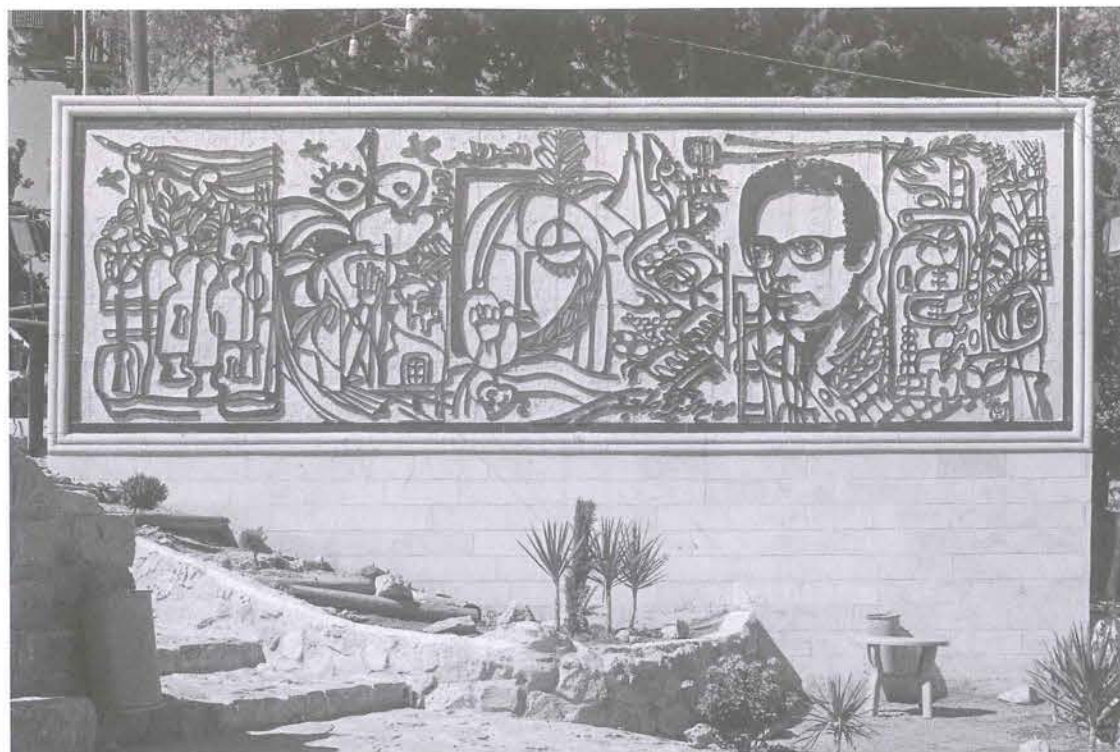
En 1974 se convirtió en uno de los más fervientes defensores del programa de 10 puntos adoptado por la OLP, basado en la necesidad de crear una Autoridad Nacional responsable del territorio palestino liberado, y bajo un gobierno palestino independiente y soberano. (17) Pero no vaciló en concederle la palabra a Abu Nael que se oponía a este plan categóricamente. "Solo la historia dirá quién de nosotros tiene razón. Y aquellos que afirman poseer la verdad son ignorantes", decía Majed, sonriente, dándoles confianza a los más escépticos que comenzaron a pensar que si los líderes de la OLP eran a este punto respetuosos de las opiniones contrarias de otros miembros, la victoria era cierta.

Majed pasaba las noches discutiendo política y haciendo bromas con sus amigos del Fatah, Mu'in Bseiso y Mahmud Darwish. Los tres se burlaban de todo y de todos, empezando por ellos mismos, pero con cuidado de no lastimar jamás a nadie. "Ganar un rango en el Comité significa perder un lugar en la resistencia", solía decir, resumiendo lo que opinaba sobre las jerarquías políticas, y añadiendo que pronto dejaría todo para volver a escribir... Pero eso nunca sucedió. Porque su vida familiar se derrumbó: Fatima cayó enferma. Al principio los médicos diagnosticaron un cáncer. La enfermedad avanzaba rápidamente, demasiado rápidamente, y terminó consumiéndola. Fatima murió en Londres, en 1975, con dolores físicos insoportables. La infancia se acabó súbitamente para Samaa y Salam, de nueve y siete años respectivamente y comenzó un sufrimiento profundo que nunca más los abandonó. Felizmente cuentan con su padre, que jamás los descurió y dejó voluntariamente su papel político los fines de semana para pasar tiempo con ellos. Les entregaba todo su cariño, los protegía, prestaba atención tanto a su educación como a su alimentación. Les prepa-

raba paltas o un caldito de carne por la noche antes de dormir, para que tuvieran los elementos nutritivos necesarios. Con ellos, volvió a encontrar la razón de su compromiso como muestra este mensaje que entregará a sus compañeros de lucha: "Aquellos entre ustedes que quieren continuar a luchar para una Palestina libre, deberían observar los ojos de los niños". Majed se volvió a casar en 1977 con Inam Abdel Hadi, con quien tuvo una hija, Dalia.

Para seguir con su rumbo, la OLP necesitaba personas capaces de unir cuando la desunión se cernía como una espada, y Majed cumplió perfectamente este objetivo, por eso será elegido en el Comité central, la mayor instancia del Fatah, a comienzos de 1981, menos de un año antes de ser asesinado. Fue escogido porque tenía la lucidez de los hombres de la tierra, la sensibilidad del poeta, y el humor franco y corrosivo de los seres de una sola pieza. Y también porque era uno de los pocos que podían hacer frente u oponerse a los grandes líderes del Fatah a los que conocía muy bien. Yasser Arafat, de quien era muy cercano y al que podía criticar abiertamente, lo escuchaba con mucha atención y respeto. Quienes se codearon con él en las cumbres de la OLP, decían que Majed "les impedía dar vueltas en círculos y pensar que tenían razón sobre todo. Además se oponía con firmeza a los sobornos y al clientelismo y, en general, al estilo de vida que algunos llevaban sin vergüenza". Majed creaba unidad cuando los demás buscaban dividir, infiltrar o manipular el movimiento. Y su voz parecía querer desafiarlos: "No le permitiremos a ningún grupo terrorista y menos aún a servicios secretos extranjeros ni a Estados esconderse detrás de los palestinos para cubrir sus operaciones terroristas".

Sin lugar a duda esa visión que tenía y la compleja riqueza del personaje bastan para que aún hoy al pronunciar su nombre, Majed Abu Sharar, los ojos de los palestinos se llenen de lágrimas. Decenas de lugares llevan su nombre como forma de desafiar a sus asesinos. (18) Majed se convirtió en símbolo de la dignidad palestina, y su testimonio, una manera de resistir al crimen. Al matarlo a él, otros miles se levantaron y seguirán levantándose para un día poder retornar a sus hogares, como se expresa en los magníficos poemas que Mahmud Darwish le dedicará. (19). Pocas son las almas a la vez rebeldes y unificadoras que cuestionan todo, encontrando el camino hacia la conciliación; pocos son los que saben utilizar las brechas cuando se cierran las discusiones. Sus asesinos lo habían comprendido: Majed era de aquellos. ”



Un fresco realizado por Yusef Amairi, Dura, 2012

La historia de Majed Abu Sharar es una excepción en este libro, porque no lo entrevistamos: Majed fue asesinado mucho antes de que naciera la idea de este trabajo de recolección de memorias. Pero su inclusión nos pareció necesaria, porque su historia representa a toda una generación de militantes que fueron aniquilados.

Quisimos contar la historia de Majed a partir de los recuerdos de todas las personas que lo habían rodeado, amado, acompañado en cada momento de su vida. Los hijos de Majed, Samaa, Salam y Dalia, nos otorgaron su confianza y nos pusieron en contacto con esas personas que entrevistamos en los territorios palestinos y en Jordania. A partir de todos esos testimonios, seguimos las huellas de Majed, y reconstruimos etapas de su existencia y su carácter. El resultado es un retrato hecho de intercambios, de mucha felicidad y de tristeza, de compromiso, de complicidad y de confianza, de valores transmitidos... que se juntaron con palabras expresadas por el mismo Majed, las que nos dejó para que podamos tener el sonido de su poesía y de su pensamiento. En Dura, que queda cerca de Hebrón en Cisjordania, nos encontramos con su hermana Latifa y el hijo de esta, A'adi Abu Sharar; así como con Abdel Aziz Al Sayed; Akram Al Sharif y Mohammad Abu Saleh. En Fuheiss y en Ammán (Jordania) con Nazih Abu Nidal y Nina Jada, Mohammad Abdel Hadi y Haifa Irsheid, y 'Abd Al Fattah Al Kalkili. En Santiago de Chile con Imad Jada, embajador de Palestina en Chile. El testimonio de Youssra, la hermana mayor de Majed, entrevistada por Samaa unos años antes de su deceso, pudo ser incluido también.

(1) Dura está situada a 11 km al sudoeste de Hebrón.

(2) Saleh Abdel Jawad, "Une politique d'assassinats" ("Una política de asesinatos"), *Revue d'études palestiniennes*, 85, 2002. Profesor de historia en la Universidad de Birzeit, Jawad muestra por qué estos asesinatos dirigidos, que tuvieron a menudo víctimas inocentes, proceden de una voluntad política. Muchos asesinatos políticos perpetrados por Israel violaron la soberanía de otros países, fueran aliados o signatarios de un tratado de paz con este. El territorio francés, entre otros, fue el teatro de ocho asesinatos de nacionalistas palestinos.

(3) La lista de los asesinatos palestinos de intelectuales y de políticos es larga: Mahmud Hamshari (responsable de la OLP en París, eliminado con una bomba en 1972), Wael Zuaytar (muere en 1972, en Roma, a tiros), Ghassan Kanafani (escritor, miembro del FPLP, coche bomba en 1972 en Beirut), Kamal Adwan (él y otros dos militantes de la OLP, Kamal Nasser y Abu Youssef Al Najjar, son asesinados por Ehud Barak disfrazado de mujer en 1973 en Beirut), Ali Hassan Salameh (ejecutado en 1979 en Beirut), entre tantos otros.

(4) Cercano a los No Alineados y de ideas marxistas, opositor a los regímenes que los países coloniales habían instalado antes de conceder su independencia a los países árabes.

(5) Azza es hija de Inam Abdel Hadi, segunda mujer de Majed.

(6) Retrato realizado por Yusef Amairi sobre una pared de la ciudad. El artista también realizó tres pinturas murales simbólicas de la resistencia palestina, de Bajes Abu Atwan, de Ghassan Kanafani y de Mahmud Darwish.

(7) En mayo de 1948, Egipto toma el control de Hebrón, tras lo cual la ciudad y sus alrededores son objeto de un conflicto entre Egipto y Jordania que dura hasta octubre de ese mismo año. Ambos países nombran gobernadores militares con el fin de obtener el apoyo de los líderes locales. Las fuerzas egipcias se enfrentan con la fuerza militar jordana dirigida por el oficial británico Glubb Pasha (llamada la Legión Árabe), hasta que el armisticio es firmado y la ciudad finalmente cae bajo control militar jordano. En diciembre de 1948, la Conferencia de Jericó, en la cual participan notables de Hebrón, entre ellos Muhammad 'Ali Al Ja'bari, avala su proyecto de reunión de Jordania con Cisjordania bajo la dirección del rey Abdallah I (aprobada por el Parlamento jordano en abril de 1950), así como la concesión de la nacionalidad jordana a los palestinos de Cisjordania. En 1948, muchos habitantes de Hebrón se instalan en Jerusalén cuando sus habitantes huyen por miedo a las matanzas. Ver Kimberly Katz, "Hebron between Jordan and Egypt: An Uncertain Transition Resulting from the 1948 Palestine War" (Hebron entre Jordania y Egipto: Una transición incierta resultado de la guerra de 1948 en Palestina), *Urban History*,

46(1), Cambridge: Cambridge University Press, 2018, pp. 132-148.

(8) La "Franja de Gaza" nace en el momento de las negociaciones de armisticio en Rodas (Grecia), tras la primera guerra árabe-israelí, en 1949. Esta franja de tierra, que se extiende por 362 km², será administrada por Egipto entre 1948 y 1967. En 1950, la población es de doscientos cincuenta y cuatro mil habitantes, de los que dos tercios son refugiados de otras regiones de Palestina que hoy forman parte del Estado de Israel. Egipto administra Gaza como un protectorado, y sus habitantes se convierten en apátridas. Animados por Jamal Abdel Nasser, el presidente egipcio, los primeros comandos fedayín atacan en 1954 al sur de Israel, que contesta militarmente.

(9) Mu'in Bseiso es un poeta palestino educado en Gaza y que vivía en Egipto. Sus primeros poemas son publicados en el periódico *Al Hurriya* (La Libertad), en Jaffa. Su primer libro *Al Ma'raka* (la Batalla) es publicado en 1952, luego *Palestina en el corazón*, en 1964, y *Los árboles mueren de pie*, en 1966. Conoce la prisión en Gaza entre 1955 y 1957 y posteriormente, entre 1959 y 1963. Se exilia en 1967 cuando Gaza es tomada por Israel.

(10) Al Dahrieh, cerca de Dura, está en Cisjordania, que es parte de Jordania hasta 1967. Al Tafila y Karak están situadas sobre la orilla este del río Jordán (hoy Jordania).

(11) Jaffa no debiera haber sido parte del Estado de Israel, según el Plan de Partición de Palestina aprobado en noviembre de 1947 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero el voto de la ONU no fue respetado y las milicias sionistas hicieron varios atentados desde inicios de 1948, hasta caer el 13 de mayo de 1948, justo antes del término del mandato británico. Jaffa hoy es un barrio de Tel Aviv.

(12) En Dammam, la ciudad donde se encuentran las mayores reservas de petróleo, a lo largo de la costa del Golfo Pérsico, se encuentra uno de los primeros yacimientos de petróleo, descubierto en 1930 por la compañía americana California Arab Standard Oil Company (CASOC). Es en estas provincias orientales que se concentra la producción de petróleo.

(13) *Al Ayam* se convierte en una publicación bisemanal a partir de marzo de 1966, y trisemanal de doce páginas en septiembre de 1971. A partir de junio de 1978 es un diario de cuarenta páginas, sin contar los cuadernos especiales.

(14) Fatah (acrónimo invertido de harakat Al tahrir Al Falastiniy) significa al mismo tiempo "Movimiento de Liberación de Palestina" y "conquista". El Fatah fue fundado en 1959 por Yasser Arafat. Reunía una gran variedad de grupos de resistencia palestina, además de jóvenes libaneses, jordanos, libios, tunecinos, marroquíes, sirios, egipcios y europeos... a los cuales el Movimiento aseguraba



Un hombre íntegro

una formación política y militar en campos de entrenamiento en Líbano, Siria y Jordania.

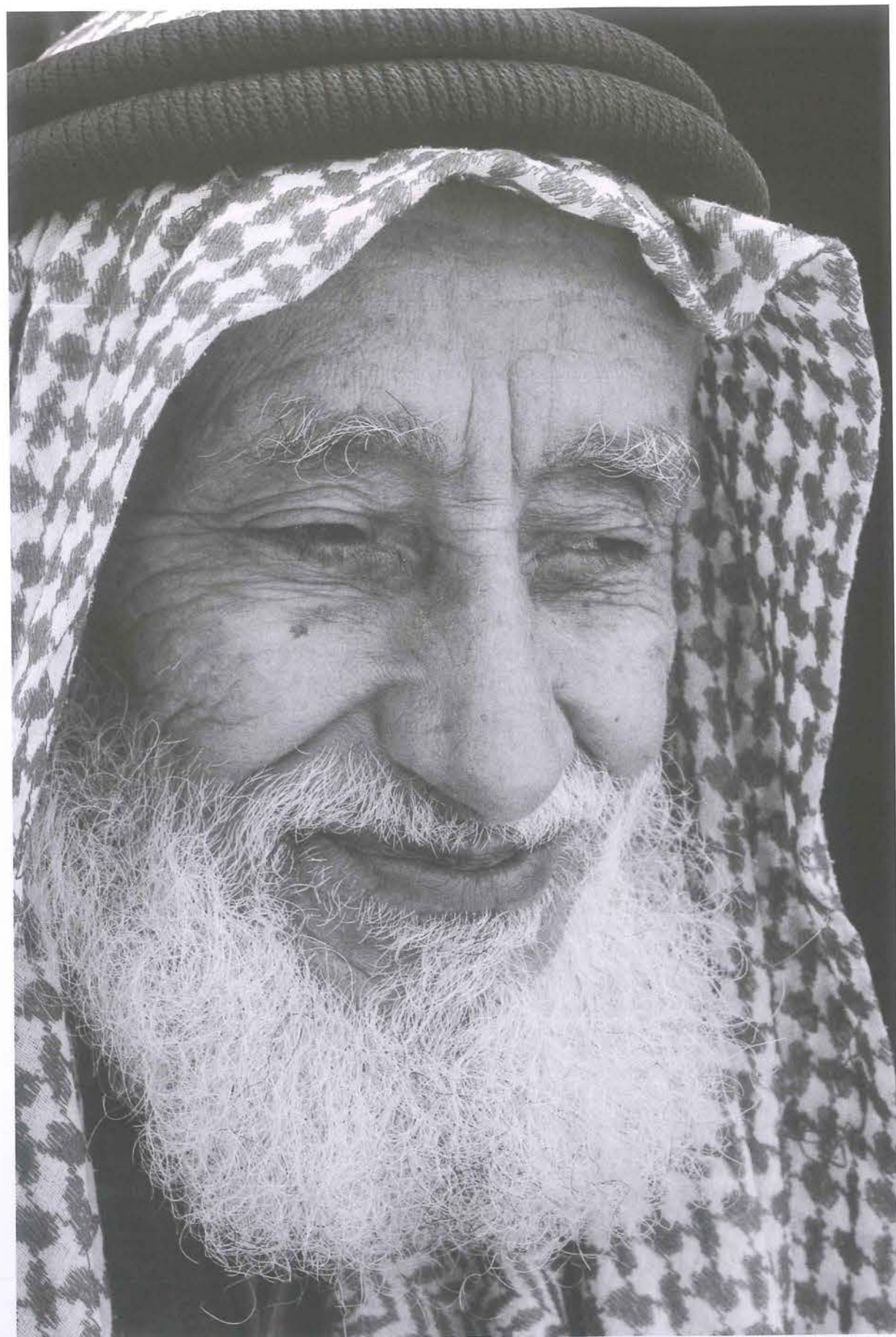
(15) Helga Baumgarten, *Palästina: Befreiung in den Staat. Die Palästinensische Nationalbewegung seit 1948* (Palestina: liberación en el Estado. Los movimientos nacionales palestinos desde 1948). Berlín: Suhrkamp, 1991.

(16) Bassma Kosmani-Darwich, "L'OLP, de l'Incarnation du peuple au gouvernement de l'état", *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, núms. 68-69, 1993.

(17) A finales de los años setenta, Majed se muestra escéptico sobre el Programa de 10 puntos, dudando de que sirviera a los intereses nacionales palestinos.

(18) Para seguir difundiendo la idea de un periodismo libre y militante, los hijos de Majed crearon, en 2014, la MASMF, Majed Abu Sharar Media Foundation, administrada por su hija Samaa con sede en Beirut, Líbano. Muchos jóvenes palestinos nacidos en los campos de refugiados reciben allí una formación profesional para aprender a trabajar en los diferentes medios de comunicación. Aprenden, entre otras cosas, lo que significa defender la libertad de expresión, evitando los estereotipos transmitidos por los medios de comunicación cuando se trata de palestinos.

(19) "Good Morning Majed", poema de Mahmud Darwish dedicado a Majed Abu Sharar. Fundación Mahmud Darwish, en Ramallah.



El maestro de escuela

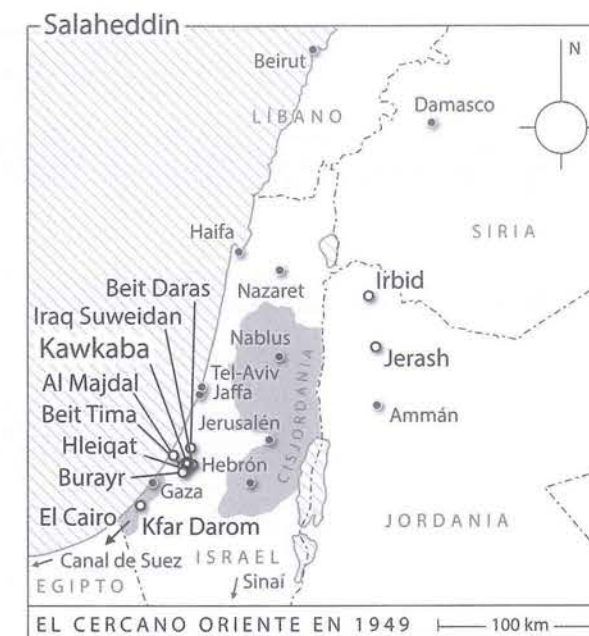
Salaheddin Saleh Aïssa, 83 años

Educar a los niños y darles acceso a la educación fueron algunas de las prioridades de la inmensa mayoría de los palestinos, antes y después de 1948. Primero, porque la educación representa un medio de asegurar la movilidad social. (1) Segundo, porque los palestinos eran conscientes del perjuicio de un sistema educativo que había sido instaurado por los británicos entre 1922 y 1948 y gestionado por los mismos, (2) mientras que los inmigrantes judíos habían podido administrar el suyo libremente (3). Finalmente, porque con la obligación de abandonar sus tierras luego de 1948, los palestinos de origen campesino entendieron que la educación era la única riqueza que no podría arrebatarles y el medio inalienable para reconstruirse y evitar la dislocación total de la sociedad palestina (4).

El papel de la UNRWA (5) sería vital en la Franja de Gaza, donde el 70 por ciento de la población es refugiada (6). Allí, la Organización abastecería la ayuda médica y alimentaria necesaria, convirtiéndose además en el principal proveedor de educación y, para muchos refugiados palestinos, el medio que les permitiría, a partir de los años sesenta, acceder al mercado laboral de los países del Golfo.

Salaheddin Saleh Aïssa, originario de Kawkaba, al norte de Gaza, se inscribe en este movimiento: hijo de un campesino refugiado en Gaza, (7) pudo acceder a la enseñanza del UNRWA, y fue maestro de escuela para la Organización. Durante las entrevistas se expresa en fus'ha, la lengua árabe clásica, que muestra a quien entiende los códigos, el alto nivel de educación al que ha llegado, aunque sea socialmente humilde. Es que, desde muy joven Salaheddin comprendió que la educación, al igual que la tierra, constituye un tema central para los palestinos.

“ Tenía una casa en Kawkaba, en el sur de Palestina. Era una casa de tierra (8) con un tejado de madera sobre el cual se colocaba una mezcla de lodo y paja de trigo, el *qassal*, que también se aplicaba sobre las paredes interiores de los hogares. Este *qassal* era un aislante



extraordinario, pero tenía dos inconvenientes: atraía a las serpientes, y se deshacía con la lluvia, lo que, cada año, nos obligaba a tener que reconstituirlo.

Fui un niño feliz en Kawkaba. Nuestro pueblo tenía solo setecientos ochenta habitantes, y la mayoría eran agricultores. Estaba dividido en *harat* —cuadras— que reunían a las familias extendidas; la nuestra vivía en la zona norte del pueblo, en *Hara Al Qablieh*.

En 1948, Kawkaba fue borrado del mapa. Los soldados israelíes incendiaron las casas, forzándonos a huir. Hoy no queda ningún rastro nuestro en esa tierra, ni de nuestros juegos de escondite ni de los volantines que volaban por encima de los tejados ni de las mujeres que tendían la ropa blanca ni de los hombres que cargaban el trigo... Pero “*Caballos, noche y desierto me conocen, / y la espada, la lanza, el papel y la pluma*”. (9)

Mi padre era propietario de una decena de *dunums* (10) donde plantó viñas cuya uva vendía a



Jerusalén, mosaicos en la mezquita Al Aqsa

los comerciantes de Jaffa. Además, producía maíz y trigo. Sin embargo, siendo pobre, alimentar a sus tres hijos era un reto. Para sobrevivir, a menudo tuvo que endeudarse. En 1947 hipotecó cuatro *dunums* y recibió 120 libras palestinas de un cristiano llamado Giorgio. Comíamos muchas lentejas, habas y arvejas, y plantábamos cebollas y ajo y bebíamos *helbe*, una planta que, una vez seca, molida y mezclada con agua, se toma como un té. El *helbe* servía igualmente de alimento para los camellos. Teníamos además una vaca y un burro, y criábamos palomas y pollos para poder comer carne y huevos.

La prioridad de mi padre, agricultor, era enviar a sus hijos a la escuela. Mi hermano mayor tuvo la posibilidad de estudiar en Egipto, en la universidad de Al Azhar, situada en El Cairo. En cuanto a mí, a los seis años aprendí a leer y a escribir con los *cheikhs* (11) de Beit Tima, un pueblito vecino. Luego, continué en la escuela primaria de Burayr. Para llegar allá, tomaba el autobús del kibutz Negba, que pasaba cerca de nuestra

casa. (12) Debía pagar mi transporte, porque no era gratuito. En esa época vivíamos en paz tanto con los cristianos como con los judíos, incluso con los extranjeros que venían de Europa para instalarse en nuestros campos. Yo personalmente jamás fui a un kibutz, eran lugares donde no se podía jugar... Recuerdo, sin embargo, que nuestros vecinos iban porque allí encontraban buenos médicos. Vivíamos juntos, intercambiábamos productos y trabajábamos los unos con los otros, era lo normal. Mi abuelo era guardia de una colonia. Recuerdo también a uno de los habitantes de Kawkaba casado con una mujer judía proveniente de Europa... En 1948, cuando hubo que huir y refugiarse en Gaza, ella huyó con él, como todos nosotros.

En 1947, entre cinco y seis meses antes de la proclamación del Estado de Israel —que llamábamos y seguimos llamando “el territorio de 1948”—, nuestra vida cambió radicalmente. Los sionistas fueron a las colonias y a los kibutz a distribuir armas. (13) Cuando los habitantes de los pueblos palestinos se enteraron

de lo que sucedía, las mujeres comenzaron a vender sus joyas de oro, y los hombres sus vacas y ovejas para poder comprar armas igualmente. Los traficantes, por su parte, vendían viejos fusiles ingleses o belgas de la Primera Guerra Mundial. Nuestra familia no tenía dinero, así que solo pudimos comprar uno. Por otro lado, los ingleses entregaron una docena a los pobladores. En Kawkaba, los habitantes cavaron trincheras alrededor de sus casas y organizaron turnos de guardia.

En mayo de 1948, cuando los ingleses se marcharon, los enfrentamientos ya venían sucediéndose desde hacía tiempo. En Beit Daras, habían empezado incluso dos meses antes, en marzo. (14) Un convoy de sionistas aterrizó a los habitantes de este pueblo vecino, y los jóvenes de Kawkaba quisieron ayudarles. Yo era demasiado joven para pelear, así es que no fui, pero supe que un hombre, un sionista, había muerto durante la batalla. Se llamaba Shlomo, y los jóvenes de Beit Daras lo habían enterrado. Unos días más tarde, los ingleses llegaron con la Cruz Roja, desenterraron el cuerpo y se lo devolvieron a los combatientes judíos.

Cuando en abril de 1948 se produjo el *mathbaha*, la matanza de Deir Yassin, (15) el hecho fue difundido rápidamente por todo el país. Muchos habitantes de pueblitos, que temían que este tipo de acción se extendiera, huyeron hacia Gaza. Kawkaba fue atacado el 13 de mayo, al igual que Burayr y Hleiqat. Nuestros oponentes estaban bien equipados con armas, tanques y hombres. Lo quemaron todo: nuestras casas de madera, nuestras escuelas, destruyeron la reserva de agua... Por suerte, mi familia se había ido diez días antes para refugiarse en un pueblo vecino. Un mes más tarde, en junio, llegó el ejército egipcio y, con él, un grupo de voluntarios saudíes. Instalieron sus bases militares cerca de Kawkaba, y lucharon contra los israelíes que, en consecuencia, tuvieron que replegarse.

Mi hermano mayor se había unido a los soldados egipcios en Kfar Darom. (16) Murió a los 19 años, convencido de querer defender su región y toda Palestina. Nosotros, sencillos pobladores, no podíamos hacer gran cosa con nuestros viejos fusiles; no éramos soldados. Sin embargo, los combatientes nos defendieron, permitiéndonos regresar al pueblo.

Pero la pesadilla continuó en Kawkaba durante los meses de octubre y noviembre de 1948, cuando las fuerzas israelíes se apoderaron del cielo, e Iraq Suweidan, (17) donde se encontraba la policía, cayó en sus manos. Sin previo aviso, los egipcios se retiraron y tuvimos que huir hacia Majdal, una ciudad situada a 20 km

al oeste de Kawkaba, donde mis padres tenían unos amigos dispuestos a acogernos. Pudimos apenas tomar algunas mantas y preparar el asno para llevarlo con nosotros. Poco tiempo después, Majdal también cayó. Con sus tanques Sherman, los israelíes controlaban la ruta, y forzaron al ejército egipcio a tomar la dirección del mar por un camino de tierra. (18)

Por entonces yo era tan solo un adolescente. Nuestros padres no habían tenido tiempo de explicarnos por qué debíamos huir como todo el mundo, con el sentimiento de haber sido traicionados por los ejércitos árabes por habernos abandonado. (19) Nuestra huida nos llevó hasta Gaza donde, tras semanas de errancia durmiendo en la plaza del mercado, en las escuelas, iglesias o en las mezquitas, por fin encontramos unas carpas que habían sido instaladas para nuestro uso. Estas carpas serían más tarde reemplazadas por unas barracas recubiertas con chapa ondulada. Cada barraca estaba compuesta por ocho habitaciones, ocupada cada una por una familia. A partir del 1 de mayo de 1950, la UNRWA (20) tomó a su cargo los campos de refugiados. (21) Y nosotros nos convertimos en *muhajirins*, refugiados (22) del campo de Rafah, (23) situado cerca de la frontera egipcia. En él teníamos ocho escuelas. Las clases se impartían bajo grandes carpas y los profesores, refugiados como nosotros, se sentaban en fardos de paja para poder ver desde la altura a todos sus alumnos sentados en el suelo. A mediados de los años cincuenta, el cemento reemplazó las carpas, y recibimos sillas y mesas. Nuestros libros de texto seguían el programa egipcio dado que Egipto estaba a cargo de la administración de la Franja de Gaza.

Tampoco en los campos estábamos seguros. Aun allí los sionistas continuaban atacándonos, lanzando operaciones de comandos. Llegaron incluso a bombardear la ciudad de Gaza, su oficina de correos y la estación de trenes...

En 1955 (24) Egipto envió soldados para poner fin a los ataques israelíes. Pero no fue suficiente. Mientras tanto, nosotros, los palestinos, sentíamos que era urgente crear una organización de defensa propia, un ejército de liberación palestina. Éramos muchos los que empezamos a manifestar (25) en Gaza, lo que molestó a las autoridades egipcias que nos controlaban y cuya respuesta fue encarcelar a sesenta manifestantes en prisiones siniestras donde fueron torturados. Entre los detenidos estaban el poeta comunista Mu'in Bseiso y los Hermanos musulmanes Fathi Bal'awi y Mohammad Al Najjar (26), miembros fundadores del Fatah.

Por fortuna, el país de Jamal Abdel Nasser finalmente decidió entrenar comandos de *fedayines* palestinos. (27) Pero en mi opinión este ejército reunía a gente demasiado diferente, que tenían posiciones muchas veces opuestas, por lo que nunca participé. Por lo demás, la acción egipcia no fue suficiente, ya que un año después, en 1956, la crisis de Suez permitió al ejército israelí, apoyado por los ejércitos francés y británico, invadir y ocupar la Franja de Gaza por completo y el Sinaí. Los "nuevos dueños" de Gaza comenzaron así a dar caza a los *fedayines*, incluso dentro de los campos de refugiados.

Recuerdo muy bien el día en que los soldados israelíes entraron en el campo de Rafah. Era el 12 de noviembre de 1956. Dieron la orden a todos los hombres de entre quince y sesenta años, de agruparse en una de las escuelas. Todos estábamos de pie, con las manos levantadas. Los soldados pasaban por las filas golpeándonos en la cabeza. También hacían eso con los ancianos, para humillarlos. Más tarde registraron las casas y encontraron a alrededor de doscientos hombres que no habían ido a la escuela. Muchos fueron ejecutados allí mismo y enterrados en la playa. Entre ellos reconocimos a los *fedayines* porque tenían la marca de la boina en el pelo. Otros terminaron en la prisión de Chatta, (28) en Israel.

En 1957, cuando el ejército israelí se retiró de Gaza, comencé a trabajar como maestro de escuela para la UNRWA. Hablaba sobre Palestina a mis alumnos. Les contaba de nuestras tradiciones, del Plan de Partición y de sus consecuencias. Era importante mostrarles el mapa de Palestina, explicarles de dónde provenían, sus orígenes. Al mismo tiempo que enseñaba, preparaba los exámenes de entrada a la universidad de El Cairo, donde quería estudiar lengua y literatura árabe.

En Gaza la mayoría de los hombres se casaban a los veinte años. Pero en mi caso primero debía reembolsar la deuda de 120 libras que mi padre había contraído en 1947 con Giorgio el cristiano. Eso significaba que tenía que ahorrar. Así es que solo comencé a pensar en el tema cuando un conocido me ofreció la mano de su hija. En ese momento yo tenía 25 años y acepté inmediatamente. Pero lo que nunca imaginé fue que la familia de mi novia me impondría sus condiciones. La primera era que ella debía completar sus estudios, con lo que, por supuesto yo estaba de acuerdo. Además, debía pagar 400 libras como bienes parafernales —solo tenía 300, pero había previsto pedir prestado el resto—. (29) Pero cada vez que me mostraba conforme,

una nueva crítica surgía, poniendo en duda el enlace: una fue porque yo era demasiado flaco; otra, porque no tenía suficiente cabello, por lo que terminé renunciando al casamiento.

Dos años después, en El Cairo, mientras deambulaba con un amigo junto al Nilo contándole mi desengaño, me dijo que su hermano tenía una hija. Si bien nos conocíamos desde hacía dos años, nunca le había preguntado, porque eso no se hacía. Un mes más tarde, siguiendo la tradición, envié a mi tía a que conociera a la joven y me contara qué le había parecido. Mi tía tenía menos prisa que mi madre por verme casado, por lo tanto confiaba más en ella en este asunto. A su regreso estaba muy contenta, así es que terminado el día me dirigí al campo de Khan Younès en Gaza donde vivía la familia de la muchacha, diez años menor que yo. La joven, con paso ligero y discreto, me sirvió un café. Entonces, sin que esto fuera pecado, levanté la cabeza y la miré. Aquella noche dormí en casa de su padre, convirtiéndome de este modo en el novio oficial. Al día siguiente, esta vez a plena luz, nuevamente me sirvió un café. Sentí entonces que me gustaba mucho, tanto de noche como de día. Más tarde, esta vez acompañado por mi padre, pedí su mano y todo el mundo se mostró contento. La novia también se sentía feliz. Nos casamos el 24 de agosto de 1963 y de allí en adelante nunca nos separamos. Tuvimos seis hijos y seis hijas. Fuimos felices juntos, muy felices...

Si bien la Franja de Gaza estuvo bajo control egipcio hasta 1967, las fuerzas armadas internacionales siguieron muy presentes en todos lados y, durante este tiempo, la región se transformó en una plaza del comercio de objetos de lujo. (30) En ese contexto, Egipto aprobó, en 1964, la creación en El Cairo de la OLP y la apertura de campos de entrenamiento militar en Gaza. (31)

En 1967 cursaba cuarto año de literatura árabe en El Cairo (32) mientras esperaba a que la Cruz Roja me diera una autorización para regresar a Gaza. Pero el pase no llegaba. Entendí entonces que la catástrofe de 1948 podía repetirse y, efectivamente, tenía razón... El éxodo de 1967 que nosotros denominamos *Al Naksa*, significó otro retroceso con respecto a *Al Nakba*, la catástrofe en 1948. Volé de Egipto a Jordania, país que estaba dispuesto a acoger refugiados de la Franja de Gaza. Les pedí a mis padres, a mi mujer y a mis hijos que se reunieran conmigo. Un chofer accedió a conducirlos atravesando el Estado sionista en camioneta. Esto no era complicado, pues las autoridades israelíes,

en su ímpetu por vaciar Gaza, facilitaban todas las salidas. Mi familia atravesó el puente del Rey Hussein (33) para llegar a Jordania, donde la UNRWA abría campos para los palestinos procedente de Gaza y Cisjordania. Como maestro de escuela en la agencia, me trasladaron de la Franja de Gaza a Irbid, al norte del país. Mi trabajo nos permitía recibir una pequeña renta para comprar alimentos. En aquel tiempo, la vida no era cara.

Al cabo de un año me trasladaron al campo de Souf, situado cerca de las ruinas romanas de Jerash, abierto para acoger esencialmente a los refugiados de Cisjordania. Allí enseñé durante cuatro años. (34) Luego nos desplazaron al campo de Jerash, conocido como "campo de Gaza" porque el 97 por ciento de sus habitantes procedían de allí.

Entendí que lo importante en el tránsito entre campos era tener moral, ser respetuoso y capaz de transmitir esos valores a los jóvenes. Con esta idea empecé a buscar fondos para ayudar a los pobres y a los huér-

fanos, muy numerosos alrededor de nosotros, así como para financiar la reapertura de escuelas en el campo. Paralelamente a mi oficio de maestro de escuela de la UNRWA en las clases de la enseñanza primaria y del colegio, me dediqué a buscar donantes y asociaciones caritativas interesadas en ayudarme.

En la actualidad nos sentimos orgullosos de haber conseguido encontrar el apoyo (35) necesario para la construcción de cuatro escuelas públicas, dos para niñas y dos para niños. (36) La educación es la base de todo. A mí me permitió aprender a pensar por mí mismo, informarme, convertirme en educador, y ser respetado. La educación ha tenido un papel central en la construcción del concepto de 'liberación' de Palestina. Quizás por ello las autoridades israelíes cerraron las escuelas en los territorios ocupados tras la primera Intifada en 1987. (37) Eso explica también que Israel siempre haya controlado el contenido de los manuales de las escuelas palestinas, incluso los de la UNRWA. (38) La educación es el instrumento de emancipación

Calígrafo público



de los pobres y de las víctimas, es nuestra riqueza más grande, aunque sea invisible.

Aun así, la vida en el campamento de Gaza en Jerash nunca fue fácil. Los refugiados de Cisjordania y nosotros, los de Gaza, éramos tratados de manera muy diferente. A los de Cisjordania, el reino hachemita de Jordania les entregó una cédula nacional que les reconoce como ciudadanos jordanos y, por tanto, les da ciertos derechos. Nosotros, los refugiados de Gaza, no pertenecemos a ningún Estado, no somos de Gaza ni de Jordania. En consecuencia, nadie nos reconoce, ni siquiera la Autoridad Palestina. Somos como esas mujeres divorciadas que no tienen adónde ir cuando, repudiadas por su marido, su familia ya no quiere hacerse cargo de ellas. La vida en el campo de Gaza nunca fue fácil...

Las consecuencias de esta invisibilidad sobre nuestras vidas son tremendas. Por ejemplo, cuando en 1996 compré un terreno y construí una casa, (39) no pude registrarla a mi nombre ni al de mi mujer. Mi propiedad quedó a nombre del vendedor y, a su muerte, sería su familia la heredera de "mi" casa. Afortunadamente, en 2009 mi hija se casó con un palestino de Cisjordania, obteniendo la nacionalidad jordana por matrimonio, lo que permitió poner la casa a su nombre.

Por otro lado, a nosotros, los refugiados de Gaza, muchos oficios nos están prohibidos. Las mismas leyes que se aplican a los extranjeros valen para los Gazauis. Así es, sin más. (40) Aunque fuera necesario para ganarnos la vida, no tenemos derecho a poseer un auto o un camión. Esto obliga a muchos a trabajar en la clandestinidad, y si los pillan, recibirán una notificación o deberán pagar una multa.

Sin embargo, en ocasiones las autoridades nos tienen lástima. Si bien en general los Gazauis debemos pagar para recibir asistencia médica en los dispensarios o en los hospitales públicos, podemos pedir a un fondo especial de la corte real que se haga cargo de los cuidados médicos. Mi esposa, *Allah yerhamha* (que Dios le conceda su misericordia) pudo, gracias a un médico que se compadeció de ella, ir al Centro Rey Hussein, donde recibió tratamiento contra un cáncer de los ojos, aunque no sobrevivió a una recaída en 2017. Hoy muy poca gente tiene acceso a este centro, salvo en los casos muy graves en que los enfermos son remitidos, por lo general, al hospital público Al Bachir, y donde deben comprar ellos mismos sus medicamentos en farmacias privadas. Pero ¿qué hacer cuando no se tiene dinero?... No hay otra solución que el *zakat* (41) o petición de ayuda a las asociaciones caritativas.

En este campo de Gaza donde vivo desde hace cincuenta años, los Acuerdos de Paz de Camp David de 1978, y los de Wadi Araba en 1994, (42) siempre parecieron una broma. Jamás creí en ellos y, desde lo alto de mi *minbar*, lo expliqué: los gobernantes israelíes jamás tuvieron la intención de detener la colonización. No quieren vivir con nosotros, quieren nuestras tierras, pero vaciadas de sus habitantes. No quieren que nosotros, los palestinos, existamos fuera de los límites fijados por ellos. Ignoran las leyes internacionales y continúan ocupando e implantando colonias en Palestina. Esa es la realidad. Poco importa que estemos de acuerdo o no. No nos queda más que esperar a que aparezca un hombre educado y humanista, como lo fue Saladino, (43) el kurdo del siglo XII. ”



El profesor y sus alumnos, 1933

(1) La educación es un derecho humano universal para toda la vida, y el acceso a la educación va de la mano de la calidad (Unesco). En Palestina, la movilidad social de los ciudadanos a través de la educación comenzó a finales del período otomano.

(2) Para más información sobre la separación de los dos sistemas y su diferencia cualitativa, ver Sarah Graham-Brown, "Education and Liberation: Palestinians" (Educación y Liberación: Palestinos), en *Education Under the British Mandate* (pp.16-21). Londres: Word University Service, 1984.

(3) Según Nabil A. Badran, "The Means of Survival: Education and the Palestinian Community, 1948-1967" (El significado de la Supervivencia: Educación y la Comunidad Palestina), en *Journal of Palestine Studies*, núm. 36, Summer 1989. Finalizado el mandato británico, cerca del 30 por ciento de los árabes de Palestina sabía leer y escribir.

(4) Chloé Maurel, "La scolarisation des jeunes réfugiés palestiniens par l'Unesco/UNRWA de

1949 aux années 1980" (La escolarización de los jóvenes refugiados palestinos por la Unesco/UNRWA de 1949 hasta los años 1980), *Égypte/ Monde arabe*, Troisième série, décembre 2015.

(5) La UNRWA (Organización de las Naciones Unidas para la Ayuda a los Refugiados Palestinos en Oriente Próximo) fue establecida por la resolución 302 (IV) de la Asamblea General de la ONU del 8 de diciembre de 1949. La UNRWA comenzó sus operaciones el 1 de mayo de 1950 con el mandato inicial de reintegrar económicamente a los refugiados palestinos en los principales países/territorios que los acogieron (Jordania, Cisjordania, la Franja de Gaza, Líbano y Siria), particularmente con proyectos agrícolas, prodigándoles durante el período transitorio del refugio una asistencia humanitaria. El fracaso de los proyectos de integración hizo que la UNRWA, desde inicios de los años sesenta priorizara su programa educativo que hoy constituye más de dos tercios de su presupuesto. Ver Jalal Al Hussein,

"UNRWA and the Palestinian Nation-Building Process" (UNRWA y el Proceso de Construcción Nacional Palestino), *Journal of Palestine Studies*, vol. 29, núm. 2, Winter 2000, pp. 51-64.

(6) Jalal Al Hussein, "L'UNRWA et les réfugiés palestiniens: enjeux humanitaires, intérêts nationaux" (La UNRWA y los refugiados palestinos: retos humanitarios, intereses nacionales), *Revue d'études palestiniennes*, 2003, pp. 71-85.

(7) La Franja de Gaza es una banda de 360 km², donde en 1948, el número de habitantes pasó de ochenta mil a doscientos ochenta mil. Por aquel entonces, Egipto se negó a anexarse al enclave de Gaza.

(8) Ver el testimonio del soldado del Palmach, Amnon Neumann, al observar el pueblo de Kawkaba, en la página de la Asociación Zochrot: <https://zochrot.org/>

(9) Poema del gran poeta árabe del siglo X, Al Mutanabbi. Versos traducidos al español por

Monserat Abumalham sobre la edición de Nasif Al Yaziyi, publicado en Páginas Árabes. Poema completo accesible en: <https://paginasarabes.com/2015/06/29/autoelogio-Al-mutanabbi/>

(10) Hasta hoy, la medida utilizada en Palestina, Jordania, Siria y Líbano es el *dunum*, no la hectárea. Se trata de una unidad de medida que data del Imperio otomano, equivalente a 919,3 m², cambiado al *dunum* métrico durante el mandato británico de Palestina, equivalente a 1000 m².

(11) En las zonas rurales, a menudo eran los *cheikhs*, los jeques, los hombres religiosos, los que enseñaban a leer y a escribir. *Cheikh* también puede designar a un jefe tribal. En la lengua árabe es importante precisar a qué concepto se refiere, excepto cuando el contexto lo explica claramente.

(12) Kawkaba estaba situado cerca de dos caminos asfaltados: uno que iba hasta Jerusalén, pasando por Julis e Ibdís, y otro que pasaba por Hleiqat, Huj y Burayr. En 1948, todos estos pueblos fueron destruidos por las fuerzas israelíes. Ver el libro de Walid Khalidi, *All that remains: the Palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C., 1992.

(13) Acerca del papel del embargo internacional sobre las armas propuesto por los Estados Unidos en 1947 e impuesto por las Naciones Unidas en 1948, ver Benny Morris, *Victims: Righteous Victims. A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1999* (Víctimas: historia revisitada del conflicto árabe-sionista, 1881-1999). Nueva York: Knopf, 1999.

(14) Ver Walid Khalidi, *All that remains: the Palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C., 1992, pp. 87-88.

(15) La matanza de Deir Yassin, cerca de Jerusalén, tuvo lugar el 9 de abril de 1948.

(16) El Plan de Partición de Palestina, en 1947, había previsto que Kafr Darom (donde un kibutz se estableció en 1946) era parte de la zona destinada a formar un Estado árabe.

(17) Para saber más sobre los combates, las treguas y la operación "Yoav" de octubre-noviembre de 1948, ver Benny Morris, op. cit. Iraq Suweidan es considerado uno de los lugares estratégicos más importantes de la zona.

(18) Ver el libro de la Dra. Faiha Abdulhadi, *Living Memories, Testimonies of Palestinians' displacement in 1948* (Memorias Vivas, Testimonios del desplazamiento de Palestinos en 1948). Ramallah: Al Rowat for Studies & Research, 2017, pp. 121-147, para leer otro testimonio de un habitante de Kawkaba.

(19) Salaheddin será informado más tarde de que una brigada egipcia, a la cual pertenecía el

futuro presidente egipcio Jamal Abdel Nasser, había decidido no retirarse y se había encontrado atrapada en Al Faluja. Dicha brigada resistió varios meses, hasta retirarse y regresar a Egipto tras el acuerdo de armisticio entre los gobiernos egipcio e israelí en 1949.

(20) Ver la tesis de Elena Qleibo, *Vivre à Gaza: pour une sociologie de la résilience* (Vivir en Gaza: por una sociología de la resiliencia), dirigida por Gilles Ferreol. Universidad de Franche-Comté Bourgogne, noviembre de 2017, p. 69. La autora describe cómo, desde finales de 1948, la UNRWA escogió a los *Quakers* del Comité de Servicio de los Amigos Americanos (American Friends Service Committee o AFSC) para ocuparse de la cuestión de los refugiados de Gaza. Los *Quakers* forman parte de una comunidad religiosa fundada en 1652 por un inglés opuesto al conformismo de la Iglesia anglicana, y presentes en Palestina antes de 1948.

(21) En la Franja de Gaza se establecieron ocho campos: Shati, Jabalia, Nuseirat, Bureij, Khan Younis, Deir El Balah, Maghazi y Rafah.

(22) Según las cifras de la UNRWA, el número total de refugiados que llegaron a la Franja de Gaza en varias olas, alcanzó la cifra de doscientos treinta mil a finales de 1948.

(23) El campo de Rafah contaba con cuarenta mil personas.

(24) Ver el artículo de Anne-Lucie Chaigne-Oudin, "Bande de Gaza" (Franja de Gaza), en *Les Clés du Moyen-Orient*, 22 de junio de 2011. En 1955, Israel llevó a cabo un asalto contra Gaza durante el cual soldados egipcios resultaron heridos. La respuesta del ejército egipcio provocó el bombardeo de Gaza por parte de Israel. Este ciclo de violencia continuaría en 1956. La nacionalización del canal de Suez por Nasser, que a su vez provocó la operación militar franco-británica van a llevar a la ocupación de la Franja de Gaza por el ejército israelí hasta marzo de 1957.

(25) Ver el artículo de Jalal Al Husseiní, "L'assistance humanitaire en faveur des réfugiés de Palestine: instrument de la politique étrangère américaine au Proche Orient?" (La asistencia humanitaria a favor de los refugiados de Palestina: ¿un instrumento de la política externa americana en Oriente Próximo?) *Politique Américaine*, L'Harmattan, 2011, Hiver 2010/2011, pp. 57-74.

(26) Ver Jean-Pierre Filiu, *Gaza: A History*. Oxford University, 2014 (Gaza: una historia), sobre las biografías de los tres hombres.

(27) En el artículo de Yezid Sayigh, "Une escalade maîtrisée? L'Égypte et l'Armée de libération de la Palestine (1964-1967)" (¿Una escalada controlada? Egipto y el Ejército de liberación de Palestina (1964-1967)), *Égypte/Monde arabe*, 1997, subido el 8 de julio de 2008. El autor explica que el historiador israelí Benny Morris, basándose en documentos de archivos, concluyó que, hasta febrero de 1955, la política egipcia

había impedido toda infiltración de palestinos por la Franja de Gaza, en Israel. Tras el asalto israelí de Gaza en 1956, Egipto cambiaría de estrategia, pasando a la disuasión activa para detener a Israel, comprando armas en Checoslovaquia, formando comandos de *fedayines* palestinos, y organizando ataques desde Gaza.

(28) Cuando en marzo de 1957 los israelíes se retiraron de Gaza y del Sinaí, trasladaron a los presos de Chattha a Egipto.

(29) Los bienes parafernales o el precio de la novia, es lo que el hombre que se casa entrega a los padres de ella para cubrir los gastos vinculados al matrimonio. Toma la forma de dinero, de joyas, de bienes o de tierras y está dividido en dos partes: la primera, el *muqaddam*, es pagada en el momento del matrimonio; la segunda, el *mu'akhar*, entregada tras el casamiento, y solo puede ser utilizada en caso de divorcio o defunción del marido.

(30) Ver el artículo de Sari Hanafi, "Vivre dans le camp, vivre ailleurs. Les Palestiniens réfugiés en Égypte et dans les Territoires palestiniens" (Vivir en el campo, vivir en otro lugar. Los palestinos refugiados en Egipto y en los Territorios palestinos). *Bulletin de l'Association des géographes français*, marzo 2006, pp. 76-92. Pequeñas embarcaciones procedentes de Siria y del Líbano llevaban a Gaza muchas mercancías que los egipcios pedían: tejidos, productos alimenticios, equipamientos, etc., prohibidos de importar en Egipto. Este comercio sería la base de la construcción de grandes fortunas de comerciantes palestinos que más tarde extenderán su red a El Cairo.

(31) Sobre la OLP, ver el artículo de Bassma Kodmani-Darwish, "L'OLP, dès l'Incarnation du peuple au gouvernement de l'État" (La OLP, de la personificación del pueblo al gobierno del Estado), *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, núms. 68-69, 1993.

(32) Ver la tesis de Elena Qleibo, op. cit., p. 76. Como faltaban universidades en la Franja de Gaza, las de Egipto abrieron sus puertas a los estudiantes palestinos ofreciéndoles becas.

(33) Ver a Benny Morris, op. cit. Tras 1967, Moshé Dayan hizo reconstruir el puente Allenby sobre el río Jordán con el objetivo de permitir una circulación libre y regular en ambos sentidos, y alentando el éxodo de habitantes de Cisjordania hacia Jordania. Poco a poco, Cisjordania se transformó en un apéndice israelí, lo que los críticos definieron como "la anexión desenfrenada".

(34) Ver la página del UNRWA. El campo de Jerash, conocido como "campo de Gaza", se abrió en 1968 para acoger a 11 500 palestinos obligados a abandonar la Franja de Gaza en 1967. Este campo es considerado el más pobre de los diez campos oficiales de refugiados palestinos en Jordania.

(35) Tal como se recoge en la página web de la Embajada de Japón en Jordania, este país es, junto a otros, uno de los principales donantes en ayuda

a la educación de los refugiados palestinos desde principios de los años dos mil.

(36) Ver el trabajo de DEA (Diploma de Estudios Aplicados) de Nathalie Pepiot, "Le développement de l'instruction et les instituteurs dans la bande de Gaza" (El desarrollo de la instrucción y los maestros de escuela en la Franja de Gaza), dirigido por Jean-Pierre Briand, Université de Saint-Denis, París VIII, departamento de sociología, octubre de 2000. En 1967, los manuales escolares de Gaza que siguen el programa egipcio son sometidos a la censura (páginas faltantes, espacios vacíos, correcciones, añadidos, etc.) en los siguientes temas: la existencia de Palestina, el problema de los refugiados, la resistencia palestina bajo el mandato británico, y las resoluciones de las Naciones Unidas relativas a los derechos del pueblo palestino.

(37) Dawn Chatry, Gillian Lewando Hundt, *Children of Palestine: Experiencing Forced Migration in the Middle East* (Niños de Palestina: experimentando la migración forzada en el Oriente Medio). Nueva York: Berghahn Books, 2005, p. 160.

(38) Ver el artículo de Reuters "Israel Bans Use of Palestinian Term 'Nakba' in Textbooks" (Israel prohíbe el uso de la palabra palestina 'Nakba' en los libros escolares), en *Haaretz*, 22 de julio de 2009. El Departamento de Educación palestino está dirigido por un oficial del ejército israelí.

(39) Ver Blandine Destremeau, "L'espace du camp et la reproduction du provisoire: les camps

de réfugiés palestiniens de Wihdat et de Jabel Hussein à Amman" (El espacio del campo y la reproducción de lo provisional: los campos de refugiados palestinos de Wihdat y de Jabel Hussein en Ammán), en *Moyen-Orient: Migrations, démocratisation, Médiations* (Medio Oriente: migraciones, democratización, mediaciones). Ginebra: Graduate Institute Publications, 1994, pp. 83-99. Los terrenos sobre los cuales se establecieron los campos, pertenecían en su inmensa mayoría a propietarios de bienes inmuebles jordanos. El gobierno se apropió "temporalmente" el derecho de uso para ponerlos a disposición de la UNRWA con el fin de alojar a los refugiados palestinos. El terreno de Salaheddin Saleh, si bien cercano, no está dentro del campo de Gaza.

(40) Para descubrir las condiciones de vida de los palestinos de Gaza, ver el documento publicado sobre el sitio del ACNUR por la Comisión de la inmigración y del estatuto de refugiado de Canadá. *Jordanie: information sur les droits et les obligations des Palestiniens qui vivent en Jordanie sans avoir la citoyenneté jordanienne, à l'exception des réfugiés palestiniens ayant fui la Syrie depuis 2011, y compris l'emploi, la liberté de circulation et l'accès aux services sociaux (2013-mai 2014)* (Jordania: información sobre los derechos y las obligaciones de los palestinos que viven en Jordania sin tener la ciudadanía jordana, a excepción de los refugiados palestinos que han huido de Siria desde 2011,

incluido el empleo, la libertad de circulación y el acceso a los servicios sociales (2013 - mayo de 2014). <http://www.refworld.org/docid/53ecc79d4.html> (consultado el 4.07.2018)

(41) El *zakat* es el tercero de los cinco pilares del Islam, tras el certificado de fe y la oración. Se trata de una limosna legal que cada musulmán vierte en virtud de las reglas de solidaridad, y de reparto en el seno de la comunidad. Esta forma de caridad, muy institucionalizada en el mundo musulmán, colma una buena parte de las ausencias de los Estados cuando se trata de asistencia social.

(42) Los acuerdos de Camp David, firmados el 17 de septiembre de 1978 entre Egipto e Israel, fueron negociados por Sadat y Begin, y facilitados por Jimmy Carter. El tratado de paz jordano-israelí, denominado acuerdo de Wadi Araba, fue firmado el 26 de octubre de 1994.

(43) Ver el artículo de Anne-Marie Eddé, "Saladin" (Saladino), en *Les Clés du Moyen-Orient*, del 16 de marzo 2011, sobre el espíritu de caballería, la generosidad y la magnanimidad que evoca el nombre de Saladino en Occidente, y referente como reunificador de los árabes y conquistador de Jerusalén en Oriente. La resistencia de Saladino a los cruzados es un motivo recurrente del discurso palestino y, de manera general, del mundo árabe. La autora publicó igualmente una biografía de Saladino (París: Flammarion, 2008).



Escena de la vida rural antes de 1914



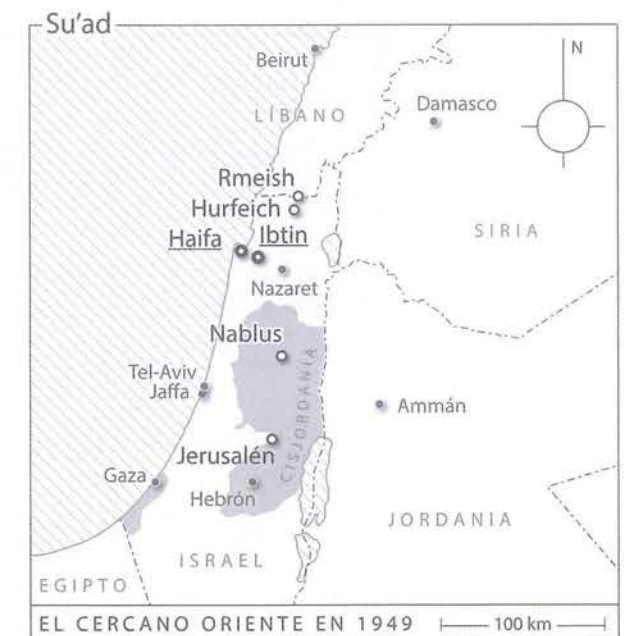
Las piedras vivas de Haifa

Su'ad Qaraman, 91 años

Siempre actuaba por sorpresa, cuando nadie lo esperaba. Analfabeto a la edad de 15 años, se había convertido en Hajj Tahir Qaraman. Tahir el inventor, el empresario, el hombre político, pero también el visionario, porque soñaba con un mundo mejor y había logrado transformar sus sueños en convicciones, y sus convicciones en acciones. Debió haber sido también un poco aventurero, porque, en los años treinta consiguió transformar una tierra árida en Ibtin, a unos 10 km de Haifa, en un fundo modelo del tamaño de un pueblito, instalando una fábrica de tabaco, una prensa para el aceite de oliva, un molino para la harina, una confitería para el halwa, una lechería y varios huertos.

Hajj Tahir era el tío de Su'ad Qaraman, que vive en una parte del fundo de Ibtin que nunca abandonó. (1) La casa sonríe a la sombra de árboles inmensos, a pesar de las arrugas de una pared envejecida, escondida entre las zarzas. La puerta de madera abre a un interior refinado, donde cada elemento de decoración encierra su secreto. El pequeño mantel de hilo de seda, la mesa incrustada de nácar, la taza de té en loza fina, el dibujo en carboncillo del tío Tahir, la foto de la fábrica... Todo aquí cuenta la historia de cuando Haifa era la capital del norte de Palestina, bajo administración británica. (2) Haifa, la urbana, la ciudad portuaria, con su red ferroviaria, su oleoducto que unía Irak con el Mediterráneo y su refinería. (3) Tras el 15 de mayo de 1948, de un total de setenta y cuatro mil habitantes árabes con que contaba la ciudad —que también contaba con el mismo número de habitantes de religión judaica—, tan solo permanecieron dos a tres mil árabes. (4)

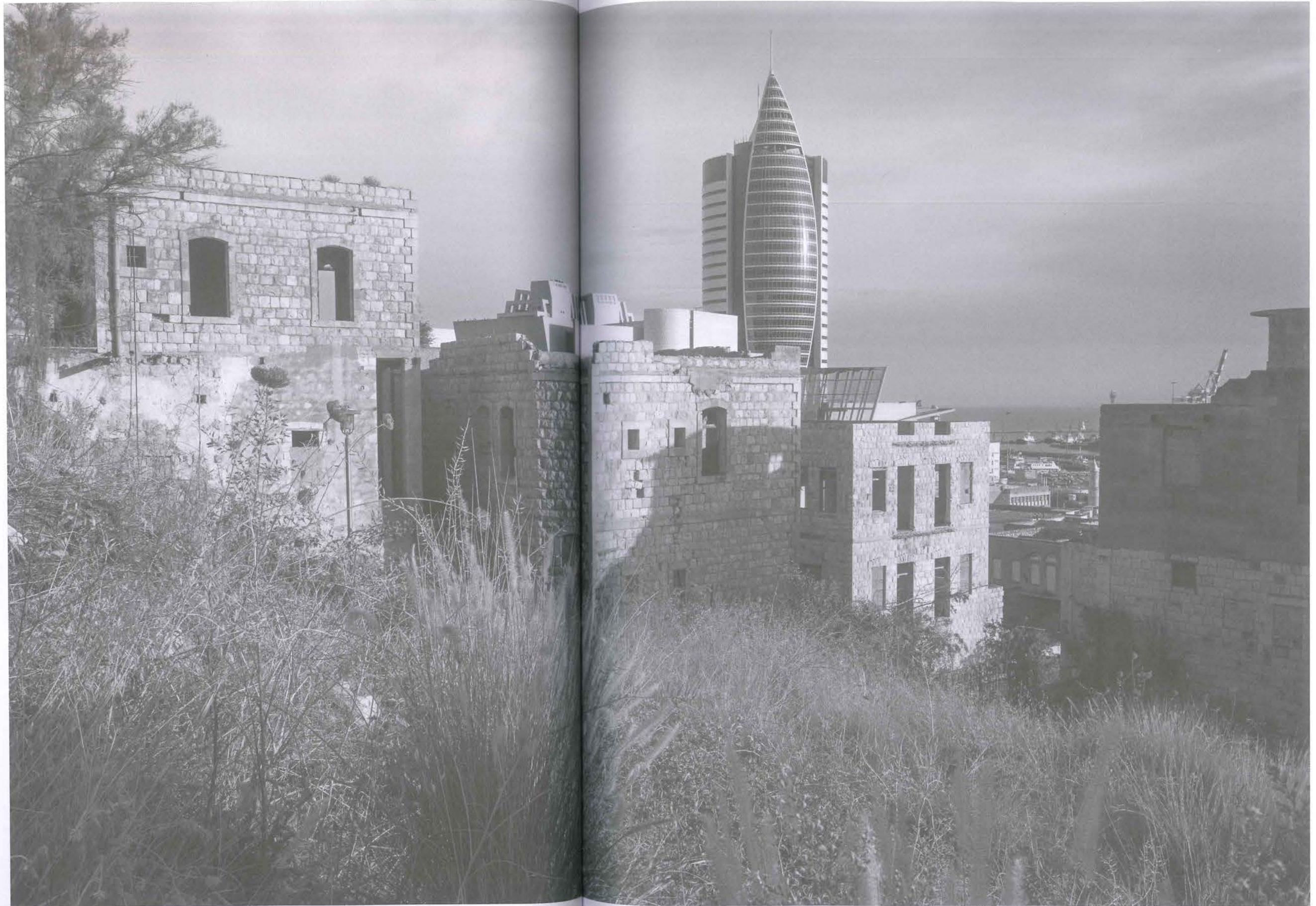
“Eran dos niños de nueve y siete años cuando Tahir y su hermano Abdel Rauf perdieron a su padre en 1899. Abandonaron Nablus con su madre y sus tres hermanas para probar suerte en Haifa. En ese tiempo, Palestina aún formaba parte del Imperio otomano. Haifa era una ciudad en plena ebullición. Su apodo era Umm Al Gharib, “la madre de los extranjeros”, debido



a la gran diversidad de orígenes de sus habitantes. Allí vivían no solo palestinos como nosotros, sino además templarios alemanes, (5) inmigrantes europeos de religión judía (6) y seguidores de la fe bahá'í, (7) todos instalados entre 1868 y 1880. Haifa ocupaba un lugar estratégico en el norte de Palestina gracias a su puerto y su red ferroviaria, construida a partir de 1892, que la conectaba con la región de Hijaz en el sur de la península arábiga y con Damasco en el norte. La industria se desarrollaba bien, el comercio prosperaba y los habitantes del campo acudían en masa buscando trabajo. (8)

Pequeños como dos ratoncillos y analfabetos ambos, mi tío y mi padre, Tahir y Abdel Rauf, encontraron trabajo en Haifa, en la tienda de su medio hermano, algunos años mayor que ellos. Más tarde, una de sus hermanas vendió una joya familiar, un broche de oro, lo que les permitió pedir un préstamo al banco e invertir en una tienda de comestibles. Tahir,

Haifa





Zaatar: tomillo con una mezcla secreta de otras hierbas

convertido en comerciante, envía a su hermano menor al colegio mientras él continúa trabajando. Uno de sus clientes, que le compraba todos los días un sándwich, era profesor de educación primaria en Haifa. Mi tío le propuso un intercambio: prepararle gratuitamente sus ricos bocadillos a cambio de cursos de lectura, escritura y aritmética. Aceptado el trueque, Tahir, extremadamente motivado, aprendió rápidamente.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Abdel Rauf se unió al ejército otomano. Una vez terminada la guerra, ambos hermanos trabajaron juntos en su tienda, ganándose la confianza de grandes mercaderes sirios y egipcios.

Finalizado el conflicto en 1920, Palestina se encontró bajo mandato británico. La ciudad atrajo una mano de obra esencialmente masculina, procedente de Irak, Siria y Líbano, que venía para construir caminos y extender la red ferroviaria que se conver-

tiría en el corazón de la estrategia regional británica, uniendo todas las grandes ciudades bajo su control, de Haifa a Bagdad, del canal de Suez a Jartum pasando por El Cairo. (9)

La situación empujó a los hermanos, ayudados por algunos primos y hombres de negocios, a invertir su dinero en la fábrica de cigarrillos que en 1925 llamaron Qaraman, Dik & Salti'. (10) Gran parte de los pueblos de Galilea plantaban tabaco y los hermanos compraban su producción. Así fue como en pocos años, los cigarrillos palestinos Mabruk, Victory, Friend and Ottoman o el tabaco Ajami comenzaron a venderse en toda la región. La planta pasó a ser considerada la más importante en Palestina.

En los años treinta, Tahir y Abel Rauf compraron un inmenso terreno en Haifa, en la calle Sirkin, que delimita los barrios árabe y judío (Hadar Ha Carmel). Allí construyeron una gran casa de piedra de cuatro

pisos donde se establecieron con sus familias, incluidas sus tres hermanas con los respectivos maridos. En esa casa pasé toda mi infancia. Cada mañana, veía a mi padre y mi tío besar respetuosamente la mano de su madre antes de ir a trabajar. El tío Tahir tuvo cuatro esposas y ocho hijos; mi padre se casó únicamente una vez, con mi madre, y tuvo nueve hijos. Es que ¡mi madre no era una mujer dispuesta a compartir a su marido! Pertenecía a la familia Badran, de artistas y eruditos en religión. Mi abuelo materno, Hassan Badran, era un famoso secretario de la corte civil y religiosa de Haifa; había ido a la Universidad Al Azhar en El Cairo para aprender caligrafía. Uno de sus hijos, Jamal, fue un artista muy conocido, que recibió muchos premios por su trabajo y en la década del setenta será nombrado por el rey Hussein de Jordania guardián de los lugares sagrados musulmanes y cristianos de Jerusalén, (11) para restaurar el minbar (12) de Saladín de la mezquita de Al Aqsa, dañado durante un incendio en agosto de 1969 –incendio provocado por un sionista fanático, declarado loco, como todos aquellos que destruyen el patrimonio palestino.

Crecí en esa bellísima casa, jugando en el jardín situado justo al frente. Para un niño, era un lugar extraordinario. Pasaba horas en medio de los árboles frutales y buganvillas, observando las pajareras llenas de aves multicolores. De vez en cuando, en ocasiones sociales o religiosas, mi tío organizaba almuerzos a la sombra de la pérgola cubierta de enredaderas. Más tarde mi padre y mi tío hicieron construir una segunda casa cerca de la primera y diseñada por el artista Moshe Gerstel, popular a mediados de los años treinta. Era un arquitecto lleno de inspiración, diseñador del mercado de Talpiot en Haifa, una de las obras maestras arquitectónicas de la época. Gerstel venía de Europa. Se había marchado al sentir el peligro que llegaba con el nazismo (13) e instalado en Palestina, pero sin adherir al movimiento sionista ni a ningún partido político. Él y mi tío se hicieron buenos amigos, tanto que cuando a comienzos de la Segunda Guerra Mundial Gerstel se encontró en grandes dificultades financieras, mi tío lo acogió junto a sus dos hijos en la casa Qaraman durante dos o tres años.

Su faceta de emprendedor llevó a mi tío Tahir a entrar en política y participar en acciones sociales y educativas. Fundó un partido árabe y se convirtió en uno de los miembros preeminentes de la Cámara de Comercio de Haifa y de su municipalidad, además de involucrarse en una asociación musulmana de benefi-

cencia... Por entonces él y mi padre invirtieron todo su dinero en Ibtin, en una inmensa propiedad de 3000 *dunums*, (14) que cambió totalmente el curso de sus vidas.

El terreno pertenecía a un conocido que había quebrado. Las tierras estaban a punto de ser incautadas por el banco, cuando los hermanos, tras pagar las deudas del dueño, compraron la propiedad. La obra que había que emprender era gigantesca, pero el tío Tahir y mi padre tenían una idea muy clara de lo que querían hacer.

Fue justo en esa época que la electricidad llegó a la colonia de Kfar Hassidim, (15) vecina de Ibtin. No olvidemos que a principios de los años veinte, los británicos le habían cedido a Pinhas Rutenberg (16) el mercado de la electricidad en Palestina. En el momento en que Rutenberg instaló la corriente en las colonias próximas de Haifa, mi tío Tahir aprovechó la ocasión para explicarle que los 3000 *dunums* de Ibtin también debían beneficiarse de la electricidad necesaria para los pozos, para regar las tierras y construir fábricas. Y Rutenberg aceptó.

Mi padre y el tío Tahir hicieron cavar pozos, construir casas y una escuela, una tienda de comestibles y una mezquita para los obreros agrícolas y sus familias. Más tarde plantaron olivos y trajeron las prensas, un molino de grano y fábricas de lácteos. Habían comprado vacas holandesas, reputadas por dar la mejor leche del mundo, y contratado además a los beduinos y pobladores de los alrededores para cuidar el ganado, las ovejas y las cabras, incluso los caballos que yo montaba con gusto. Habían plantado las mejores variedades de naranjos de Jaffa, de Jericó... En poco tiempo aquello se convirtió en un verdadero fundo modelo del tamaño de una aldea. Nuestros vecinos, inmigrantes judíos con los que nos llevábamos bien, lo consideraban con admiración, como se mira a un exitoso competidor...

En 1936, cuando estalló la huelga general contra la Declaración Balfour y la política pro sionista adoptada por los británicos, favorecedora de la inmigración judía y la compra de las tierras de los palestinos, mi tío y mi padre nos enviaron a todas las mujeres y niños al Líbano. Durante seis meses ambos durmieron en las tiendas, junto a los trabajadores, por temor a ver su trabajo destruido. Cuando por fin regresamos, mis padres me inscribieron en la escuela de las hermanas carmelitas en el barrio de la colonia alemana de Haifa. Más tarde me fui a Gaza durante un año: allí vivía con mi familia materna y terminé la secundaria en una excelente escuela

pública donde pude mejorar mi árabe. Allí fue donde, por primera vez canté con cientos de adolescentes el poema de Ibrahim Touqan, "Mawtini" (Mi patria, en árabe) (17) que exaltaba la resistencia palestina ante los británicos. (18) También pasé dos años en el convento Nazaret de Haifa, donde empecé a aprender el francés.

Apenas tenía dieciséis años cuando mis padres me hablaron de matrimonio con mi primo Darwish, el hijo mayor del tío Tahir. No estaba preparada, pero no tuve otra opción. Para convencerme y animarme, mis padres me llevaron de viaje a Damasco y Beirut donde mi madre me llevó a visitar tiendas de moda y ajuars, para que me diera cuenta de a qué punto casarse podía ser divertido. Encargó hermosa ropa interior bordada a mano y mi ajuar fue comprado en una famosa tienda de El Cairo. Finalmente, en 1944, contraí matrimonio con mi primo. Pero durante nuestra luna de miel en Egipto, le dije a mi esposo que era demasiado joven para tener hijos. Darwish me amaba y aceptó mis condiciones. Pedí una cita con el médico y me explicó un método anticonceptivo, y durante los siguientes seis años, hasta cumplidos los veintidós, no tuve hijos. Tenía ganas de estudiar, de cultivarme, de aprender. Primero literatura árabe, luego inglesa. Por entonces comencé a crear mi biblioteca y a escribir mis primeros poemas. (19)

La influencia política y económica de mi tío crecía. A menudo se quedaba en Haifa mientras la familia se instaló permanentemente en Ibtin, lo que en 1942 nos permitió evitar los bombardeos de los aviones alemanes e italianos sobre la zona industrial y las refinerías de Haifa. Entre 1934 y 1951, el tío Tahir formó parte del consejo municipal de Haifa durante la alcaldía de Hassan Shukri y posteriormente de Shabtai Levi, (20) primer alcalde judío de Haifa. En el ayuntamiento conoció a David Hacohen, un concejal comunal de Haifa, (21) quien más tarde se hizo amigo de la familia. Por entonces, las amistades interreligiosas eran frecuentes, lo cual no agradaba a los grupos sionistas como la Haganah o el Irgun, (22) que se esforzaban en ahuyentar a los palestinos, (23) sobre todo de aquellas ciudades que consideraban estratégicas. (24)

En 1948, tras la creación de Israel, la Haganah irrumpió en nuestro fundo para expulsarnos con el pretexto de que entre nuestros empleados podían haber espías informando a los ejércitos árabes en Galilea. El tío Tahir acudió a su amigo David Hacohen, quien intervino con el fundador del Estado de Israel, el pro-

pio David Ben Gurión, a favor de Ibtin. Y nos entregó una carta que nos protegería, al menos temporalmente, de las intenciones de la Haganah.

El camino entre Haifa e Ibtin se volvió peligroso, hasta el punto de que los doctores ya no querían desplazarse. Los habitantes tuvieron que huir, (25) desesperados. En poco tiempo, la ciudad fue vaciada de sus habitantes árabes palestinos. En medio del caos y el pánico, las familias fueron separadas y algunos niños se perdieron. Muchas veces los padres se aferraron a la idea de que un tío, primo o vecino se ocuparía de su hijo, y qué más adelante se reencontrarían... (26) Pero la realidad fue mucho más oscura. Nosotros lo vivimos de manera directa. Acogimos a una adolescente, una beduina de catorce años que perdió a su familia que no podía volver a Haifa ni sabía dónde buscar a la niña. Ella se quedó a vivir con nosotros durante años, hasta que se casó con un joven beduino.

La situación se deterioró hasta el punto que mi tío decidió enviarnos al Líbano a todos los niños, y a mi tía y mi cuñada, ambas embarazadas. Mi madre se quedó con los hombres. Mi tío me llamó aparte:

—Hay que prepararse para partir. ¡Tomen alimentos y ropa! ¡Esto no va a durar!

Llenamos un camión y un automóvil y nos dirigimos al Líbano, donde estuvimos hasta principios de 1949. El tío Tahir nos avisó cuando llegó el momento de regresar a casa. Los israelíes preparaban un censo y entregarían un carnet de identidad a las personas presentes en Israel. Tuvimos que pasar la frontera libanesa-israelí controlada por los israelíes, ocultándonos para no ser detenidos.

El autobús nos condujo hasta Rmeish, en el sur de Líbano. Luego atravesamos las montañas en burro hasta llegar a Hurfeish, un pueblo druso donde el tío Tahir nos esperaba con un vehículo para llevarnos a casa. Cuando llegamos, comprobamos que Israel disponía de hecho de dos tipos de documento de identidad para nosotros, los árabes: uno escrito con tinta roja para quienes habían huido en 1948 y regresado y que, en consecuencia, tenían pocos derechos, y otro con tinta azul para los que permanecieron y, por lo tanto, recibirían la ciudadanía israelí permanente. Como todos los hombres de nuestra familia se habían quedado, obtuvimos el de tinta azul, el de los ciudadanos israelíes. Era la única forma de quedarse en casa. Era eso o perder nuestra identidad árabe, nuestra historia, nuestra tierra. Pero esta decisión nos valió críticas por parte de otros palestinos que vivían fuera de Israel. Nos

acusaron de ser colaboradores. Más tarde comprendieron que, de habernos ido, lo habríamos perdido todo, y que quedarse era resistir cada día, defender el idioma y la tierra.

En Ibtin, las fábricas tuvieron que cerrar. Los israelíes querían quitarnos todo, y para ello, pusieron en práctica leyes injustas que les permitieron bloquear todo. La presión venía de todas partes. En 1952 el tío Tahir, agotado, murió como consecuencia de un derrame cerebral. Él era nuestro pilar, y desde entonces la familia nunca pudo levantarse. Tras su muerte, consultamos a un abogado israelí, Ahron Hoter-Yishai, (27) que nos aconsejó dividir la tierra entre los miembros de la familia.

Nos quedamos para defender nuestra tierra y evitar que fuera confiscada, la cultivamos y se la alquilamos a campesinos. Como las escuelas necesitaban maestros y las personas diplomadas se habían ido, me convertí en profesora de inglés. Nuestra casa de la calle Sirkin en Haifa fue, como otras propiedades de palestinos, puesta bajo la responsabilidad del administrador de bienes de los ausentes (28) y entregada a nuevos inmigrantes judíos. Si bien recibimos la ciudadanía israelí, nuestra familia siguió siendo legalmente declarada "ausente" tras su refugio en Ibtin, en 1948. El argumento era grotesco, pero jamás fue cuestionado. Sin embargo nosotros, los palestinos de Israel, seguimos aquí porque somos las piedras vivas de esta tierra. ”



La cosecha

(1) Gracias al profesor Johnny Mansour, quien da conferencias en el departamento de historia del Academic College de Beit Berl (Israel), la entrevista con Su'ad Qaraman se efectuó en Ibtin. Mansour es autor y coautor de numerosas obras sobre la historia y el desarrollo de Haifa.

(2) Para descubrir Haifa a través de los ojos de un niño y la poesía de sus recuerdos, véase la autobiografía de Samih Masoud, *Haifa-Burqa: A Search for Roots* (Haifa-Burqa: Buscando raíces). Ed. Bassam S. Abu-Ghazalah, 2016.

(3) El oleoducto, concebido por los británicos, atravesaba el reino de Iraq, independiente desde 1932, y luego también Transjordania y Palestina (los tres fueron Estados creados y puestos bajo mandato británico tras la Primera Guerra Mundial). El petróleo crudo se trataba en las refinerías de Haifa, como lo cuenta Ghassan Kanafani en *The 1936-39 Revolt in Palestine* (La Revuelta de 1936-1939 en Palestina). New York, Committee for a Democratic Palestine, 1972.

(4) Mahmoud Yazbak e Yfaat Weiss, *Haifa before & after 1948. Narratives of a Mixed City* (Haifa antes y después de 1948. Narrativas de una ciudad mixta), 2011, Institute for Historical Justice and Reconciliation (IHJR). Los autores mencionan la caída de la Haifa árabe en 1948 como uno de los eventos claves de la Nakba porque supuso el fin de la vida urbana palestina. La narrativa israelí contemporánea se opone a este hecho: para ella, Haifa sigue siendo el símbolo de la coexistencia entre judíos y árabes, pero no hace mención alguna a lo que pasó en 1948.

(5) La Sociedad de los Templarios es una corriente religiosa protestante creada en Württemberg (Alemania) por Christoph Hoffman, que se separa de la Iglesia luterana en 1858. En sus inicios contó con cinco mil templarios que se establecieron en urbes y zonas rurales en Palestina. En 1869 se instalaron en Haifa, y posteriormente en Jaffa. En 1872 crearon el pueblo agrícola Srauna, cerca de Jaffa, y en 1878, el barrio alemán de Jerusalén. La sospecha de un lazo con el nazismo hizo que fueran expulsados durante la Segunda Guerra Mundial.

(6) El pie del monte Carmelo fue la primera zona específicamente sionista. En 1912 se abrió en Haifa el primer instituto académico judío, el Technion.

(7) Los mausoleos de Baha'u'llah en Acre y de Bab en Haifa, lugares santos bahá'is en Haifa y Galilea Occidental, están inscritos por la Unesco como Patrimonio mundial. Ambos lugares se asocian con los padres fundadores de esta religión.

(8) Haifa era entonces considerada un espacio intelectual que, en 1914, contaba con nueve periódicos.

(9) Cyrus Schayegh, *The Middle East and the Making of the Modern World* (El Medio Oriente y la Construcción del Mundo Moderno), Harvard University Press, 2017, p. 173.

(10) Deborah Bernstein, *Constructing Boundaries: Jewish and Arab Workers in Mandatory Palestine* (Construyendo límites: Trabajadores judíos y árabes en la Palestina bajo mandato británico). State University of New York, 2000, p. 125.

(11) Jerusalén es la tercera ciudad santa del Islam.

(12) El *minbar* es el púlpito de madera desde donde el imán pronuncia su sermón durante la oración del viernes en la mezquita. El *minbar* de Al Aqsa fue construido en Alepo, en 1168, y posteriormente ofrecido por el sultán Saladin a la mezquita de Al Aqsa en 1187. Se trata de una pieza única, cuyos elementos están unidos solo por cuñas de marfil, sin clavos. El 21 de agosto de 1969, un australiano, declarado "loco" por las autoridades israelíes, prendió fuego a la mezquita.

(13) Muchos arquitectos judíos formaron parte de la Bauhaus. Tras el cierre de la escuela en 1933 por los nazis, varios migraron a Palestina. Ver el artículo de Waleed Karkabi y Adi Roitenberg, "Arab-Jewish Architectural Partnership in Haifa during the Mandate Period. Qaraman and Gerstel Meet on the Seam Line" ("Asociación de Arquitectos árabes y judíos en Haifa durante el período mandatario. Qaraman y Gerstel en la misma línea"), en el libro de Mahmoud Yazbak e Yfaat Weiss, *Haifa before & after 1948. Narratives of a Mixed City* (Haifa, antes y después de 1948. Narrativas de una ciudad mixta), Institute for Historical Justice and Reconciliation (IHJR), 2011. El artículo se refiere a una conversación con el hijo de Moshe Gerstel, Leopold. Según este, la clientela de Gerstel era fundamentalmente árabe, lo que explica la disminución de sus actividades después de 1948, cuando los sionistas consideraron que no formaba parte de la "familia". Gerstel mantuvo el contacto con la familia Qaraman hasta su muerte, en 1961.

(14) El *dunum*, unidad de medida otomana, equivalía a 919,3 m². Durante el mandato británico de Palestina (entre 1917 y 1948), se adoptó el *dunum* métrico, equivalente a 1000 m².

(15) Kfar Hassidim es una colonia establecida por un grupo de judíos ortodoxos originarios de Polonia, guiados por un rabino. Huyeron de la crisis económica y llegaron a Palestina en 1924, durante el mandato

británico. Hoy es un *moshav*, comunidad agrícola cooperativa israelí de 800 habitantes.

(16) Detalles en el libro de May Seikaly, *Haifa: Transformation of an Arab Society 1918-1939* (Haifa: Transformación de una sociedad árabe 1918-1939). Londres: IB Tauris, 1995, p. 197 y ss. En 1925, los británicos permitieron a Rutenberg gestionar el plan de electrificación de Palestina, lo que facilitará la instalación de colonias alrededor de Haifa. Fundó la *Palestina Electric Company Ltd*, que más tarde se transformaría en la *Israel Electric Corporation Ltd*. Rutenberg participó igualmente en la creación del grupo de combatientes sionistas de la Haganah.

(17) Ibrahim Touqan, hermano de la escritora y poetisa Fadwa Touqan (dos libros publicados en Francia: *Le Rocher et la peine* (La roca y la pena) y *Le Cri de la pierre* (El grito de la piedra), Asiathèque langues du monde, 1998), es un poeta nacionalista que inspiró a muchos palestinos durante los años treinta.

(18) Desde 2004 *Mawtini*, de Ibrahim Touqan, es el himno nacional de Iraq.

(19) Su'ad Qaraman escribió dos libros de poesías, *Hanin el Hazar* y *Aarisha el Jasmin*, y tradujo dos novelas del inglés al árabe, una de William Cook y otra de Rula Jebreal.

(20) Tras la muerte de Hassan Bey Shukri, Shabtai Levy fue el primer alcalde judío de Haifa (1941-1951). Nació en Estambul, en 1876 y viajó a Palestina en 1894. Estudió Derecho en la Palestine Jewish Colonization Association (PICA) y se licenció como abogado. En 1905 se instaló en Haifa.

(21) David Hacohen, *Time To Tell: An Israeli life, 1898-1984* (Es hora de hablar: una vida en Israel, 1898-1984). EE.UU.: A Herzl Publication, Cornwall Books, 1985.

(22) Según Catherine Lucas, en *Palestine, la dernière colonie?* (Palestina, ¿la última colonia?), EPO, 2003, desde finales de 1938, la milicia de Wladimir Jabotinsky, fundador del movimiento revisionista Irgun Zvai Leumi, cometió atentados contra la administración británica y contra los árabes. Terminada la represión de la Rebelión Árabe (1936-1939), la facción de extrema derecha de la Haganah, el Irgun, abandonó la organización. De allí en adelante, la mayoría sionista, bajo la dirección de Ben Gurión, continuó colaborando con los británicos como estrategia para seguir creciendo y fortaleciendo su ejército, la Haganah.

(23) La Haganah difundió mensajes por radio que anunciaban la llegada del juicio final. Llamaban a

la población a provocar la salida de Palestina de los palestinos, que ellos llamaban los "extranjeros criminales". Aterrorizar a la población árabe palestina con ataques militares y llamadas por radio formaba parte de su estrategia.

(24) La Haganah recibía su armamento por mar, vía Haifa. En abril de 1948 la actividad portuaria cesó cuando el gobierno iraquí cerró el oleoducto Mosul-Haifa, y las oficinas y los empleados de las compañías británicas Iraq Petroleum Company y Steel Brothers fueron trasladados a Líbano.

(25) Según los historiadores israelíes Benny Morris e Ilan Pappé, entre otros, los árabes palestinos huían por varias razones. En repetidas oportunidades, las

milicias sionistas asesinaron a centenas de árabes e hicieron circular informaciones sobre pueblos enteros masacrados. Amenazaban a los árabes y les aconsejaban por altavoces salir inmediatamente de la ciudad, "antes de que fuera demasiado tarde", decían. Los líderes árabes pensaban que una vez que Haifa se vaciara de población árabe, la ciudad se paralizaría, por lo tanto alentaban ese movimiento. Pero esa paralización nunca ocurrió.

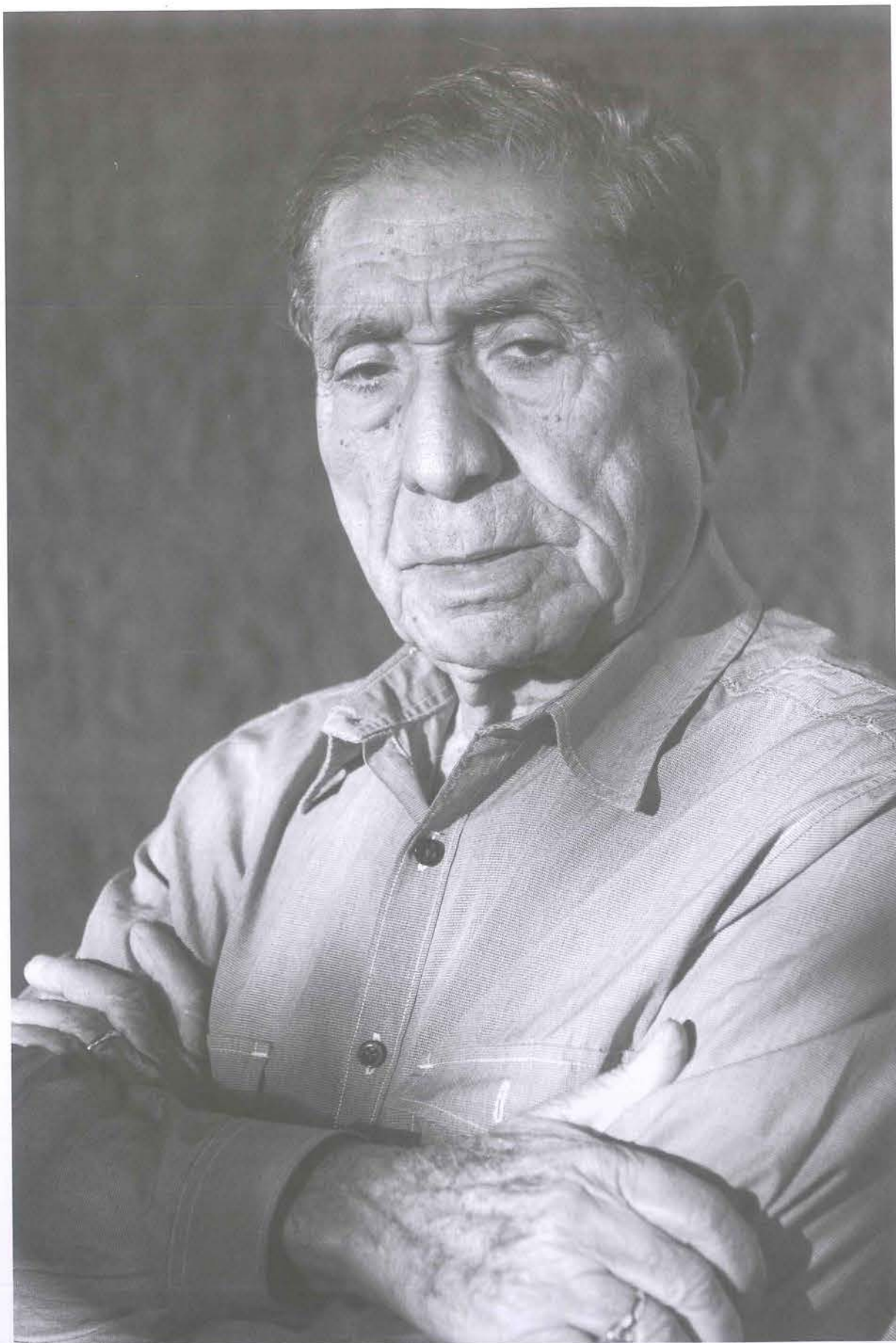
(26) Ghassan Kanafani escribe sobre este tema en su novela *Palestine's children. Returning to Haifa* (Niños de Palestina. Volviendo a Haifa). Boulder y Londres: Lynne Rienner Publishers, 2000.

(27) Aharon Hoter-Yishai era abogado y asesor de David Ben Gurión. En 1961 fue llamado como testigo en el proceso contra el criminal de guerra nazi Adolf Eichmann.

(28) La ley sobre la propiedad de los ausentes, promulgada en 1950, estipulaba que las propiedades de los palestinos que habían abandonado el país no podían ser vendidas, pero pasaban a ser administradas por la autoridad encargada del desarrollo. La verdad fue que permitió recuperar los bienes y las tierras de los palestinos a quienes Israel impide volver. Luego las propiedades de los llamados "ausentes" por Israel, fueron entregadas (algunas veces a cambio de dinero) a terceros, es decir a inmigrantes judíos.



Naranjas de Jaffa, 1908



De Gaza a Río, itinerario de un compatriota de Jesús

Muhyeddin Al Jamal, cerca de 88 años

Supo superar su miedo cuando el ejército israelí expulsó a su familia del pueblo en 1948. Convirtió su desamparo en osadía, su pobreza en adaptabilidad, y su falta de formación en habilidad.

La vida llevó a Muhyeddin Al Jamal desde Gaza hasta Río de Janeiro y, una vez allí, de las favelas complicadas, a los barrios elegantes, y luego de la Amazonía a Estados Unidos, pasando por Jordania y Palestina. Su historia es la de un palestino que, ante la prohibición de regresar a su hogar, se convirtió en ciudadano del mundo.

“ A menudo se dice que la primera infancia define la vida. Así fue para mí. Mis primeros años se vieron marcados por la figura de mi madre, una mujer que tuvo una vida muy dura. Mis padres habían comprado un pedazo de tierra para plantar naranjos. Nací prematuramente, en medio del polvo, mientras mi madre cargaba piedras sobre su cabeza. Pensó que yo no sobreviviría y le prometió a Dios que, si me salvaba, cada año sacrificaría una oveja para los más pobres que ella. Y no solo lo hizo hasta su muerte, sino que me pidió que siguiera haciéndolo en su nombre hasta mi último día.

En la extrema pobreza, algunas personas ven pasar su suerte y la aprovechan. Yo fui de esas personas, me agarré a la suerte sin temor, porque mi madre me enseñó a no tenerle miedo a nada. Mi buena estrella me sonrió en 1946 cuando era adolescente. Cada mañana, tomaba mi bicicleta para ir de Yibna a Aqir (cerca de Ramle), donde los británicos habían instalado una base tras el estallido de una bomba en su cuartel general de Jerusalén, en el hotel King David. (1) Allí limpiaba el suelo del hangar de la Real Fuerza Aérea (RAF, Royal Air Force, por sus siglas en inglés). (2) Como no tenía certificado de nacimiento, fingí ser mayor de lo que en realidad era para recibir una mejor paga. Luego, debido a que merodeaba cerca de los mecánicos y ayudándoles a introducirse debajo de los aviones para llegar a los lugares más inalcanzables gracias a mis pequeñas



manos de niño, aprendí, y mucho; hasta que me decidí a ir a la administración y declarar:

— ¡Quiero ser mecánico de aviones!

Para ello tuve que pasar un pequeño examen que consistía en girar un trozo de hierro hasta transformarlo en una llave inglesa. Así, finalmente conseguí el trabajo. Me hice cargo del mantenimiento de los aviones militares ingleses Wellington, Halifax y Spitfire. Fue una experiencia que me ayudó después...

Siempre recordaré el 4 de junio de 1948. Apenas tres semanas después de la salida de los británicos de Palestina y la proclamación unilateral del Estado de Israel, todos los habitantes de Yibna (3) fueron expulsados de sus casas por el ejército israelí. Huir y encontrar refugio era nuestra única preocupación. Tuvimos que dejar todo lo que teníamos, los campos de cítricos que llenaban de orgullo a mi padre, las vacas que le permitían fabricar queso y yogur a mi madre, las ovejas,



Capoeira, Jerusalén

las cabras... Mi padre solo tuvo tiempo de reunir a los catorce niños de sus dos esposas. Mi madre contaba sus hijos temiendo olvidar alguno, meciendo al bebé recién nacido y tranquilizando a los más grandes. Y en un santiamén nos encontramos camino a Gaza con decenas y decenas de miles de personas, todos del sur de Palestina. (4) No sentíamos ni hambre ni frío porque el miedo se había instalado en nuestros espíritus. La noche, la penumbra, el día, la tierra roja de sangre, los pueblos vacíos. Por el camino, nuestro grupo crecía a medida que avanzábamos.

Al llegar a Gaza, las familias no sabían dónde ir, se sentían totalmente desamparadas. Fue entonces que mi madre se dio cuenta de que había olvidado lo esencial: la pequeña caja de metal donde tenía, bien doblados, billetes de libras palestinas que guardaba desde hacía años. Quinientas libras ahorradas y escondidas bajo el suelo de la cocina de nuestra casa en Yibna.

Yo tenía alrededor de dieciséis años, (5) pero en nuestra familia formaba parte de los mayores, los res-

ponsables. Sabía que ese dinero podía ayudarnos a sobrevivir, por lo menos durante un tiempo. Así fue que dije: "Vuelvo a Yibna".

Inmediatamente Mahmoud Al Absi, un vecino de quince años, se levantó y dijo que él también regresaría. Rehicimos el camino juntos. Ambos estábamos ansiosos, pero el hecho de acompañarnos nos hacía sentirnos más fuertes. Había que tener mucho cuidado, los soldados estaban por todas partes. Tras varias noches negras durante las cuales el menor murmullo nos sobresaltaba, y el movimiento de las cañas o el ruido de los lagartos nos helaba, tomando agua de los arroyos o de los canales, y comiendo todo lo que parecía ser comestible... finalmente llegamos a Yibna.

Nos separamos a la entrada del pueblo, y acordamos nuestro reencuentro bajo un gran árbol, dos o tres horas tras la puesta del sol. Nos habían alertado de que los soldados israelíes sabían que algunas personas regresarían a sus casas, y por eso habían colocado trampas en ellas cerca de ciertos objetos. Caía la luz del día cuando

empujé la puerta de nuestra casa. Fue entonces que vi algo que brillaba dentro del tocadiscos: era una mina antipersona. Avancé con precaución hacia la cocina hasta llegar al lugar donde mi madre me había señalado su escondite, tomé la cajita de metal y una alfombra para hacer creer que era eso lo que había venido a buscar; luego también tomé comida y me dirigí hacia el punto de encuentro. Atravesé un camino de tierra, luego los naranjales, y de repente, a pocos metros de donde me encontraba vi un punto luminoso e inmóvil. En ese instante un pájaro sobrevoló por encima de mí, rozándome la cabeza. La gente dice que el miedo hace que a uno se le pongan los pelos de punta, pues... ¡qué cierto es! Aquel día lo experimenté. Creí que me atacaban por la espalda y que mi última hora había llegado. Me tiré tras un arbusto y esperé, pensando que se trataba de un soldado fumando un cigarrillo. Pero el punto luminoso no se apagaba. Finalmente descubrí que se trataba tan solo de una luciérnaga.

Cuando llegué al gran árbol vi que no había nadie. Me senté, pero esperando en la oscuridad, me quedé dormido. Me despertaron unos disparos. Venían de la casa de Mahmoud y pensé que posiblemente estaría herido. Continué esperándolo hasta que apareció, jadeando. Un grupo de israelíes armados lo había sorprendido en su casa y disparado. Pero Mahmoud había logrado escapar y esconderse hasta que se fueran.

Unos días más tarde nos reunimos con nuestras familias en Gaza. (6) El dinero de la famosa cajita de metal literalmente nos salvó la vida, ya que nos permitió arrendar una habitación en el norte de Gaza, en un lugar llamado Jabaliya. Pero disminuyó rápidamente y hubo que encontrar un medio para sobrevivir.

Para los refugiados como nosotros, la radio era un objeto fundamental. Nos reuníamos todos para escucharla. Los programas egipcios nos informaban sobre la evolución de los combates, alimentando la esperanza y ayudándonos a creer que sería posible regresar. Sin embargo, la realidad era muy diferente. Como no teníamos electricidad, las radios funcionaban con baterías. Y se me ocurrió que para recargarlas podía comprar un motor eléctrico y cobrar cinco piastras por cada recarga. Aunque no era gran cosa, suponía un poco de dinero. Así fue como, ante la falta de trabajo, inventé uno que me permitió llevar un pequeño ingreso a la familia. Además, junto a mis hermanos y hermanas, servía café y té delante de nuestra cabaña. Al cabo de dos años había ahorrado suficiente dinero para comprar una pequeña camioneta que me permitía llevarles

naranjas y sandías a los soldados egipcios. (7) Nuestra familia ya tenía experiencia con las naranjas. Durante la Segunda Guerra Mundial nuestras exportaciones de cítricos a Gran Bretaña habían sido canceladas, y tuvimos que empezar a ofrecer el producto por las calles del barrio de los refugiados polacos, (8) intercambiándolas por pan o latas de sardinas.

Después de la camioneta compré un pequeño automóvil francés, un viejo Renault, y me convertí en conductor de muchachas estudiantes y de sus profesoras. Por una libra egipcia (9) por persona al mes, las llevaba al colegio por la mañana y de regreso a sus casas en la tarde. Era un conductor responsable, de conducta ejemplar y extremadamente respetuoso de los horarios y el decoro, lo que me valía la confianza ciega de los padres y de una clientela cada vez más numerosa.

Tiempo más tarde pude comprarme otros dos autos, nortamericanos esta vez, un Studebaker y un Nash. Ya tenía una pequeña empresa de taxis cuando los israelíes invadieron Gaza en 1956. (10) Los niños les lanzaban piedras. Un día, vinieron a buscar a mi hermano. Le dije que huyera, pero me detuvieron a mí, me confiscaron mis tres taxis y me encerraron en la prisión de Beersheba, (11) como hicieron con muchos otros jóvenes... Un año y medio más tarde, en 1958, me soltaron. Pero prefiero no hablar de ese período de mi vida. Mi familia pensó que estaba muerto, nadie sabía nada de mí. En esa época se decía de Beersheba que se sabía cuándo entrabas, pero no si salías...

Una vez en libertad, empecé de nuevo. Fue mi reputación de buen chofer la que me salvó, permitiéndome encontrar un trabajo para la Misión de Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas en Gaza, la FUNU. (12) Trabajé conduciendo a tres representantes de la misión, un noruego, un danés y un brasileño, el coronel Voltaire Londeiro Schilling. (13) Mensualmente recibía 7 libras egipcias, lo cual, además de la ayuda en alimentos básicos —harina, aceite, pan— que la Agencia de la ONU para los refugiados palestinos (UNRWA) nos entregaba, (14) nos permitía sobrevivir.

Ninguno de los niños de Al Jamal tenía certificado de nacimiento, pero la Agencia nos facilitó, por primera vez en nuestras vidas, un documento de identidad. Todos los meses, llevaba al coronel Schilling a Egipto para regresar con un maletín que contenía los salarios, en libras egipcias, para los soldados brasileños contratados por la FENU (Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas) en Gaza. En ese maletín había una gran cantidad de dinero, lo sabía.

En uno de nuestros viajes, el coronel recibió una llamada telefónica de su esposa. Me acuerdo de él, con su maletín en los brazos, colgando el teléfono y anunciándome que debía irse a Italia urgentemente, y que por lo tanto, yo tendría que cruzar solo la frontera con el dinero. En maletín había tanto como para comprar toda Gaza. Los aduaneros egipcios habrían podido apresarme, pues pasar grandes cantidades de dinero estaba prohibido. Schilling me había dicho que si me paraban, les dejara el maletín y me marchara. Afortunadamente pasé todos los controles sin que me detuvieran. Y una vez en Gaza me dirigí directamente hasta donde se encontraba el batallón brasileño, y les entregué todo. Cuando Schilling volvió de su viaje, me convocó a su oficina para explicarme que me apreciaba y que, según él, yo no tenía futuro en Gaza. Y que sería mejor ir a Brasil, que él me ayudaría a llegar hasta allí. Me sentí paralizado. Mi familia dependía de mi salario, y no podía costearme un viaje para cruzar el Atlántico. Pero mis argumentos no sirvieron de nada: el coronel descolgó su teléfono y llamó a uno de sus amigos, el mariscal Lott, (15) que era ni más ni menos que el ministro de la Guerra en Brasil, quien consiguió, del gobernador de Gaza, (16) un pase para ir al puerto de Said, donde embarcaría en un buque de la marina brasileña. Aún guardo el documento, con fecha del 15 de febrero de 1959, que me autorizaba a atravesar el desierto del Sinaí hasta el puerto... ¡pero solo de ida! El coronel Schilling pensaba que debía aprovechar esta oportunidad a toda costa. Ser un civil y viajar en un barco militar no era algo que todo el mundo podía hacer. Pero mi madre no quería dejarme ir. Al principio, cuando se lo anuncié, se opuso firmemente. Tuve que prometerle que regularmente daría noticias y que volvería a Gaza a casarme con la mujer que ella eligiera... lo que acabó convenciéndola.

Junto a algo de ropa, puse en mi bolso los 41 dólares que tenía ahorrados. El día de mi partida, mi madre cogió la única gallina que tenía y que le daba dos o tres huevos por semana, le retorció el cuello y la cocinó para mí. Con ese gesto me daba todo lo que tenía para que pudiera alimentarme durante el trayecto; ignoraba que la travesía del Atlántico duraría entre tres y cuatro semanas...

En el puerto de Said todo estaba organizado para que embarcara en el buque militar brasileño con destino a Río de Janeiro. Al principio, para evitar problemas, me quedé en la bodega, pero los militares brasileños eran buena gente y rápidamente me inte-

graron a la tripulación. Los soldados me daban *feijão preto*, frijoles negros y arroz. Jamás había visto frijoles negros y pensé que se habrían quemado. Discretamente los puse de lado y comí el arroz, lo que hizo reír mucho a los soldados. Antes de llegar a Río hicimos escala en Túnez, en Las Palmas, en Senegal y en Recife.

Río de Janeiro, la ciudad maravillosa, no me sedujo. Apenas llegó el barco al muelle, todos los militares volvieron a su casa, y yo me quedé en un banco situado en la Praça Mauá, una plaza pública frente al puerto. Nunca antes imaginé que la incapacidad de comunicarme en otro idioma dificultaría tanto la supervivencia en otro país.

Hacía ya varias semanas que dormía en la calle, cuando me crucé con un militar brasileño al que había conocido en Gaza, y le pedí ayuda para que me llevara al Ministerio de la Guerra. Quería a toda costa volver a Gaza. Echaba muchísimo de menos a mi familia, y en Río estaba en la miseria, sin poder enviarles dinero. Quedarme en Brasil no servía para nada. Sin embargo, el coronel que me recibió me explicó que no era posible, y que habría que esperar seis meses para que un buque regresara al Oriente Próximo. Allí mismo me imaginé viviendo en la calle durante otros seis meses, cuando un sargento (que había visto en Gaza) me preguntó:

- ¿Quieres trabajar?
- ¡Por supuesto!, le contesté.
- Y... ¿Tienes miedo de trabajar en un lugar peligroso?
- No...

Me presentó a un conocido, quien me ofreció ser chofer de autobús en São João de Meriti, un barrio periférico del noroeste de Río, donde no necesitaría carnet de conducir porque la policía nunca entraba en esa zona.

Y viví allí no durante seis meses, sino durante seis años, comiendo plátanos y *feijão*, durmiendo sobre los asientos traseros del autobús, lavándome en el río, y aprendiendo portugués gracias a las señalizaciones de las carreteras. Los habitantes de ese barrio peligroso jamás me rechazaron ni me provocaron. ¿Por qué habrían de hacerlo? No tenían nada que envidiarme. Comía y vivía como ellos. Con el paso del tiempo me convertí en uno más. Cuando les conté que procedía de Palestina, me apodaron *Patricio de Deus* ("el compatriota de Dios"), pues Jesús también era palestino.

No tenía salario fijo. Me pagaban el 25 por ciento de lo que ingresaba, y por lo tanto mi renta variaba de un mes a otro. Le enviaba tres cuartas partes a mi

madre, lo que permitía sobrevivir a toda la familia en una Gaza aniquilada por la miseria. (17) Siempre consideré que lo que cualquiera de nuestra familia ganaba era para todos y jamás dudé de este principio. Fue precisamente esta solidaridad la que permitió a uno de mis hermanos abrir una tienda de alfombras y a otros dos estudiar en Egipto. Les compré incluso un auto que pudieran usar como taxi en El Cairo y, con la ganancia, poder pagar sus estudios.

Brasil limitaba las transferencias bancarias a 300 dólares mensuales. Cuando ganaba más, acudía a amigos. Algunos meses mi madre recibía hasta 900 dólares; otros, nada...

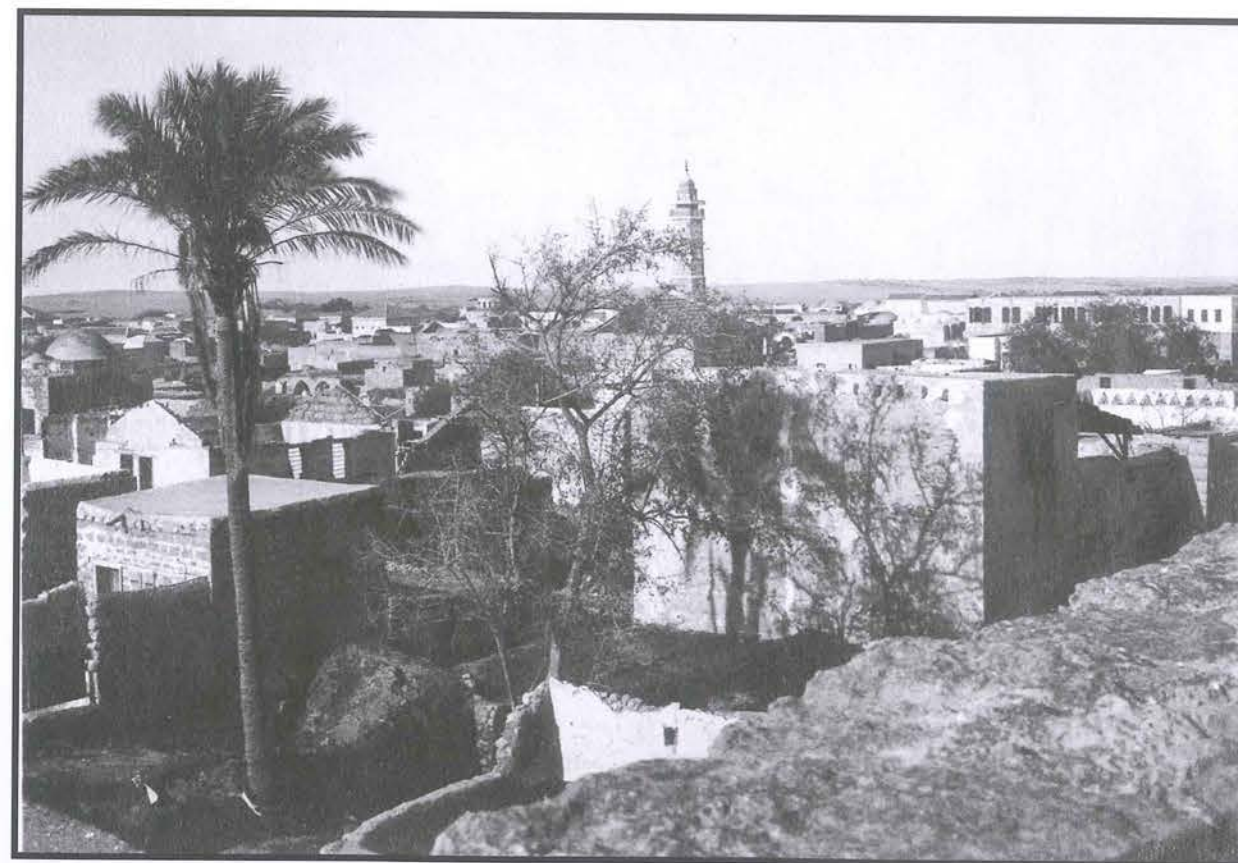
Tras unos meses, logré defenderme un poco en portugués, lo que me ayudó a pasar el examen para mi permiso de conducir y obtener el título oficial de "conductor de autobús". Poco después obtendría la autorización de residencia permanente en Brasil, que a su vez me permitió arrendar una habitación. Esto cambió mi vida. Pensé: "¿por qué continuar trabajando para

otra persona? Mejor tratar de comprarme un autobús". Compartí la idea con un sargento quien, dándola por buena, me ayudó a obtener un préstamo bancario. Así fue como compré un autobús de veinte asientos.

Tan pronto como acabé de pagarlo, compré el segundo, y así sucesivamente hasta crear una empresa de once vehículos, todos circulando en la misma línea. Más tarde, expandí el negocio al sur de Río, en los barrios exclusivos de Copacabana. Llamaba a mi madre una vez por semana o cada dos semanas, ese era mi ritual. Le contaba todo, resumiéndole rápidamente, para que supiera exactamente lo que hacía y que, a pesar de la distancia, fuera partícipe de todo lo que yo emprendía.

En 1965, tras todos los éxitos en el negocio de transporte, y obtener la nacionalidad brasileña, pensé que era hora de cumplir la promesa que le había hecho a mi madre. Volví a Gaza, dispuesto a casarme. Mi madre había escogido a una mujer de entre las amigas de mis hermanas: Nawal. Poco después llevé a mi esposa a

Gaza en los años cincuenta



Río, pero no se adaptaba. Y el nacimiento de nuestro hijo Samy nos hizo darnos cuenta de hasta qué punto necesitábamos a nuestras respectivas familias. Decidí, pues, vender mis autobuses, y regresamos a Gaza.

Ir, venir, marchar de nuevo, volver. Nosotros, los palestinos, estamos siempre desgarrados entre nuestra tierra y los países que nos acogen, entre nuestra Palestina inaccesible y el país del exilio que en ocasiones nos concede un pasaporte. Estaba convencido de que debíamos regresar e instalarnos cerca de nuestras familias. Pero además tenía *saudade*, nostalgia de Gaza. Añoraba sus primaveras floridas, sus playas, mis amigos. Gaza llamaba a mi corazón...

Sin embargo, el conflicto nos tomó por sorpresa. Gaza se transformó en un elemento clave de la guerra de los Seis Días y fue ocupada por Israel. (18) De la noche a la mañana cambiaron nuestros planes y decidí regresar a Brasil con mi mujer y mi hijo. Pero los israelíes nos lo impidieron. Afortunadamente tenía un contacto en la Cruz Roja y le pedí por escrito que informara al coronel Schilling de la situación. El télex decía: "Coronel Schilling - Stop - Todavía con vida - Stop - Listo para salir de Gaza con esposa e hijo - Stop - Por favor contacte Embajada de Brasil para que me ayude a salir - Stop". Pocos días después, tomábamos un avión egipcio que transportaba a personas heridas de Tel Aviv a El Cairo. Aproveché para ayudar a una de mis hermanas a salir de Gaza, y la dejé en Egipto.

Regresar a Brasil cuando me había ido meses atrás liquidando todo lo que tenía, significaba empezar todo desde el comienzo. Pero allá, en Brasil, esto es una costumbre. Y la solidaridad no es una palabra vana: un amigo nos prestó su apartamento y me encontró un trabajo durante un mes como chofer del Banco Mundial. Uno de los autos que conducía era un Willys, y un día tuve que llevarlo al garaje de la marca... (19) La casualidad hizo que su propietario quisiera vender la concesión del taller, una gran oportunidad, pero no tenía dinero, así es que le propuse a José, un amigo portugués adinerado que trabajaba con coches, que nos asociáramos. Él puso el dinero, y yo le pagué el 5 por ciento de interés al mes, lo que significaba un 60 por ciento de intereses anuales. José me conocía y sabía que yo era muy trabajador. La concesión Willys funcionó bien hasta el día que recibimos la visita de dos hombres, un estadounidense y su brazo derecho brasileño:

—¿Quién es el propietario de este garaje-concesionario?, preguntó el estadounidense.

—Yo, respondí.

Y la mala noticia cayó: el garaje cerraba, porque Ford acababa de comprar Willys. Reaccioné como un verdadero brasileño: — ¡Espere, así no discutimos en Brasil!

Y los invité a almorzar. Mientras comían unas frutas deliciosas que son cosa normal en Río, uno de ellos me preguntó si yo era árabe.

—¡Por supuesto que soy árabe!

Me explicó que pensaba que los árabes eran gente sagaz, y me dijo que si tenía bastante dinero, podía hacerme garajista concesionario de Ford, como lo había sido para Willys. Aprobé como un buen brasileño:

—*Tá bom* (Está bien)...

Lo que, en mi mente, estaba lejos de ser un sí definitivo, pero quería decir: ¡In'ch Allah! (si Dios quiere).

Antes de levantarnos de la mesa me preguntó si conocía al rey Hussein de Jordania. Le dije que sí, aunque no era verdad. ¡Yo venía de Gaza, bajo control de Egipto desde 1948, no de Cisjordania! Lo extraño fue que, de repente, le vino la melancolía y me reveló que había sido el representante de Ford en el Líbano, y que el rey de Jordania lo visitaba para comprar autos para su colección. Luego, añadió en un tono cómplice:

—Haz arreglos para encontrar un terreno grande, y te haré representante de Ford.

Pasábamos delante de un almacén inmenso que estaba cerrado. Apunté mi dedo y dije:

—¡Esto... esto me pertenece!

¡Todavía me río solo al recordar el momento... porque me creyó!

—Pon todo esto por escrito y envíamelo. Si haces como te digo, ¡esto funcionará!

—*Tá bom*, repetí.

Apenas me dio la espalda, comencé a buscar por todas partes para saber a quién le pertenecía ese terreno. Supe que el propietario había huido al Líbano después de una quiebra, y llamé a su abogado:

—¿Puede arrendarme el almacén?

No lo arrendaban, lo vendían. Lo compré a crédito por cinco años.

A la inauguración del garaje Ford estaba invitada toda la comunidad árabe, compuesta sobre todo por libaneses y sirios. Por entonces el mercado del automóvil estaba en auge, y me fue muy bien. Aprovechando la situación, llamé a mi hermano Hassan y a un sobrino, pedí los visados y todos los papeles que confirmaban que estaban a mi cargo, y comenzamos a trabajar juntos en el garaje.

Un día de 1974, el director de Ford vino a Brasil y pidió verme. Él y tres de sus amigos querían importar a los Estados Unidos grandes cantidades de una nuez, el *babaçu*, (20) el fruto de una palmera que crecía en las regiones rurales del nordeste brasileño. Lo que les interesaba era obtener el aceite de esta fruta como potencial biocombustible, pues se estaba investigando como alternativa al petróleo, teniendo en vista lo que había pasado con la crisis petrolera de 1973.

El estadounidense me pidió encontrar a una persona de confianza, capaz de ir a buscar las nueces a una región lejana de Brasil, y de enviar por barco 9000 toneladas a Nueva York. Por aquel entonces, yo sentía que podía hacerlo todo solo: ¡nada ni nadie se resistía a Muheddin de Gaza! Así es que acepté, y decidí ir yo mismo.

Además, eran los dueños de Ford quienes me lo pedían. Nunca pensé que esta decisión podría transformarse en un verdadero infierno.

Primero, el director de Ford envió una tarjeta de crédito con 180 000 dólares al Banco de Brasil para que yo pudiera estar seguro de que, finalizado el negocio, el dinero me sería entregado. Luego, dejando a mi mujer y mis tres hijos en Río (Mona y Magda ya habían nacido), y el garaje en manos de mi hermano, me fui lejos, a São Luis do Maranhão. (21) Allí sentí un choque, ¡era como llegar a otro planeta! El aire estaba saturado de humedad y la región llena de *jiboias* —anacondas de la Amazonía— y de *jacarés* —caimanes—. Me contaron además que los indígenas locales eran caníbales, y que preferían la carne de los extranjeros porque era

La labor en los huertos, años diez



salada... Como las serpientes no trepan por las paredes, colgué mi hamaca. Esta era la única manera de dormir tranquilo.

Recoger el *babaçu* no era complicado, pero sí pagarle a la gente, porque el dinero no servía para nada. ¡En São Luis do Maranhão se hacía trueque! Al principio llevé chocolates, bombones, ropas y hasta vino. Luego, un estadounidense de Ford vino a echarme una mano. Llegó con un proyector, y sobre una tela blanca colgada de la pared, comenzó a mostrar películas en la calle. Era publicidad de ropa, vestidos sobre todo, que despertó rápidamente el interés de las mujeres por tenerlos. Así fue como intercambiamos los barriles de *babaçu* por vestidos.

Al cabo de un año, tras haber reunido 8000 ton de nueces, enviamos todo al puerto de Itaqui, y de ahí, a los Estados Unidos. Pero las semanas pasaban, y la tarjeta de crédito no se desbloqueaba. Los estadounidenses no pagaban y tuve que tomar un avión para visitar a mis interlocutores en Pensilvania. Cuando entré a sus oficinas, me encontré con cuatro personas y sus cuatro abogados. ¡No comprendían por qué yo venía sin el mío!

— No estoy aquí para mentir, repliqué causando la irritación general.

¿Acaso no les había enviado lo que querían? ¿Por qué no pagaban? Me pararon. Su orden era de 9000 ton, y yo había enviado “solo” 8000. No había respetado los términos del acuerdo y, por lo tanto, ¡yo lo perdía todo, y ellos no pagarían nada!

Me sentí humillado cuando les escuché hablar de esa manera. Me levanté, los observé uno por uno como hacen los hombres de Gaza, y les dije:

— Me llamo Muhyeddin Al Jamal y soy de Gaza. Soy palestino. Pasé un año en la Amazonía por ustedes, sufriendo en situaciones muy difíciles, y ¿ustedes no me quieren pagar? No voy a permitir que hagan esto...

Uno de ellos me contestó que si los amenazaba, me enviarían a la cárcel. Entonces, repetí:

— ¡Cuando salga de prisión volveré para vengarme!

Felizmente, uno de los cuatro, sin duda el más importante, un alemán, me llevó aparte para invitarme a cenar. Cuando llegué a su casa, apenas en la puerta,

me entregó un télex. Había pagado. Durante la velada en su hermosa mansión y en presencia de su familia, hablé entre otras cosas de sus negocios y de sus minas de carbón. Me propuso trabajar con él siguiendo la producción de *babaçu*, pero no quise. Yo aspiraba a otra cosa.

De regreso a Río me enteré de que las ventas de autos habían disminuido, y, en consecuencia, el negocio del garaje estaba quebrando. Les pedí entonces a mis interlocutores de Ford que aumentaran la cuota de coches que hasta la fecha me habían concedido. Afortunadamente, lo aceptaron, refiriéndose incluso a esta como “cuota para *babaçu*” y, con más suerte aún, el Ford Corcel II fue elegido “auto del año”, vendiéndose fácilmente. De nuevo, mis negocios tendrían éxito, y hasta pude comprar dos otras concesiones, las de Chevrolet y Volkswagen. Trabajábamos muchísimo, a veces dieciocho horas al día. Mi madre podía estar orgullosa de mí.

A inicios de los años ochenta ya era un personaje reconocido por la comunidad árabe de Río de Janeiro, y habíamos establecido lazos con nuestros colegas de América del Sur, incluso llegamos a crear una confederación latinoamericana. A menudo me llamaban cuando personalidades árabes venían de visita a Brasil. Por ejemplo, en 1983, recibí al príncipe Mohammad de Jordania, quien amablemente me invitó a tomar algo, y pedí el refresco nacional brasileño, el *guaraná*. El príncipe también lo probó y lo encontró delicioso, así es que le propuse crear una fábrica en Jordania.

Tenía ganas de instalarme con mi familia en un país árabe, y el príncipe Mohammad nos concedió la nacionalidad jordana, (22) permitiéndonos acercarnos a Palestina... (23) Desgraciadamente, las compañías brasileñas de producción del *guaraná* no apreciaron el sabor del agua en Jordania, que según ellos distorsionaría la bebida, y finalmente el proyecto no pudo llevarse a cabo. En cualquier caso, mi familia y yo nos instalamos en Jordania, y nuestros hijos más tarde estudiarían en los Estados Unidos. Poco a poco, invertí en una compañía de seguros en Palestina y en algunos productos financieros, y produje alfombras en Jordania. Pero jamás olvidé quién soy y de dónde vengo: porque soy Muhyeddin de Gaza. ”

(1) El 22 de julio de 1946, una bomba colocada por la organización clandestina sionista de derechas Irgun destruyó el hotel King David, cuartel general de los británicos en Jerusalén. Ver Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Crítica, 2008, pp. 49-50: El gobierno laborista británico de posguerra, encabezado por Clement Atlee, tenía planes diferentes para Palestina. Ahora que los judíos europeos no corrían el riesgo de ser aniquilados, y que la mayoría de ellos prefería marcharse al otro lado del Atlántico antes que a Oriente Próximo, el nuevo gabinete británico y su energético secretario, Ernest Bevin, buscaban una solución fundada en los deseos e intereses de la población que realmente vivía en Palestina, y no en los de aquellos que según los líderes sionistas podían querer trasladarse allí: en otras palabras, una solución democrática. Los ataques armados y, en particular, terroristas de las milicias clandestinas judías no consiguieron cambiar esa política. Los británicos reaccionaron con tibieza contra las bombas colocadas en puentes, bases militares y su cuartel general en Jerusalén (el hotel King David), sobre todo si se compara con el brutal trato que habían infligido a los rebeldes palestino en la década del treinta. Las represalias adoptaron la forma de una campaña de desarme de las tropas judías, que en gran parte ellos mismos habían armado y reclutado, primero en la guerra contra la rebelión palestina de 1937, y luego contra las potencias del Eje en 1939.

(2) La Royal Flying Corps, más tarde transformada en la Royal Air Force (RAF), fue creada en 1917 a petición del general Allenby, que había planificado una ofensiva contra el Imperio otomano en Palestina.

(3) Yibna se encuentra en el camino de Ramleh hacia Isdud. A finales de los años cuarenta contaba con cerca de cinco mil habitantes. Ver Walid Khalidi, *All That Remains. The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que queda. Los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Institute for Palestine Studies, 1992, 636 páginas, p. 110-113.

(4) En 1949 había ciento noventa mil refugiados en la Franja de Gaza.

(5) Muhyeddin Al Jamal nunca tuvo un certificado de nacimiento. Cree que nació entre 1930 y 1932.

(6) Los campos de refugiados en la Franja de Gaza comenzaron a ser instalados en 1948. Los primeros fueron Al Shatti (Beach Camp), Bureij y Maghazi.

(7) Gaza estaba bajo tutela de Egipto en 1948 y lo será hasta 1967.

(8) Cuando en 1939 el ejército alemán invadió Polonia, muchos polacos se refugiaron en Palestina (bajo mandato británico desde 1922).

(9) Por entonces, una libra egipcia permitía comprar cerca de un kilo de carne.

(10) Tras la nacionalización del canal de Suez por Nasser, Israel, Francia y Gran Bretaña atacaron Egipto en octubre y noviembre de 1956. Hasta marzo de 1957, Israel ocupó entonces la Franja de Gaza (bajo administración egipcia desde 1948) y el Sinaí. La historia detallada puede leerse en Jean-Pierre Filiu, *Histoire de Gaza* (Historia de Gaza). Fayard, 2015; en las obras de Joe Sacco, *Gaza 1956, en marge de l'histoire* (Gaza 1956, al margen de la historia). Futuropolis, 2010, y Orna Almog, *Britain, Israel and the United States, 1955-1958, Beyond Suez* (Gran Bretaña, Israel y los Estados Unidos. 1955-1958, más allá de Suez). Frank Cass Publishers, 2003 y Taylor & Francis, 2005).

(11) Según el Plan de Partición de la ONU (1947), dado que la mayoría de los habitantes era árabe, Beersheba debía formar parte del territorio atribuido al Estado de Palestina. Sin embargo, en octubre de 1948, la ciudad fue ocupada y conquistada por una unidad de Palmach para impedir eventuales bloqueos de convoyes israelíes hacia el Negev. Para más detalles, ver Benny Morris, *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited* (El inicio del problema de los refugiados palestinos, revisitado) (Cambridge University Press, 2003). En 1956, la ciudad tenía veintidós mil habitantes israelíes.

(12) La ONU desplegó dos misiones de mantenimiento de la paz en Egipto y en Gaza bajo el nombre de Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (FENU) (en inglés United Nations Emergency Force, UNEF): la FENU I, en 1956, momento de la crisis del canal de Suez, que duró hasta 1967, y la FENU II, después de la guerra de Yom Kippur entre 1973 y 1979.

(13) Voltaire Londeiro Schilling era un militar brasileño de origen alemán, que trabajó para la Misión de la FENU.

(14) La UNRWA (Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Próximo, o United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East en inglés) fue creada el 8 de diciembre de 1949.

(15) Henrique Teixeira Lott, ministro de la Guerra (en Brasil llamado Ministerio de la Guerra) del gobierno de Juscelino Kubitschek, fue quien en 1956 inició la construcción de Brasilia, la nueva capital de Brasil.

(16) El gobernador de Gaza —bajo tutela de Egipto— era egipcio.

(17) En la actualidad, la situación de los dos millones de habitantes de Gaza ha empeorado, limitados a vivir en una “prisión a cielo abierto”, como lo

refiere el título del último libro del historiador israelí Ilan Pappé, *The Biggest Prison on Earth: A History of the Occupied Territories* (La mayor prisión en el mundo: historia de los territorios ocupados). Oneworld Publications, 2017. Ver también Sara Roy, *The Gaza Strip: The political Economy of De-development* (La Franja de Gaza: La policía económica del De-desarrollo), 3rd. Ed., Washington, D.C., Institute for Palestine Studies, 2016.

(18) Tal como lo explica Ofer Aderet, periodista del diario israelí *Haaretz*, en su artículo “Israeli Prime Minister After Six-Day War: ‘We’ll Deprive Gaza of Water, and the Arabs Will Leave’”, de 17 de noviembre 2017: El objetivo de los israelíes era incitar a los árabes a que abandonaran la Franja de Gaza.

(19) Willys-Overland Motors es una marca de automóviles americanos conocida por sus *jeeps* militares.

(20) La tradición permitía a todas las personas recoger las nueces, incluso de los terrenos privados. Pero la llegada a partir de los años sesenta de grandes grupos agroindustriales cambió la tradición. Los propietarios comenzaron a impedirles a los recolectores acceder a las palmeras, lo que provocó violentos conflictos.

(21) São Luis do Maranhão es la capital del estado de Maranhão, que se encuentra entre la bahía de São Marcos y la de São José de Ribamar, a unos 800 km al este de Belém do Pará.

(22) Los palestinos originarios de la Franja de Gaza que viven en Jordania solo tienen derecho a acceder a la nacionalidad jordana de manera excepcional, sobre todo cuando han servido en instituciones jordanas. Esta nacionalidad puede ser concedida por el rey o, como en este caso, mediante la intervención del príncipe.

(23) Ver el artículo de Jalal Al Hussein, “Le statut des réfugiés palestiniens au Proche-Orient, facteur de maintien ou de dissolution de l’identité nationale palestinienne?” (El estatuto de los refugiados palestinos en Oriente Próximo, ¿Factor de mantenimiento o de disolución de la identidad nacional palestina?), en Jalal Al Hussein y Aude Signoles, *Les Palestiniens entre État et diaspora – Le temps des incertitudes* (Los palestinos entre Estado y diáspora - El tiempo de las incertidumbres). Karthala, 2011. Este artículo trata acerca de todos los aspectos políticos del estatuto específico de los refugiados palestinos, quienes “no son víctimas de guerras a las que se presta asistencia [...] sino una nación a la que la Organización de las Naciones Unidas le robó todo lo que tenía”.



Madre del retorno, Um Al 'Awda

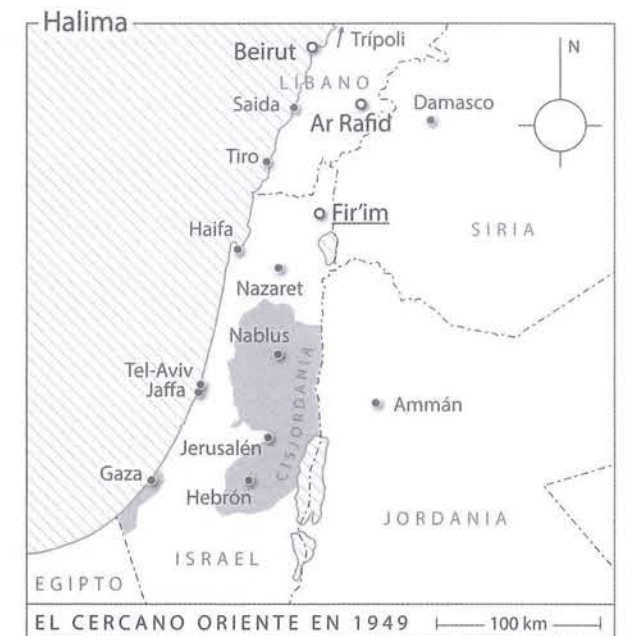
Halima Mohammad Mustafa, cerca de 76 años

Para los setecientos cincuenta mil palestinos que tuvieron que huir del lugar donde vivían en 1948 por miedo a las matanzas, la memoria es sagrada. Sin ella pierden todo, incluso su identidad. Al principio se acordaban, pero con el tiempo, los detalles se fueron desvaneciendo y la imaginación llenó el vacío de los recuerdos. Como demuestra el testimonio de Halima, la idea del retorno, Al 'Awda, está íntimamente ligada a esta memoria. A través de ella, nos adentramos en la de su padre. Amada e inalcanzable, Palestina se transforma en el lugar que materializa simultáneamente la tragedia vivida por sus habitantes, la tierra más fértil del planeta, las naranjas más jugosas, los olivos más macizos... Pero además, la inaccesible belleza.

Setenta años después de la Nakba, el retorno sigue siendo letra muerta. Aunque hoy se haya convertido en leyenda, en mito, este retorno encuentra su fundamento en una de las resoluciones que permitieron la admisión de Israel en las Naciones Unidas el 11 de mayo de 1949. Se trata de la Resolución 194 (III) de la Asamblea General de la ONU sobre el derecho de retorno, que permite la vuelta inmediata de los refugiados palestinos que lo deseen, a fin de convivir en paz con sus vecinos, o la posibilidad de ser indemnizados a título de compensación. Si bien Israel reconoció la resolución en 1949, lo necesario ahora es el cumplimiento de ese documento firmado por el mundo entero hace sesenta y nueve años. (1) De no ser así, significaría reconocer la inutilidad de la firma de una resolución.

“Es un sueño. Ese día de primavera, bandadas de pájaros vienen a visitarnos a Fir'im, nuestro pueblito situado en los alrededores de Safad. Su plumaje es colorido, azul, gris y blanco, sus ojos realzados por una línea negra que se prolonga hasta el cuello, como si llevaran una máscara, y el pico acentuado por su color rojizo. Me despierto con el canto de un macho que busca la atención de una hembra.

—¡Hajales (perdiz)!, se alegra mi hermana.



No hay nada más hermoso que un *hawal*. Del tamaño de una pequeña gallina, camina balanceándose. En el lenguaje popular, un hombre que caza el *hawal* es un hombre que quiere casarse. Mi padre lo caza para comerlo.

Ese sueño se repite. Dondequiera que me encuentre, en el Líbano donde nos refugiarnos después de mayo de 1948 para escapar de las matanzas, (2) en Siria, y luego en Jordania, el *hawal* me sigue por donde vaya. Quizás porque simboliza esa ingenua esperanza de volver a la vida normal en Palestina. Esa idea, cada día más borrosa, de que encontraremos todo como lo dejamos: la casa, el jardín, la tierra. El *hawal* es mi respuesta infantil al desastre que nos afecta individual y colectivamente desde hace setenta años; representa nuestra vida anterior. Cuando mi padre, cazador y campesino, trabajaba la tierra para alimentar a su mujer, sus nueve hijas y su hijo, y entregaba la mitad de la cosecha al

La llave de la
esperanza del
retorno



propietario. Cultivaba trigo, lentejas, rábanos, cebollas, menta, hacía crecer las higueras... Mi madre era costurera, confeccionaba vestidos o los arreglaba cuando las damas de Safad se lo pedían. Todas, ya fueran judías, musulmanas o cristianas, recurrían a su buen corte de la tela, sus conocimientos de la moda europea y sus consejos. Mi madre tenía un don y se ganaba bien la vida.

A menudo trabajaba hasta tarde, a la luz de una lámpara de aceite. Nunca nadie la asustó, ni siquiera el ladrón que una noche se deslizó en la casa con la cara oculta tras una piel de oveja. Mi madre lo persiguió con un palo en la mano hasta que huyó corriendo. Era una mujer alta, hermosa, inteligente, y llena de ideas innovadoras: había fabricado un horno de pan con madera y un barril de petróleo al que le había hecho varios agujeros. Aún hoy me parece sentir el olor del pan caliente que flotaba en las callejuelas cuando lo preparaba. Era tan rico que todo el pueblo venía a vernos cuando preparaba *fatayer* (3) o *mana'ich*. (4)

Mis padres se conocieron en el Líbano, en Rafid, un pueblito situado en la llanura de la Bekaa, de donde era originaria mi madre. A pesar de haber nacido en lados opuestos de la frontera, no se sentían diferentes. Como ellos, las ovejas, las vacas, los asnos y las aves cruzaban el borde yendo y viniendo, al igual que los pastores, los aldeanos o los pequeños comerciantes. ¿Por qué dar importancia a una línea artificial, trazada por extranjeros para separar a las personas y etiquetarlas con identidades diferentes? Además, mi padre era un ferviente opositor a la presencia colonial en toda la región. Durante la Gran Revuelta contra los británicos en Palestina, entre 1936 y 1939, él y sus dos hermanos eran conocidos como "los lobos", por su valentía. Los tres se unieron a Abd Al Qadir Al Husseini. (5)

Aparte de los *hawal*, mi memoria solo recuerda imágenes dispersas de Fir'im. Aún me parece oír claramente la voz aguda y pícaro de mi hermana mayor, Wardeh. (6) A sus apenas diez años, cuando pasaba delante de grupos sionistas (7) en Safad, se atrevía a recitar proverbios y refranes en voz alta: *Yallah ya ibn el-kalb, mine allak tinzel 'al harb!* ("¡Y qué, hijo de perra, quién te pidió que nos hicieras la guerra!").

Yo era tan joven que vagamente recuerdo la noche en que tuvimos que huir de Fir'im. (8) Sin embargo, durante muchos años escucharía en repetidas ocasiones los testimonios de amigos y familiares que vivieron esta catástrofe. Contaban lo que pasó durante los bombardeos, y cómo los sionistas habían vaciado, uno tras

otro, los pueblos y las ciudades del norte de Galilea, fusilando a todos a los que atrapaban. Hablaban del terror, de los niños perdidos, de los padres que, desesperados, los buscaban, del silencio que invadió nuestra aldea tras nuestra marcha.

Huimos juntos. Mis hermanas mayores llevaban en sus hombros a las más pequeñas. La más grande, Hasnah, se llevó la máquina de coser de nuestra madre. Con un trozo de tela, confeccionó una especie de grueso turbante que colocó en su cabeza para poder transportarla, porque ¡no se la íbamos a dejar a los sionistas saqueadores! Cuando abandonamos la aldea, su voz reflejaba nuestra ira, nuestra impotencia:

—*Dâr, dâr abûna wâ jayîn el ghouraba yetardûna* ("Esta casa es de nuestro padre. Los extranjeros vienen a expulsarnos!"). *Dâr, dâr abûna...*

Por la noche, avanzamos atravesando las colinas para evitar las barricadas construidas en la calzada. Finalmente, paramos a descansar en una cueva. Mi padre bloqueó la entrada con una piedra inmensa para que ningún soldado sionista sospechara de nuestra presencia. A primera hora del día siguiente nos hizo subir, amontonados los unos sobre los otros, en el primer vehículo que se cruzó en nuestro camino en dirección al Líbano.

Como siempre, la frontera estaba abierta. El Líbano nos permitía la entrada. La familia de mi madre nos recibió en su casa. Los habitantes de Rafid nos trajeron colchones, mantas, platos, zapatos; cada cual nos ayudó a su manera. En Rafid no había palestinos. Los campos de refugiados se instalaron sobre todo en la costa, cerca de grandes ciudades como Beirut, Saida, Trípoli o Tiro. (9) Ante la llegada masiva de palestinos al país del cedro, algunos libaneses temieron que intentáramos robarles su tierra, como los sionistas nos habían robado la nuestra. Nos llamaban los *ghouraba*, "los extranjeros".

La idea de volver a Palestina estaba tan arraigada en la mente de mi padre, que se convirtió en una prioridad prepararnos para el momento, tanto moral como físicamente. (10) Nos hablaba en detalle de nuestro pueblo, de nuestras costumbres, de la defensa de nuestros derechos y de la resistencia. Le gustaba montar obras de teatro que escenificaban nuestra historia, los combates, el miedo, el desastre vivido en 1948.

De hecho, nos convertimos en una verdadera compañía teatral. Cada uno aprendía su papel y vestíamos a nuestros personajes con los restos de las telas que nuestra madre cortaba en su trabajo de costurera.

Mi padre, por su parte, ideó un entrenamiento físico. Con una cuerda colgada del ventilador del techo, colocaba una tabla en el suelo y nos hacía escalar, saltar, correr, trepar con los codos... Hasta el final de su vida, pensó en regresar:

“¡No se ama nada por encima de lo que se ama la patria!”, decía. “¡La patria es una y no se cambia por otra!”.

Era un hombre digno que no mostraba sus sentimientos, nunca permitió que nadie descubriera la profunda tristeza que lo devoraba. Ni él ni nadie entendía que se le negara regresar y vivir en su casa. Su convicción y perseverancia exigían que fuéramos como él, invencibles, que nunca nos rindiéramos ante nuestro derecho a regresar, *Al 'Awda*. (11)

Mi padre era estricto. De no ser bajo su protección, nunca dejaba salir a sus nueve hijas, y cuando lo hacíamos, él caminaba detrás nuestro, a cierta distancia, con su fusil colgado en la espalda, disuadiendo a los muchachos que pasaban de que nos miraran. Éramos lindas. Yo tenía la piel clara como la leche y mi cabello, liso como la seda, caía hasta las rodillas.

Un día mi madre me mandó a entregar un vestido que acababa de terminar a una de sus clientas libanesas. Yo tendría por entonces unos catorce años. El marido abrió la puerta y, cuando me vio, bromeando le preguntó a su hijo Ibrahim qué le parecería casarse con una “luna como ella” (refiriéndose a mí). Me puse colorada... y creo que Ibrahim se sintió tan avergonzado como yo. Pero curiosamente, cuando me despedí, se acercó para preguntarme qué me parecía la idea.

— No puedo decir nada, respondí. Mi padre es quien decide esas cosas.

Tres días después vino a proponerme matrimonio, pero mi padre se negó: de ninguna manera casaría a una de sus hijas con un libanés. Todas sus hijas tenían que regresar a Palestina y casarse con palestinos. Ibrahim en principio se sintió ofendido, pero luego pensó que lo mejor era ser paciente y esperar a que mi madre interviniera en su favor... Así fue, hasta que mi padre terminó aceptando.

— ¡Que haga lo que quiera!, dijo.

Y la boda se llevó a cabo.

Diez años más tarde y con cuatro hijos, nos separamos. Cada uno retomó su camino. Por mi parte, con veinticuatro años, volví a la casa de mis padres. ¿Adónde podía ir si no?

Mi padre a menudo se reunía con líderes políticos palestinos para organizar la resistencia y pensar en el

retorno. Uno de ellos, Yussef Obeid, era miembro del movimiento Fatah. Vivía en Jordania con su mujer, y con frecuencia viajaba al Líbano. Era un colaborador muy cercano de Khalil Al Wazir (Abu Jihad), uno de los fundadores de la OLP en 1964, (12) y participó en la batalla de Al Karama, en 1968, cuando palestinos y jordanos lucharon juntos contra los israelíes. (13) Me impresionaba su extrema seriedad. Tenía diez años más que yo. Una noche llegó por sorpresa, y me apuré en prepararle algo para comer. Antes de sentarse a la mesa, me entregó su pistola:

— Te entrego mi arma, dijo uniendo el gesto a la palabra.

Al tomarla, me di cuenta de que pesaba mucho. Corrí a guardarla en un armario que cerré con llave. Esa noche mi padre invitó a Yussef a dormir en nuestra casa. A la mañana siguiente, cuando se levantó, tomó un café y fue a hablar con él. Tras casarnos en 1969, viajamos juntos a Damasco, en Siria, donde vivían algunas de mis hermanas con sus familias. Muchos palestinos habían emigrado allí tras la Nakba, instalándose algunos en la ciudad y otros, en campos de refugiados. (14) A finales de la década del sesenta, las ciudades de Damasco, Beirut y Ammán fueron claves para los miembros de la OLP. (15) Mi marido viajaba constantemente de una a otra. Era formador, tanto político como militar. Cuando se dirigía a la multitud, miles de personas lo escuchaban en silencio. Y cuando paraba de hablar, hombres y mujeres, desde los más ancianos hasta los más jóvenes, lo aplaudían porque, con la fuerza de sus palabras, era capaz de hacer renacer la esperanza en ellos, la esperanza de un regreso.

Vivir a su lado era peligroso y ambos lo sabíamos y temíamos por ello. Un día le metí un pequeño Corán en el bolsillo para protegerlo y sé que siempre lo llevaba consigo. Lógicamente, me preocupaba que algo le pasara, pero por otro lado, siempre supe que el riesgo es parte de nuestra vida cotidiana como palestinos, y que el destino está en manos de Dios. Si llega la muerte, es que era el momento. Siempre apoyé a Yussef, haciendo todo lo que estaba en mis manos para ayudarlo en la vida cotidiana. Le gustaba la comida que yo le preparaba. Decía que nunca había comido nada tan rico. Comía el amor. No importaba lo ocupado que estuviera, siempre volvía a casa... Yo nunca sentí la necesidad de unirme al movimiento político al que él pertenecía. Para mí, ser la mujer de un combatiente significaba serlo igualmente.



Relajándose

A partir de 1974, las organizaciones palestinas se fueron alejando de las autoridades sirias, de modo que en 1976 nos mudamos a Jordania con nuestros tres hijos. Allí nos registramos como refugiados de la UNRWA en Ammán, y vivimos primero en el campo de refugiados de *Wihdat*, (16) y más tarde en el de *Baq'a*. (17)

En 1979, mi cuñado murió en Qatar de manera extraña. Yussef tomó un avión para ir al funeral con otros cinco miembros de la familia. Pero al llegar a Doha, el aparato se estrelló. Fue tremendo. Yussef y toda la familia murieron. Hubo cuarenta y cinco víctimas. ¡Pensé que me moría! Estaba embarazada. Me quedé sola, con tres niños pequeños y uno en camino. (18)

A partir de ese momento, mi vida se convirtió en una lucha diaria por ellos. Mis prioridades fueron

ejercer a la vez de madre, padre y amiga, darles una educación e inculcarles el amor por su tierra, lo más importante para miles de mujeres palestinas, viudas como yo. Siendo joven y hermosa, pude haber vuelto a casarme, pero preferí dedicarme exclusivamente a ellos y hacer como mi padre, oponerme al *tawtin*, a la idea de instalarme permanentemente. Siempre luché contra el olvido y les enseñé a guardar la memoria de nuestro lugar de origen. Les conté cómo era Palestina y el pueblo del que siempre oí hablar, como si de una leyenda se tratase. Les dije que tenían una casa en Fir'im, y que sus abuelos resistieron a los colonos ingleses... Mi hijo nació dos meses después de la muerte de Yussef. Le puse el nombre de su padre. Pero en el campo de refugiados de Baqa'a, donde vivió toda su vida, todos lo llaman *Al 'Awda*, el retorno. ”

(1) Elias Sanbar, *Dictionnaire amoureux de la Palestine* (Diccionario del amor de Palestina). El autor sugiere que la solución quizás se encuentre en reconocer el Derecho al Retorno más que en la aplicación de dicho derecho (cuyo principio político fue firmado hace setenta y dos años por el mundo entero, pero en la práctica, nunca fue aplicado), porque solo a partir del reconocimiento, podrían negociarse sus condiciones.

(2) Ver la obra de Walid Al Khalidi, *All that remains: The Palestinian villages occupied and depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948), Washington D.C., 1992. Ver además la página web de la asociación *Zochrot* (<https://zochrot.org/>) donde se describen los ataques de la llamada operación Yiftah en mayo de 1948, cuyo objetivo era “limpiar” de sus habitantes la parte oriental de Galilea.

(3) Los *fatayer* se preparan con panqueques salados rellenos de carne, queso o espinacas. Es una especialidad culinaria en la mayor parte de los países de Oriente Medio.

(4) En la cocina del Levante (Líbano, Siria, Palestina, Jordania), los *mana'ich* son hogazas de pan cubiertas de *zaatar* (una mezcla de tomillo, sumac, semillas de sésamo y aceite de oliva) y cocidas en el horno.

(5) Henry Laurens, *L'accomplissement des prophéties* (El cumplimiento de las profecías). París: Fayard, 2007. El autor describe a 'Abd Al Qadir Al Husseini, el héroe de la revuelta de 1936-1939, que en 1947 se convertiría en comandante de la milicia Al Jihad Al Muqaddasse para proteger a los pueblos de los ataques sionistas (pp. 32 y 46). Murió durante el combate de Qastal, el 8 de abril de 1948.

(6) *Wardeh*, significa “flor” en árabe.

(7) Antes del 15 de mayo de 1948, las fuerzas sionistas estaban compuestas por varias milicias armadas (La Haganah, el Irgun, el Lehi...). El ejército israelí fue creado luego del 15 de mayo.

(8) Según la página web iNakba, de la ONG Zochrot que enumera todas las aldeas destruidas por grupos sionistas, primero, y luego por las fuerzas armadas israelíes en 1948, Fir'im fue atacado con un mortero el 2 de mayo de 1948.

(9) Mohamed Kamel Dorāi, *Les Réfugiés palestiniens du Liban. Une géographie de l'exil* (Los refugiados palestinos del Líbano. Una geografía del exilio). CNRS éditions, 2006.

(10) Nadine Picaudou, “Genèse des élites politiques palestiniennes. 1948-1982” (Origen de las élites políticas palestinas), *Revue française de science politique*, año 34, núm. 2, 324-351 1984. Según la autora (pp. 342-343), el concepto de “retorno” incluye a la vez el retorno físico a la tierra palestina y el retorno psicológico a una época dorada perdida. “Antes de la aparición de una resistencia armada, el retorno era considerado como una vuelta pura y simple al pasado. La resistencia armada va a reunir el anhelo del retorno con una visión sublimada del pasado; el proyecto político del retorno transformado en mito del porvenir”.

(11) Ver Elias Sanbar, op. cit., p. 40.

(12) Ver el artículo de Saqr Abou Fakhr, “Genèse des organisations de la résistance palestinienne avant 1967” (Origen de las organizaciones de la resistencia palestina antes de 1967), *Revue d'études palestiniennes*, núm. 81, 48-57, nouvelle série, otoño 2001.

(13) Fakhre Shriteh, *Gaza: The Bleeding Wound*, Xlibris, 2015, p. 172. Sobre esta importante batalla en la historia del Fatah. La batalla de Al Karama (situado al norte del Mar Muerto, en el Valle del Jordán), tuvo lugar el 21 de marzo del

1968. Simbolizó la unidad jordano-palestina frente a los israelíes.

(14) En su página internet, la UNRWA declara tener 526 744 refugiados palestinos registrados en nueve campos en Siria.

(15) Bassma Kodmani-Darwich, “L'OLP, de l'incarnation du peuple au gouvernement de l'État” (La OLP, desde la personificación del pueblo hasta el gobierno del Estado), *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, núms. 68-69, 107-120.

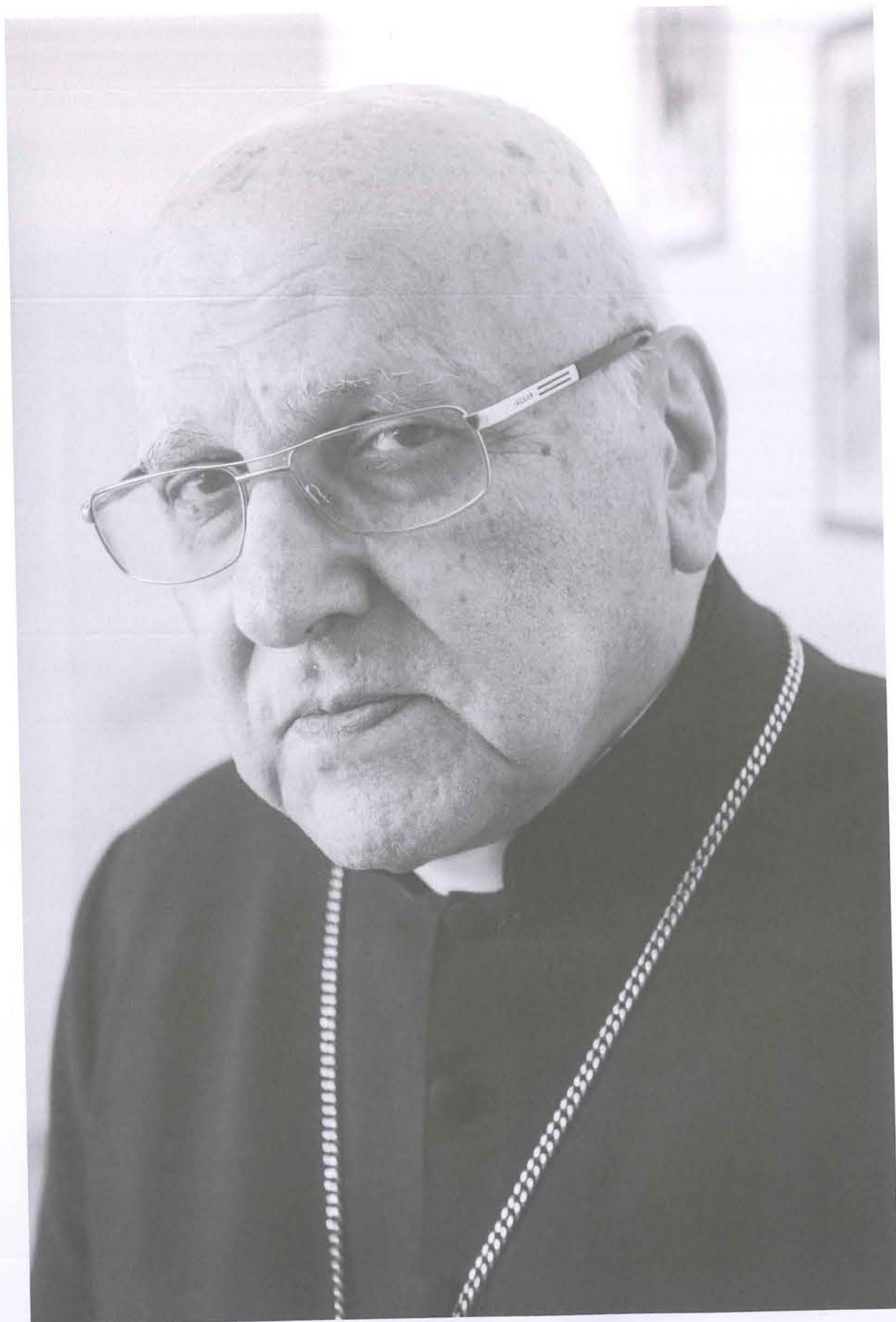
(16) El nuevo campo de refugiados de Ammán, conocido como el campo de Wihdat, es uno de los cuatro creados tras 1948, establecido oficialmente en 1955, en el sureste de la capital jordana. A pesar de las difíciles condiciones de vida, limitado acceso a los servicios de salud, y con una alta tasa de desempleo, el campo posee un equipo de fútbol del que los palestinos están muy orgullosos. Las calles comerciales de Wihdat son las más dinámicas del sur de Ammán. Ver Jalal Al Husseini, “The Evolution of the Palestinian Refugee Camps in Jordan. Between Logics of Exclusion and Integration” (Evolución de los campamentos de refugiados palestinos en Jordania. Entre lógica de exclusión e integración) (Cities, Urban Practices and Nation Building in Jordan), *Les Cahiers de l'Ifpo*, pp. 181-204, 2011.

(17) El campo de refugiados de Baqa'a fue creado en 1968, a 20 km al norte de la capital jordana. Según la página web de la UNRWA, en 2018, el 46 por ciento de los refugiados de ese campo no tenía acceso a una atención sanitaria, el 17 por ciento estaba desempleado, y el 32 por ciento vivía bajo el umbral de pobreza.

(18) Además de los cuatro hijos que Halima tenía de su primer matrimonio, y que ya no vivían con ella.



Mujeres fuertes, años diez



El patriarca

Michel Sabbah, 86 años

Si el Patriarcado Latino de Jerusalén existe desde el siglo V, fue sobre todo a partir de 1099, durante las Cruzadas, que jugó un papel importante para el cristianismo, dándole una existencia legal a la Iglesia católica en Tierra Santa. Luego pasaron largos siglos de inacción hasta que en 1847 su prestigio fue restaurado por el papa Pío IX. Con el fin de crear una estructura canónica eclesiástica en Jerusalén, el pontífice nombró a monseñor Joseph Valerga, patriarca de la Iglesia Latina de Jerusalén. Su jurisdicción, acreditada por el gobierno otomano, cubría Palestina, Transjordania y Chipre. Monseñor Valerga era un hombre joven y extremadamente culto. A los treinta y siete años, hablaba varios idiomas de Oriente Medio, incluyendo el siríaco, el turco, el árabe, el hebreo y el caldeo. Su energía a lo largo de sus veinticinco años de obispado restauró la aureola de la minoría católica de la región. Esta autoridad fue disminuyendo a partir de la Segunda Guerra Mundial, pero volvió a ser importante desde la proclamación del mandato británico en Palestina en 1920 hasta 1947. El Patriarcado Latino de Jerusalén sigue siendo hoy una de las jurisdicciones cristianas más influyentes.

En 1987, por primera vez, la institución eclesiástica se atrevió a nombrar patriarca de Jerusalén a un hombre que no es originario de Italia: Michel Sabbah será el primer patriarca árabe, palestino y cristiano de Jerusalén, y permanecerá en el cargo durante veintiún años, hasta 2008. Será el patriarca de un país en guerra, y defenderá, en voz alta y públicamente, a todos los palestinos. Su voz siempre fue escuchada porque llamó a la existencia de una paz justa en Palestina.

El patriarca Michel Sabbah nos recibe en el convento de las Hermanas Santa Brígida, en el Monte de los Olivos. Al final de un pequeño sendero, se abre una gran puerta de hierro verde. En el citófono, una voz femenina. La puerta cruje, luego se abre, pesada. Franquear esa puerta es como ingresar en otro mundo: afuera todo es piedra y tierra seca; adentro, verde y claro. El camino por el que avanzamos parece haber sido pintado con un pincel, serpentea entre los árboles hasta llegar a un edificio en el fondo del parque. El jardín, discreto, mira hacia las cúpulas doradas de Jerusalén.



“Vengo de Nazaret, en Galilea. Nazaret, en 1933, el año en que nací, era tan solo un pequeño pueblo de siete mil habitantes, y su población estaba compuesta por cristianos y musulmanes. Éramos una familia grande, cinco hombres y tres mujeres. Mis padres nacieron bajo el Imperio otomano y, en 1920, pasaron a ser regidos por el mandato británico. Vivíamos en paz. Nuestro pasaporte estaba escrito en inglés, árabe y hebreo, pero era un pasaporte palestino, el mismo para todos, cualquiera fuese su religión.

Mi padre trabajaba en la construcción, picando piedras, luego se puso a vender verduras en el mercado. A veces íbamos a pasear por el campo, hasta un kibutz vecino llamado Kfar Ha Horeh (el pueblo del labrador). Creado en 1933 sobre una tierra que había sido comprada por el Jewish National Fund (JNF), el Fondo Nacional Judío en 1930, este kibutz todavía existe. Las fuentes de agua cantaban, los árboles

frutales abundaban. Cuando queríamos visitar una ciudad, tomábamos el bus e íbamos a Haifa.

Solo tenía tres años cuando empezó la revuelta palestina de 1936 contra los británicos, pero oí hablar de ese acontecimiento durante muchos años, por el impacto que tuvo en nuestras existencias. La humanidad parecía haber sido dividida en clanes muy distintos: por un lado se ubicaban los palestinos (musulmanes y cristianos), entre ellos los militantes antisionistas (llamados *thuwar*), luego estaban los habitantes del kibbutz y por fin la policía británica. Recuerdo perfectamente haber visto el cadáver de uno de nuestros vecinos descubierto en medio del campo. Su cuerpo fue llevado hasta nuestro barrio. Fue la primera vez que la violencia me salió al paso.

En la escuela de la congregación de los Hermanos donde recibí toda mi educación primaria había maestros religiosos y laicos. Me gustaban los Hermanos, me gustaba el ejemplo que daban a los demás, y sus oraciones que se dejaban oír todas las mañanas. Y pensé: quiero ser uno de ellos. A los diez años, en 1943, me fui de Nazaret y comencé a prepararme para la vida sacerdotal en el seminario de Beit Jala, cerca de Belén. Mi madre me acompañó. Fuimos hasta Yenín, nos tomamos un café bajo los naranjos, y luego cogimos el camino de Nablus hasta Jerusalén y Belén. Mi madre me dejó en el seminario, sabiendo que este iba a durar doce años. Doce largos años durante los cuales yo iba a estudiar idiomas, filosofía, teología, espiritualidad... con veinte otros muchachos, hasta ser ordenado sacerdote. Sabíamos que no podríamos volver a Nazaret: eran nuestros padres quienes venían a visitarnos.

Yo era muy pequeño, y no recuerdo haber sufrido por la separación. Para mí, el seminario simbolizaba la libertad, los amigos, los juegos, el colegio, las fiestas. Nunca se estaba solo allí.

En 1948 yo era un adolescente y cursaba el quinto año de seminario en Beit Jala. En nuestras salas de clases y en la iglesia, mis compañeros seminaristas y yo oíamos a diario disparos, proyectiles de mortero y granadas que estallaban en las inmediaciones de nuestro edificio. Los británicos se habían ido en 1947, dejando el país en una violenta guerra entre palestinos árabes y judíos. Todo el mundo era *palestino* por aquel entonces. En 1947, grupos de judíos sionistas atacaron a pueblos enteros para sembrar el terror entre los palestinos y así conseguir que huyeran. Las masacres de Deir Yassin, Dawameh y Tantura en 1948 hicieron huir a miles de personas, atormentadas por imágenes terribles, las que, por lo demás, habían sido difundidas. Rápidamente,

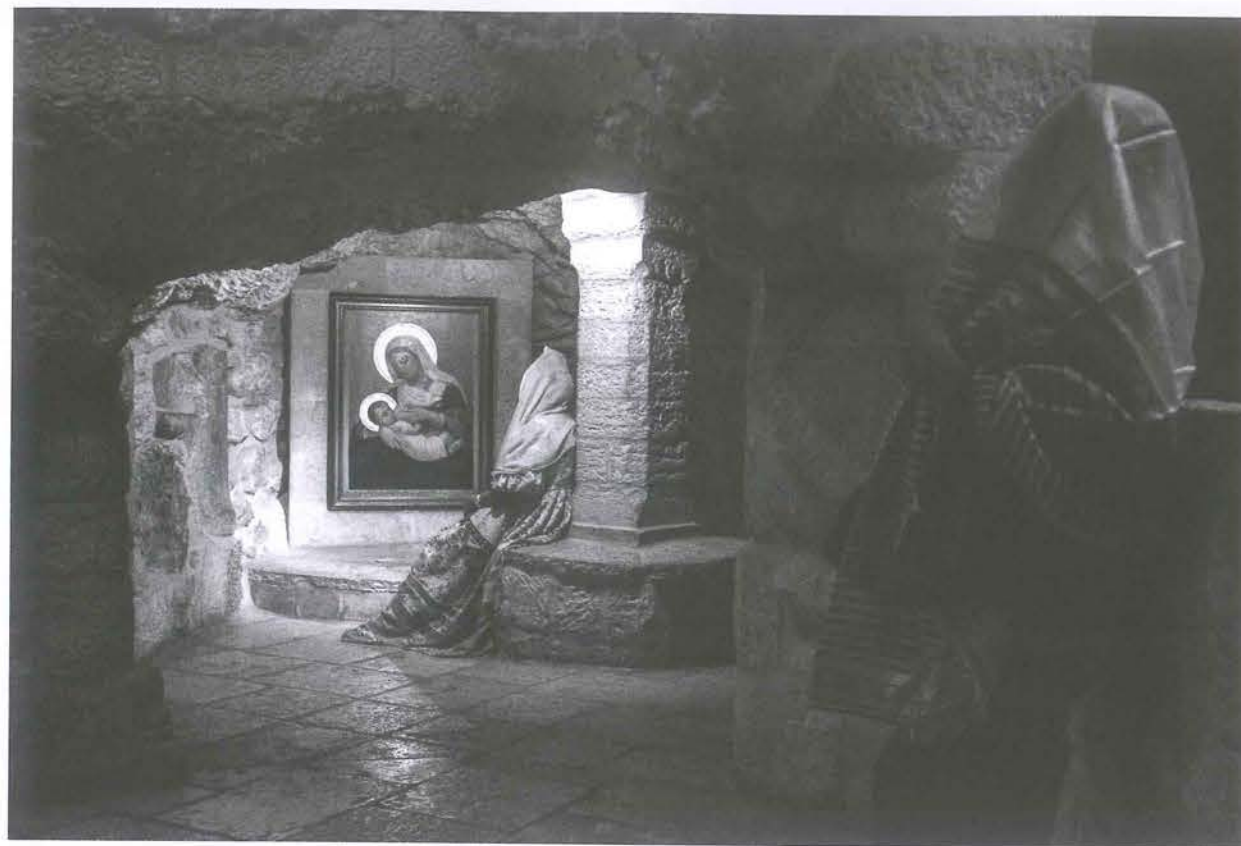
los líderes sionistas declararon al Estado de Israel "Estado judío". La otra fracción formó parte de Jordania en 1950.

En Beit Jala, que se encontraba en la zona no ocupada (1) por Israel y que era parte de Jordania, las parroquias y las escuelas estaban repletas de familias de refugiados palestinos. Poco importaba que fueran musulmanes o cristianos. Después de varios meses, los campos de refugiados comenzaron a brotar por todas partes, en Jordania, en el Líbano, en Siria.

Algunos palestinos cristianos que tuvieron que huir trataron de salvar sus pertenencias entregándoselas a la Iglesia. Pero fue inútil ya que, una vez creado Israel, los palestinos que no se encontraban en sus tierras fueron sistemáticamente despojados de ellas, a pesar de que, en muchos casos, habían entregado las llaves de sus casas a un vecino o al cura. Cuando el propietario no se encontraba en su morada, era considerado como "ausente" y el gobierno israelí se apropiaba de todos sus bienes. Esta medida discriminatoria también se aplicó a todos los palestinos que tuvieron que abandonar sus pueblos y ciudades en 1948. A todos: a los que se fueron hacia otros países, los que se quedaron en el territorio atribuido a Israel, e incluso a los que recibieron la ciudadanía israelí. Y si desde entonces muchos de los palestinos trataron de acercarse a su casa perdida, fueron expulsados e insultados por los nuevos propietarios judíos. Mientras tanto, Israel expulsaba a los palestinos que vivían en casas que en los años veinte pertenecieron a inmigrantes judíos.

Éramos veinte seminaristas en Beit Jala y tres veníamos de Nazaret. Para nosotros, 1948 también significó un corte total con nuestras familias. No era posible circular entre Cisjordania y Nazaret. Las fronteras estaban cerradas. Habían hecho de mí un refugiado, un refugiado privilegiado pues no estaba en la calle como todos aquellos que habían perdido sus casas y terminaron en los campos de la UNRWA. (2) Yo estaba protegido, alimentado y alojado... pero seguía siendo un refugiado, y como tal, no podía ir a casa. Solo cuando en 1955 fuimos ordenados sacerdotes, fue posible ir a Nazaret (3) durante dos semanas, después de doce años de ausencia. El reencuentro fue muy emocionante. Cuando los había dejado, mis hermanos y hermanas eran niños, y cuando volví a verlos eran hombres y mujeres que difícilmente reconocía.

Con el tiempo tuve que acostumbrarme a la idea de no poder volver a ver Nazaret. Cuando murió mi padre, en 1957, ¡ni siquiera pude asistir a su entierro! Por aquel entonces, las autoridades israelíes habían autorizado a los cristianos de Israel a visitar Jerusalén



Belén, la Gruta de la Leche

y Belén durante un día una vez al año, por la tarde del 24 al 25 de diciembre. Todos aprovechaban la oportunidad para ir a ver a sus padres y abrazarlos: era más importante que la misa de Navidad.

Al terminar mi seminario, me trasladé a Madaba (4) donde fui vicario durante dos años, de 1955 a 1957. La historia de esta ciudad me interesaba mucho, porque contaba cómo se había construido la cohabitación entre cristianos y musulmanes en esa región. Madaba había sido fundada en 1878 por beduinos cristianos originarios de Karak. Se habían ido por causa de un asesinato de un muchacho musulmán ligado a un matrimonio forzado entre familias cristianas y musulmanas. Teniendo cuenta de la tradición, las tribus cristianas habían debido huir para evitar represalias y fue así que se encontraron en la región de Madaba donde habían encontrado un terreno habitable, pero que era terreno de pastoreo de otra tribu. Le escribieron a las autoridades del Imperio otomano. Después de haber recibido la respuesta positiva de Constantinopla, y batallado varios años, las tribus cristianas de Karak pudieron

establecerse en esas tierras donde fundaron la ciudad de Madaba. Pero para laborar sus tierras necesitaban mano de obra que no tenían, por lo que tuvieron que contratar a sus vecinos musulmanes a quienes no pagaban un salario sino que les pedían tres cuartos de la cosecha, y les dejaban, como pago, solo una cuarta parte. Poco a poco los musulmanes se fueron instalando en Madaba. Y cuando yo llegué en 1955, la población era mezclada, habían tantos cristianos como musulmanes.

En 1956, el 19 de marzo, el día de San José, hubo un enfrentamiento en Madaba en el que murieron seis personas: tres cristianos y tres musulmanes. El rey Hussein, que acababa de ser entronizado, (5) hizo una breve y rápida intervención: decretó un toque de queda durante dos semanas hasta que las tribus hicieran la paz. Y funcionó.

Después de Madaba, me fui a Beirut, para estudiar la lengua árabe en la Universidad de San José, y de nuevo volvía a encontrarme en medio de atentados y balas —fue bajo la presidencia de Camille Chamoun—. Gracias a Dios, la situación no duró.

Iglesia
de la
Natividad,
Belén



En 1967 me desempeñaba como director de las escuelas del Patriarcado en Cisjordania, cuando estalló la guerra de los Seis Días. El lunes 5 de junio por la mañana, había ido a Jerusalén a comprar máquinas de escribir, estaba a punto de marcharme del Patriarcado Latino cuando desde mi habitación que daba sobre el muro de la Ciudad Vieja vi soldados jordanos que disparaban. La guerra acababa de empezar y no pude salir de Jerusalén. El martes por la mañana oímos voces que gritaban en el pasillo, e inmediatamente salimos de nuestras habitaciones. Una patrulla de veinte soldados israelíes había ingresado en el Patriarcado y se dirigía hacia las ventanas que daban sobre el hotel Knights Palace. Como el lugar estaba habitado por religiosos, muy seguramente habían recibido la orden de respetarlo, ya que se comportaban de una manera civilizada. Pero una vez dentro del hotel se transformaron en atacantes y cambiaron totalmente de actitud. Todo pasó muy rápido: bombas, granadas, ráfagas de disparos; en un par de segundos demolieron todo. En el techo del hotel había tres soldados jordanos que fueron abatidos de inmediato. El miércoles, encerrados, oímos disparos durante todo el día. Y el jueves, el cuarto día, las autoridades religiosas y políticas de Jerusalén —incluido el gobernador, que era jordano— fueron a abrir las puertas de la Ciudad Vieja a los soldados israelíes vencedores. Rápidamente, se establecieron en un barrio musulmán de la época que después se convirtió en el barrio judío. Muchos de los residentes de este sector fueron expulsados y vinieron a refugiarse en el Patriarcado.

De pronto, las rutas que habían sido cerradas entre 1948 y 1967 fueron reabiertas y nos pudimos mover sin permisos; no existían todavía todos estos muros ni las fronteras que hoy en día hacen la vida imposible. Aproveché para ir a Nazaret a ver a mi gente. Con la llegada de los colonos judíos provenientes de todo el mundo, comenzó a haber mucho trabajo en la construcción y numerosos jóvenes palestinos encontraron oportunidades laborales. Pero eso no duró mucho. Unos dos años después de haber ingresado en Jerusalén y Cisjordania, las autoridades militares israelíes pusieron en marcha el sistema de ocupación militar.

A comienzos de los años setenta fui nombrado párroco en Ammán, justo cuando el ejército jordano se enfrentaba a las milicias palestinas de la OLP. El llamado Septiembre Negro (6) acababa de comenzar. La rectoría estaba situada en Al Misdar, el barrio de Ashrafieh, justo sobre la línea que separaba las dos fuerzas armadas. Rápidamente los policías jordanos de la

comisaría de Misdar vinieron a refugiarse con nosotros al presbiterio. Luego, cuando el Ejército jordano ganó la batalla contra los palestinos, estos llegaron también. Durante unos días alojamos a alrededor de cien familias en la escuela que quedaba justo al lado del presbiterio. La Iglesia, una vez más, los acogió a todos.

El hospital italiano, que no estaba muy lejos, se encontraba casi vacío. La mayoría de los médicos y las religiosas italianas se había ido precipitadamente, por eso me entregaron las llaves a mí. De este modo me convertí en el director del hospital durante las dos semanas que duraron los enfrentamientos, hasta que los médicos regresaron. Tenía treinta y siete años, una edad en la que no se le teme nada. Pero dormíamos todos con los zapatos puestos, para poder escapar rápidamente si era necesario.

Permanecí como párroco en la parroquia El Cristo Rey de Ammán durante diecisiete años. Recuerdo a un viejo seminarista, Na'im Khader, un gran militante de la paz que se oponía a todas las formas de violencia. Un día decidió acercarse a la OLP, y luego fue nombrado representante de la organización ante las autoridades belgas en Bruselas. Fue asesinado en 1981. Su cuerpo volvió a Ammán, donde parte de su familia se había refugiado, y fue en nuestra parroquia donde se celebró su funeral.

Antes de convertirme en patriarca de la Iglesia Católica Latina de Jerusalén, en 1987, no me involucraba mucho en política. Era un cura, la política no era mi tema. Pero cuando el papa Juan Pablo II me nombró patriarca de Jerusalén, en un país ocupado y en guerra, me sentí responsable de todos los hombres y mujeres que sufrían y eran humillados y muchos de los cuales morían cada día. Fue por ellos que empecé a alzar la voz, y lo hice durante veintiún años. Luego continué como hombre de Iglesia. Lo que dije y sigo diciendo es simple: ¡un hombre no nace para ser asesinado! Pero en Palestina, los hombres son encarcelados y asesinados por defender su libertad. ¡Un palestino es una persona humana que tiene su dignidad!

Hoy en día está sucediendo algo inaceptable, tanto en la actitud de Israel como en la de la comunidad internacional y sus instituciones. Los países árabes aceptan el derecho de existir de Israel, pero hasta ahora, Israel nunca ha reconocido ese mismo derecho con respecto a Palestina. El derecho internacional, por su parte, no ha encontrado la forma ni los medios para obligar a Israel a reconocer este derecho a Palestina. En semejante contexto, un hombre de religión, un pastor, debe hablar de

la opresión, aunque moleste, debe convertirse en la voz de aquellos que no pueden hablar, porque cuando ellos se atreven a abrir la boca son encarcelados o asesinados. El pastor está más protegido que ellos.

Los israelíes dicen que saben lo que hacen, pero estoy convencido de que no es así. Ellos mismos se ponen en una situación fuera de toda norma y que no puede prolongarse. Deben hacer la paz con los palestinos, una paz con condiciones razonables. En el momento de la Partición en 1948, los acuerdos de la ONU daban un poco más de la mitad del territorio de Palestina a Israel, y este se instaló por la fuerza sobre el 78 por ciento del territorio. ¡Y ahora Israel propone la mitad del 22 por ciento que les queda para los palestinos!

Hoy la supervivencia de los palestinos está en las manos de aquellos que permanecen en Palestina y en

Israel. Mientras sigan instalados allí, representarán un obstáculo para el sueño israelí. El Estado hebreo puede apropiarse de toda la tierra que quiera, pero debe hacer frente a la realidad: en la actualidad viven allí tantos palestinos como israelíes. Es una realidad que no se puede negar y a la que tendrán que acostumbrarse. Sin embargo, Israel no quiere ni un estado que reúna a los dos pueblos, ni dos estados. La situación no tiene salida, porque mientras los israelíes no lleguen a acuerdos de paz con los palestinos, los pueblos árabes y musulmanes seguirán siendo sus enemigos. Para hacer la paz con los árabes y los musulmanes, hay que comenzar haciendo la paz con los palestinos, la verdadera paz, la que existe en el corazón de las personas, no la de los tratados firmados por los gobernantes. Los palestinos son la puerta de la paz, la única salvación de Israel. ”

Belén en 1923



(1) El Plan de Partición de Palestina, desarrollado por la UNSCOP (Comité Especial de las Naciones Unidas para Palestina), fue aprobado por la ONU en noviembre de 1947, por la resolución 181. Este Plan incluía la partición de Palestina en tres entidades: la creación de un Estado judío y de un Estado árabe, mientras Jerusalén y sus alrededores estarían bajo control internacional ("corpus separatum"). El Plan fue aceptado por la comunidad judía en Palestina, a excepción del Irgun (organización armada sionista, fundada en 1931, y dirigida en 1943 por Menachem Begin), y rechazado por toda la comunidad árabe (cristianos y musulmanes), con el apoyo de los Estados de la Liga árabe (fundada en 1945 por siete países; hoy en día cuenta con veintidós).

(2) UNRWA: La Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Oriente

Próximo fue establecida en 1949 por la resolución 302 y comenzó sus operaciones humanitarias en mayo de 1950. Esta oficina de la ONU tiene como objetivo satisfacer las necesidades de los refugiados palestinos en salud, educación, ayuda humanitaria y servicios sociales en la Franja de Gaza, Cisjordania, Jordania, Líbano y Siria. Los palestinos son, por lo tanto, los únicos refugiados en el mundo que no dependen del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR).

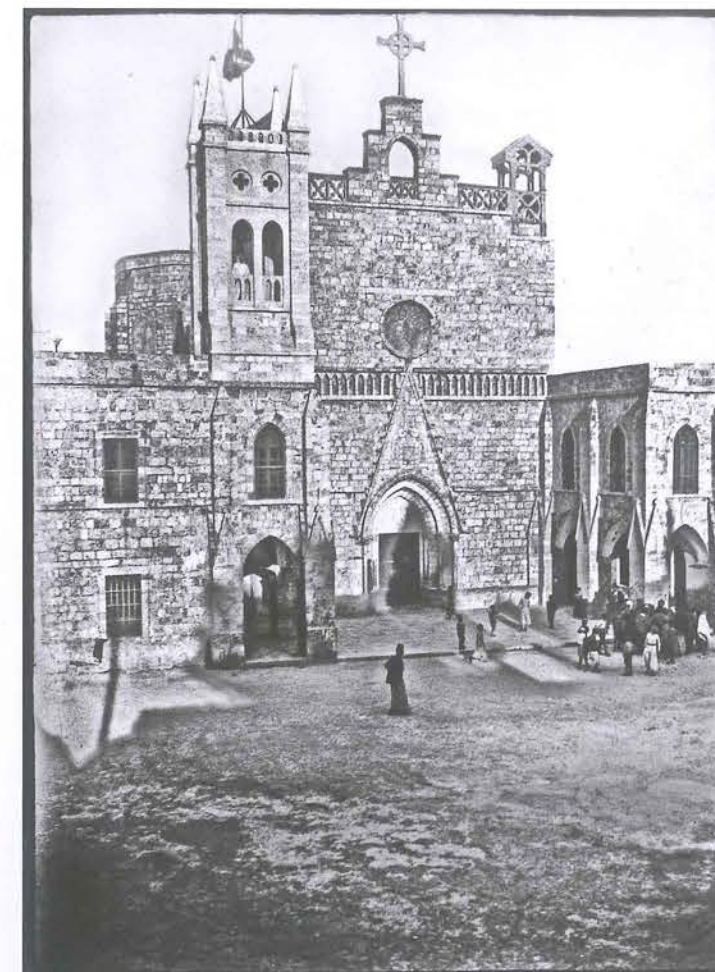
(3) Nazaret permaneció siendo una ciudad árabe, a la vez cristiana y musulmana. Nazareth Illit (Alta Nazaret), vecina de Nazaret, fue construida en 1956 para expandir el asentamiento judío de Galilea.

(4) Sobre los beduinos cristianos que vivían en un contexto musulmán, ver el libro de Géraldine Chatelard, *Briser la mosaïque. Les tribus chrétiennes*

de Madaba, Jordanie (XIXe-XXe siècle) (Romper el mosaico. Las tribus cristianas de Madaba, Jordania, siglos XIX y XX). París: CNRS-Editions, 2004, coll. "Moyen Orient".

(5) John Bagot Glubb (conocido como Glubb Pacha) había sido nombrado por el ejército británico en 1926, para encabezar la Legión árabe de Transjordania en 1939. El 2 de marzo de 1956, fue destituido por el rey Hussein de Jordania, quien retomó el control de sus fuerzas armadas.

(6) Enfrentamientos de septiembre 1970 entre la resistencia palestina y el ejército jordano. Ver artículo de Lisa Romeo, "Septembre noir" (Septiembre Negro), *Les clés du Moyen-Orient*, 19 diciembre 2011.



Iglesia del Gran Seminario, Beit Jala, antes de 1914



La excelencia: un deber de la mujer palestina

Tamam Al Ghul, 81 años

¿Con qué soñaban las niñas que nacieron en la Palestina de los años treinta? Querían estudiar, claro, pero no siempre se les permitía, pues la mayoría de las familias invertían primero en los estudios de los niños. Es lo que cuenta Tamam Al Ghul cuando habla de su infancia en Silwan, junto a la Ciudad Vieja de Jerusalén. Su fortuna fue que tuvo hermanos que lucharon para escolarizarla. Y en la escuela, como en la vida, como mujer, como palestina, y más tarde como jordana, (1) Tamam comprendió que debía esforzarse en ser la mejor si quería existir. Esa actitud la condujo a desempeñar un papel importante en los órganos superiores de toma de decisiones de Jordania y en organismos internacionales, un papel que siempre la llevó de vuelta a su ciudad, Jerusalén.

“ Como todos los viernes alrededor de las once de la mañana, mis abuelos paternos, Khader y Tamam, habían tomado el caminito que une el pueblo de Silwan con la Ciudad Vieja de Jerusalén. Tras caminar durante veinte minutos, cruzaron la puerta de Los Leones, *Bab Al Asbat*, y se dirigieron a la mezquita de Al Aqsa. Como cada viernes, tras la oración, recorrieron el mercado de verduras, saludando a sus amigos, a los vecinos y a los comerciantes, sin sospechar ni por un instante que estaban viviendo los últimos minutos de su existencia. Una bomba colocada por el Irgún, una organización terrorista sionista, los mató. Esto ocurrió en 1938, diez años antes de la creación del Estado de Israel.

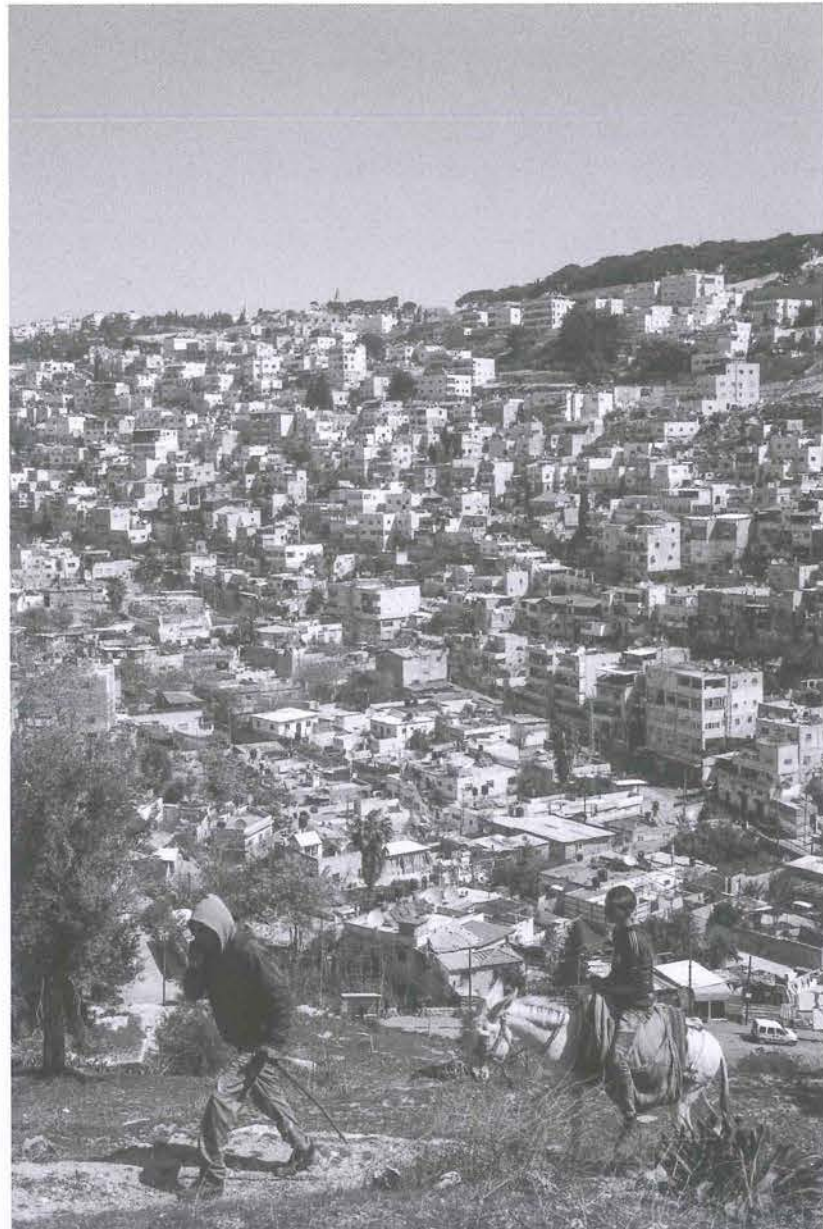
Mi padre, Ali, no estaba allí. Había tenido que irse lejos de Jerusalén para esconderse al otro lado del río Jordán junto a un grupo de opositores al mandato británico. Mi madre, Maryam, embarazada de mí, se había quedado en Silwan con sus seis hijos. No era la primera vez que mi padre se veía obligado a huir de este modo. Tras los acuerdos Sykes-Picot, (2) el gobierno británico encarcelaba y reprimía duramente a los que se atrevían a desafiar sus políticas en la región.

Cuando supo que se acercaba la hora de mi nacimiento, mi padre le envió un telegrama a la familia



diciéndole que, de ser un niño, deseaba que me llamaran Khader, como su padre. De lo contrario Tamam, como su madre. Así pues, el día en que nació, el 13 de diciembre de 1938, uno de los *mokhtares*, (3) encargado de inscribir los nacimientos en Silwan, registró la existencia legal de Tamam Al Ghul. Como iba a Jerusalén una vez por semana, mi fecha de nacimiento solo fue oficialmente registrada cinco días más tarde, junto con la de todos los niños de Silwan que habían nacido durante esa semana. Pero cuando mis tías se enteraron de la noticia, no les gustó que me pusieran el nombre de su madre. Solo pensar que alguien que se enojara conmigo me llamara Tamam insultaba la memoria de mi abuela difunta. Por eso, en un gesto conciliador, mi padre propuso apodarme *Um Al Kheir* (madre de la bondad). El resultado fue que nunca nadie en casa me llamó Tamam, ni siquiera mi propia madre. Y a los ojos de todos hasta la edad adulta, tanto en la escuela como en la calle, fui siempre *Um Al Kheir*.

Silwan,
Jerusalén



Había otra niña con el mismo sobrenombre: la hija de Abd Al Qadir Al Jilani, considerado un hombre muy sabio, un sufi. (4) A menudo mi padre, Al Jilani y algunos sufíes de Jerusalén se reunían en nuestra casa al atardecer, lo que molestaba a mi madre, pues se veía obligada a preparar comida para recibirlos. Me lo contó ella misma tiempo después, cuando tuve edad suficiente para entender; esas reuniones de sufíes eran autorizadas por las autoridades británicas.

Toda nuestra familia, primos, tías y tíos, tías-abuelas y tíos-abuelos, una centena de personas, vivía en una sola cuadra que llevaba el nombre de Harat Al Ghul. Nuestro pueblo, Silwan, (5) se encuentra situado junto a la colina donde fue construida la Ciudad Vieja de Jerusalén, al pie de la mezquita de Al Aqsa. Abajo, al fondo del valle llamado Wadi Rababa, fluían los manantiales de Ein Silwan y Bir Ayub. Era un lugar bellissimo, lleno de olivos. En lo alto de la colina había un monasterio ortodoxo cuyos monjes intercambiaban el pan que hacían por nuestro aceite de oliva.

Las fiestas de Ramadán (6) eran muy importantes en nuestra vida familiar. Cada año, mi padre ofrecía todo tipo de delicias culinarias a las mujeres viudas y solteras de Silwan, invitándoles a un *iftar*, la comida con la que se rompe el ayuno diario tras la puesta del sol. El primer día del Eid, después del Ramadán, tan pronto como los primeros rayos del sol acariciaban la Cúpula de la Roca, todos los hombres de la familia iban a la mezquita Al Aqsa. Mientras tanto, mi madre preparaba un plato tradicional que luego mandaba al *mokhtar*, donde los hombres se reunían para comer tras la oración. Ella nos había enseñado a preparar grandes cantidades de comida para compartir con la familia, los vecinos y las personas necesitadas. Utilizábamos enormes ollas de cobre que los nómadas, los Doms, (7) venían a pulir a casa cada dos o tres meses. Los llamábamos también los *Nawar*. Se desplazaban entre Jordania, Palestina, Siria e Iraq, y sus mujeres eran bellísimas. La mayoría eran herreros y conocidos como especialistas del pulido, que trabajaban sentados dentro de las grandes ollas, anudándose un paño alrededor de las caderas y de los pies, y frotando el metal hasta dejarlo brillante. Era acrobático y a nosotros, los niños, nos parecía que, con su movimiento, los *Nawar* bailaban el twist.

En *Eid*, la fiesta que celebra el final del Ramadán, los niños no recibíamos regalos sino unas pocas monedas llamadas *Eideyah* que gastábamos en golosinas que comprábamos en la Explanada de las Mezquitas. Sin

embargo, guardábamos lo suficiente para ir a ver el *sandouq al a'jab*, la caja mágica, un cajón grande como un televisor, con el que un narrador creaba imágenes que dejaba deslizar ayudándose de una manivela mientras nos contaba historias que nos cautivaban y crónicas sociales satíricas que le permitían burlarse de aquellos a quienes el poder había transformado en egoístas y calculadores.

Otra fiesta en la que participaba todos los años era la Pascua. En esta fecha, si bien los primeros los jueves y los segundos los viernes, musulmanes y cristianos pintaban huevos, un evento al que me gustaba ir al San Sepulcro a pesar de que acudía tanta gente, que no era fácil entrar. (8) A mediados de abril, nuestra familia participaba en la peregrinación a Nabi Musa, cerca de Jericó, donde según la tradición vivió o fue enterrado el profeta Moisés. (9) Según mis padres, esta fiesta se celebraba desde los tiempos de Saladino. (10)

A comienzos de la década del cuarenta, mis padres trabajaban en una granja en Jericó, no muy lejos del lugar donde se cree Jesús fue bautizado, en la ribera del río Jordán. Mi padre iba allí a menudo. Era el único lugar donde sus crisis de asma disminuían. Con el tiempo, por razones de salud, pasábamos allí largas temporadas, lo que impidió mi constancia en la escuela primaria. ¡Pero a mi madre no le importaba! Para ella lo importante era que todos sus hijos varones fueran a las mejores universidades. Por ejemplo, había vendido un terreno para que Faez, el mayor, pudiera estudiar en la Universidad de Al Azhar, en El Cairo. El segundo, Mahmud, y luego Mussa, recibieron becas del gobierno británico, y Zaki estudió derecho en Jerusalén... ¿Por qué yo no? ¿Acaso era menos inteligente que mis hermanos?, le preguntaba continuamente. Yo era la menor y en esos tiempos, las niñas se casaban muy jóvenes. Pagarles estudios era considerado un dinero perdido. Pero yo no estaba de acuerdo con esa visión de las cosas, e invertí mucho tiempo y energía en intentar demostrar que no se debía pensar de ese modo. Mientras tanto, me tocaban a mí todos los quehaceres domésticos: servir, limpiar, preparar comida. ¡*Um Al Kheir* por aquí, *Um Al Kheir* por allá! La mayor parte del tiempo mis hermanos no estaban en casa, por lo tanto, la simple idea de pedirles ayuda cuando venían de visita era inimaginable.

Cuando mi hermano Mahmud vino de visita a Jericó, yo ya no estaba escolarizada. Se puso furioso: "¡*Um Al Kheir* debería estar en la escuela!", le dijo a mi madre tomándome de la mano para llevarme

de inmediato. A partir de ese instante fue mi héroe, porque lo que yo quería era aprender, ¡ir a la escuela a toda costa! Aunque tenía la edad de entrar a tercer grado, apenas leía y no sabía escribir. Además me hicieron pasar un examen con un dictado en el que obtuve un cero, lo que habría podido terminar con mis sueños si no hubiese sido porque Mahmud insistió en que había que darme una oportunidad. Se lo repitió a la directora y al día siguiente fui integrada en el curso. Como faltaban sillas, me compró una. Al final del año, yo era una de las tres mejores alumnas de mi clase.

En 1948, a los diez años, mi vida giraba alrededor de Jericó y Jerusalén. Los británicos nunca fueron parte de mi infancia, en Silwan no los veía, solo me cruzaba con ellos de vez en cuando en Jerusalén. Debo decir que nuestros ojos de niños no se detenían a observar aquello que no era parte de nuestro mundo, y los británicos nunca habían entrado en el mío. Los recuerdo con más claridad llegado el final de la Segunda Guerra Mundial porque mostraban su alegría, vestidos con falda escocesa, bailando y agitando banderas. Sin embargo, lo que en ese momento verdaderamente me marcó, fue el color del azúcar que tomábamos en Palestina: durante la guerra era rubia, y de repente se volvió blanca.

Solo cuando se fueron entendí el lugar que los ingleses habían ocupado en Palestina, cuando todos mis hermanos perdieron sus empleos y tuvieron que emigrar al extranjero. El mayor se fue a Iraq, los demás a Arabia Saudita, Egipto, Kuwait, Líbano y Jordania. Mis padres, mi hermana (casada) y yo, nos quedamos en Silwan. En 1948, como Jerusalén Oriental quedó fuera del control israelí, tuvimos la suerte de poder quedarnos en casa. Quedamos incorporados a Jordania, de modo que mis padres y los hijos que figurábamos en sus pasaportes recibimos la nacionalidad jordana. (11) Los habitantes palestinos de los barrios elegantes de Jerusalén, Baqa'a y Qatamun, al oeste de la ciudad, se vieron obligados a huir, convirtiéndose en refugiados.

A principios de los años cincuenta nos instalamos definitivamente en Jericó, y mi madre me permitió seguir mis estudios secundarios en Jerusalén, hacia donde viajaba diariamente en autobús a las cinco de la madrugada. Un tiempo después me enviaron a la casa de mi hermano Mussa, que vivía en Ammán, la capital jordana, donde terminé mis estudios secundarios. Mis compañeras del último curso en la escuela Reina Zein Al Sharaf (12) eran muy atrevidas. Una de ellas colocó una caja de sorpresas delante del profesor de religión y árabe clásico, y cuando este la tocó, un payaso le saltó

a la cara. La broma no se entendió, y el momento se volvió muy amargo. El profesor reaccionó de manera dura, y apuntando con un dedo a mi compañera le dijo que tenía suerte de ser una chica, porque un muchacho ¡ya habría recibido azotes!

El año de mi graduación mi madre mandó hacerme un vestido a Salma, a quien llamábamos Salma Al Almanieh, una costurera de religión judía de origen alemán. En 1948 Salma habría podido quedarse en Jaffa, (13) ya que bastaba con ser judío para recibir la nacionalidad y ayuda social del nuevo Estado de Israel, pero casada como estaba con un palestino, se había ido con él cuando todos ellos se fueron de Jaffa una vez anexada a Israel. La pobre vivió muchos años en uno de los numerosos campos de refugiados de la UNRWA, primero en el Líbano y luego en Jordania. (14)

Luego, la desgracia nos golpeó con la muerte de mi padre en Jericó. Mi madre se negó a mandarme a la universidad. Ella me quería en casa, a su lado. Mi sueño de ser maestra de escuela y continuar mi formación en Ramallah, se desvanecía. Sin embargo, aún sin estudios superiores, conseguí enseñar matemáticas y educación física en colegios públicos de Jericó y, durante cuatro años, hasta 1961, en una escuela del barrio Jabal Hussein en Ammán.

Aquel año, el mayor de mis cinco hermanos, Faez, fue nombrado agregado cultural de la embajada de Jordania (15) en Iraq, y había conseguido convencer a nuestra madre de que era la ocasión de enviarme a estudiar a la Universidad de Bagdad, donde aceptaron mi postulación. Pero justo cuando me encontraba preparando mis maletas apareció Mahmud, que en ese entonces enseñaba en la Universidad de Saint Andrews, en Escocia. Arqueólogo y epigrafista de renombre, (16) Mahmud estaba preocupado por la situación en Iraq en ese momento, e insistió en que me fuera con él. Una vez más, Mahmud cambiaba el rumbo de mi vida. ¡Lo que no lograba entender era que mis otros hermanos estuvieran de acuerdo con mi madre en que si estudiaba en Gran Bretaña, asustaría a los hombres y seguramente ninguno querría casarse conmigo! Mi familia insistía a pesar de que yo les explicaba que no tenía interés en un hombre que se sintiera temeroso de casarse conmigo por haber estudiado. Según ellos, era por mi bien. Por suerte, Mahmud se mantuvo firme y pude irme con él a Escocia, donde ingresé a la universidad más antigua del país. (17)

Mi certificado de graduación jordano no fue suficiente para acceder a Saint Andrews. Tuve que aprobar

Cerca de la fuente de Silwan, en los años veinte



un examen de admisión que preparé durante un largo año para ser aceptada en Ciencias Políticas, Económicas y Estadísticas. Durante ese año viví en casa de Mahmud, con su familia. Al siguiente me mudé a la residencia universitaria porque mi hermano abandonó Escocia y migró a los Estados Unidos. Yo tenía veintidós años.

Vivir y estudiar las veinticuatro horas del día en Saint Andrews fue una experiencia que me enseñó muchísimo. La vida en el campus universitario exige saber convivir con personas de costumbres diferentes. Por ejemplo, los chicos nos robaban nuestra ropa interior, lo que nos forzaba a ir a reclamársela, justo lo que ellos querían para entablar una conversación con las muchachas. Pero mis costumbres eran distintas, así es que jamás reclamé nada, y creo que fui una de las pocas en no hacerlo.

En Saint Andrews, los alumnos venían de todas partes del mundo, aunque cuando llegué era la única palestina. Me había hecho amiga de Jane Taylor, (18) encargada de enseñarnos las reglas del colegio, y de Madeleine, una escocesa que tocaba el violín divinamente y que, unos años más tarde se enamoró locamente de un director de orquesta judío y se convirtió al judaísmo. Nuestra amistad duró hasta el fin de su vida, y la religión jamás fue un tema que pudiera separarnos. Al contrario, estábamos orgullosas de servir de ejemplo a los demás.

Los sábados en Saint Andrews los dedicábamos a la geopolítica alrededor de una taza de café. Un día, en presencia de varias jóvenes israelíes, fueron mencionadas la guerra en Palestina y la creación del Estado de Israel, pero rápidamente ellas cambiaron de tema de debate. Sabían que yo conocía la otra versión de la historia, la de las matanzas y el sufrimiento que los israelíes habían provocado al pueblo palestino, una versión que preferían no evocar.

Al volver a Jordania cuatro años más tarde, en 1965, conseguí un trabajo en la sede de Ammán del Banco Central de Jordania. Fue el comienzo de una larga batalla profesional de una mujer en el mundo de la economía, por definición un mundo masculino por aquel entonces. Yo era la única mujer—si bien incorporé algunas otras mientras trabajé para el banco—, y nunca imaginé que en ese medio profesional iba a encontrarme con tantos hombres convencidos de que una mujer no era “capaz” de ser una buena profesional, al tiempo que me halagaban con sus sonrisas y amabilidades. Sin embargo, esta actitud no me impidió llegar pronto a

dirigir la división de comercio exterior. A menudo me enfrentaba a los “¡Oh, qué bien!” y los “¡bravo!”, supuestamente alentadores, ¡como si estos señores se sorprendieran de que lograra hacer bien mi trabajo!

En 1967, durante la guerra de los Seis Días, yo no estaba en Oriente Medio. Acababa de casarme, y con mi marido, Abdelrahim Jalal, originario de Jaffa, nos marchamos a Londres, donde se formaba en pediatría. Vivíamos en Golders Green. (19) Un día, un grupo de jóvenes que recolectaban fondos para ayudar al ejército israelí vino a tocar a mi puerta. Nuestra Jerusalén y toda Cisjordania fueron militarmente ocupadas por Israel. Cuando algunas semanas más tarde regresamos, Cisjordania estaba perdida, y el acceso a Jerusalén era imposible aunque los lugares santos quedaban bajo la responsabilidad del rey Hussein de Jordania.

Nos instalamos en Ammán y mi marido fue nombrado médico jefe del hospital militar de Irbid, en el norte de Jordania, lo que lo llevaba a permanecer largos periodos allá. Dejar a mis hijos con personas desconocidas e irme a trabajar en un ambiente extremadamente tenso como lo fue el año 1970, (20) era difícilmente concebible. Así es que tomé la decisión de renunciar a mi puesto en el Banco Central. Primero, mi director trató de disuadirme, luego me dio un permiso sabático asegurándome que después podría volver a retomar mi trabajo, lo que en esos tiempos era muy inusual.

Quince años después, en 1985, mis hijos habían crecido y volví al banco. Pero ya no me esperaban. La dirección supuso que había olvidado todo lo aprendido. Deposité mi hoja de vida en el Ministerio de Planificación de Jordania e inmediatamente fui reclutada. Más tarde trabajé para el Ministerio de Comercio, para las Naciones Unidas, fui ministra de Desarrollo Social, y senadora jordana. (21) Aún hoy sigo activa en el Senado. Siempre tuve que luchar para hacerme respetar, afirmarme, a veces pagando el precio de parecer insolente o insistente. Pero era mi deber, el deber de una mujer.

En 1999, mi hermano Zaki fue nombrado alcalde de Jerusalén (*Amin Al Quds*). En 1967 encabezaba el Consejo Municipal de la ciudad santa, y cuando el ejército jordano se retiró y Jerusalén quedó bajo control del ocupante israelí, la oficina de la alcaldía árabe de Jerusalén fue disuelta. A pesar de eso, Zaki conservó, simbólicamente, el título de alcalde de Jerusalén-Oriental. (22) En cuanto a mí, ese mismo año formé parte del equipo de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Unctad), (23) encargada de trabajar en

los convenios comerciales y de cooperación entre Israel y Jordania (24) que daban seguimiento a los acuerdos de paz de Wadi Araba de octubre de 1994. Los miembros de la misión debían reunirse en Jerusalén. Pero en mi caso, como jordana no tenía derecho a ir sin una autorización especial de Israel, ¡sin su visado! Esta obligación me hacía sufrir. Cuando atravesé el puente del Rey Hussein entre Jordania y Palestina, controlado por los israelíes, tuve que rellenar un documento de identificación. En la casilla “lugar de nacimiento”, escribí “Silwan, Palestina”, pues Israel no existía cuando nació. El país entonces se llamaba Palestina. Esto evidentemente molestó mucho a la joven militar de dieciocho años a la que entregué el documento, subrayándolo hasta en tres ocasiones antes de dejarme pasar por una de las ventanillas de control.

Para la mayoría de los miembros de la misión, la cuestión del derecho de entrada a Jerusalén no fue un problema, simplemente alquilaron un automóvil y

entraron del mismo modo que mi familia lo hacía a Jerusalén antes de 1967. Ninguno de ellos pensó que en mi caso, procedente de Jerusalén, este viaje sería mucho más complicado. (25) En el grupo había un joven que estaba en la misma situación que yo. Él pertenecía a la familia Al Budeiri, muy conocida en Jerusalén por su biblioteca y la colección de manuscritos históricos que contiene. (26) Solo cuando nos dieron la autorización pudimos unirnos al resto del grupo y visitamos Al Aqsa, el tercer lugar más sagrado para los musulmanes. Esa ciudad me había visto crecer. Pasé allí toda mi infancia y me resultaba muy difícil concebir que de ahí en adelante debía pasar por los controles de los soldados israelíes si quería acceder a ella. El corazón se me encogió al ver a los jóvenes militares mostrando sus armas como si fuera ropa de moda, y luciendo por las calles de la Ciudad Vieja como si les perteneciera, con total falta de respeto hacia los lugares santos... Al final del día nos dirigimos hacia el Santo Sepulcro y vimos al muchacho musul-

Peregrinaje a Nabi Musa en los años veinte



mán encargado de cerrar el inmenso y pesado portón de madera (27) de este lugar cristiano según lo marca la tradición desde hace siete siglos. Pero cuando uno de mis primos me propuso ir a visitar nuestro Harat Al Ghul en Silwan, no acepté. ¿De qué sirve ir a ver

la tierra que los colonos se apropiaron sin que nadie lo impidiera? ¿Para qué ir a constatar que cada día hacen excavaciones, abriéndole el vientre sin vergüenza para reinventar la historia a su favor? (28) ¿Para qué mostrarles nuestro dolor y nuestras lágrimas? ”

(1) Ver el artículo de Geraldine Chatelard, “Palestiniens de Jordanie” (Palestinos de Jordania), en *Jordanie, le royaume frontière* (Jordania, el reino fronterizo), Riccardo Bocco y Geraldine Chatelard (Dirs.). París: Autrement, 2001.

(2) Henry Laurens, Comment l'Empire Ottoman fut dépecé (Cómo el Imperio otomano fue despedazado), *Le Monde Diplomatique*, abril 2003, pp. 16-17.

(3) El *mokhtar* es a la vez un representante de la comunidad que sirve de mediador en caso de problemas y un representante legal o notario para esta comunidad.

(4) El sufismo, Islam popular, fue practicado en todo el mundo musulmán durante la mayor parte de su historia, en cofradías (*tariqa*) que apelan a un maestro espiritual. El sufismo inspiró ampliamente a la literatura, el arte y el pensamiento intelectual. Un ejemplo es el libro de poemas de Rumi (siglo XIII, Persia), la obra de Mansur Al Hallaj (siglo XII, Persia), la de Ibn Arabi (Al Andalus, España actual, siglo XIII), o Ahmad Tijani, fundador de la cofradía Tijaniyya (siglo XVIII, Marruecos). Ver bajo la dirección de Sylvie Denoix, “Bienes communs, patrimoines collectifs et gestion communautaire dans les sociétés musulmanes” (Bienes comunes, patrimonio colectivo y gestión comunitaria en las sociedades musulmanas), *Revue du monde musulman et de la Méditerranée*, núms. 79-80, 1996. Y el libro de Emma Aubin-Boltanski, *Pèlerinages et nationalisme et Palestine – Prophètes, héros et ancêtres* (Peregrinaciones y nacionalismo y Palestina – profetas, héroes y antepasados). París: ed. de l'EHESS, 2007.

(5) Ver el artículo de Charlotte Becquart, “Territoire sacré, territoire habité: les deux mémoires de Silwan” (Territorio sagrado, territorio habitado: las dos memorias de Silwan), publicado en *Carnets du Centre de recherche français à Jérusalem (CRFJ)*, el 8 de julio de 2013.

(6) El Ramadán es el noveno mes del calendario de la Hégira. Para los musulmanes, es el mes sagrado.

(7) Los Doms son la rama mediorienta de los Roms. Según Aviva Lori, “Palestine. De la difficulté d'être Dom à Jérusalem-Est” (Palestina. La dificultad de ser Dom en Jerusalén Oriental), *Haaretz*, publicado en el semanal francés *Courrier International* el 30 de octubre de 2003: los Roms de Europa hablan el idioma romaní y son cristianos. Los Doms de Oriente Medio son musulmanes y mantienen su

nombre indio originario, Dom (el hombre), y su idioma, el domari. En los siglos XVIII y XIX, algunas familias se habrían instalado de manera temporal en Jerusalén según los escritos de viajeros de esa época. Hoy, los miembros de esta comunidad hablan árabe y viven cerca de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Si bien muchos tratan de esconder su identidad, se estima que en la actualidad hay unos tres mil Doms aproximadamente, quizás más, repartidos entre tres grandes clanes familiares: Nimr, Berani y Slim.

(8) Ver Ali Qleibo, *Jerusalem in the Heart* (Jerusalén en el corazón). Jerusalén: Kloreus 2000. Como pasa en todos los lugares donde las comunidades religiosas viven juntas, existen prácticas religiosas populares que algunas comunidades toman prestadas de las demás.

(9) Los habitantes del centro de Palestina iban en peregrinaje a Nabi Musa, mientras que los habitantes de las regiones costeras de Palestina lo hacían a Nabi Saleh, cerca de Ramallah.

(10) Ver Emma Aubin-Boltanski, *Le Mawsim de Nabi Mûsâ : processions, espace en miettes et mémoire blessée. Territoires palestiniens (1998-2000)* (El Mawsim de Nabi Musa: procesiones, espacio reducido y memoria herida, territorios palestinos). Presses de l'Ifpo, 2005. Y “Le pèlerinage musulman de Nabi Mûsâ” (La peregrinación musulmana a Nabi Musa), en el libro supervisado por Elias Sanbar, *Jérusalem et la Palestine. Fonds photographique de la Escuela bíblica de Jerusalén*. París: Hazan, 2013, pp. 122-130.

(11) En 1950 el Parlamento jordano aprobó oficialmente la unión de las dos orillas del río Jordán y la creación de un Estado único bajo la soberanía del rey Abdallah I.

(12) La escuela Reina Zein Al Sharaf era pública.

(13) El Plan de Partición de Palestina propuesto en 1937 por la Comisión Peel e instalado por los británicos recomendaba que Jaffa, al igual que Jerusalén, Belén y un corredor que pasaría por Ramleh y Lydda e iría hasta el mar, formara parte de un enclave bajo autoridad británica. El Plan de Partición de la ONU, aprobado en noviembre de 1947 por la Asamblea General de la ONU, recomendaba la inclusión de Jaffa en el futuro Estado árabe-palestino.

(14) La UNRWA es una agencia de las Naciones Unidas creada en 1949 para ayudar a los refugiados

palestinos en la Franja de Gaza, en Cisjordania, en Jordania, en el Líbano y en Siria.

(15) Cisjordania fue unida a Jordania en 1950 y los palestinos, incluyendo los refugiados de la guerra de 1948, recibieron la nacionalidad jordana.

(16) El profesor Mahmud Al Ghul era especializado en antiguas lenguas sud-arábicas. Las enseñó en la Universidad Fuad de El Cairo (hoy Universidad de El Cairo), en SOAS (School of Oriental and African Studies) en Londres, en la Universidad Americana de Beirut, en la Universidad de Yarmuk en Jordania, entre otros lugares. En 1959, presentó tres inscripciones sud-arábicas en el British Museum, y propuso una primera interpretación en 1977. Tradujo *La Iliada* del latín al árabe a la edad de diecinueve años.

(17) La Universidad de Saint Andrews fue fundada en el siglo XV, en 1410. Fue iniciada con un documento pontificio del papa de Aviñón, Benoît XIII, en 1413.

(18) Jane Taylor se convirtió en fotógrafa especialista en el Medio Oriente, particularmente de Jordania. Ver Jane Taylor, *Images from the Air* (Imágenes desde el cielo), ©Jane Taylor, 2005. *Petra*, 2004. *High Above Jordan*, 1989. *Imperial Istanbul*, 1989.

(19) Golders Green es un barrio de Londres en el distrito de Barnet. Se trata de uno de los centros de la comunidad judía británica.

(20) Los enfrentamientos de septiembre de 1970 entre la resistencia palestina y los soldados jordanos son un tema doloroso y complejo para muchos jordanos y palestinos, ya que una parte importante de los militares jordanos eran de origen palestino y combatieron, como los otros soldados jordanos, en contra de las milicias de la resistencia palestina que estaban formadas por muchos militantes de origen jordano. Ver artículo de Lisa Romeo, “Septembre Noir” (Septiembre Negro), *Les clés du Moyen-Orient*, 19 de diciembre de 2011.

(21) Hay un total de setenta y cinco senadores jordanos, todos nombrados por el rey, incluido el presidente de la cámara.

(22) Ruhi Al Khatib, que en 1967 era alcalde de Jerusalén-Oriental desde hacía diez años, lo seguirá siendo hasta su muerte en 1994. A su muerte, le reemplazó Amin Al Majaj durante cinco años y, desde 1999, Zaki Al Ghul.

(23) A principios de los años sesenta, los países en vías de desarrollo, preocupados por su rol en el



Los Dom –o Nawar– son la parte medio-oriental de la familia de los Rom, Jerusalén, 1912

ámbito del comercio internacional, reclaman una conferencia para tratar sus problemas e identificar acciones a adoptar a nivel internacional. Así, la primera Unctad tiene lugar en 1964, y en adelante, cada cuatro años. Paralelamente, los países en vías de desarrollo crean el Grupo de los 77 (hoy son 134) como espacio para trasladar sus preocupaciones. En 1999, la misión de la Unctad fue asistir la Organización al desarrollo de la economía palestina. Ver el documento referido a la sesión 46, del 18 de octubre de 1999.

(24) Françoise De Bel-Air, Arda Dergarabedian. “Migrations de travail, globalisation et politique. Les Zones industrielles qualifiantes (QIZ) de Jordanie” (Migraciones de trabajo, globalización y política. Las zonas industriales calificantes de Jordania), *Migration et politique au Moyen-Orient*. Ifpo, pp. 37-60, 2006, explica cómo tras la firma del Tratado de Paz de Wadi Araba aparecería un nuevo tipo de zona franca, las llamadas Qualifying Industrial Zones (Zonas industriales calificadoras). (QIZ). Estas persiguen un objetivo político abier-

tamente declarado de cooperación e integración económica regional que incluya a Israel. La lógica americana es que “la creación de lazos comerciales entre Israel y los países árabes animará y reforzará el sector privado, partidario natural de la paz y una muralla contra el fundamentalismo” (Moore, 2003; 2005). Sin embargo, las QIZ solo empiezan a funcionar cuando Jordania entra en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y tras el acuerdo de libre-intercambio entre Jordania y los Estados Unidos firmado en septiembre de 2001.

(25) Ver el informe de la Unctad titulado “La economía palestina de Jerusalén-Oriental: Frente a la anexión, frente al aislamiento y al riesgo de desintegración”. Unctad/GDS/APP/2012/1

(26) La historia de la Biblioteca Al Budeiri comienza a finales del siglo XVIII, con un habitante de Jerusalén extremadamente erudito, Sheikh Mohammad ibn Budeir, quien con tan solo quince años comienza una colección de manuscritos que constituye el fondo de la Biblioteca Al Budeiri que se construirá tras su muerte. La colección (cerca de novecientos

documentos) está compuesta por manuscritos valiosísimos, algunos de ellos del siglo VI de la hégira, tanto árabes como persas o turcos otomanes. El catálogo de la biblioteca fue publicado en 1987.

(27) Dos familias musulmanas, los Nuseibeh y los Judeh, son las encargadas de guardar, desde mediados del siglo XIII, la puerta y la llave del Santo Sepulcro. Su papel, que consiste en evitar que los cristianos se peleen entre ellos por tener la llave, se transmite de padres a hijos. Además, existen varios rituales para las tres comunidades religiosas que ofician en el Santo Sepulcro: los latinos (franciscanos), los griegos ortodoxos y los armenios. Cada tarde, en el momento del cierre, los tres sacristanes están presentes.

(28) Ver Jeffrey Yas, “(Re)designing the City of David: Landscape, Narrative and Archeology in Silwan” (Rediseñar la ciudad de David: paisajes, narrativas y arqueología en Silwan), *Jerusalem Quarterly*, núm. 7, 2000, sobre los lazos entre colonización y excavaciones arqueológicas en este pueblo.



El día en que la astucia salvó Battir

Hassan Ibrahim Harbuk, 90 años

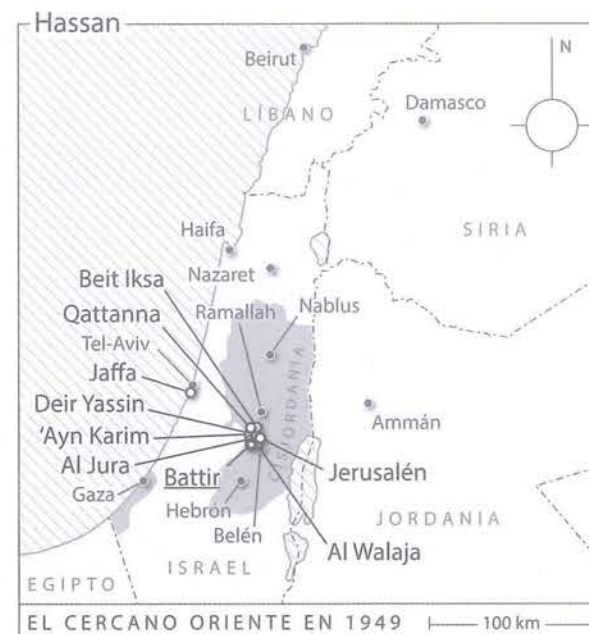
Los habitantes de Battir (los Battiri) lo llaman el Nisr: el águila que escogió las alturas del sur de Jerusalén para construir su nido. Atraparlo nunca ha sido posible y, sin embargo, todos los niños de Battir sueñan con lograrlo algún día. Al Nisr le basta con desplegar sus inmensas alas y dejarse llevar por el viento para viajar. Cada año, se va de su nido, porque para él las fronteras no existen y, si existieran, no podrían detenerlo. Luego, en la primavera siempre regresa porque su casa está en este lugar llamado Battir. Sin lugar a duda, es esa la razón por la cual Battir significa “La casa del ave”, Beit Al Tayr.

Hoy es día de celebración. El nieto de Hassan, Ibrahim Harbuk, se casa, lo que aporta felicidad en el pueblito. Durante unas horas todos olvidarán que en 1948, hace casi setenta años, el pueblo de Battir y todos sus habitantes casi desaparecieron del mapa.

En las calles del pueblo construido en la ladera de la colina, los chabab, los jóvenes, cantan y bailan el dabkeh, el baile popular, mientras el ritmo del daff, la pandereta, los inspira. Se detienen en un cruce de caminos y la música se hace cada vez más intensa, esperando la llegada de las mujeres con sus vestidos bordados en rojo y discretamente escondidas tras sus velos, que vuelan al viento. Ellas también cantan, hasta que el valle solo resuene de música y de alegría.

En Battir incluso el agua canta con su insolente gorgjeo, fluyendo por pequeños canales, irrigando los campos y filtrándose de una terraza a otra para terminar en cascada. En Battir el agua canta como sus habitantes, orgullosos de su pueblo, que en 2014 recibió el título de Patrimonio Mundial. (1)

“ Dicen que la astucia (2) es la marca de la benevolencia de Dios. En todo caso, fue ella la que salvó a Battir cuando nuestro pueblo, a unos 10 km al sur de Jerusalén, corría el riesgo de desaparecer, sufriendo la misma suerte que cerca de quinientos otros pueblos palestinos (3) después de 1948. La astucia inspira el comportamiento de los seres frente a la omnipotencia



de la espada. Esta vez inspiró a un hombre, un hijo de Battir, Hassan Mustafa —el y yo somos de la misma familia—. (4) Esto es lo que sé sobre él y su leyenda.

En Battir, como en la mayoría de los pueblos palestinos, los problemas comenzaron en la primavera de 1948, cuando los británicos se fueron de Palestina. Todos estábamos traumatizados. Habíamos oído hablar de la matanza de Deir Yassin (5) que tuvo lugar a pocos kilómetros de nuestra casa, y visto a la población huir de sus pueblos, atacados por grupos sionistas, destruidos y evacuados. Battir se encontraba en la línea del ferrocarril que conectaba Jerusalén con Jaffa. (6) Teníamos miedo de ser los siguientes en la lista. Presos del pánico, más de tres cuartas partes de sus mil habitantes habían huido durante aquel año. Algunos atravesaron el río Jordán, pero la inmensa mayoría permaneció en la zona para poder trabajar su tierra durante el día, y pasar la noche en algún lugar seguro. De este modo,

Terrazas
de cultivo,
Battir



los campos de Battir continuaron siendo cultivados, y los israelíes nunca supieron que el miedo había prácticamente vaciado el pueblo.

Desde la época cananea sus habitantes son en su mayoría agricultores. Todos cultivadores que tenían una gran inventiva, ya que hace más de dos mil años, aprovechando las laderas de las colinas, habían construido unos muros de piedra, creando un sistema de cultivo en terrazas y desarrollando una red de irrigación muy avanzada. (7) De esa manera las familias de Battir se organizaban para darle acceso a agua a cada una de ellas de forma equitativa.

En 1948, prácticamente toda la actividad económica de Battir giraba en torno a Jerusalén, donde vendíamos nuestros limones, naranjas, manzanas, higos, aceitunas, pero, sobre todo, las famosas berenjenas de Battir, pequeñas y azucaradas, cuya reputación traspasaba nuestras fronteras. Todos los días a las cuatro de la mañana, el tren paraba en la estación y llevaba a Jerusalén a hombres y mujeres cargados del producto de sus cosechas. Por la tarde, hacia las cuatro, los traía de vuelta. (8) El trayecto duraba menos de quince minutos, el tiempo justo para fumar un cigarrillo.

A diferencia de mi padre que era agricultor, yo escogí ser médico. Durante tres años estudié enfermería en el Hospital Oftalmológico San Juan de Jerusalén, dirigido por una fundación religiosa británica. (9) Entre mis colegas tenía muchos amigos ingleses, y gustoso los invitaba a Battir los fines de semana.

Aquel año 1948, el ejército israelí tomó por la fuerza el hospital y lo trasladó a la Ciudad Vieja de Jerusalén. (10) Sentí entonces que debía regresar rápidamente a Battir, donde me uní a un pequeño grupo de hombres encabezado por Hassan Mustafa. Teníamos a nuestra disposición aproximadamente dieciocho viejos rifles, lo que no era gran cosa, pero nuestra motivación era muy grande, suficiente en todo caso para intimidar a los israelíes, que no lograron quitarnos Battir.

Un año más tarde, en la primavera de 1949, durante las laboriosas negociaciones del armisticio, Hassan Mustafa trabajaba con la Cruz Roja, lo que a menudo le permitía ir a Jerusalén y a Ammán, en Jordania, donde se debatían las cuestiones importantes. Allí conoció a mucha gente importante. Rápidamente comprendió que las negociaciones entre israelíes y jordanos iban a acabar en compromisos, y que las consecuencias para nuestro pueblo podían ser desastrosas. Sus temores fueron confirmados cuando, durante la firma del armisticio en Rodas el 3 de abril de 1949, (11) se decidió que

Battir, junto a la línea de ferrocarril, que estaban ambos incluidos en el llamado "no man's land" (la tierra de nadie), una zona situada entre las líneas de demarcación jordana e israelí, iba a ser evacuado y cedido a los israelíes.

Hassan Mustafa entendía de política y podía ser persuasivo. No creía en el azar. Sabía que para poder sobrevivir, uno no podía sentarse a esperar sino que debía actuar. Hassan se dirigió a unos altos funcionarios jordanos que participaban en las negociaciones. Logró convencer a unos cuantos para que no abandonaran Battir. Luego, junto a un grupo de veintitrés hombres del pueblo entre los que yo me encontraba, y al que se habían unido oficiales de la Legión Árabe (el ejército jordano) descontentos con el resultado de las negociaciones, Hassan Mustafa armó su plan, como una obra de teatro. El truco consistía en hacer creer que el pueblo aún estaba poblado y sus habitantes dispuestos a todo para defenderlo, cuando en verdad estaba prácticamente vacío. Mañana tras mañana, los hombres encendían el fogón en cada hogar, tendían la ropa, se reían y hablaban mucho y en voz alta, encendían la radio, sacaban a pastar a los animales y, por la noche, encendían velas. Así fue como estos hombres lograron disuadir a las fuerzas israelíes, impidiendo que tomaran el pueblo. La astucia, lo repito, inspira la conducta de los seres humanos frente a la omnipotencia de la espada. La astucia cambió la psicología del combate, permitió ganar sin derramar ni una gota de sangre, e hizo de Hassan Mustafa un símbolo de la resistencia no violenta frente al ejército israelí. Incluso los ancianos le mostraban un inmenso respeto. Por eso, dos semanas después de la firma del armisticio, el 18 de abril de 1949, se celebró una reunión extraordinaria en la que se decidió lo que pasaría con los pueblos de la región: Beit Iksa, Qattanna y Battir seguirían siendo palestinos, mientras que Al Walaja, el Al Jura, 'Ayn Karim (12) y la línea de ferrocarril serían cedidos a los israelíes. Battir se encontraba a salvo.

La fecha que nadie olvidará en Battir es el 1 de mayo de 1949. Aquel día, Hassan Mustafa tenía cita con los israelíes en el valle donde se encontraba la estación de ferrocarril. Acudió al encuentro con otros seis hombres. Los israelíes eran muchos más.

Cuentan que esa mañana nuestro héroe le dijo adiós a su mujer sin saber cuál sería el desenlace de aquel encuentro cara a cara. Al llegar pidió hablar con el comandante Moshé Dayan y el oficial israelí a quien se dirigió se mostró asombrado pues Dayan era



La línea férrea Jaffa-Jerusalén, en los años treinta

una personalidad importante que no se desplazaba fácilmente si la ocasión no era de suma relevancia. Sin embargo, en esa oportunidad viajó desde Jerusalén para reunirse con Hassan Mustafa.

Dayan le explicó que su prioridad eran la vía de ferrocarril y la seguridad de los trenes. (13) Si Hassan Mustafa le garantizaba esto último, a cambio él respetaría el acuerdo alcanzado durante la reunión extraordinaria: permitir que los habitantes de Battir se quedaran en su pueblo, y que los agricultores accedieran a sus tierras, situadas al otro lado de la línea de ferrocarril, en Israel (Eso sí, acceder a sus tierras solamente, no más allá); pero también iba a desplazar la línea de demarcación de 200 m adentro del pueblo, anexionando de este modo dieciséis casas de Battir. Hassan Mustafa aceptó y el acuerdo se cerró.

Desde luego, esto era mejor que perder todo, pero pronto nos dimos cuenta de la importancia del ferrocarril y de cuánto nos hacía falta, pues sin él nos encontrábamos aislados del mundo, especialmente de Jerusalén. Dada la situación de inseguridad y los ataques continuos a los pueblos cercanos de los que oíamos hablar, los habitantes de Battir no estaban tranquilos y muchos tenían miedo de volver. Hassan Mustafa intentó tranquilizarlos yendo a buscarlos. Dicen que el emir de Transjordania, Abdalah I, le prestó camiones del ejército jordano para transportar a quienes decidieran regresar. Pero no era simple, sobre todo porque los israelíes se apresuraron a instalar vallas de alambre de púas, y durante un tiempo hasta impusieron el toque de queda.

Luego las tensiones desaparecieron. La escuela de varones situada junto a la estación retomó sus clases, y la frontera prácticamente desapareció, quedando visible

tan solo por la presencia de seis o siete soldados israelíes que a menudo nos pedían té, café o higos. En general no se quedaban mucho tiempo en ese puesto, y eran cambiados a menudo por otros soldados, para impedir que se crearan vínculos.

Volver a darle vida al pueblo una vez aislado de Jerusalén, fue todo un desafío. Sin embargo, afortunadamente en la década del cincuenta los aldeanos se comprometieron a modernizarlo. Renovaron el sistema de irrigación, construyeron la escuela para niñas, (14) una clínica y una oficina de correos, e instalaron la línea telefónica. Todo ello debatido y decidido en comunidad, con un genuino espíritu de cooperación. En poco tiempo, la prosperidad del pueblo fue un ejemplo para toda la región. En cuanto a mí, volví al hospital San Juan. Ahora sin embargo, para llegar tenía que tomar un enorme desvío pasando por Belén. La vuelta resultaba muy larga, por lo que decidí que sería conveniente quedarme allí los días laborables y regresar a Battir los fines de semana.

Me casé y tuve cuatro varones y seis mujeres. Todos decidieron quedarse en el pueblo. Seguí mi formación y obtuve un diploma en oftalmología. En 1960, el hospital fue de nuevo trasladado, esta vez a Jerusalén Oriental, en el camino que lleva a Ramallah.

Si bien la experiencia comunitaria nos había ayudado a confiar en el futuro, Hassan Mustafa no bajaba la guardia. Trabajaba en las oficinas de la UNRWA en Beirut, pero volvía a menudo a Battir, donde vivían su mujer y sus cuatro hijos, un varón y tres niñas. Murió un día de 1961, sin previo aviso, a la edad de cuarenta y siete años. Por suerte no viviría la ocupación israelí de Battir en 1967, tras la guerra de los Seis Días.

Yo me encontraba en Jerusalén en ese momento, y mi familia en Battir. Mi mujer, como el resto de habitantes, escondió a los niños en las cuevas cercanas situadas en la parte baja de la montaña. Pero no se quedaron allí por mucho tiempo, los combates terminaron rápidamente y posteriormente el Estado de Israel se anexó Jerusalén Oriental. Como yo vivía en Jerusalén, me ofrecieron la ciudadanía israelí. Por supuesto, como la inmensa mayoría de los palestinos de Jerusalén, la rechacé. Los israelíes entonces se vieron obligados a crear un estatuto especial para nosotros, que denominaron "residente permanente de Jerusalén", un término reflejado en nuestro carné de identidad azul. (15) Sin embargo, los habitantes de Battir recibieron una tarjeta de color verde. Inicialmente solo los que poseían el carnet azul podían vivir en Jerusalén, y quienes poseían el verde únicamente podían ir pero sin quedarse. Hoy

los detentores de la tarjeta verde necesitan una autorización especial, muy difícil, por no decir imposible, de obtener.

Después de 1967, trabajar en el pueblo se puso muy complicado. Conozco a algunos vecinos que tenían la tarjeta azul y que fueron a buscar trabajo a Israel, fundamentalmente en el sector de la construcción. Pero el desempleo aumentaba y eso nos tenía a todos muy preocupados.

Perdimos muchas tierras porque las colonias, como por ejemplo Har Gilo, Betar Illit o Givat Yaël, avanzan ineluctablemente, y como ellas, las plantaciones de pinos que ahora cubren todas las laderas de las montañas alrededor, (16) como un ejército de coníferas frente a nuestros olivos.

Entre 2004 y 2011 éramos cerca de cuatro mil quinientos habitantes en el pueblo. Cuando anunciaron la anexión de las tierras junto a la línea de ferrocarril para la construcción del futuro "muro de separación" que Israel decidió atravesaría nuestro municipio, (17)

creímos una vez más que íbamos a desaparecer. Llamada "valla de seguridad" por ellos, y "muro del *apartheid*" por nosotros, el muro habría aislado Battir de los pueblos vecinos y, sobre todo, de sus tierras agrícolas, el único medio de subsistencia de nuestros agricultores... Y ese muro maldito habría traicionado la palabra que Moshé Dayan le dio a Hassan Mustafa en 1949. Pero, ¡sorpresa!, la propia autoridad israelí de Reservas y Parques Naturales fue quien finalmente se opuso a su construcción. (18) Nos encontrábamos una vez más en la incertidumbre, cuando la Unesco (19) aceptó inscribir Battir en la lista del Patrimonio Mundial en Peligro en junio de 2014. Esto implicó una protección y un medio de supervivencia, pues gracias a esta apelación, llegarían a Battir millones de turistas procedentes de todas partes del mundo. Pero, por otra parte, suponía un nuevo desafío para Battir, que no puede bajar la guardia en memoria de aquel hombre, Hassan Mustafa, que nos salvó gracias a una sabiduría árabe muy anciana llamada astucia. ”

Belén, frente a las colonias



Detrás del muro, la ciudad santa



(1) Ver el link del sitio del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco, <https://whc.unesco.org/es/list/1492/Palestine>: tierra de olivares y viñas. Paisaje cultural del sur de Jerusalén, Battir.

(2) Ver el libro de René R. Khawam, *Le livre des ruses. La stratégie politique des Arabes* (El libro de las astucias. La estrategia política de los Árabes). Phébus, 1976. Este libro, escrito cien años antes de Machiavel, descubierto y editado por René Khawam en 1976, es un clásico. El autor introduce al lector en el universo político árabe y explica que la palabra "astucia" (*hila*) significa "una máquina que ahorra el trabajo humano gracias a la aplicación de leyes físicas domésticas por un inventor astuto, sabio o artesano". La astucia no es considerada aquí como un medio utilizado para engañar a un adversario utilizando métodos pífidos.

(3) Ver la aplicación iNakba creada por la asociación Zochrot, basada en el libro de Walid Khalidi, *All that Remains: the Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948* (Todo lo que queda: los pueblos palestinos ocupados y despoblados por Israel en 1948). Washington D.C.: Institute for Palestine Studies, 1992.

(4) Jawad Botmeh, "Civil Resistance in Palestine: The Village of Battir in 1948" (Memoria de master, Universidad de Coventry, Gran Bretaña, 2006). El autor habla de su abuelo, Hasan Mustafa, nacido en 1914, escritor y periodista que se opuso a la política británica en Palestina. En 1945 formó parte de un grupo de intelectuales de Jerusalén, procedentes del mundo rural, conocido con el nombre de "Nadi Al ittihad Al qarawi" (el Club de la Unión Rural). En marzo de 1949 trabajó para la Cruz Roja y posteriormente para la Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Medio (UNRWA).

(5) La matanza de Deir Yassin sucedió el 9 de abril de 1948, más de un mes antes de la partida de los británicos de Palestina. Esa masacre tuvo un papel central en el éxodo de los palestinos.

(6) Israel quería unir Jerusalén Occidental al mar Mediterráneo creando un "Corredor de Jerusalén", del que Battir debía formar parte.

(7) Son 554 km de pequeños muros, la red más larga de terrazas de Palestina.

(8) La línea de ferrocarril Jerusalén-Jaffa fue construida e inaugurada en 1892, bajo el Imperio otomano.

(9) Si bien se desconoce la fecha exacta de la creación de la Orden de San Juan, se sabe que en torno a 1070, unos monjes construyeron un hospicio en Jerusalén donde asistían a los cristianos en peregrinación a la ciudad santa. En 1113, el hospicio se convirtió en hospital independiente y, en 1187, en Orden del Hospital. Desde finales del siglo XIX, la monarquía británica ejerce la dirección de la versión moderna de la Orden, llamada de los Caballeros de San Juan de Jeru-

salén, compuesta por tres fundaciones, a las que pertenece el Hospital oftalmológico de San Juan de Jerusalén, creado en 1882.

(10) Confirmada la división territorial, surgía la pregunta sobre la pertenencia de Jerusalén. El Plan de Partición de Palestina de 1947 decretaba que la ciudad sería una zona internacional. Sin embargo, tras la primera guerra árabe-israelí en 1948-1949, el estatuto de la ciudad cambió, dividiéndose en dos partes por la línea de armisticio (línea verde): la parte oriental, más pequeña, quedaba bajo control jordano, y Jerusalén occidental, bajo control israelí. A pesar de la oposición de la comunidad internacional, Israel decidió declarar la ciudad como capital del nuevo Estado, e instalar allí su Knesset (parlamento) y el palacio presidencial.

(11) Tras diez meses de guerra, en abril de 1949 se firmó el armisticio. Uno de los principales puntos del acuerdo de paz era la creación de un comité encargado de gestionar la división de Jerusalén. El llamado "Acuerdo de Rodas" delimitaba una línea verde que seguía las posiciones militares de ambas partes en el momento del acuerdo. En caso de desacuerdo (como resultó ser Jerusalén y los alrededores), había dos líneas, una verde y una roja. La primera marcaba la posición de las fuerzas jordanas, y la segunda, la de las fuerzas israelíes.

(12) El pueblo de 'Ayn Karim, vaciado de sus habitantes árabes, fue ocupado por judíos. Al Jura es uno de los pueblos árabes que desaparecieron del mapa.

(13) Tras la firma del armisticio en Rodas, David Ben Gurión declaró en su discurso el 4 de abril de 1949 en la Knesset: "I would like the Knesset to be aware of the fact that... these Armistice Agreement are not yet peace... nor are we even near to making peace with the Arab countries. Neither have we determined stability and security for all the areas covered by the agreement, particularly in and around Jerusalem... regarding which negotiations will still be held between us and Transjordan, without the participation of the U.N. Negotiations will also still be held about assuring free access to Mount Scopus, enabling work to continue at the Hebrew University and Hadassah and renewing the railway connecting Tel Aviv-Jaffa with Jerusalem and Haifa..."

(Quiero que la Knesset sepa que este acuerdo de armisticio todavía no es la paz... y que todavía no estamos cerca de hacer la paz con los países árabes. Tampoco hemos decidido cuál será la estabilidad y la seguridad en todas las zonas incluidas en el acuerdo, en particular dentro y alrededor de Jerusalén (...) sobre la cual se efectuarán negociaciones entre nosotros y Transjordania, sin la participación de las Naciones Unidas. También llevaremos a cabo negociaciones acerca del libre acceso al monte Scopus, lo que nos permite continuar con el trabajo en la Universidad Hebrea y en el hospital Hadassah, y renovar la línea de ferrocarril que conecta a Tel Aviv-Jaffa con Jerusalén y Haifa").

En Armistice Agreement with the Arab Countries, p. 500, en el sitio Jerusalem Center for Public Affairs.

(14) En los años cincuenta, se abrieron escuelas de mujeres en las zonas rurales de Jordania. La escuela de Battir, con trece salas de clases, recibió ayuda de la UNRWA.

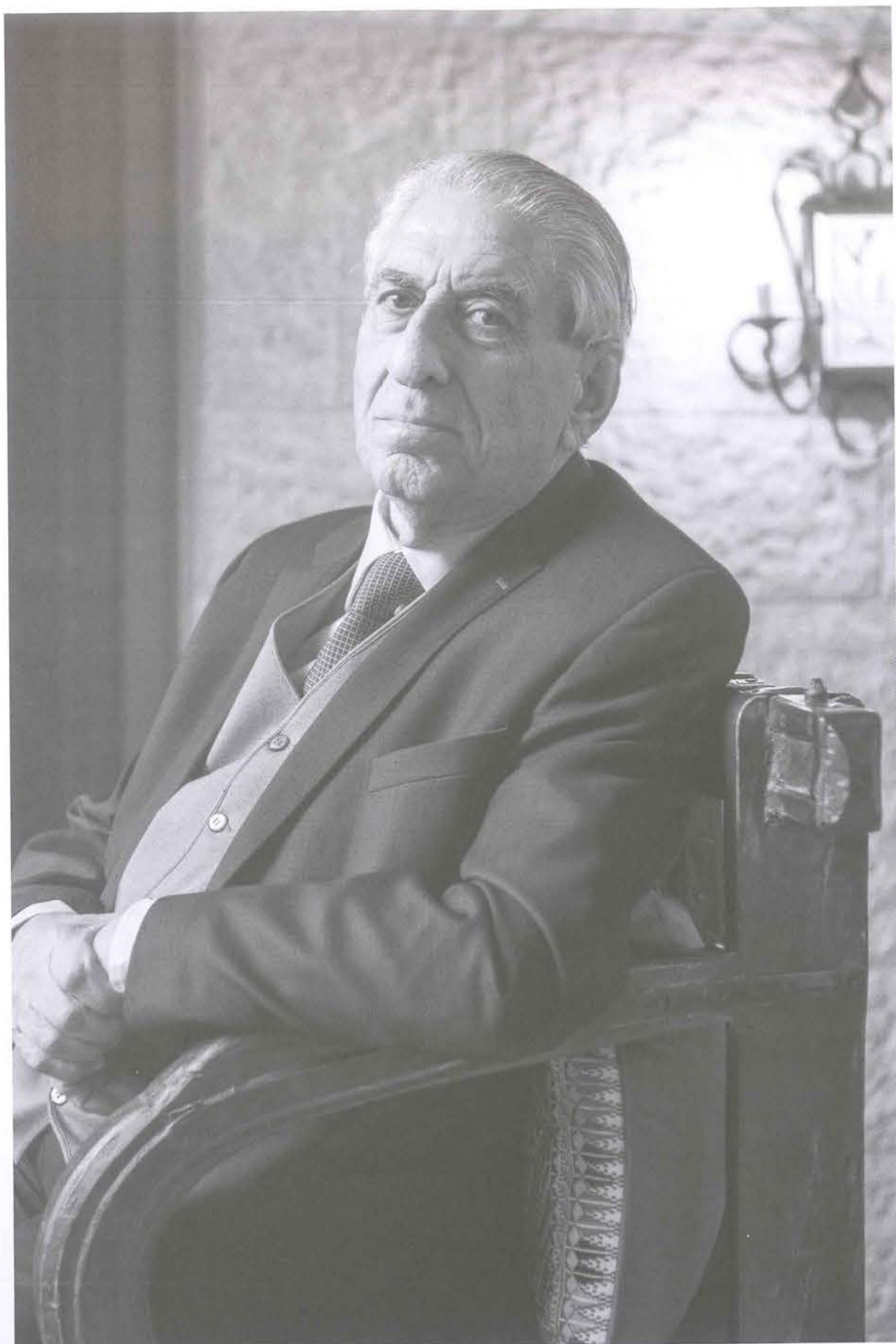
(15) Los jerusalemitas que no se encontraban en Jerusalén tras la guerra de los Seis Días (entre ellos aquellos que se habían refugiado en Cisjordania debido al conflicto, o las personas que trabajaban en el extranjero) no pudieron obtener la tarjeta azul y perdieron por tanto el derecho a la residencia legal en Jerusalén. Por su parte, los palestinos que poseen la tarjeta azul pueden perder su estado de residentes en cualquier momento. Para que esto no ocurra, deben regularmente probar que viven en Jerusalén mediante la presentación de todo tipo de documentos (ejemplo, el pago de impuesto municipal, facturas de agua, etc.). Por ello, entre 1867 y 2008, trece mil palestinos perdieron su residencia en Jerusalén.

(16) Las coníferas acidifican el suelo en el que crecen, volviéndolo estéril. El pino fue importado en los años veinte por los británicos y posteriormente plantado por los israelíes.

(17) En 2002 comenzó a construirse un muro de separación alrededor de Jerusalén, siguiendo la línea verde de las tierras palestinas en Cisjordania. Desde entonces, se han sucedido las denuncias: en 2003, la Asamblea General de Naciones Unidas adoptó una resolución que condenaba la construcción de este muro que entra en el territorio palestino ocupado. Por su parte, en 2004, la Corte Internacional de justicia lo juzgó contrario al derecho internacional, expresando que el muro implica que los no residentes —como la mayoría de los habitantes de Battir— que se encuentran de facto del lado de Jerusalén, no tienen acceso a los servicios de salud ni a las escuelas. Dicho de otro modo, la existencia de este muro hace que Israel trate a los residentes palestinos de Jerusalén como inmigrantes a los que se "concede el favor de vivir en su casa", pero no porque tienen ese derecho.

(18) Ver Ryvka Barnard y Hassan Muamer, "On-going dispossession and a Heritage of Resistance: The village of Battir vs. Israeli Settler-colonialism" (Desposesión continua y herencia de la resistencia: El pueblo de Battir vs. la ocupación de los colonos israelíes), en Rami Isaac, Michael Hall y Freya Higgins-Desbiolles, "The Politics and Power of Tourism in Palestine" (Políticas y poder del turismo en Palestina). Routledge, 2016. Los autores subrayan que los firmantes de la petición contra la edificación del muro entregada a la Corte Suprema hablan "de espacio abierto" para designar las tierras agrícolas de Battir, cuando en realidad son propiedades privadas de los palestinos.

(19) Esta inscripción mostró los efectos tremendamente destructores del muro que Israel sigue construyendo.



El hijo de Jaffa

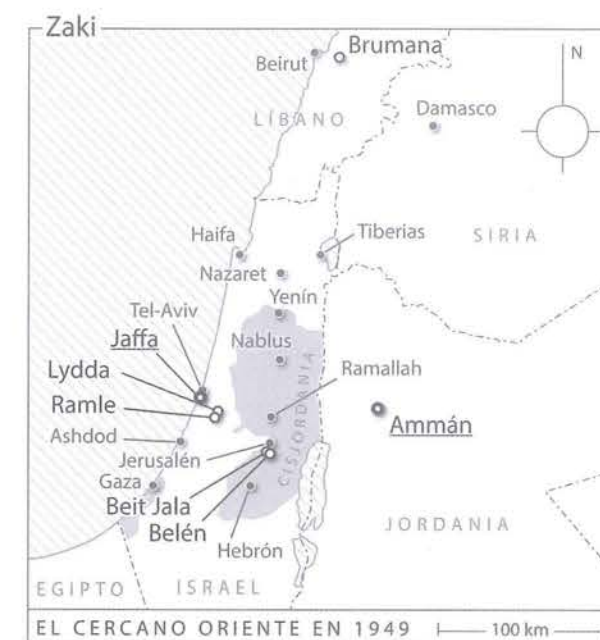
Zaki Noursi, 83 años

Zaki Noursi es un niño de Jaffa. Creció en una familia donde no faltaba de nada, una familia que le dio acceso a las mejores escuelas de la ciudad portuaria, conocida por ser también el punto de encuentro de negociantes de Beirut, Italia, Alejandría... Jaffa era conocida en Europa sobre todo por sus naranjas.

El Plan de Partición de Palestina, aprobado el 29 de noviembre de 1947 por la Asamblea General de la ONU, establecía que Jaffa no formaría parte del futuro Estado de Israel. Pero el voto del organismo internacional no fue respetado, ni por los árabes de Palestina (cristianos y musulmanes) que se oponían a la creación de Israel, ni por la mayoría de los sionistas de la época. Para los judíos de Europa central, (1) Jaffa era Yafó, la ciudad símbolo, el puerto de tránsito para el establecimiento de las colonias agrícolas, el lugar en el cual en 1908, Arthur Ruppin, delegado de la agencia judía (2) había abierto la Oficina Palestina y el despacho de la "Compañía para el desarrollo de Palestina".

En 1948, Jaffa era un puerto demasiado importante como para que los sionistas —que no respetaban la resolución de las Naciones unidas— estuvieran dispuestos a dejárselo a los árabes. Esto explica que la ciudad se convirtiera entonces en el objetivo de los atentados de las milicias sionistas siendo continuamente bombardeada, los edificios oficiales dinamitados, y los pueblitos árabes al este de Jaffa ocupados, provocando el éxodo de unos setenta mil habitantes, entre ellos, la familia de Zaki Noursi. La población huye, pensando que podrá volver algunas semanas más tarde para ver el país liberado por los ejércitos de los países árabes vecinos. Pero nada de eso pasará. La ciudad termina por caer el 13 de mayo de 1948, un día antes del fin del mandato británico. El 15 de mayo 1948, solo quedan cuatro mil cien árabes en Jaffa, de una población inicial de setenta y cinco mil personas. Hoy Jaffa es un barrio de Tel Aviv.

“Tengo un recuerdo muy claro de aquel domingo, el 18 de abril de 1948. Como de costumbre, habíamos



ido en familia a la iglesia griega ortodoxa de San Jorge, mis padres, mi hermana y yo. Volviendo, acompañé a mi padre a su tienda, en el centro de la ciudad. Vendía cigarrillos de la marca Sansour, de los que era el distribuidor. El domingo para nosotros no era un día de descanso. Estábamos arreglando las cajas cuando vi llegar a mi primo Khader Nino que vivía en Ramle. Estaba muy agitado, no dejaba de tomar a mi padre por el brazo, repitiendo que había que actuar rápidamente, que los bombardeos iban a intensificarse y que debía llevar a la familia a un lugar seguro durante algunas semanas.

Mi padre, Beni Noursi, era un comerciante originario de Jaffa y Lydda, y uno de los accionistas del cine Al Hamra, pero sobre todo era el *mokhtar*, (3) el representante legal de la comunidad griega ortodoxa ante las autoridades británicas. Él sabía que las tensiones iban a ser extremas cuando los ingleses dejaran Palestina. La idea de irse a Ramle y desde allí proseguir a Beirut,

donde esperaríamos en familia a que todo volviera a la normalidad, le parecía sabia. Bajó la cortina metálica de la tienda y caminamos hacia la casa. Convencer a mi madre, Hanneh Bader, profesora de idiomas que hablaba perfectamente árabe, inglés, francés y alemán, no iba a ser fácil. Sabía que no quería dejar a sus alumnos, ni nuestra bella casa a sesenta metros del mar, en el barrio de Al Ajami. A mi madre le encantaba esta ciudad portuaria y su apertura al Mediterráneo, su atractivo para los intelectuales de Líbano, Siria, Italia, Egipto (4) y para las estrellas de la canción y del cine egipcio. Le gustaba la Jaffa de los bailes de tango y pasodoble, la de las escuelas de alto rendimiento y prestigio que atraían a alumnos de todo Oriente Medio, como Terra Santa, el colegio de los Hermanos de La Salle, San José o el colegio ortodoxo, donde nos había inscrito a mi hermana Leila (dos años menor que yo) y a mí. Sin embargo, viendo el semblante apesadumbrado de mi padre, mi madre comprendió la gravedad de la situación y comenzó a llenar algunas maletas ordenándonos hacer lo mismo, mientras las lágrimas corrían por su hermoso rostro.

“Volveremos pronto”, repetía mi padre, sacando de su bolsillo la billetera, que contenía 800 libras palestinas. “Para dos o tres semanas en Beirut, 600 libras serán más que suficientes”, prosiguió, agregando que iría a depositar la diferencia de 200 libras al Banco otomano al día siguiente por la mañana, antes de irnos.

Había que actuar rápidamente. Nosotros, los niños, no tuvimos tiempo de hacer preguntas. Por cierto, durante los últimos años nuestros padres, a pesar de su preocupación creciente, habían intentado evitar hablarnos de lo que se tramaba. Pero en 1947, a la edad de once años, cuando un chico normalmente piensa en la escuela, el fútbol, la playa y los amigos, yo ya era consciente de que nuestra realidad era mucho menos divertida, y que había que estar vigilantes porque había un plan británico y una resolución de las Naciones Unidas que podían perjudicarnos. Desde mi nacimiento en 1936, cuando comenzó la Rebelión de los Árabes de Palestina, y durante toda mi infancia, estos temas estaban en el centro de las discusiones de los adultos. La rebelión surgió con una huelga nacional en contra de la Declaración de Balfour, (5) que planteaba crear un hogar nacional judío en Palestina, y en contra del Plan de Partición. (6) La huelga comenzó en Jaffa antes de extenderse a toda Palestina hasta Haifa, donde las autoridades británicas controlaban el oleoducto (7) del Mediterráneo. A lo largo de los años, la situación había

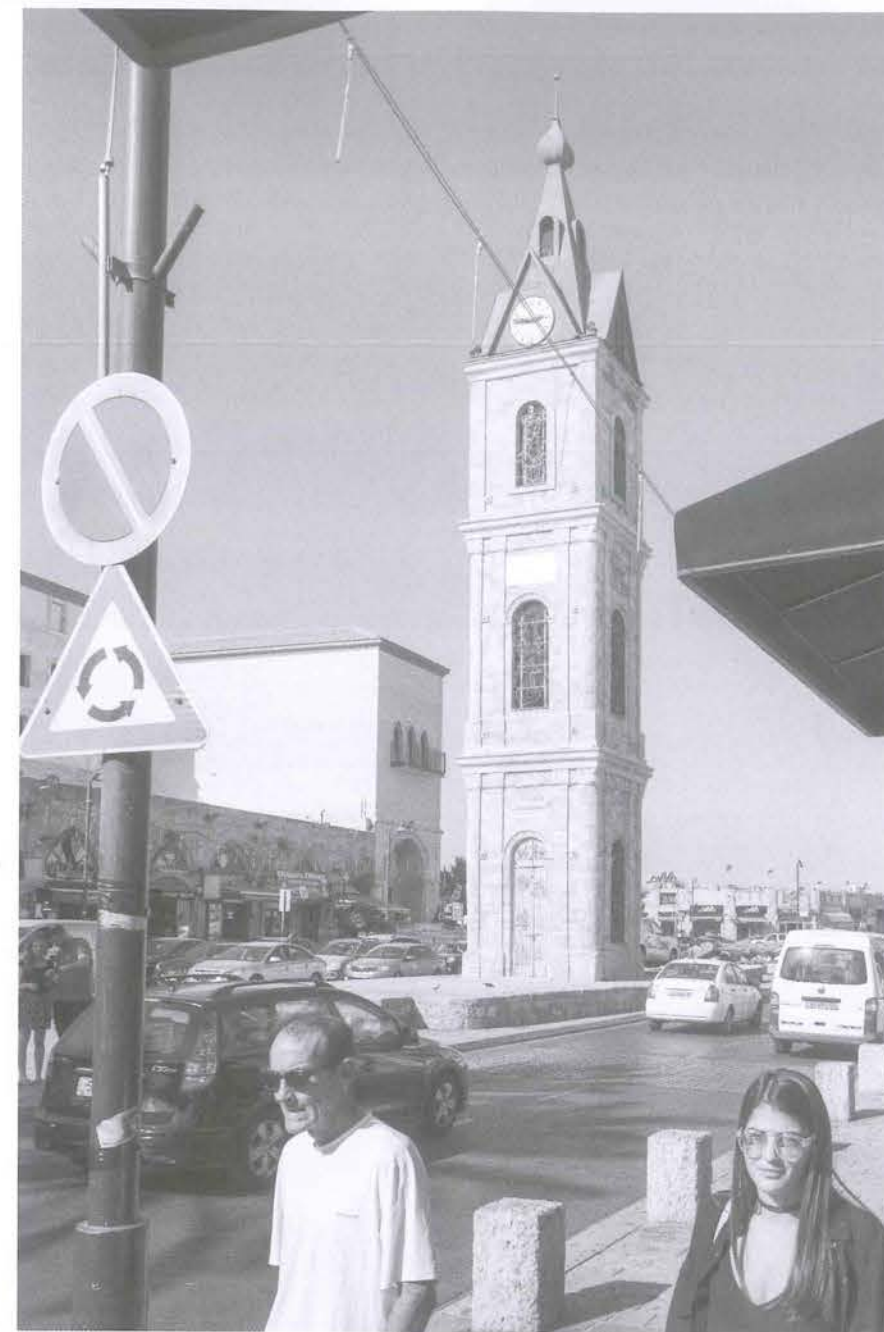
empeorado. Grupos sionistas como Haganah, Irgun o Stern se habían armado ante los ojos de los británicos mientras los árabes palestinos tenían terminantemente prohibida la creación de un partido o un grupo de defensa. Los disparos de cohetes sobre Jaffa procedentes de Tel Aviv o Bat Yam, en el sur de la ciudad, formaban parte de nuestra vida cotidiana. A principios de 1948, una bala atravesó el vidrio del comedor y se alojó en el respaldo de la silla donde solía sentarme. Por suerte, no estábamos en casa ese día. A pesar de mi temprana edad, percibía la angustia y veía a mis padres y vecinos organizar rondas de noche en nuestro barrio con el fin de prevenir un ataque que podría, pensaban ellos, venir por el mar.

Ese lunes 19 de abril de 1948 no hice ninguna pregunta. Los esfuerzos de mi padre por hacer como si se tratara de vacaciones improvisadas me entristecían profundamente. Nos llevó a toda la familia a Broumana, en las montañas libanesas, donde las dos o tres semanas anunciadas se alargaron. Seis meses más tarde estábamos todavía en Líbano, pero nos habíamos trasladado a Beirut, donde mi hermana y yo entramos al colegio.

Las noticias nos llegaban cada día. Al igual que nosotros, nuestros vecinos y amigos de Jaffa habían huido, algunos con destino a Ramle, Lydda, Ramallah, Nablus, Nazaret, Tiberias; otros hacia Siria, Jordania o Egipto... Supimos incluso de algunos que huyeron por mar para ir a Gaza y que en el intento se habían ahogado. Jaffa fue ocupada, después lo fue Ramle. Mi padre se desesperó. Llorando, se sintió obligado a explicarnos que había tenido que partir para protegernos.

Sin preguntarnos, los británicos habían decidido por nosotros, y lo habían planificado todo. Controlaban Egipto, Irak y Jordania. El Líbano estaba bajo influencia francesa y Siria acababa de obtener su independencia... Ningún ejército de ningún Estado árabe tenía los medios para intervenir eficazmente en Palestina.

En 1951 mis padres decidieron irse a Beit Jala, en Cisjordania (8) con el propósito de acercarse a la familia materna. Luego nos instalamos muy cerca, en Belén. Los refugiados llegaban en masa procedentes, sobre todo, de Jerusalén. A los quince años supe que a partir de entonces sería un refugiado con las preocupaciones de un refugiado, es decir, una persona que jamás podrá asentarse en ningún lado, ni descansar, y que sabe que nunca más podrá sentirse seguro en ninguna parte. Un año más tarde, en 1952, cruzamos el río Jordán para instalarnos en la capital jordana. Ammán era



Torre del Reloj en Jaffa

La Ciudad
Vieja de
Jaffa hoy





Iglesia
ortodoxa
griega de
San Miguel
en Jaffa

una ciudad pequeña. Pudimos alquilar un cuarto y mi padre obtuvo el pasaporte jordano, lo que le permitió trabajar por 7 dinares mensuales en Mahatta, el centro de distribución de leche para los refugiados palestinos. El alquiler costaba 5 dinares. Había intentado recuperar su dinero depositado en el Banco otomano, pero este había congelado sus activos en Jaffa por orden de las autoridades israelíes, quienes habían entregado ese dinero a una institución israelí llamada el Custodio Israelí de la propiedad de ausentes. (9) Nuestro dinero había sido confiscado. Mi padre se sintió aniquilado por esta expropiación de todo lo que había construido. Nuestro empobrecimiento y el consecuente endeudamiento le parecían irreversibles. Sufrió un derrame cerebral y murió el 18 de marzo de 1953.

A los diecisiete años debí abandonar la escuela y buscar un trabajo para atender las necesidades de la familia. Era mi obligación, pues yo era el único hijo varón. Dos semanas después de la muerte de mi padre, logré obtener el puesto de asistente en una pequeña oficina de seguros. Una posibilidad que acepté inmediatamente. El sector estaba recién abriéndose en la región, pero la familia Tannous, palestinos de Jerusalén a quienes pertenecía la agencia, eran hombres de negocios acostumbrados a invertir en los sectores bancario y automovilístico (eran agentes de la General Motors). Estimaban que los seguros era un área que podrían desarrollar a medio plazo.

Trabajaba mucho. Durante el día escribía los contratos, preparaba los documentos, se los entregaba a los clientes para que los firmaran y recolectaba el dinero. Por la tarde volvía a ser Zaki, el estudiante, bajo la mirada atenta de mi madre que completó mi educación secundaria y perfeccionó mi inglés. Esto me sirvió para devorar todos los libros sobre protocolos de seguros que existían en la época. No volví a la escuela ni a la universidad, fui un autodidacta y me especialicé en seguros, como otros lo hacen en ingeniería o medicina. Tenía un objetivo: ¡ser el líder de los seguros!

Al principio mi salario en la agencia era de 12 dinares. Mi madre había retomado el trabajo de mi padre en el centro de distribución de leche de Mahatta, con lo que lográbamos reunir 17 dinares mensuales para alojarnos, comer, mandar a mi hermana a la escuela y vestirla. Era muy poco. Al cabo de cinco años dupliqué mi renta y mi carrera comenzó a tomar vuelo. Nuestra calidad de vida mejoró aún más cuando mi hermana se tituló de profesora y comenzó a contribuir con su renta al hogar. Me apresuré a pagar todas nuestras deudas para que nuestro nombre y la memoria de Beni Noursi

siempre fueran respetados. Era mi deber. Así como lo fue fundar la escuela ortodoxa de Ammán. (10) Como mi padre, me comprometí con la comunidad griega ortodoxa jordana, que hoy representa a más de la mitad de los cristianos del país. Solo en Ammán somos cerca de sesenta mil personas y nos distribuimos entre unas seis iglesias magníficas existentes en la capital.

Afortunadamente para nosotros, el Banco otomán fue obligado, después de un largo proceso en Jordania, a reembolsar el dinero que había congelado a los palestinos. Una obligación que el banco procuró aplicar de la manera más lenta posible (se había establecido que un dinar equivalía a una libra palestina de antes de 1948), reembolsando a sus clientes entre 50 y 60 dinares mensuales, lo que era muy poco. Por cierto, el banco únicamente reembolsaba si los clientes lo reclamaban explícitamente, lo que significaba que solo aquellos que conocían la existencia del proceso en Jordania pudieron recuperar su dinero.

En 1967, los negocios ofrecían buenas perspectivas. La idea de asegurar una casa, un auto o una tienda comenzaba a abrirse camino, por lo menos en ciertos medios sociales. El transporte marítimo de las mercancías importadas y exportadas iba en aumento. Me había comprado un pequeño Volkswagen que usé para ir a menudo del otro lado del río Jordán (que todavía era jordano) hasta Nablus, Ramallah, Jerusalén y Belén para buscar clientes. Esto fue a finales de mayo de 1967, antes de que estallara la guerra de los Seis Días.

A partir de 1967 ya no pude cruzar la frontera y volver a Palestina. Solo tres años más tarde, en 1970, pude regresar a Cisjordania. La ocasión se dio porque se celebraba el matrimonio de un primo en Beit Jala, en Cisjordania, así es que solicité una visa en el consulado israelí. Era difícil de soportar tener que pedirles a las autoridades israelíes el derecho de volver a mi casa. Me parecía aberrante, humillante; era como dar por hecho que tenían derechos sobre mi vida, y no estaba dispuesto a eso. Pero no pude elegir. Por suerte, el visado no me fue denegado, como pasaba a menudo. En la frontera, a la altura del puente Allenby que los jordanos llaman el Puente del Rey Hussein, fui interrogado y reinterrogado varias veces por soldados israelíes. Cuando mencioné el hecho de que también quería ir a Jaffa, el encargado de seguridad israelí se volvió desconfiado y preguntó: ¿Por qué Jaffa?, y prosiguió preguntándome si formaba parte de un grupo armado!

—Voy al matrimonio de un primo de Beit Jala. Soy de Jaffa. No, los palestinos no hacemos el servicio militar, y yo soy un hombre de negocios, contesté.

Luego, me preguntaron por lo menos cuatro veces mi dirección en Ammán y si yo sabía por qué el rey Hussein de Jordania había ido a Siria.

—Eso habría que preguntárselo a ustedes, les dije. ¡Ustedes lo saben mejor que yo!

Finalmente, logré pasar la frontera. Pero el domingo siguiente, temprano por la mañana, tenía la obligación de ir a ver al gobernador militar israelí cerca de Belén para un nuevo interrogatorio. Apenas llegué me anunciaron que no podía ir a Jaffa. Lo que me entristeció y me enfureció muchísimo. Aunque no se los demostré porque sabía que era lo que ellos querían ver. Lo que nos duele, a nosotros palestinos, a ellos les produce mucha satisfacción. Hay una forma de sadismo en esa actitud.

Tuve que esperar veinte años, hasta 1991, para poder finalmente ir a Jaffa. Nuestra casa y los alrededores habían sido demolidos. Las autoridades israelíes estaban desarrollando un nuevo proyecto urbano, pues el lugar era ideal, cerca del mar. Un poco más lejos, otras casas se mantenían tal como eran antes. Una mujer había tomado posesión de la tienda de mi padre. Me acerqué y comencé a hablarle. Le conté la historia de la tienda, que había sido de mi padre, pero ella me empujó, me echó, como si fuera un perro. Ese gesto despreciativo me hirió profundamente. Entonces la desafíé. Y con los ojos empañados, llenos de una mezcla de cólera y dolor, le lancé en inglés:

—¿Y usted, de donde es? ¡Usted es una extranjera, usted no es de aquí! ¡Yo vengo de aquí, de Jaffa, toda mi familia viene de aquí! ¡Esta tienda le pertenecía a mi familia! ¡Usted la robó! ¡Un día, mis hijos o mis nietos vendrán para recuperar lo que les pertenece! Usted trabaja en una tienda que no le pertenece. ¡Ustedes son unos ladrones!

Recuerdo haber temblado todo el día. Esta visita creó en mí una mezcla de sentimientos de cólera, impotencia, y al mismo tiempo una fuerza extraña, casi insolente.

Durante todos los años pasados en Jordania me dediqué por entero a los negocios. Era un desafío personal, a tiempo completo. No hacía nada más. Solo cuando cumplí los cuarenta y seis años decidí casarme. Ya tenía los medios para ofrecerle una vida digna a mi futura mujer como mi padre lo había hecho con nosotros. Conocí a Aida un día de julio, cuando mi primo y su mujer organizaron una cena. La invité a salir al día siguiente, lo que repetimos dos días después. En septiembre nos pusimos de novios y en noviembre nos casamos. Tuvimos cuatro hijos.

Poco después de la firma del tratado de paz entre Jordania e Israel (en octubre de 1994, en Wadi 'Araba), recibí en Ammán la visita de tres israelíes, dos hombres y una mujer. Este tratado, el segundo con un país árabe, luego del que suscribieron Israel y Egipto en 1978, delineaba la frontera entre Jordania e Israel, poniendo fin a la idea peligrosa y falsa, defendida por ciertos sionistas, de que "Jordania era Palestina".(11) Al tratado le siguieron una serie de acuerdos bilaterales entre jordanos e israelíes, que afectaban a todos los sectores: el agua, el medio ambiente, la salud y la agricultura, entre otros.

Mis visitas israelíes pensaban que estos acuerdos les abrían de facto las puertas de los negocios en Jordania y, muy seguros de ello, venían para aprovechar la ocasión. En ningún momento tomaron conciencia de que el tratado entre ambos gobiernos no había sido bien recibido por la población, particularmente por los palestinos que representaban una parte importante de los habitantes de Jordania. Trabajando en los puertos de Haifa y de Ashdod, cerca de Gaza, me dijeron que podrían monitorear los barcos mercantes procedentes de Japón y Europa, y me proponían firmar un contrato para representarme en esos puertos, verificar el estado de las mercancías y enviarme sus informes.

Entendí que era para mí el momento de decirles claramente que no. Que no eran los dueños de nuestros espíritus. Me levanté tranquilamente, y de un tono monocorde pero firme, les dije:

—Lo lamento, pero ¡no puedo hacer negocios con ustedes, porque ustedes seguramente viven en mi casa!

El mayor de los dos hombres se puso rígido y rápidamente intentó tranquilizarme. No, ni él ni su familia vivían en Tel Aviv...

—Quizás su primo entonces, o un amigo, alguien que venga de Rusia o de Polonia y al que se le dio mi casa. ¡No, no hago negocio con ustedes! Pero el día que vuelva a Jaffa, el día en que seamos vecinos de nuevo y que tomemos un café, aquel día podremos trabajar juntos. Espéreme, insistí. Algún día volveré...

Eso es lo que transmito, y eso es lo que hace que siga siendo un palestino digno y respetado. Mis hijos y nietos saben que nunca deben olvidar de dónde venimos, que Palestina existe, y que hay que conservarla viva, siempre. Además, han de saber que Palestina formó parte de imperios como el de Alejandro Magno, el romano, el otomano, o el británico, y que hoy una porción de ella forma parte de Israel. Pero que, a pesar de todo, los palestinos siempre seguimos allí.

Zaki Noursi murió el 19 de marzo de 2020, a los 84 años de edad, cerca de un año después de habernos concedido esta entrevista.



San Miguel

- (1) Rumania, Ucrania y Polonia, principalmente.
- (2) El objetivo de esta Agencia era organizar la emigración hacia Palestina.
- (3) El *mokhtar* es un representante de la comunidad que hace de mediador en caso de conflictos, y de representante legal o notario para esta comunidad.
- (4) En Jaffa nacieron los principales periódicos palestinos, como *Falastin*, creado en 1911, o *Al Dif'aa* (La Defensa), en 1934.
- (5) El 2 de noviembre de 1917, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, escribió una carta a Lord Rothschild, banquero británico y financista del movimiento sionista, comprometiendo su gobierno a facilitar la formación de un "hogar nacional para el pueblo judío en Palestina".
- (6) El Plan de Partición de Palestina propuesto en 1937 por la Comisión Peel y por el gobierno del Reino Unido recomendaba que Jaffa formara parte de un enclave bajo la autoridad británica, como Jerusalén, Belén, y un corredor que pasaba por Ramle y Lydda hasta el mar. Los palestinos rechazaron el Plan y en 1937 pusieron en marcha

la segunda fase de su rebelión en contra de la dominación británica y del proyecto sionista en Palestina. Las autoridades británicas decidieron entonces declarar ilegal al Alto Comité Árabe, y forzaron al exilio a parte de los dirigentes nacionalistas árabes. El Plan de Partición, aprobado en noviembre de 1947 por la Asamblea General de la ONU, recomendaba la inclusión de Jaffa en el futuro Estado Árabe Palestino, bajo la forma de un enclave en el futuro Estado de Israel. Este Plan fue rechazado por la parte árabe.

(7) El oleoducto había sido concebido por los británicos y atravesaba el reino de Irak (independiente desde 1932, después de haber estado bajo mandato británico), Jordania y Palestina (ambos también bajo mandato británico). El petróleo crudo era tratado en las refinerías de Haifa. El oleoducto fue destruido en 1936 en Irbid (al norte de Jordania) (Ghassan Kanafani, *"The 1936-1939 Revolt in Palestine"* (La Revuelta de 1936-1939 en Palestina). Nueva York: Committee for a Democratic Palestine, 1972).

(8) Cisjordania, tierra palestina, fue parte de Jordania de 1950 hasta 1967.

(9) El Custodio de la Propiedad de Ausentes tenía el derecho de hacerse con la propiedad y los fondos de todos los que eran considerados como "ausentes" por haber abandonado sus hogares y propiedades entre el 29 de noviembre de 1947 y el 1 de septiembre de 1948, y por haber huido a un territorio situado fuera de Palestina u ocupado por fuerzas militares árabes. En 1950, Israel aprobó una ley sobre el Patrimonio de los Ausentes que les permitió agenciarse las propiedades de los palestinos y el derecho de venderlas a terceros.

(10) La Iglesia griega ortodoxa de Jordania depende del Patriarcado griego ortodoxo de Jerusalén. Para más información ver el artículo de Géraldine Châtelard, *Les Cahiers de l'Orient*, núm. 93, 2009, "Les chrétiens en Jordanie, dynamiques identitaires et gestion du pluralisme" (Los cristianos en Jordania, dinámicas identitarias y gestión del pluralismo).

(11) Las personas que defienden esta idea piensan que algún día llegarán a crear lo que llaman el "Gran Israel", del que serían parte Cisjordania y Gaza, y quieren la expulsión a Jordania de todos los palestinos que aún viven al oeste del río Jordán.



Volver a casa en Palestina

Ilham Abughazaleh, 80 años

A pesar de su historia dramática contada con su voz ronca de fumadora, Ilham transmite una fuerza increíble, una resiliencia inalterable. Porque lo que de niña la debilitaba, le aterraba y hacía sentir indefensa, con el tiempo se transformó en un don, el de la sabiduría a la hora de compartir su experiencia con palabras, solo con las palabras de una mujer sacudida por la vida y hecha pedazos, que se convirtió en profesora, conferencista, escritora, feminista y cofundadora de varios institutos de estudios para mujeres. (1) Una mujer respetada por ser inmensamente humana. Su mayor orgullo es vivir en Palestina; (2) y su mayor alegría es poder decir, cuando se halla en el extranjero: "¡Vuelvo a casa!".

“Pertenezco a una familia de farmacéuticos y médicos de Nablus, cuya casa, a la entrada de la ciudad vieja de Nablus, era una de las más antiguas. Si bien todos sus hermanos habían seguido el mismo camino, mi padre eligió la profesión de economista, algo poco común a mediados de la década del veinte. Tenía esa pasión y, sobre todo, quería salir de la burbuja familiar. Para ello, pidió un traslado a Jaffa, una ciudad abierta al Mediterráneo, (3) apreciada por intelectuales y artistas egipcios, libaneses, sirios y europeos. Fue allí precisamente donde mi padre conoció a mi madre, originaria de Ramle, ciudad cercana a Jaffa. Juntos compraron una propiedad de 300 *dunums* en Ras El Ein, a las afueras de la ciudad, con la idea de producir fruta y asegurar un ingreso regular que permitiera pagar los estudios de sus hijos.

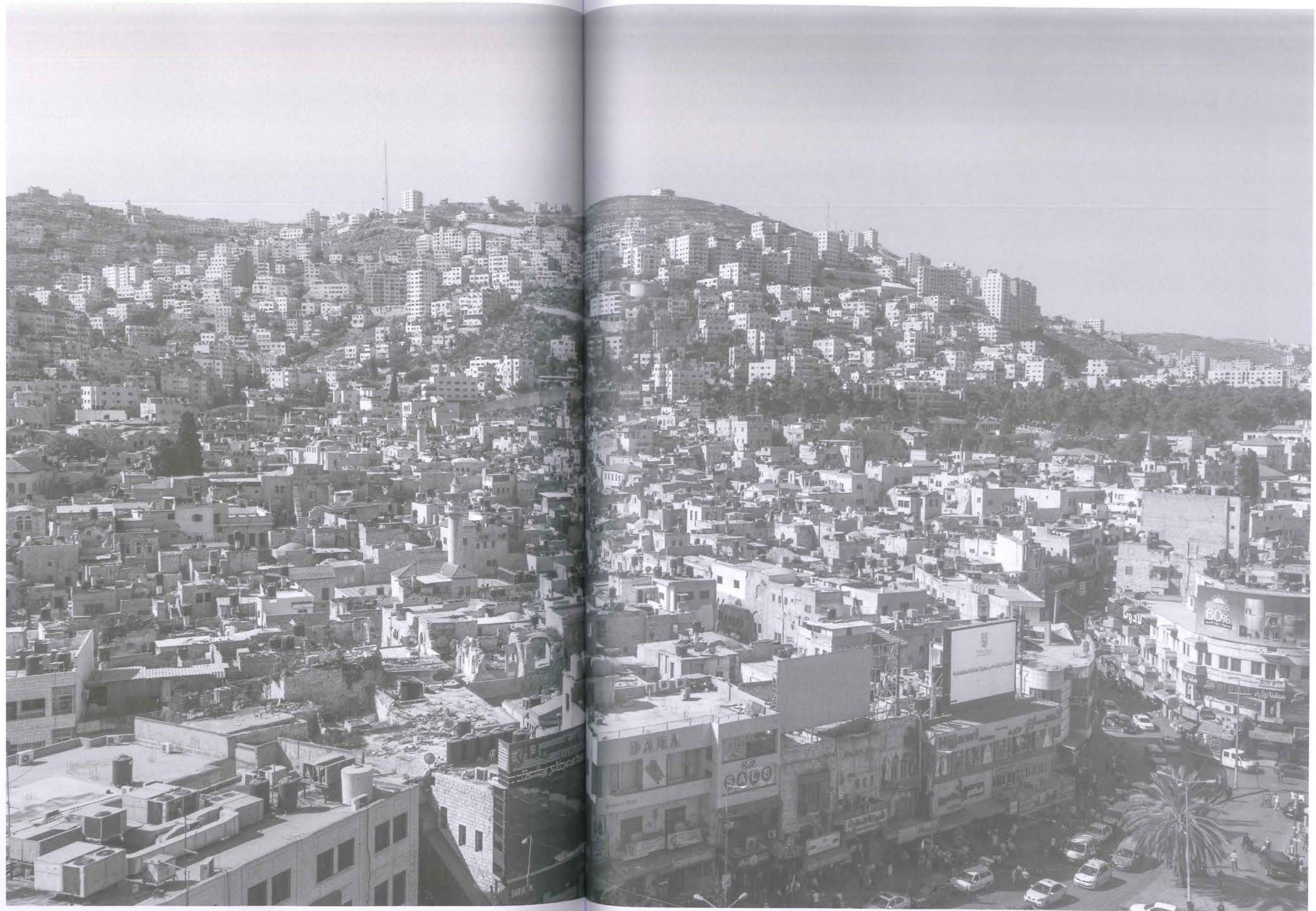
Yo nací en Jaffa en 1939 durante una noche oscura como la tinta, una noche en la que los aviones de Mussolini bombardeaban las tropas inglesas (4) en la costa palestina. Ese día de diciembre, poco antes de la medianoche, mi padre había salido corriendo, atravesando los campos bajo un cielo de fuego ardiente, para ir en busca de la comadrona, quien, aterrorizada, no se atrevía a salir. Mi padre insistió tanto que finalmente aceptó. Crecí a pocos metros de un huerto que olía a



limón, naranja y plátano. Pasé mi infancia contemplando el mar desde el tejado de nuestra casa.

Mi padre criaba palomas. Volaban en racimo y dibujaban figuras en el cielo para luego regresar y posarse sobre un árbol del jardín. Era un jugador empedernido de *tawla* (las reglas de *tawla* se asemejan a las del *backgammon*). A menudo se reunía con amigos—sin importar su religión, musulmanes, judíos y cristianos—y jugaban hasta bien entrada la noche. Dos o tres veces por semana íbamos de picnic a la playa con todos los niños del vecindario. Recostados sobre mantas o en la arena, yo pasaba el tiempo observando a los oficiales británicos, sentados semidesnudos en torno a una mesa mientras jugaban a los naipes escuchando la radio. No entendía por qué algunos de ellos tenían la piel oscura. Más tarde supe que, si bien eran originarios de África y de la India, formaban parte del Imperio británico y tenían que servirle al ejército inglés.

Nablus





Jaffa

Un día de 1944, los británicos, para quienes trabajaba mi padre, lo trasladaron de Jaffa a Jerusalén. Allí nos instalamos en el barrio de Al Baqa'a, (5) en una casa donde, por primera vez, me acerqué a los ingleses. La planta baja estaba habitada por un oficial superior británico cuyo hijo, Jacob, prefería jugar con mi hermana, la dulce, tranquila y tímida Siham. Yo no paraba. Sus padres siempre me echaban gritándome, como si estuvieran espantando pájaros, mientras llenaban de golosinas los bolsillos de mi hermana. No me querían y se encargaban de hacer todo lo posible por que lo entendiera. Yo también acabé rechazándolos.

Gracias a mi tía, a mediados de los años cuarenta pude ir a la escuela de Al Mamunieh, en el centro de Jerusalén, donde ella enseñaba. Los soldados británicos estaban por todas partes. Teníamos miedo, tanto de ellos como de los grupos sionistas que atentaban en su contra para empujarlos a marcharse lo antes posible —ya no los necesitaban—. (6) Uno de estos atentados tuvo

lugar el 22 de julio de 1946. Eran las doce y media del día, y me encontraba esperando a que me recogieran de la escuela cuando, de pronto, una explosión ahogó todos los ruidos de la ciudad: los sionistas acababan de volar el hotel King David, cuartel general británico en Jerusalén. (7) Alrededor mío, la gente empezó a correr despavorida. Por suerte, encontré la casa de mi tía.

Cuando los combates comenzaron el 29 de noviembre de 1947 (8) y la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 181, yo tenía ocho años; y nueve cuando los británicos se fueron de Palestina tras veintiséis años de mandato, y cuando los grupos sionistas anunciaron la fundación del Estado de Israel. La administración británica fue desmantelada y se despidió a los funcionarios, entre ellos mi padre. Él y mi madre tuvieron que regresar a Nablus.

El caserón de nuestro abuelo, en la entrada oeste de la ciudad vieja, en realidad era, como el resto de las construcciones tradicionales de Nablus, un conjunto

de varias casas pegadas unas a otras. Nos instalamos en una de ellas y mi padre se dedicó a renovarla. La casa era bonita, con sus paredes de piedra de color ocre, techos abovedados y ventanas inmensas que iban del suelo al techo y dejaban penetrar la luz del día en todas las habitaciones. El jardín olía a jazmín, mirto y almizcle.

En mayo de 1948, mi padre supo que había perdido su huerto en Jaffa. Ya no teníamos ningún ingreso y éramos trece bocas que alimentar. Por entonces, mis padres tenían diez hijos: seis niños y cuatro niñas. Nuestra abuela vivía con nosotros. Pasamos dos años aproximadamente comiendo pan y dátiles, dátiles y pan.

Hasta 1952, Nablus acogió la inmensidad del dolor de los palestinos que lo habían perdido todo; venían de Jaffa, Haifa, Nazaret y de las aldeas tomadas o destruidas por los soldados israelíes... Se instalaban donde podían, en la calle, en las mezquitas, en las iglesias, bajo los árboles... El patio de la escuela, justo al lado de nuestra casa, albergaba a algunas familias; vivían en condiciones miserables, sin nada que comer, sin agua para lavarse, sin ropa para cambiarse. Permanecieron allí hasta que la UNRWA los trasladó a campamentos.

Los miembros de la familia de mi madre habían tenido que huir de Ramleh, convertida en parte del territorio israelí a partir de 1948. De la noche a la mañana tuvieron que dejarlo todo y partir. En un intento de evitar que perdieran su dignidad, mi tía Um-Nidal (9) los acogió en su casa. Su presencia aportaba un poco de alegría en un contexto dramático: mis tías Samira y Nadira, de veinte y diecisiete años, eran jóvenes modernas, paseaban en shorts, tocaban música y escribían poesías revolucionarias. Samira, la más rebelde, nunca perdía la oportunidad de participar en las manifestaciones. Cuando decidieron darnos clases porque dejamos de ser niños escolarizados, se convirtieron en nuestras "hadas madrinas".

Aun hoy tiemblo cuando recuerdo el momento en que los aviones sionistas comenzaron a bombardearnos por la noche. Todo era frío y húmedo. Como un pastor a sus corderos, nuestro padre nos abrazaba cubriéndonos con su amplio abrigo de lana. Bajamos a toda velocidad a la planta baja donde, en otra época nuestro abuelo tuvo su farmacia, y permanecimos allí hasta el final de las incursiones aéreas.

En 1950, cuando Cisjordania se unió a Jordania, todo cambió. El dinero volvió a circular en la sociedad palestina, las instituciones recibieron fondos, los

empleados recuperaron sus puestos de trabajo y sus salarios, y mi padre volvió a ser jefe del departamento de finanzas, esta vez en Nablus. La unión de ambos territorios fue posible gracias a la cercanía de algunos dignatarios al gobierno jordano. No todos los palestinos estaban de acuerdo. Si bien unos estaban convencidos de que formando parte de Jordania podrían por fin regresar a sus hogares, otros dudaban si podrían confiar en una Jordania bajo control británico, teniendo en cuenta que fueron estos quienes apoyaron a los sionistas para hacerse con nuestras casas y tierras. ¿No estaba la Legión Árabe (el ejército transjordano) comandada por el oficial británico John Bagot Glubb, llamado Glubb Pacha? (10) En Cisjordania, las manifestaciones contra los ingleses se multiplicaban. Los palestinos expresaban su ira y frustración en las calles, reclamando el derecho de regresar a sus hogares y la salida de los británicos de Jordania. A pesar de mi juventud, a menudo me uní a las protestas.

Por aquel entonces, nuestra familia vivió acontecimientos dramáticos. Mi hermano menor, Nael, de 6 años, solía jugar en el balcón. Un día, su pelota rebotó, rodando hasta la calle. Quiso atraparla, corrió... pero un camión lo atropelló. El golpe fue terrible para toda la familia, pero sobre todo para mi madre, que se enfermó del dolor. Nunca se recuperó. Pocos años después, el mayor de mis hermanos, Nitham, de veinte años y miembro del equipo de fútbol de Nablus, partió a Jerusalén para una operación sin mayor importancia. Pero la dosis de la anestesia fue inadecuada... y nunca pudo regresar. El hospital le pidió a mis padres que recogieran su cuerpo, sin más explicaciones. Fue demasiado para nuestra madre. En 1953, durante una noche de invierno, su corazón dejó de latir. Tenía treinta y ocho años.

Inconsolable, mi padre, que tenía cuarenta y dos años, no quiso volver a casarse. Mi hermana mayor, Hiyam, ejerció de madre de todos nosotros, en especial de Shadiya, la más joven de mis hermanas, que solo tenía tres años. Así, a pesar de su juventud —veintidós primaveras—, toda posibilidad de casarse, se desvaneció.

Mi madre había sido muy estricta. Tras su muerte me inundó un sentimiento de libertad que me sobrepasaba. Rechazaba todo tipo de autoridad, sobre todo la de los profesores... A los trece años empecé a fumar, y me divertía riéndome de los profesores dejando correr cucarachas justo en el momento en que pasaban por las filas, haciendo que los cuarenta alumnos abrieran su paraguas dentro de la sala al mismo tiempo, o que

rompieran vasos lanzándolos contra el suelo en un momento preciso... Yo era la que orquestaba todas las trastadas y por eso mismo me convertí en visitante asidua de la oficina del director... ¡Y además me sentía orgullosa de ello!

Un día, mi profesora convocó a mi padre y le aconsejó "enviarme a Belén", lo que quería decir, el "hospital psiquiátrico". Mi padre, impasible, le respondió que le aconsejaba leer libros sobre los niños superdotados, que sin duda aprendería muchas cosas. Con eso yo evidentemente me deleité. Mientras los profesores me trataban de incapaz, mi padre les recordaba su incapacidad de ver que yo era "diferente", y que precisamente en ello radicaba mi riqueza. Su defensa constante nos hacía fuertes a nosotros sus hijos. En todo momento tenía la respuesta adecuada para los que se quejaban de mi carácter descarado. Al marido de mi tía, un político que se quejaba de que yo lo había criticado en público y merecía un castigo, mi padre le respondió:

—Mis hijos son espíritus libres, tienen derecho a decir lo que piensan. Si quieres hablar con Ilham, se encuentra justo al lado.

Nunca levantó la mano sobre ninguno de nosotros. Cuando se enojaba, nos miraba fijamente en los ojos y decía "tss, tss...", sacudiendo la cabeza... Era suficiente para que nos fuéramos a nuestra habitación y reflexionáramos sobre lo ocurrido.

Si había algo que me calmaba, eran los libros. En casa estaban por todas partes, incluso en los estantes sobre las puertas de las habitaciones. Había novelas, ensayos, cuentos, archivos de preparaciones farmacológicas, libros antiguos que provenían de las bibliotecas de nuestros antepasados... Los más recientes, en árabe y en inglés, los obteníamos prestados por tres centavos, a la vuelta de la esquina. Por la noche, mis hermanas, mis hermanos y yo teníamos un ritual: Hiyam, la mayor, nos leía la primera página de un libro, y teníamos que terminarlo solos. Luego se lo resumíamos. Esto estimulaba aún más nuestra imaginación. Teníamos el desván lleno de objetos antiguos, rotos, que nos servían para poner en escena historias increíbles. En cuanto a mi padre, apenas volvíamos a casa, nos hacía jugar con ejercicios de cálculo mental: $((((15 + 9) \times 3) + 7) \times 6) : 2$? Por eso, todos leíamos mucho y éramos buenos en matemáticas.

Uno de mis momentos favoritos eran las noches de poesía cuando, sentados en círculo, uno de nosotros recitaba un verso. Luego, su vecino, con la última palabra, tenía que encadenar con el siguiente, y así por

turno. Aprender poemas siempre ha sido parte de nuestra cultura.

El primer libro de "grandes" que leí estaba firmado por el escritor egipcio Mustafa Mahmoud. (11) Lo curioso es que hoy en día es conocido como islamista cuando, por aquel entonces, sostenía que Dios no existía, una teoría que encajaba perfectamente con mi carácter contestatario de adolescente. Yo había decidido que no reconocería nunca más a ninguna autoridad. Excepto en mi padre, no confiaba en nada. Para él, la educación era una prioridad. Eso nos transmitía, tanto a sus hijos como a sus hijas: "¡Nadie, ni siquiera un marido, sustituye la educación!" —decía. Incluso las rebeldes como yo escuchamos sus consejos.

El 3 de junio de 1967, mi hermana Shadiya terminó su primer año de arqueología y sociología en la universidad de El Cairo. En casa nos sentábamos en torno a la radio para escuchar a Ahmad Said, animador egipcio de un programa muy popular en esa época. De pronto, anunció que los israelíes habían bombardeado la aviación egipcia. (12) La guerra acababa de estallar. Inmediatamente Shadiya y yo corrimos hacia la comisaría de Nablus para pedir ser entrenadas; queríamos defender nuestra ciudad de los israelíes. No éramos las únicas. El policía jordano al que nos dirigimos (13) nos envió al colegio Ayshiyeh, en el extremo oriental de Nablus, donde prometió recogernos más tarde. Cuando llegamos a Ayshiyeh, había cerca de doscientos jóvenes. Esperamos, esperamos, y al final del día, volvimos a llamar a la policía.

—¡Ya vamos!, contestaron.

Pero nadie vino. En vano volvimos a llamar.

La luz del día se desvanecía, y seguíamos esperando. De pronto, un vecino de la escuela nos informó que los tanques habían entrado en la ciudad. Nos contó de qué modo al principio mostraban la bandera iraquí y los habitantes los habían aplaudido... Pero que de repente los soldados habían comenzado a disparar y la gente se había dado cuenta de que eran tanques israelíes.

Nos escondimos en la sala de profesores, la más grande. Tras cerrar las persianas, esperamos de pie —el espacio era reducido para que todos nos sentáramos—, apretados los unos contra los otros, en silencio. Angustiados, oíamos acercarse el sonido de los disparos y las bombas. Su ruido nos recordaba las atrocidades en Deir Yassin, (14) las violaciones y ejecuciones de las que todos habíamos oído hablar. Estábamos convencidos de que los israelíes llegarían rápidamente y nos masacrarían. Pero las horas pasaban y nunca aparecieron.

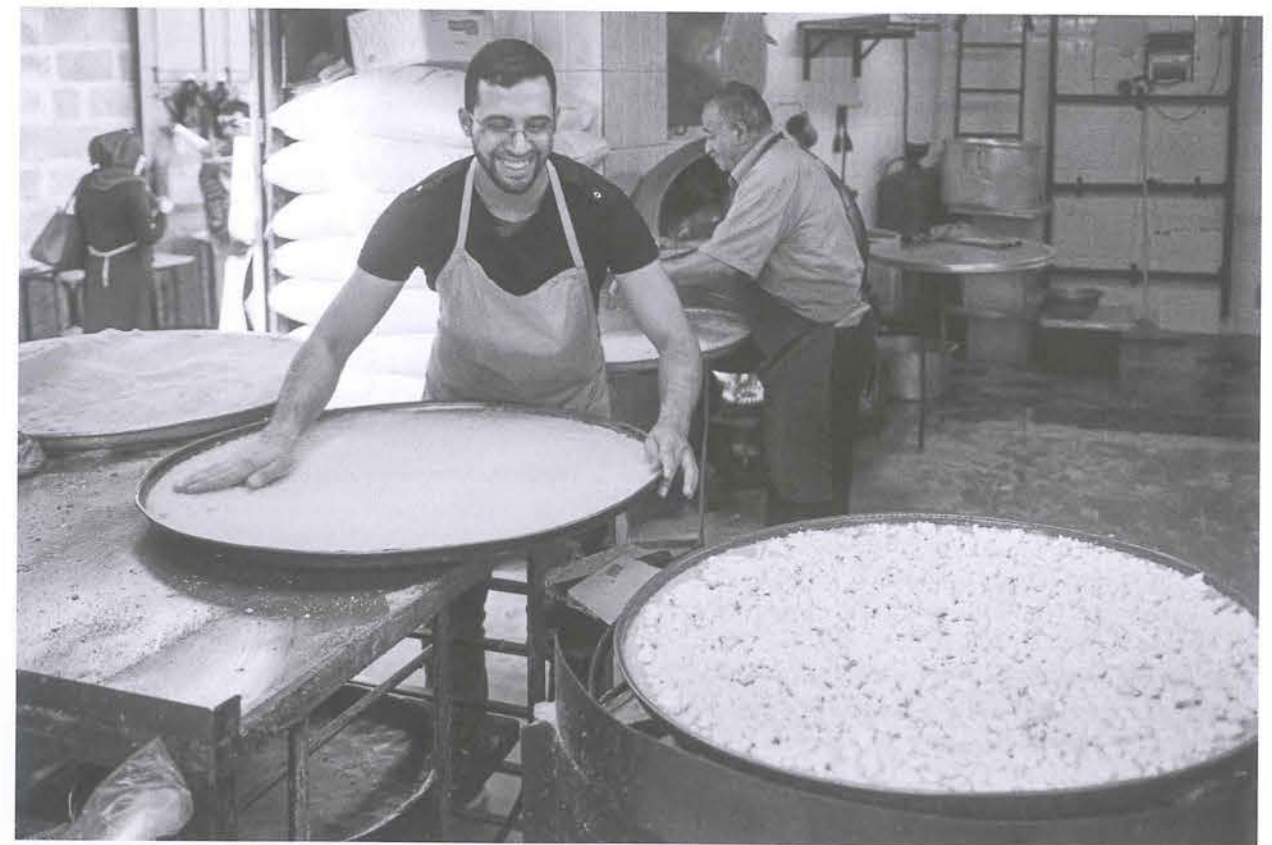
Pasamos la noche inmóviles, ni siquiera salimos a hacer nuestras necesidades. A primera hora de la mañana, viendo que no había nadie, partimos hacia la ciudad antigua. Shadiya, mi hermana menor, se hizo cargo de la situación. Según ella, debíamos dirigirnos hacia la ciudad vieja, pues era poco probable que los tanques israelíes se arriesgaran por ese lado. Salimos, cada tres minutos, en grupos de cinco. Las calles estaban desiertas. Los habitantes, escondidos en sus casas, miraban por las ventanas; algunos agitaban ropa blanca por si los soldados venían a buscarlos.

Cuando llegamos a casa después de haber atravesado toda la ciudad, mi padre y Hiyam, aliviados, nos acogieron. Fue desde la ventana de mi habitación que pude ver los enormes tanques y comprendí finalmente que estábamos bajo ocupación militar israelí. Sentí entonces que me caía de una torre, que me aplastaban; como si los tanques me pasaran por encima. Estaba perdida en

esa horrorosa visión, cuando sentí el brazo de mi padre rodeando mis hombros, impidiendo un movimiento que podría haber sido fatal. Él también lloraba.

En un árabe mal pronunciado, los israelíes anunciaron públicamente que de ahí en adelante estaríamos regidos por su gobierno militar, que instauraban el toque de queda, y que cualquiera que opusiera resistencia sería ejecutado de inmediato. Durante varios días, los altavoces repetían canciones en hebreo. Entre una y otra, comunicaron que el municipio de Nablus estaba bajo su control. El alcalde no se resistió y se rindió, lo que le valió duras críticas por una parte de la población. Decían que su rendición había permitido a las autoridades israelíes recuperar todos los expedientes de los opositores políticos, principalmente de grupos nacionalistas y marxistas. (15) Otros, sin embargo, le agradecieron su decisión de evitar un derramamiento de sangre.

Kenafeh, el postre tradicional de Nablus



En pocos días, Nablus se llenó de refugiados provenientes de los pueblos y ciudades fronterizas con Israel. Llegaban con lo puesto, totalmente desprovistos de agua y alimentos.

Durante el toque de queda, alguien llamó a nuestra puerta. Para mi sorpresa, reconocí a mis amigas Raymonda Hawa Tawil, (16) Sahar Khalifa (17) y Nehal Al Masri. (18) Aunque originaria de Acre, Raymonda era muy conocida en Nablus, simbolizaba a la mujer liberal que atraía a los intelectuales del mundo entero. Jean-Paul Sartre, Noam Chomsky y Samuel Beckett la habían visitado en su Café Raymonda, donde se discutía de filosofía y de política.

—Ilham, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras miles de refugiados llegan de todas partes. ¡Tenemos que ayudarlos!, me lanzó.

Yo, con la cara ahogada en lágrimas, me preguntaba si serviría de algo, pues Palestina estaba perdida. Pero terminé por reaccionar, entendí que Raymonda tenía razón, ¡había que actuar!

Mi amiga, que había aprendido hebreo en Acre (19) y lo hablaba con fluidez, llamó al gobernador militar israelí de Nablus para pedirle permiso para salir durante el toque de queda y ayudar a los desplazados. El hombre, sin duda sorprendido por su determinación, accedió. La UNRWA puso un vehículo a nuestra disposición, y recorrimos casa por casa recogiendo absolutamente todo lo que podía ayudar a los refugiados. Mucha gente nos conocía y cooperó. Raymonda reunió todo lo que encontró en su casa: alfombras, mantas, comida, ollas, toallas, ropa, lámparas, estufa... Muchas malas lenguas criticaron su comportamiento: ¿era una patriota filantrópica o una colaboracionista? Ella las ignoró.

Lo que importaba era ayudar a las personas necesitadas, como la madre de diez hijos, gravemente herida, cuyo marido había sido asesinado por los israelíes y que necesitaba urgentemente una transfusión sanguínea de un donante O negativo, grupo escaso en la región. Raymonda, desesperada, buscó por todas partes, recorrió todos los hospitales... Finalmente fue un vendedor ambulante quien la salvó donándole la suya. Esa solidaridad que procedía de gente pobre carente de todo me conmovió y animó a continuar.

Con tantos refugiados en las calles de Nablus, y la imposición del toque de queda que impedía retirar los desechos, estos no tardaron en acumularse. Las enfermedades tampoco tardarían en llegar... Hiyam, Shadiya y yo fuimos a buscar escobas y reunir volun-

tarios para limpiar nuestra querida ciudad. A Shadiya pronto se le unieron decenas de otras pequeñas manos y, en pocas horas, hizo de la escoba un instrumento de resistencia. Luego, ella y algunos de sus amigos se dedicaron a recolectar todo tipo de objetos para venderlos y distribuir el dinero entre los más vulnerables. Más tarde me enteré de que también llevaba ropa y comida a los *fedayin*, los luchadores por la liberación de Palestina escondidos en las cuevas de las montañas que dominan Nablus. Shadiya las dejaba junto a un árbol y ellos las recogían cuando se marchaba. La ausencia de contacto directo de cierta manera la protegía. Centenares de personas fueron detenidas por los israelíes, que utilizaban técnicas de delación entre palestinos. Uno de sus métodos preferidos era lo que llamábamos el *kisse* ("saco", en árabe). Consistía en cubrir la cabeza de un palestino con una bolsa de tela perforada por dos agujeros, a través de los cuales, la persona podía ver. Luego, los israelíes lo confrontaban con un grupo de palestinos. Si no colaboraba con la denuncia de algún *fedayin*, él o uno de sus familiares podía ser detenido, torturado o ejecutado. Esta denuncia anónima —el *kisse* podía ser colocado sobre la cabeza de cualquier persona, incluso sobre la de un israelí— consiguió su objetivo: infundir desconfianza entre los grupos de oposición palestinos.

Poco después de la ocupación de 1967, algunos grupos de *fedayines* que contaban con palestinos en la diáspora pudieron entrar a escondidas en Cisjordania. Oímos hablar de ellos, pero nunca los vimos. De ahí mi sorpresa cuando descubrí en nuestro salón a un grupo de amigos de Shadiya que no conocía, y cuyos rostros más tarde vi en folletos políticos distribuidos a escondidas, referidos a combatientes que lucharon contra la ocupación, asesinados por el ejército israelí. Todos ellos palestinos que habían estudiado en universidades europeas —Alemania, Hungría, Francia— ingeniería civil, filosofía, física... Por razones obvias de seguridad, Shadiya casi nunca los invitaba a casa. Pero mi padre entendía lo que estaba pasando. Aún lo recuerdo diciéndonos, como si de una premonición se tratase:

—Cuidado, hijas, las armas son peligrosas, ¡no las tomen a la ligera!

La noche del 28 de octubre de 1968, víspera del comienzo del Ramadán, cenábamos todos juntos en casa. En la mesa estábamos sentados Hiyam, Shadiya, una joven prima de Gaza que estaba de paso, y yo. Mi padre acababa de levantarse para ir al salón, como

de costumbre. La cena llegaba a su fin cuando llamaron a la puerta. Eran las 19:20 horas. Shadiya se levantó rápidamente para abrir la puerta. Es todo lo que recuerdo.

Hubo una enorme explosión, la luz se apagó y el fuego invadió el comedor. Cuando abrí los ojos, pensé que había explotado la bombona de gas de la cocina. Primero encontré a Hiyam, herida y aturdida, pero viva. Nos dirigimos al salón. Las paredes, el techo y los arcos habían estallado. Todo estaba lleno de escombros y el fuego nos rodeaba. Sobre nosotras, el techo no era más que un agujero enorme. Solo quedaba el cielo.

Un gemido muy débil nos guió hasta nuestro padre. Estaba tirado en el suelo, entre los escombros, con su silla sobre el cuerpo y, sobre la silla, una enorme piedra. Milagrosamente, tenía los ojos abiertos y respiraba. Tan rápido como pudimos, lo sacamos de las llamas y del humo. Los vecinos llegaban de todas partes, rostros conocidos y desconocidos. También llegaron los soldados israelíes. Entre muebles y adoquines, atravesando un espeso humo negro en medio de cientos de libros consumidos por grandes lenguas de fuego, buscamos a Shadiya y a nuestra prima. Había que apurarse, alejarnos de la casa. Aliviada, vi a nuestra prima, inquieta, vagando conmovida, pero viva. Shadiya no estaba en ninguna parte.

Fueron los socorristas quienes finalmente encontraron bajo los escombros lo que quedaba de nuestra hermanita. Más tarde nos dijeron que "alguien" (un joven de diecisiete años, según los israelíes) le había entregado una bomba de 22 kg de explosivos a Shadiya. Nunca se investigaron las circunstancias de la explosión, nunca nadie nos explicó con certeza lo que pasó. El ejército israelí envió excavadoras que arrasaron lo poco que quedaba de nuestra casa. Shadiya se convirtió, a sus diecinueve años, en la primera mujer muerta por la causa palestina durante la ocupación israelí de 1967.

Antes de ser trasladado al hospital, mi padre fue interrogado por el ejército israelí. Mi tía Um Nidal nos alojó en su casa y toda la ciudad nos ayudó para evitar caer en la mendicidad y progresivamente reconstruir nuestras vidas. Las condolencias llegaron de toda Palestina.

Pocas semanas después, a medianoche, un blindado se detuvo con las luces encendidas frente a la casa de Um Nidal, y soldados armados irrumpieron. Entraron en la habitación donde dormía nuestro padre y lo obligaron a levantarse de la cama. Luego, lo sacaron en pijama, su abrigo de lana echado a toda prisa sobre sus hombros. Era invierno. Todavía recuerdo el temblor que me sacudió. ¿Adónde se lo llevaban? ¿Qué le harían? Todo el vecindario vino a apoyarnos, a esperar su regreso. Tras cinco largas horas, los soldados lo devolvieron, dejándolo frente a la puerta. Estaba pálido, muy pálido, y sus arrugas habían ennegrecido. Lloraba a mares, era horrible verlo. Lo habían llevado a la casa de Mohammad, el sobrino favorito que había estudiado farmacia en Suiza antes de regresar a Palestina, a quien mi padre amaba como a un hijo. A los vecinos, los israelíes les quisieron hacer ver que era él, el padre de Shadiya, quien los había conducido hasta allí, revelando dónde vivía su sobrino, cuando la verdad era, evidentemente, que los israelíes lo sabían desde hacía tiempo. Se trataba de un método clásico. Así, quebrando aún más a un hombre ya hundido por la pérdida de su hija menor, se convencieron de que esta era una victoria para ellos.

Durante mucho tiempo pensé que la violencia que viví ese día me destrozaría a mí también. Aún hoy tiemblo cuando veo soldados o armas. Sin embargo, logré sobreponerme, levantar la cabeza, como hacen todos los palestinos que siguen queriendo volver a casa y que continúan creyendo en un país llamado Palestina. ”

(1) La reputación de Ilham Abughazaleh es resultado de sus múltiples acciones, como la de haber cofundado la Liga de estudiantes árabes en Florida (EE.UU.), el teatro Al Zaituna en Nablus, el Institute of Arab Women Studies (Instituto de Estudios de la Mujer Árabe) en Washington, o el Instituto de Estudios de la Mujer en BirZeit.

(2) Philippe Bourmaud, "Santé et territorialité : L'assurance maladie et l'expulsion silencieuse des familles palestiniennes" (Salud y territorialidad : el seguro de salud y la expulsión silenciosa de las familias palestinas), en el marco de una investigación para el Instituto de estudios del Islam y las sociedades del mundo musulmán, en J. Al Hussein y A. Signoles (Dirs.), *Les Palestiniens entre État et diaspora. Le temps des incertitudes* (Los palestinos entre Estado y diáspora. El tiempo de las incertidumbres). París: Karthala, 2012, pp. 119-148. Este trabajo muestra que pese a la creación de la Autoridad Palestina en 1994, el Estado israelí continuaría supervisando militar, jurídica y administrativamente la vida de todos los palestinos, independientemente de su estatus —ya sean ciudadanos de Israel, palestinos de Jerusalén Oriental, palestinos de Cisjordania o palestinos de la Franja de Gaza—. Esta tutela múltiple convierte a la población palestina en objetivo estratégico del Estado israelí.

(3) Los principales diarios palestinos como *Falastin* (1911) y *Al Dif'aa* (1934) nacieron en Jaffa.

(4) Nir Arieli, "Haifa is still Burning, Italian, German and French Air Raids on Palestine during the Second World War" (Haifa sigue ardiendo, ataques aéreos italianos, alemanes y franceses en Palestina durante la Segunda Guerra Mundial), *Middle East Studies*, vol. 46, núm. 3, pp. 331-347, 2010.

(5) Baqa'a, Al Qatamun, Talbiya y Abu Tor y la mitad de Musrara formaron parte de Jerusalén Occidental tras 1948.

(6) Marius Schattner, *Histoire de la droite israélienne, de Jabotinsky à Shamir* (Historia de la derecha israelí, desde Jabotinsky a Shamir). París: Complexe, 1999, coll. Questions au xxe siècle.

Avi Shlaim, *The Iron Wall, Israel and the Arab World*, 2000, trad. español: *El muro de hierro, Israel y el mundo árabe*. Ediciones Almed, 2003. Según el autor, la conferencia sionista de agosto de 1945, que concluyó con una política de oposición activa a la dominación británica, inició un levantamiento armado. La Haganah recibió la orden de cooperar con grupos disidentes, entre los cuales destacaba la Organización nacional militar (Irgoun), atacando a la administración británica en Palestina tras la publicación, en 1939, del Libro Blanco. Más tarde, ese mismo año, Irgoun puso fin a la campaña en contra de los británicos. Sin embargo, el ala más extrema del grupo, encabezada por Abraham Stern (creador del Lohamei Herout Yisrael, "Los combatientes de la libertad de Israel", más conocido como *Lehi*, acrónimo en hebreo) se separó para continuar los ataques contra los británicos. Aunque Stern nunca tuvo

más de trescientos miembros, fue la organización que los británicos más temían.

(7) Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Crítica, 2008. pp. 49-50. Según el autor, el gobierno laborista británico de posguerra, encabezado por Clement Atlee, tenía planes diferentes para Palestina. Ahora que los judíos europeos no corrían el riesgo de ser aniquilados, y que la mayoría prefería marcharse al otro lado del Atlántico antes que a Oriente Medio, el nuevo gabinete británico y su energético secretario, Ernest Bevin, buscaban una solución fundada en los deseos e intereses de la población que realmente vivía en Palestina, y no en aquellos que, según los líderes sionistas, podían querer trasladarse allí. En otras palabras, buscaban una solución democrática.

Los ataques armados y, en particular, aquellos perpetrados por terroristas de las milicias clandestinas judías no consiguieron cambiar esa política. Los británicos reaccionaron tíbilmente contra las bombas colocadas en puentes, bases militares y su cuartel general en Jerusalén (el hotel King David), sobre todo si se compara con el brutal trato que habían infligido a los rebeldes palestinos durante la década del treinta. Las represalias adoptaron la forma de una campaña de desarme de las tropas judías, que en gran parte ellos mismos habían armado y reclutado, primero en la guerra contra la rebelión palestina de 1937, y luego contra las potencias del Eje en 1939.

Para Henry Laurens, *L'accomplissement des prophéties* (El cumplimiento de las profecías), p. 35, el rechazo a aplicar la resolución del 29 de noviembre 1947 que reconocía internacionalmente el Estado de Israel convirtió a Gran Bretaña, protectora antaño, en enemiga. Los grupos sionistas en particular interpretaron que su actitud favorecía a los árabes, y que los ingleses estaban en contra del futuro Estado judío [...]. En consecuencia, calificaron a los británicos como "dignos sucesores de los nazis".

(8) El 29 de noviembre 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó un texto histórico, la Resolución 181, en favor de la partición de Palestina. A pesar de la Guerra Fría, los Estados Unidos y la Unión Soviética votaron a favor de la resolución, si bien Gran Bretaña por su parte, se abstuvo. La resolución definía un calendario para la creación de dos Estados, uno judío y otro árabe, ligados ambos por una unión económica, y otorgaba a Jerusalén un estatus internacional.

(9) Una mujer es llamada según el nombre de su hijo o de su hija mayor. Um Nidal significa madre de Nidal.

(10) El mandato británico sobre Jordania terminó en marzo de 1946. Sin embargo, en 1950 el ejército transjordano seguía siendo dirigido por el oficial inglés John Bagot Glubb. En 1939 este, llamado Glubb Pacha, había sucedido a Frederick Peake, quien encabezó la Legión Árabe, por lo que el ejército transjordano llevó esa apelación, "Legión árabe" entre 1923 y 1956. A raíz de la estrategia política jordana de arabización del ejército, Glubb

Pacha fue destituido de sus funciones en marzo de 1956. Para más detalles, ver Delphine Froment, *La Légion arabe* (La Legión Árabe), <https://www.lesclesdumoyenorient.com/La-legion-arabe.html>, 4 mars 2013 (*Les Clés du Moyen-Orient*).

(11) Nacido en Egipto, Mustafa Mahmoud escribía sobre temas muy variados como ciencia, filosofía, religión, política, cuestiones sociales, diarios de viajes y cuentos. Sus primeros libros cuestionaban la existencia de Dios. Más tarde, antes de convertirse en un reconocido musulmán, criticó el marxismo.

(12) Mario Rossi, *L'ONU et la crise du Proche-Orient de 1967*. (La ONU y la crisis del Oriente Próximo de 1967), *Politique étrangère*, año 40, núm. 5, pp. 525-555, 1975. El autor cuenta en detalle los sucesos.

(13) En 1967, cuando ya desde 1950 Cisjordania forma parte de Jordania, la policía es jordana.

(14) Abd Al Qadir Al Hussein, una de las figuras de la gran revuelta árabe de 1936-1939 contra la declaración de Balfour, muere combatiendo en Qastal contra los grupos sionistas. El 9 de abril de 1948, los hombres de los pueblos vecinos fueron a Jerusalén para rendirle un último homenaje. Conscientes de ello, varios grupos armados sionistas lanzaron un ataque contra el pueblo donde solo se encontraban los ancianos, las mujeres y los niños. De acuerdo con la Cruz Roja, 254 personas fueron masacradas en Deir Yassin.

(15) Ahron Bregman, *Cursed Victory: A History of Israel and the Occupied Territories* (Maldita victoria: historia de Israel y de los territorios Ocupados). Reino Unido: Allen Lane, 2014. Según el autor, el alcalde de Nablus, Hamdi Kanaan, fue emisario de Moshé Dayan para la construcción de los "puentes abiertos" de Jordania, que más tarde permitirían los intercambios entre las dos orillas del río Jordán. En realidad, estos puentes fueron utilizados para trasladar buses con personas procedentes de Belén, Jerusalén, Hebrón y Nablus a Jordania. Se trataba de viajes solo de ida, sin ninguna posibilidad de regreso. Todo aquello pasaba como cobertura de una cierta normalidad denominada "ocupación invisible", que permitió a Israel transferir de Cisjordania a Jordania el mayor número posible de personas.

(16) Raymonda Hawa Tawil es autora y periodista palestina. Nació en Acre, en 1940, y creció en una familia cristiana que poseía tierras en Haifa y Galilea.

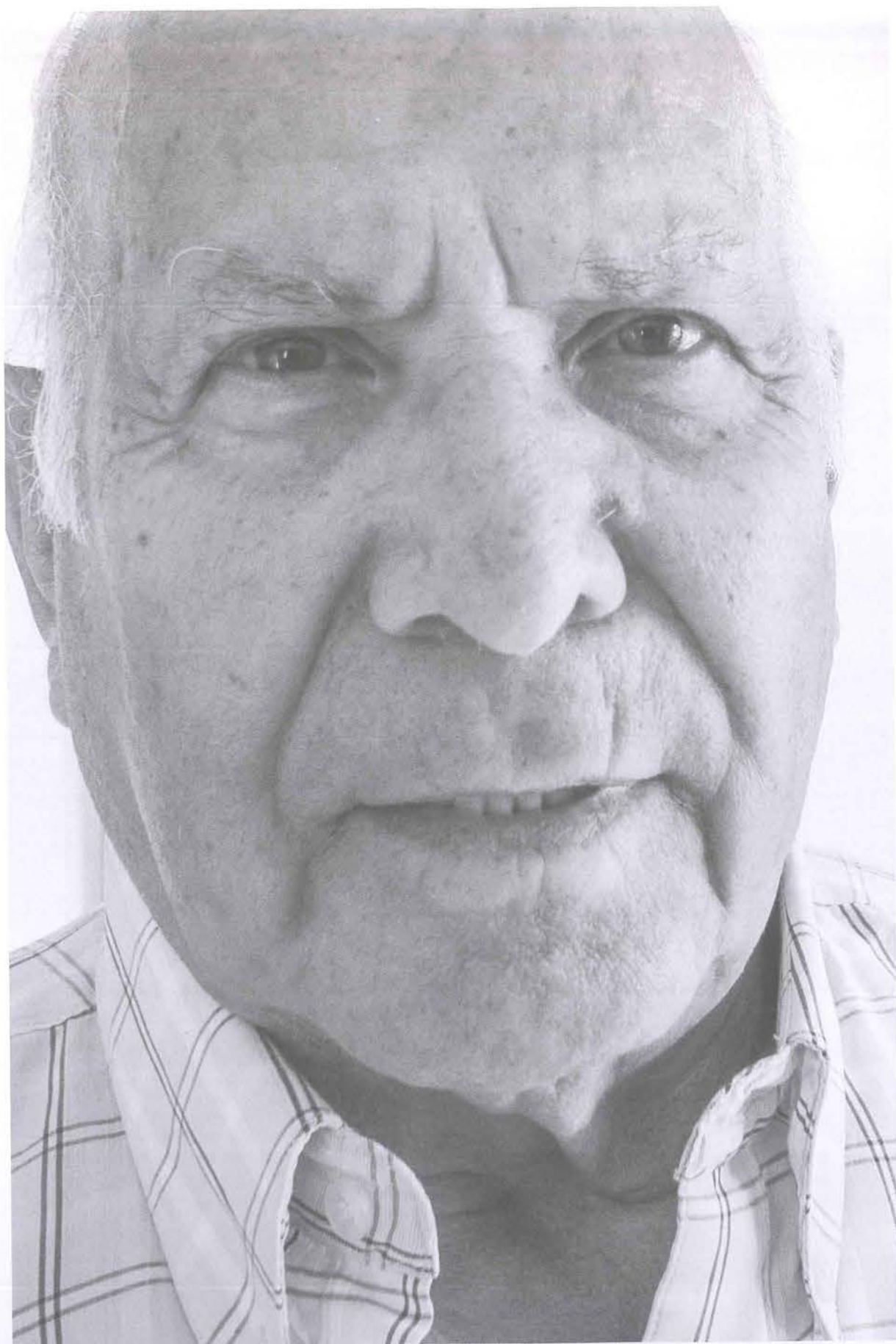
(17) Sahar Khalifa es considerada una de las mayores novelistas palestinas de nuestra época. Nació en Nablus, dio clases en la universidad de Bir Zeit, y estudió literatura anglosajona en Estados Unidos previo a su regreso a Palestina, donde abrió un Centro de Estudios de la Mujer. En 2006 fue galardonada con el Premio de literatura Naguib Mahfouz.

(18) Nehal Al Masri era la hija de un miembro del parlamento jordano.

(19) Desde 1948, Acre forma parte de Israel.



Puerto de Jaffa, en los años treinta



Chilestino: ¿palestino de Chile o chileno de origen palestino?

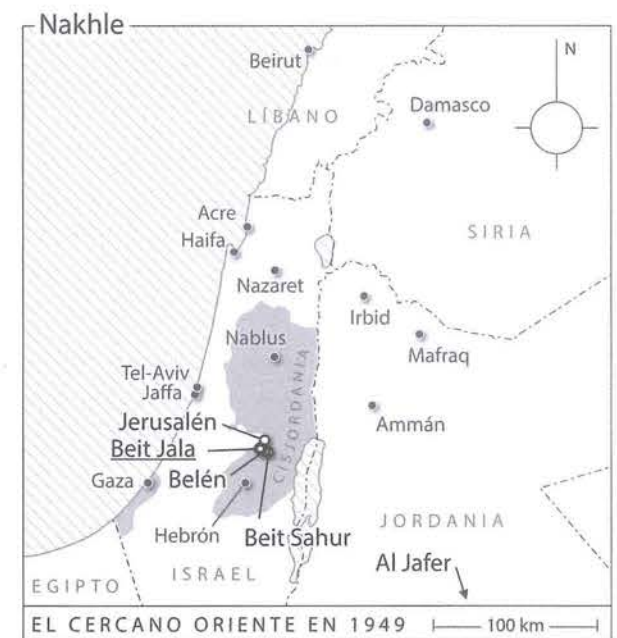
Nakhle Shahwan, 84 años

La comunidad palestina más grande fuera del mundo árabe vive en Chile. Llamados "turcos" por los chilenos (1) debido al pasaporte otomano que tenían cuando llegaron a América del Sur a finales del siglo XIX, (2) provenían esencialmente de tres pueblos: Beit Jala, Beit Sahur y Belén. En su mayoría eran cristianos que huían de la pobreza, del alistamiento militar obligatorio bajo los otomanos, y con la impresión de servir como carne de cañón durante la Primera Guerra Mundial. Buscaban El Dorado que representaba América, tanto para ellos como para muchos europeos que emigraron en masa (3) durante el mismo período. Chile abrió claramente sus fronteras a la inmigración, considerada un aporte al progreso económico del país. Sus descendientes hoy suman entre trescientas mil (4) y cuatrocientas mil (5) personas.

Desde el inicio de los años veinte, los palestinos crearon estructuras y espacios árabe-palestinos que les permitieron reunirse y no olvidar su origen. Así, en 1920 nacen el equipo de fútbol Palestino, (6) varias publicaciones, emisoras de radio en árabe, grupos de baile de dabke y clubes sociales palestinos. (7)

Nakhle Shahwan es conocido por la mayoría de los palestinos de Chile. Es uno de los personajes que hicieron relucir el barrio palestino de Patronato a las orillas del río Mapocho, que atraviesa Santiago con sus aguas grises. Patronato es donde vendió tejido al por mayor y luego confección. Si se fue a Chile en 1961, cuando se vio obligado a abandonar Beit Jala, es porque sabía que allí encontraría parientes y amigos originarios de su pueblo. Al llegar a esa tierra lejana, tierra de asilo de tantos árabes (8) que llegaron mucho antes que él, supo que este era su puerto, un puerto que con el paso del tiempo y la imposibilidad de regresar a Palestina se ha convertido en su lugar de residencia permanente.

“Vengo de Beit Jala, como la mayoría de los palestinos que emigraron a Chile. Beit Jala es mi casa, mi familia, mis antepasados; es el lugar donde nací, donde crecí, donde quiero estar. Mi padre, Nicolas Shahwan,



era cantero, y sus piedras blancas con tintes rosados eran utilizadas para la construcción de las grandes mansiones de Jerusalén, de sus alrededores y hasta Belén. El trabajo pagaba bien. Con el tiempo mis padres habían logrado comprar una hermosa casa en Jerusalén, en el nuevo barrio de Qatamun.

Mi padre era cristiano como más de las tres cuartas partes de los habitantes de Beit Jala; un hombre sencillo pero trabajador. Un día de 1941 —yo tenía seis años—, salió a cazar con el rifle colgado al hombro. Unos días más tarde, los aldeanos encontraron su cuerpo y su rifle. Y mi madre se quedó sola con sus cinco hijos. La mayor de las tres hijas ya estaba casada, y la menor, mi hermana Neme Shahwan, a sus once años ayudaría a nuestra madre cuidándonos.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, yo tenía diez años. Recuerdo claramente el sentimiento de injusticia y de rebeldía que crecía entre los palestinos contra los británicos que, desde 1922, administraban la vida

económica y política de Palestina, permitiendo que los movimientos sionistas se armaran. Pero bastaba que un palestino fuera descubierto portando un cortaplumas, para llevarlo de inmediato a la cárcel. Los que se oponían al mandato británico a menudo terminaban colgados. Así sucedió con Fu'ad Hijazi, Mohammad Jamjoom y 'Atta Al Zir el 17 de junio de 1930, en Acre. (9)

Más tarde, en 1947, llegó la decisión de Naciones Unidas sobre la partición de Palestina, (10) lo que provocó el estallido de la guerra, un conflicto violento en el que los palestinos teníamos todo que perder y los sionistas, todo que ganar. (11) Durante los combates, mi madre prefirió trasladarse a nuestra casa de Jerusalén donde se sentía más segura. Sin embargo, en abril de 1948, cuando los grupos armados sionistas atacaron los barrios árabes del oeste donde estaba Qatamun, tuvimos que huir y escondernos en las colinas cercanas. (12) Con la precipitación, mi madre dejó la radio encendida, y todavía la escucho repetir: (13) "¡Debía haber apagado la radio! ¡La electricidad es cara!".

Pero la radio continuó transmitiendo ese día, y nunca más pudimos volver a casa. Hoy esa imagen me duele profundamente cuando recuerdo a mi madre cerrando concienzudamente tras de sí la puerta y guardándose la llave en el bolsillo... ¡Ella jamás habría podido pensar que un día le impedirían volver a su casa!

Por suerte, según el Plan de Partición, Beit Jala se encontraba del lado palestino, (14) lo que nos permitió retornar a nuestra casa. Pero nuestras vidas se detuvieron en aquel momento, y aún no lo sabíamos. Los caminos estaban repletos de gente. Cientos y luego miles de palestinos acudieron en masa desde pueblos situados al oeste de Belén. El flujo se acentuó aún más cuando los ingleses se marcharon finalmente el 15 de mayo de 1948, y el Estado de Israel proclamó su nacimiento.

Era espantoso. La gente estaba paralizada de miedo porque los grupos armados sionistas se comportaban como invasores, atacando y masacrando. Beit Jala representaba la seguridad para todos los refugiados pues, si bien a tan solo dos kilómetros del pueblo, la guerra había sucedido fuera.

Han pasado setenta años desde 1948 y aún siento la rabia y el dolor oprimirme el pecho. Siento además impotencia frente a lo que llamamos la *Nakba*, la catástrofe, nuestra catástrofe; una historia aterradora y largamente callada, borrada, negada, (15) incluso ignorada, porque los vencedores, los que construyeron Israel —aduciendo que era la voluntad de Dios—, decidieron que solo permitirían la existencia de una sola y única versión de los hechos: la suya.

Huir para escapar de los conquistadores dejando absolutamente todo en su lugar no fue fácil para los palestinos de los pueblos cercanos a Beit Jala. La violencia de la que habían sido víctimas se reflejaba en sus rostros. Con mis cortos trece años ya sabía lo que significaba todo esto desde que habíamos debido huir de Jerusalén precipitadamente, y ahora veía a todas estas personas intentando reagruparse por familias, barrios, pueblos, y cómo los campos de refugiados iban poco a poco tomando forma.

Eran personas educadas, ciudadanos y campesinos, cristianos y musulmanes, gentes que de la noche a la mañana vieron congeladas sus vidas y todo lo construido durante generaciones. A veces, los que habían salido apresuradamente trataban por la noche de regresar a sus casas para recuperar algún colchón, una frazada, o artículos de valor. Pero muchos no volvían: eran ejecutados en el camino o muertos por las minas que, hábilmente escondidas en las casas o en los caminos, provocaron muchísimas víctimas. David Ben Gurión lo dijo muy claramente en julio de 1948: "Debemos hacer todo lo posible para asegurarnos de que ellos (los palestinos) jamás regresen a sus hogares". (16) Habría bastado con escucharlo para comprender lo que planeaban. Pero ¿cómo habríamos podido imaginar tal crueldad?

No entendía cómo en nombre de la creación del Estado de Israel —considerada "grandiosa" por todo el mundo— nosotros, los habitantes de esas ciudades y colinas, de repente nos transformamos en obstáculos. No podía concebir que nuestra eliminación se hubiera tornado "obvia" para todos, y nuestro sufrimiento, un hecho "secundario". Mi corazón se hacía pedazos viendo a niños y adolescentes como yo buscar a sus padres extraviados en la precipitación. Todos los días, entre las tres y las cinco de la tarde, Radio Jerusalén transmitía mensajes para intentar encontrar a sus seres queridos. Nosotros, los jóvenes de Beit Jala, nos sentíamos comprometidos —quizás inconscientemente sabíamos que nuestro turno vendría más tarde—, y decidimos que era nuestro deber ayudarlos a reencontrarse.

Tras la primavera de 1948, llegó el verano. La esperanza de regresar seguía intacta. Sin embargo, el dinero desaparecía poco a poco, y cuando llegaron la lluvia, el barro y el frío, el despertar fue brutal. La fantasía de un retorno era una cosa; y la realidad, otra. Había que encontrar de manera urgente un refugio sostenible y agua, de los que carecíamos enormemente. Las enfermedades nos afectaban a todos, pero sobre todo a los más frágiles. Cualquier ayuda era bienvenida, y la



Un zapatero
en la Ciudad
Vieja de
Jerusalén

juventud de Beit Jala apostó por movilizarse para conseguirla, pues la ayuda internacional era muy limitada. (17)

Nosotros, los jóvenes de Beit Jala, estábamos horroizados, pero nos manteníamos activos. Rápidamente organizamos un grupo para apoyar a los refugiados a encontrar tierras, construir un entorno digno, aportar agua y alimentos y ponerlos en contacto con personal médico. La oposición a la decisión de las Naciones Unidas de partir por la mitad Palestina para la creación de Israel era generalizada. Nuestra consigna era: "Si ninguno de nosotros enciende el fuego para mostrar el camino, ¿de dónde vendrá la luz?" Nos llamábamos "patriotas", lo que significaba que queríamos ser solidarios con todos los palestinos, en oposición al sionismo. Todos estábamos unidos. En el fondo ellos, los palestinos refugiados, eran como nosotros: ¡todos éramos víctimas en búsqueda de justicia!

Con la llegada de unidades de soldados enviados por los países árabes para combatir al Estado judío y liberarnos, nuestra vida cotidiana se complicó aún más. Ahora, en Beit Jala debíamos además alimentar, alojar y vestir a los soldados egipcios. Finalmente, los sionistas vencieron gracias al sólido apoyo político y militar internacional. Nuestros apoyos fueron débiles.

Con el paso del tiempo, los campos de refugiados se transformaron en lugares de miseria, y la totalidad de las resoluciones de las Naciones Unidas quedaban en letra muerta que nadie respetaba. Sobre todo cuando un grupo de sionistas del Lehi asesinó a Folke Bernadotte, nombrado mediador de la ONU para Palestina. (18) Lo que yo no podía entender era que todos consideraban la cuestión palestina como un problema humanitario de los refugiados y no como una cuestión de derecho al retorno de un pueblo. (19) Y sobre todo: los refugiados palestinos quedaron como refugiados, aunque por otro lado, todos los que vivían en Cisjordania —que formaba parte de Jordania desde el 2 de abril de 1950— obtuvieron la nacionalidad jordana.

A pesar de todo, la chispa de la esperanza siguió viva durante un tiempo, alimentada como un fuego sagrado en la familia y entre los amigos. Solo se apagó definitivamente mucho más tarde, reemplazada por un sentimiento de rabia mezclado con tristeza.

Nuestro grupo de militantes crecía. Expresábamos nuestro descontento en voz alta, nos oponíamos a la idea de resignarnos, a la idea de que nos robaran lo que nos pertenecía para dárselo a otros, a extranjeros. Esto hizo que a ojos de las autoridades jordanas fuéramos objetores, y nuestras manifestaciones, delitos. Muje-

res y hombres del grupo, jordanos y palestinos, ¡todos conocimos la prisión! Las mujeres en las cárceles de la ciudad, y los hombres primero en las de Belén, en territorio palestino, y más tarde en Irbid y en Mafrak, al norte de Jordania, y en Al Jafer, en el sur del país. Vivíamos en carpas levantadas en campamentos en pleno desierto —nadie se escapaba en el desierto—, sin celdas ni puertas, y dormíamos sobre un colchón con cuatro frazadas. En verano la temperatura ascendía hasta los 50 °C, y en invierno bajaba a -10 °C. Una noche, el frío congeló mis pies hasta tal punto que al despertarme, me caí. Hubo que ponerme inyecciones para poder ponerme de nuevo en pie. Considerados presos políticos, nos separaban de los presos comunes y nos mantenían recluidos durante un promedio de seis meses, tras los cuales nos liberaban por un tiempo para después encerrarnos de nuevo. La primera vez tenía dieciséis años; la segunda, veinte. Sumando todos los encarcelamientos, pasé un total de casi ocho años entre rejas, prácticamente toda mi juventud.

Lo que en cierto modo me salvó fue que un miembro de mi familia obtuvo un puesto en el Ministerio del Interior jordano. Con su apoyo, me pusieron en libertad a condición de que abandonara el territorio. Entre la prisión y un exilio sin posibilidad de retorno, como supe más tarde, preferí dirigirme a América Latina: una de mis hermanas se había ido de Beit Jala para emigrar a Chile en 1951, ella podía acogerme.

No fue casual su elección de aquel país escondido tras la cordillera de los Andes. Desde finales del siglo XIX, (20) Chile había recibido a varios miles de palestinos, porque los varones cristianos (21) se encontraban expuestos a múltiples riesgos bajo la dominación otomana. (22) A partir de 1914, todos los hombres eran susceptibles de ser reclutados, si eran menores de cuarenta y cinco años. (23)

La mayoría provenían de Beit Jala, (24) Beit Sahur y Belén, y eran cristianos griego-ortodoxos. (25) Mi familia, los Shahwan, formaron parte de la primera ola de emigrantes. (26) Si bien por otras razones, pero decidí tomar la misma ruta que mis antepasados. En 1961, con veintiséis años, llegué en barco a Valparaíso antes de trasladarme a Santiago. Pero mi corazón y mi mente seguían en Beit Jala. No podía ser de otro modo... Mi padre, mi abuelo, todos mis antepasados habían trabajado duramente para construir una vida y formar parte de una sociedad. Y todo aquello, de repente, ¡se hacía humo! Me sentía culpable de estar lejos; lejos de los refugiados a los que había que ayudar, y de mis amigos militantes que estaban en



"Chilenos de origen palestino. No olvidamos nuestras raíces"

prisión. En más de una ocasión hice las maletas para regresar a Beit Jala. Además, no hablaba el idioma ni conocía la cultura chilena. Pero poco a poco, a medida que comencé a hablar español, todo se tornó posible.

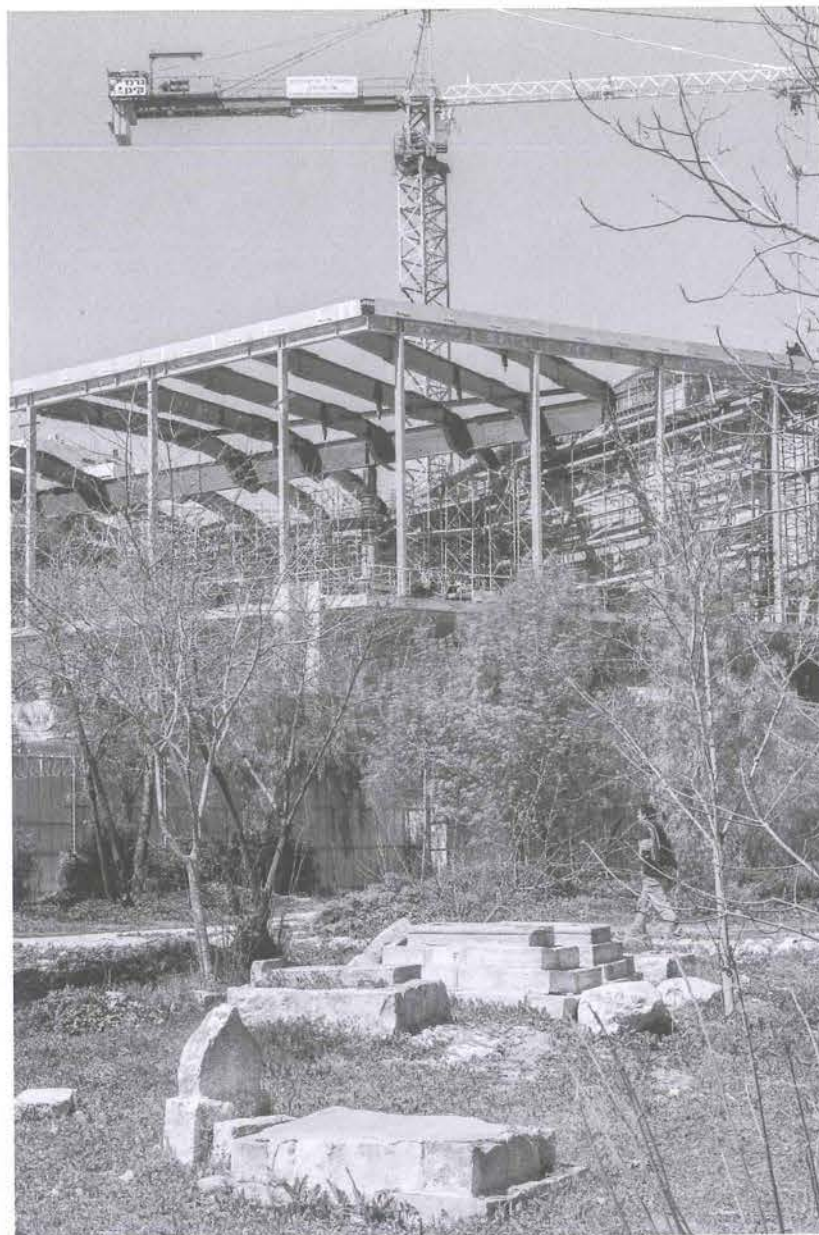
Rápidamente imité a los palestinos de Chile —llamados paisanos (27)— y me abrí camino como comerciante ambulante. Vendía de todo a todo el mundo. Esto lo llamaban el "falt" (una expresión inventada derivada de "lo que falta"), un concepto que lleva implícita la necesidad de que el vendedor se desplace hacia el comprador, y no lo contrario, dándole además al cliente la oportunidad de pagar más tarde.

Poco a poco, a fuerza de trabajar duramente, me creé una clientela y gané su lealtad. El comercio me permitía ganar dinero más rápidamente que la agricultura. Tenía clientes por todas partes en toda la sociedad chilena, no únicamente entre los árabes. (28) En los años veinte, los Shahwan, mis antepasados, habían creado la primera industria textil de Chile, así es que continué haciendo lo mismo. Me casé con una mujer

chilena, y nos instalamos en el número 559 de la calle Santa Filomena, justo al lado de la primera catedral ortodoxa, San Jorge, construida en 1917 en el barrio Patronato de Santiago. (29)

Al principio pusimos las máquinas de coser en el comedor de nuestra casa. Luego, derribamos la pared del dormitorio para hacer una tienda. El negocio funcionó muy bien. Mantuve el contacto con los amigos y familiares palestinos que se habían quedado en Beit Jala. Por ellos supe en 1967 de los bombardeos y de cómo Israel se apoderó de lo que debió ser Palestina. Fue sin duda en ese momento cuando los palestinos se dieron cuenta de que solo ellos podrían salvar Palestina, y de que los otros países árabes jamás lo harían. Existe un dicho popular en árabe: "Solo tu uña sabe cómo rascarte cuando lo necesitas". Sin embargo, sin medios, la voluntad sola no puede nada. El Estado de Palestina fue liquidado por Israel en 1948. Pero cuando en 1967 todos pensaron que definitivamente había desaparecido, reapareció. Desde entonces, la palabra *Palestina* crece

Construyendo
el Museo de
la Tolerancia
encima del
cementerio
musulmán
de Mamillah,
Jerusalén



en todo el mundo, y es muy respetada en Chile porque no puede ni quiere desaparecer.

Los chilenos me sedujeron porque son libres; libres en su cabeza, se entiende. Tienen un espíritu que siempre les envidié. Incluso tras el golpe de Estado de 1973, cuando todo cambió con el general Pinochet (30) en el poder, el pensamiento de los chilenos siguió siendo incontrolable. Recuerdo una escena de esa época, a principios de los años ochenta, durante un partido de fútbol. El estadio estaba lleno, y la gente empezó a gritar como una sola voz: “¡Y va a caer, y va a caer!”. Envidiaba su actitud descarada. Me sentía celoso de esa insolencia, si bien a menudo les costaba caro.

Durante mucho tiempo regresar a Palestina ha sido un sueño. (31) Yo jamás volví, pero mi hermano que vino a Chile a comienzos de 1962 con mi madre, tomó el avión de vuelta hace unos años. En el aeropuerto, durante seis horas, varios jóvenes israelíes de origen ruso e iraquí le hicieron la vida imposible. Revolvieron todo, hasta las costuras de la ropa y ¡lo interrogaron como si fuera un delincuente, cuando lo único que hacía era volver a su casa en Palestina! Lo que quieren es agotarnos y humillarnos hasta el punto de extinguir nuestras ganas de regresar. Nos quieren forzar a renunciar a todo.

En 1978, mi madre nos suplicó regresar a Palestina, así es que fue a Jerusalén. Allí llamó a la puerta de su casa en Qatamun, y una mujer grande, linda, rubia, una polaca, apareció. Pensando poder despertar empatía en esta extranjera, le explicó que la casa era de su familia, pero la mujer se volvió agresiva, esperándole que jera “su” casa porque el gobierno israelí se la había regalado! Las autoridades se habían apropiado de nuestra casa y entregado a una familia de inmigrantes.

Del impacto, mi madre perdió el equilibrio. La mujer le ofreció un vaso de agua y la hizo entrar en

la casa. Allí, mi pobre madre sintió el golpe al ver que ¡nada, absolutamente nada, había cambiado! Los muebles estaban en su sitio. Solo algunas fotografías de la familia habían sido retiradas de las paredes. Era como si estas personas se hubieran instalado en una casa alquilada durante las vacaciones, como si internamente supieran que no les pertenecía, que la habían usurpado. Hay que tener el corazón de piedra para ser capaz de vivir con las pertenencias de otras personas durante tanto tiempo.

En Santiago, toda nuestra casa respira a Palestina: objetos, cuadros, bordados, un mapa de Palestina, y las fotos de Beit Jala, Belén y Jerusalén en mi escritorio. Palestina está en la comida que preparo, en la lengua que les enseño a mis hijos. (32) Saben que tienen origen palestinos, pero son chilenos como yo, que soy un chileno más. Sin embargo, si bien ellos no quieren vivir en Palestina, yo sueño con regresar porque me echaron, no tuve elección. Ahora bien, ¡no hay que generalizar! Cada vez hay más palestinos en el mundo que se preocupan por el retorno a Palestina. (33) Es un sentimiento que crece, que se internacionaliza. Los jóvenes no olvidan. Construyen su vida en otro lugar y posiblemente se queden allí mientras no haya un sitio seguro donde poder instalarse. Pero Palestina forma parte de ellos, aunque de modo diferente a la vieja generación: yo soy un palestino vuelto chileno, mientras que mis niños son chilenos de origen palestino.

En todas partes, ¡mujeres y hombres desean vivir donde están sus raíces y las de sus familias! No soy una excepción. También a mí me gustaría abrir las ventanas de mi casa, la que construyó el abuelo de mi abuelo, y respirar el suave aire de Beit Jala. Yo también quería pasar mi vejez allí donde nací, escuchando el arrullo de las palomas, saboreando el dulce jugo de las naranjas y comiendo pan con tomillo y aceite de oliva. ”

(1) Según Cecilia Baeza, “Les Palestiniens du Chili, de la conscience diasporique à la mobilisation transnationale” (Los palestinos de Chile, de la conciencia de la diáspora a la movilización transnacional), *Revue d'études palestiniennes*, núm. 95, 2005, el sobrenombre de “turcos” era mal recibido por los primeros palestinos de Chile quienes, además de sentir que se les asignaba una nacionalidad que no les correspondía, los identificaba con sus opresores.

(2) Lorenzo Agar y Antonia Rebolledo, “La inmigración árabe en Chile: Los caminos de la

integración”, *El Mundo Árabe y América Latina*. Madrid: Ed. Libertarias/Prodhufi, 1997.

(3) El escritor palestino Yabra Ibrahim Yabra, nacido en Belén en 1920, relata magistralmente la emigración palestina hacia los Estados Unidos, América Central, Brasil, Chile y Argentina a finales del siglo XIX en *El Primer Pozo*. España: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1998.

(4) Ziyad Clot, *Il n'y aura pas d'État palestinien, journal d'un négociateur en Palestine* (No habrá Estado palestino, diario de un negociador en Palestina). Max Milo Éditions, 2010. En su nota

62 a pie de página, el autor habla de trescientas mil personas.

(5) Las cifras citadas por la prensa nacional e internacional y los diversos informes, como lo señala Cecilia Baeza en “Les Palestiniens du Chili, de la conscience diasporique à la mobilisation transnationale”. Estas cifras fueron citadas también por Jorge Sahd, director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad Católica de Chile, durante la Conferencia “The economic contribution of Arab immigration in Latin America: past, present and future”, realizada en el Centro

Cultural Al Hussein de Ammán, Jordania, el 2 de octubre de 2018. Según Sahd, en América Latina habría más de veinte millones de árabes (algunas fuentes hablan de entre veinticinco y veintiocho millones).

(6) Adrien Pécout, "L'effet papillon du conflit israélo-palestinien sur un maillot chilien" (El efecto mariposa del conflicto árabe-israelí sobre una camiseta chilena), *Le Monde*, 10 de enero de 2014.

(7) Cecilia Baeza, "Multiculturalisme et construction identitaire au Chili (1990-2011)" (Multiculturalismo y construcción identitaria en Chile (1990-2011)), *Critique Internationale*, núm. 54, Presses de Sciences Po, enero-marzo de 2014. Los que llegaron a Chile a inicio del siglo XX fueron identificados como "palestinos".

(8) Ver la obra en dos volúmenes del escritor jordano Yacoub Awdat, conocido también bajo su seudónimo Al Badawi Al Mulaththam (El Beduino Velado), *Al anatiqoon bil dad fi America el jenoubieh* (Áraboparlantes en América del Norte y del Sur), publicada en árabe (Jerusalén, Al Mathba'ah Al Tijariyah, 1946 y 1956) sobre la emigración de Beit Jala, Beit Sahur y Belén hacia América del Sur, y de Ramallah hacia América del Norte a comienzos del siglo XX.

(9) En marzo de 1930, una comisión de investigación británica dirigida por Walter Shaw entregó el informe Shaw sobre las revueltas en Palestina de agosto de 1929. Este documento tuvo como consecuencia que se llevara a cabo la encuesta de Hope Simson en mayo de 1930, cuyas conclusiones incluían que la causa fundamental de los motines fue el miedo a la inmigración de los judíos europeos y a su interés en la compra de tierras. El Libro Blanco de Passfield, que llamaba a limitar la inmigración judía en Palestina, trata sobre estos puntos.

(10) Detalle importante: Chile se abstuvo de votar a favor o en contra de la Resolución en 1947 sobre la partición de Palestina.

(11) Ilan Pappé, *La limpieza étnica de Palestina*. Madrid: Crítica, 2008. Según el autor, inmediatamente después de la adopción de la resolución 181 por la ONU, los dirigentes árabes declararon que iban a enviar tropas para defender Palestina. Sin embargo, entre noviembre de 1947 y mayo de 1948, ni Ben Gurión ni ninguno de los principales protagonistas del sionismo sintieron que su futuro Estado corriera peligro, o que las operaciones militares frenarían la expulsión de los palestinos.

(12) Ilan Pappé, *ibid.*, p. 175. El autor explica que los emisarios de la ONU al menos advirtieron que la situación iba de mal en peor y que intentaron presionar para que se reevaluara la política de partición; sin embargo, más allá de observar e informar sobre los comienzos de la limpieza étnica, no tomaron ninguna medida. La ONU tenía un acceso limitado al país debido a que las autoridades británicas se negaron a permitir que un equipo completo de la organización estuviera

presente sobre el terreno, lo que suponía pasar por alto la parte de la Resolución de Partición que exigía la presencia en Palestina de un comité de Naciones Unidas. Gran Bretaña permitió que la limpieza étnica tuviera lugar, frente a los ojos de sus soldados y funcionarios, durante el período del mandato (...) y obstaculizó los esfuerzos de la ONU por intervenir, algo que quizás habría salvado a muchísimos palestinos.

(13) Salim Tamari en su ensayo *Jérusalem 1948. The Arab Neighbourhoods and their Fate in the War* (Jerusalén 1948. El papel de los países árabes vecinos en la guerra). Jerusalén: The Institute of Jerusalem Studies and Badil Resource Center, 2002. El autor explica de qué modo el llamado "urbicidio de Palestina" también afectará a Jerusalén.

(14) Si bien situado en territorio palestino, Beit Jala perdió dos tercios de su superficie como consecuencia de la construcción de colonias israelíes ilegales tales como Gilo, Har Gilo y Givat Hamatos en sus tierras.

(15) Avi Shlaim, "The Debate about 1948" (El debate acerca de 1948), en *International Journal of Middle East Studies*, vol. 27, núm. 3, agosto de 1995. El autor cita la novela tragicómica de Emile Habibi, *The Secret Life of Saeed: The Pessoptimist* (Las Aventuras extraordinarias de Sa'id el Pesoptimista). Gallimard, 1987: "Los conquistadores, hijo mío, solo consideran la historia que ellos mismos fabricaron".

(16) David Ben Gurión en sus *Memorias*, el 18 de julio de 1948, citado por Michael Bar Zohar. *Ben-Gurion: the Armed Prophet* (Ben Gurión: el profeta armado). Prentice-Hall, 1967, p. 157.

(17) Stéphanie Latte-Abdallah, "Regards, visibilité historique et politique des images sur les réfugiés palestiniens depuis 1948" (Miradas, visibilidad histórica y política de las imágenes sobre los refugiados palestinos desde 1948), en revista *Le Mouvement social*, núms. 219-220, pp. 65-91, éditions de l'Atelier, 2007. Según la autora, entre 1948 y 1950, la Cruz Roja (es decir, el Comité Internacional y la Liga de las sociedades internacionales de la Cruz Roja) y los Quakers trabajaron bajo el mandato de Naciones Unidas en Cisjordania y en la Franja de Gaza, y en los países vecinos donde se encuentran la mayoría de los exiliados. Desde entonces será la UNRWA la que suministre la asistencia y los servicios humanitarios. El artículo subraya la negación de la identidad social de los refugiados y la nueva vida que las organizaciones crean para ellos en los campos, entendiendo que estos debían reemplazar a sus pueblos y ciudades para, progresivamente, convertirse en su nuevo hogar.

(18) Ver el artículo de Jean-Pierre Filiu, "L'assassinat par Israël du médiateur de l'ONU en Palestine" (El asesinato por parte de Israel del mediador de la ONU en Palestina), publicado en el blog *Le Monde*, el 14 de octubre de 2018. El autor describe el asesinato de Folke Bernadotte, mediador de la

ONU para Palestina, por el comando de Lehi el 17 de septiembre de 1948. Este crimen puso fin a la perspectiva de paz. Itshaq Shamir, quien posteriormente sería primer ministro de Israel entre 1983-1984 y 1986-1992, era quien encabezaba el Lehi por aquel entonces.

(19) La admisión de Israel en las Naciones Unidas estaba asociada, en principio, a la aplicación de la Resolución 194 (III), de la cual el párrafo 11 asegura el retorno de los refugiados o que estos recibieran compensaciones.

(20) Justin McCarthy, *Population of Palestine: Population History and Statistics of the Late Ottoman Period and the Mandate* (Población palestina: historia de la población y estadísticas de los períodos otomano y del mandato británico). Columbia University Press, 1990. A fines del siglo XIX, los palestinos cuentan con 403 795 musulmanes, 43 659 cristianos y 15 011 judíos otomanos. Mientras que en 1914, son 601 377; 81 012 y 38 754, respectivamente.

(21) Según el artículo de Olivier de Trogoff "La diaspora chrétienne de Palestine dans le monde" (La diáspora cristiana de Palestina en el mundo), *Les clés du Moyen Orient*, del 29 de septiembre de 2014, los palestinos que emigraron desde fines del siglo XIX eran en su mayoría cristianos. Los primeros se marcharon luego del refuerzo de la presencia francesa e inglesa en el Imperio otomano —sobre todo en el Líbano y Palestina— a mediados del siglo XIX. Con su apoyo a los disidentes de los otomanos, estos pensaban provocar la emancipación de los cristianos. Pero la estrategia no anticipó la importante emigración de los jóvenes cristianos del Imperio otomano para rehuir el servicio militar.

(22) Denys Cuche, "Un siècle d'immigration palestinienne au Pérou. La construction d'une ethnicité spécifique" (Un siglo de inmigración palestina en Perú. La construcción de una etnicidad específica), *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 17, p. 88, 2001. El autor explica que la primera ola de emigración de araboparlantes originarios de Oriente Medio (principalmente de Palestina y del Líbano) hacia América del Sur tuvo lugar entre 1860 y 1914. Varias decenas de miles de individuos —casi exclusivamente cristianos ortodoxos que representaban el 10 por ciento de la población— abandonaron Palestina.

(23) Según Falestin Naili, "Chronique d'une mort annoncée? La municipalité ottomane de Jérusalem dans la tourmente de la Première Guerre mondiale" (¿Crónica de una muerte anunciada? La municipalidad otomana de Jerusalén en la tormenta de la Primera Guerra Mundial), *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, vol. 141, pp. 171-190, junio 2017, los cristianos y los judíos podían ser eximidos del servicio militar pagando un impuesto específico, pero el costo de este impuesto era tan elevado que pocos podían cancelarlo.

(24) En 1099, los cruzados instalaron un clero en Beit Jala, que fue expulsado posteriormente

por Saladino en 1187. Más tarde, a partir de la conquista otomana en 1516, Beit Jala se volverá próspera hasta el siglo XVII, que trae la decadencia del Imperio, el que impone cada vez más impuestos y la obligatoriedad del servicio militar a niños cristianos.

(25) Ver el artículo de Nicole Saffie y Lorenzo Agar, "A Century of Palestinian Immigration to Chile: A successful integration" (Un siglo de inmigración palestina a Chile. Una integración exitosa), *Latin Americans with Palestinian Roots*. Belén: V. Raheb éd. Latin Patriarchate, 2012, que describe cómo son percibidos los primeros migrantes: austeros, respetuosos de la moral y de las leyes, y trabajadores. Ortodoxos al principio (72 por ciento son ortodoxos y 28 por ciento, católicos), la mayoría hoy es católica (69 por ciento católicos y 14 por ciento ortodoxos a inicios de los años dos mil).

(26) Ver el artículo de Cecilia Baeza, "Multiculturalisme et construction identitaire au Chili (1990-2011)" ("Multiculturalismo y construcción identitaria en Chile (1990-2011)"), *Critique Internationale* núm. 54, Presses de Sciences Po, enero-marzo de 2014. La autora nos menciona los tres pioneros que justificarían el mito fundador de los palestinos en Chile: Jorge Hirmas, Jorge Chahuán y Jorge Manzur. Llamados "los tres Jorge", su éxito se divulgó ampliamente en Palestina, favoreciendo, en consecuencia, nuevas migraciones. La autora también señala la xenofobia

y la discriminación de las cuales los árabes son víctimas en Chile a inicios del siglo XX, y que son relatadas por Miguel Littin en *El viajero de las Cuatro Estaciones*. Barcelona: Seix Barral, 2000.

(27) *Paisanos* significa "compatriotas".

(28) Según la presentación de Jorge Sahd, mencionado en nota 5, el comercio ambulante permitió a los palestinos tener un rápido retorno de inversión. A partir de 1920, se iniciaron en la industria textil, y en 1930, en servicios financieros, seguros, y en la financiación de infraestructuras en Chile. Tras unas cuatro generaciones, los chilenos de origen palestino dejaron de ser pobres. En la actualidad muchos forman parte de la élite económica y financiera chilena.

(29) Patronato es un barrio de Santiago de Chile. Conocido como "el barrio árabe" por la presencia de la totalidad de los talleres de costura palestinos, posteriormente serían reemplazados por la presencia de chinos y coreanos. Aún hoy en día Patronato es el barrio de la industria textil.

(30) Cecilia Baeza, "Multiculturalisme et construction identitaire au Chili (1990-2011)" (Multiculturalismo y construcción identitaria en Chile (1990-2011)), *Critique Internationale*, núm. 54, Presses de Sciences Po, enero-marzo de 2014, pp. 67-68. La autora describe la relación ambigua que el régimen de Pinochet mantiene en las décadas setenta-ochenta con la comunidad

palestina y con Israel: en 1974 Pinochet vota en contra de entregarle a la OLP el estatuto de observador, en 1975 se abstiene a propósito de la Resolución 3379 que asimila el antisionismo a una forma de racismo, y al mismo tiempo, Chile le va a comprar armas a Israel cuando dobla sus gastos militares entre 1977 y 1980.

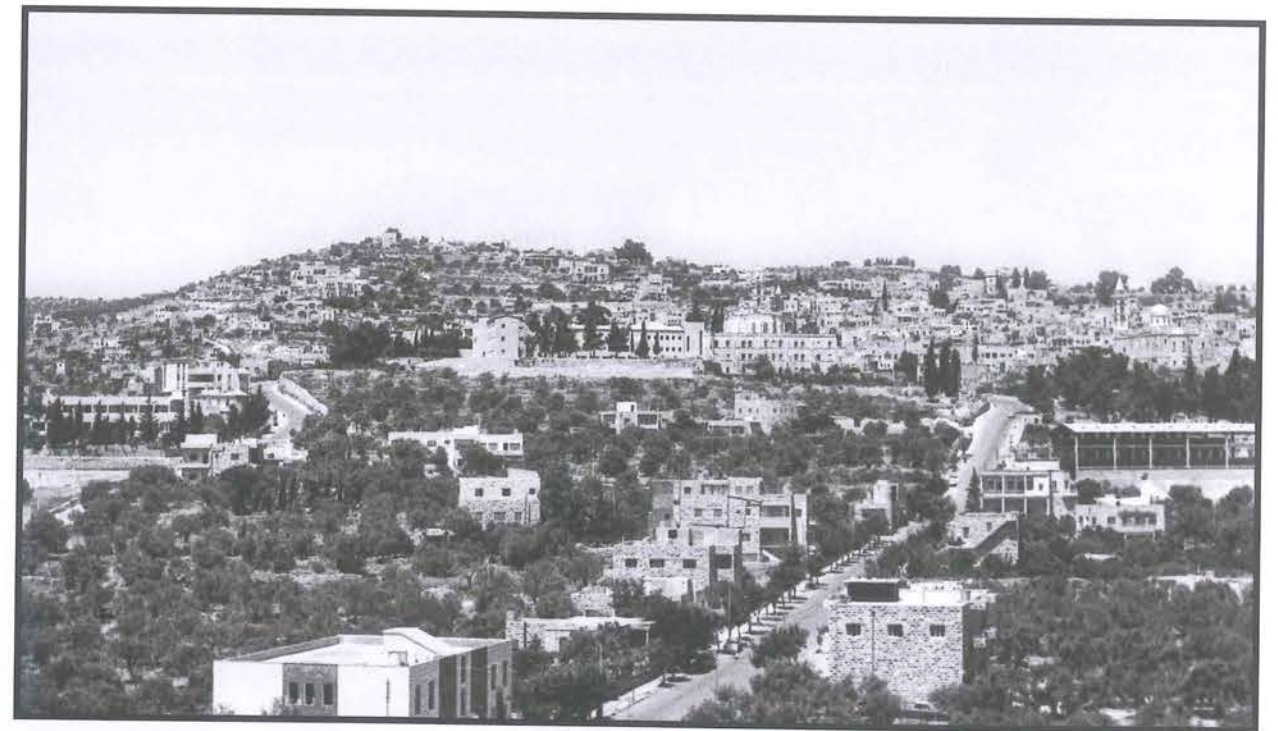
En lo que concierne a las organizaciones palestinas de Chile, sus miembros están claramente divididos a propósito de Pinochet.

(31) Farouk Mardam-Bey y Elias Sanbar, *Le Droit au retour. Le problème des réfugiés palestiniens* (El Derecho de regreso. El problema de los refugiados palestinos). París: Actes Sud, 2002.

(32) Lorenzo Agar y Nicole Saffie, "Chilenos de origen árabe: la fuerza de las raíces", *Revista Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, vol. 54, 2005. Universidad de Granada, España.

(33) Cecilia Baeza, "Multiculturalisme et construction identitaire au Chili (1990-2011)" (Multiculturalismo y construcción identitaria en Chile (1990-2011)), *Critique Internationale*, núm. 54, Presses de Sciences Po, enero-marzo de 2014, p. 76-78, sobre la marginalización de los "Palestinos del exterior" en el momento de las negociaciones y de la firma de los acuerdos de Oslo, y las consecuencias que tuvo la posición de la "Central palestina" hacia los "palestinos del exterior" sobre la desmovilización de los palestinos de Chile.

Beit Jala, en los años cincuenta





Fotografías de Jerusalén

Entre luz
y sombra





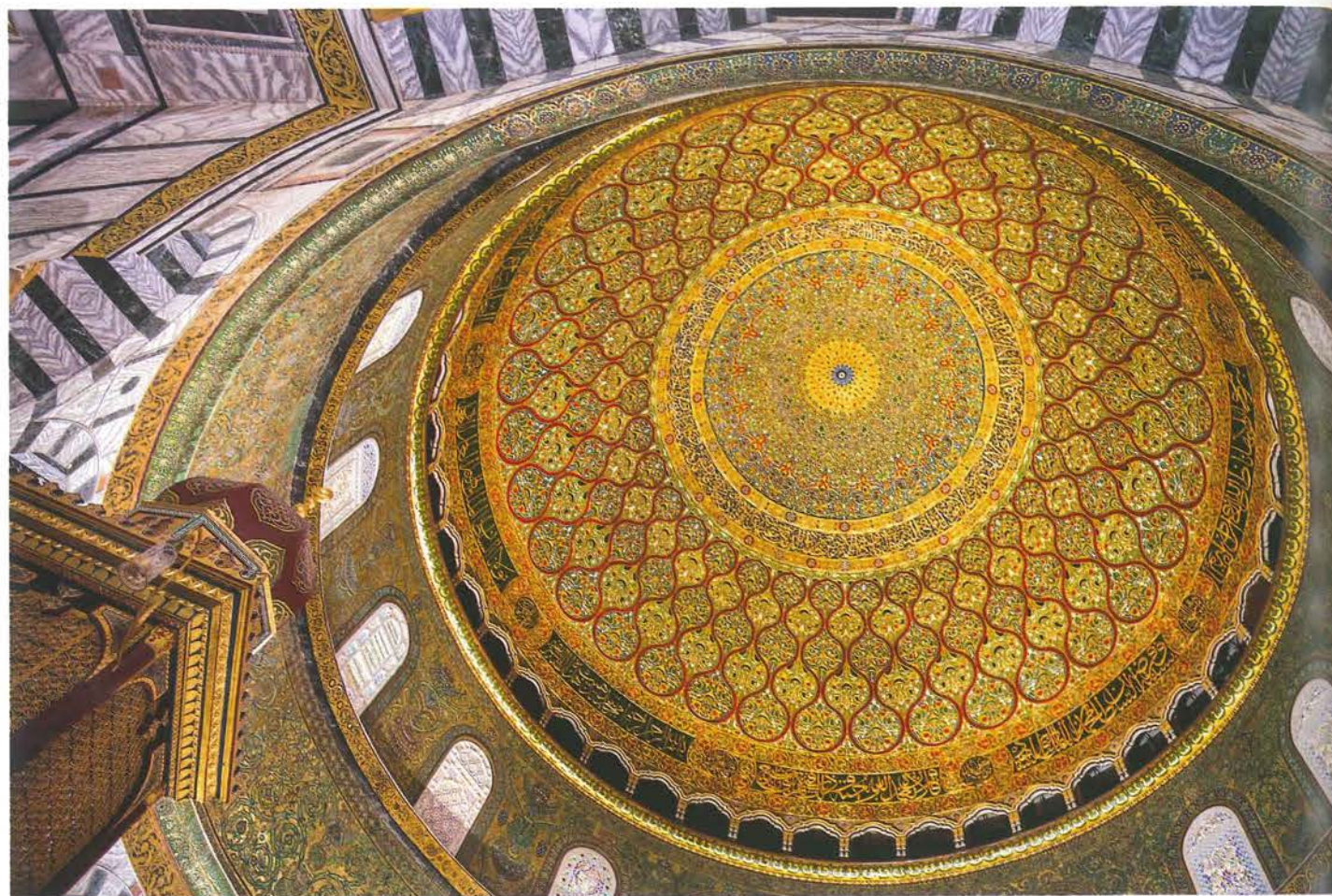
Cúpula de la Roca



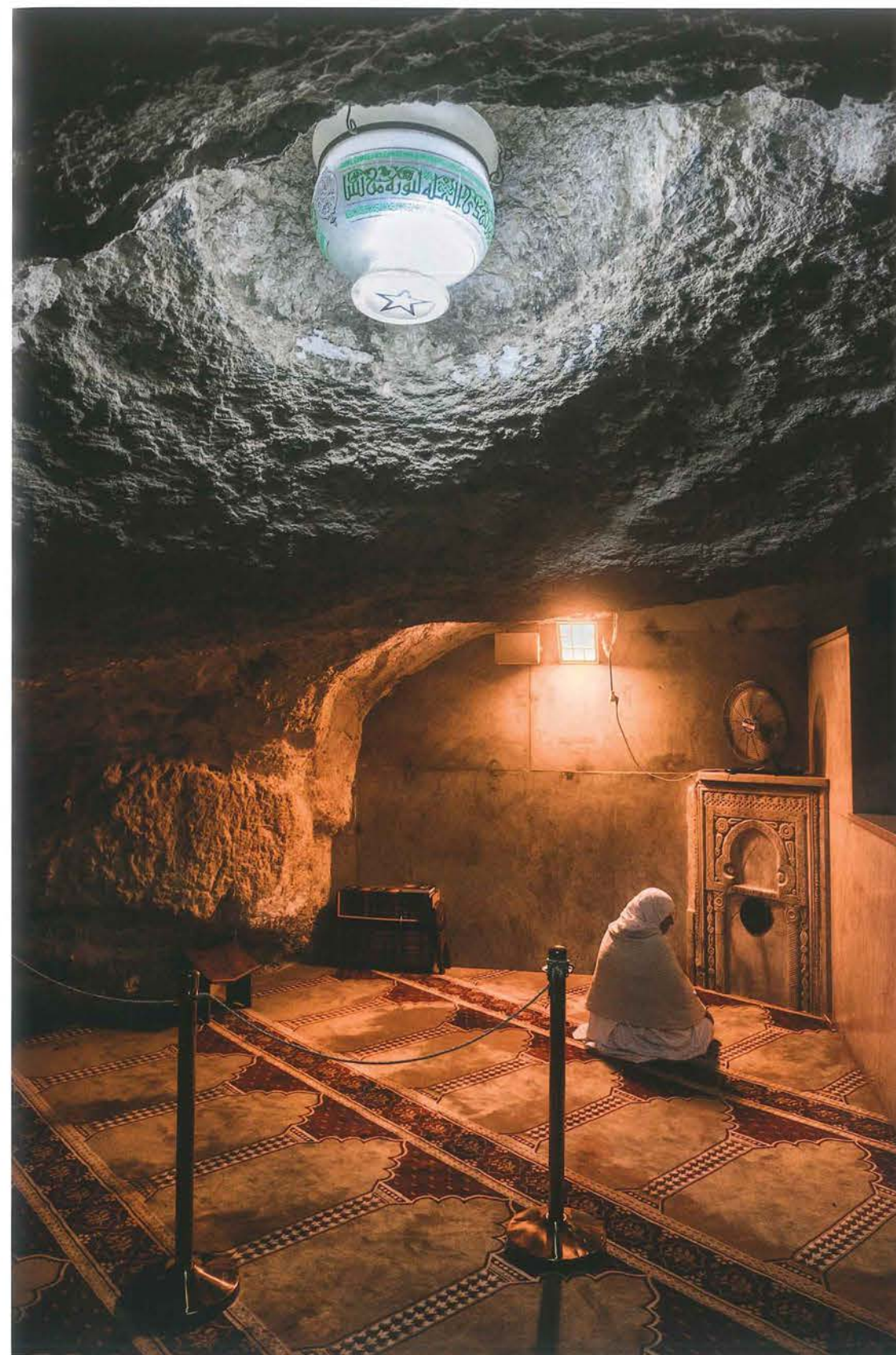
Invocaciones del grupo Diwan Sufi



Bendiciones instantáneas por teléfono para los que no pueden ir a visitar Jerusalén

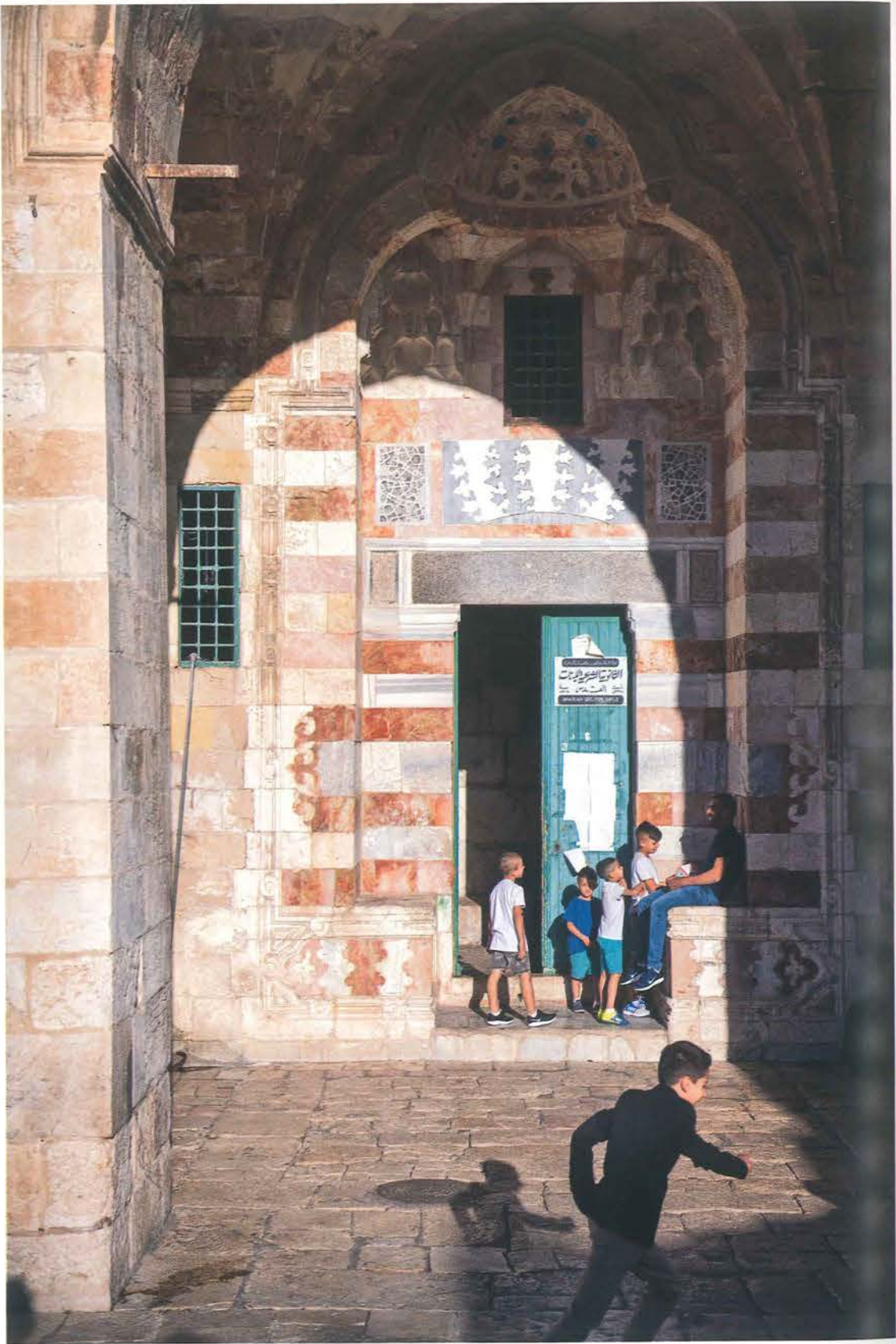


Espejo cósmico



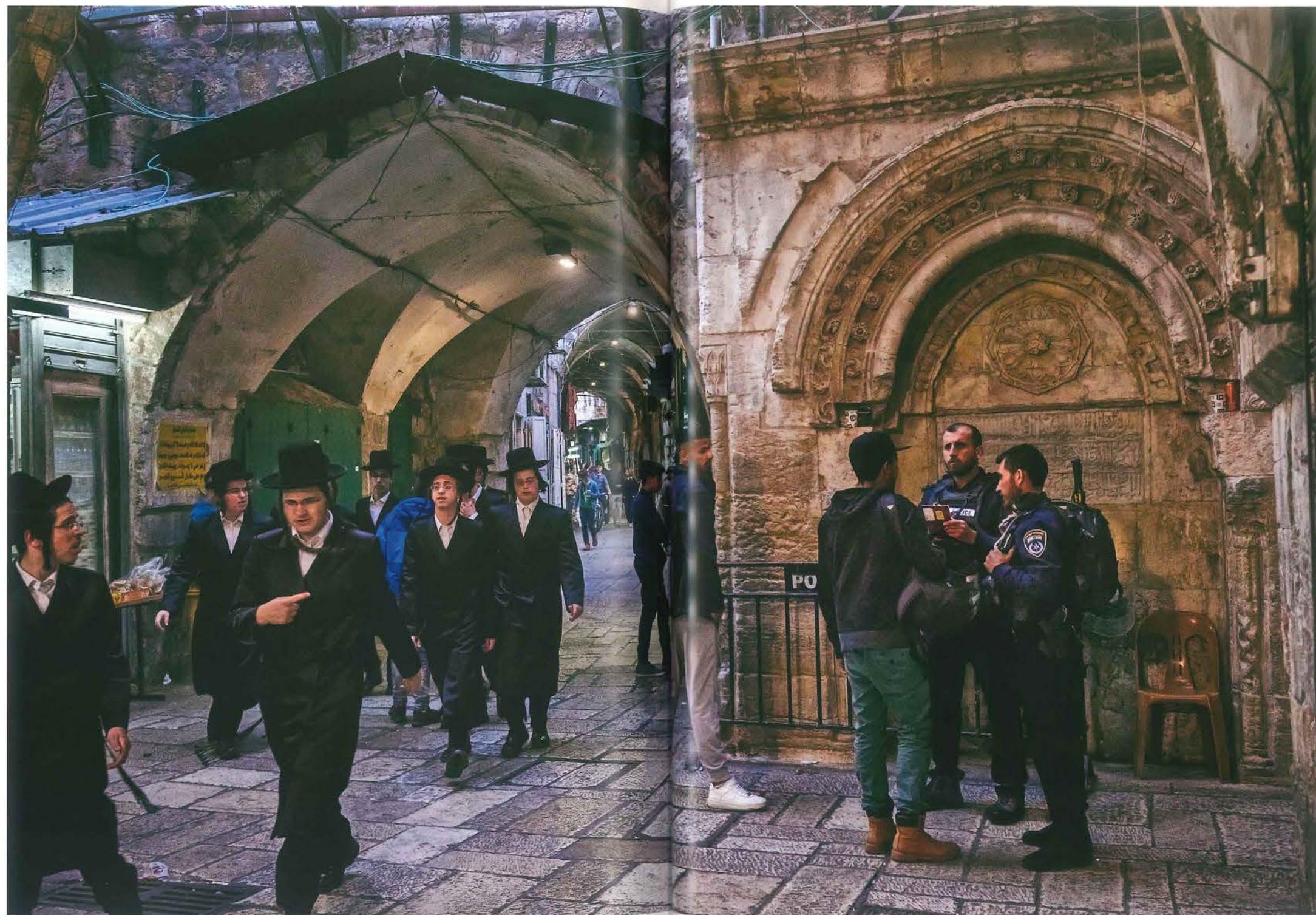
El pozo de las almas

Arquitectura
mameluca



Complicidad
entre
generaciones

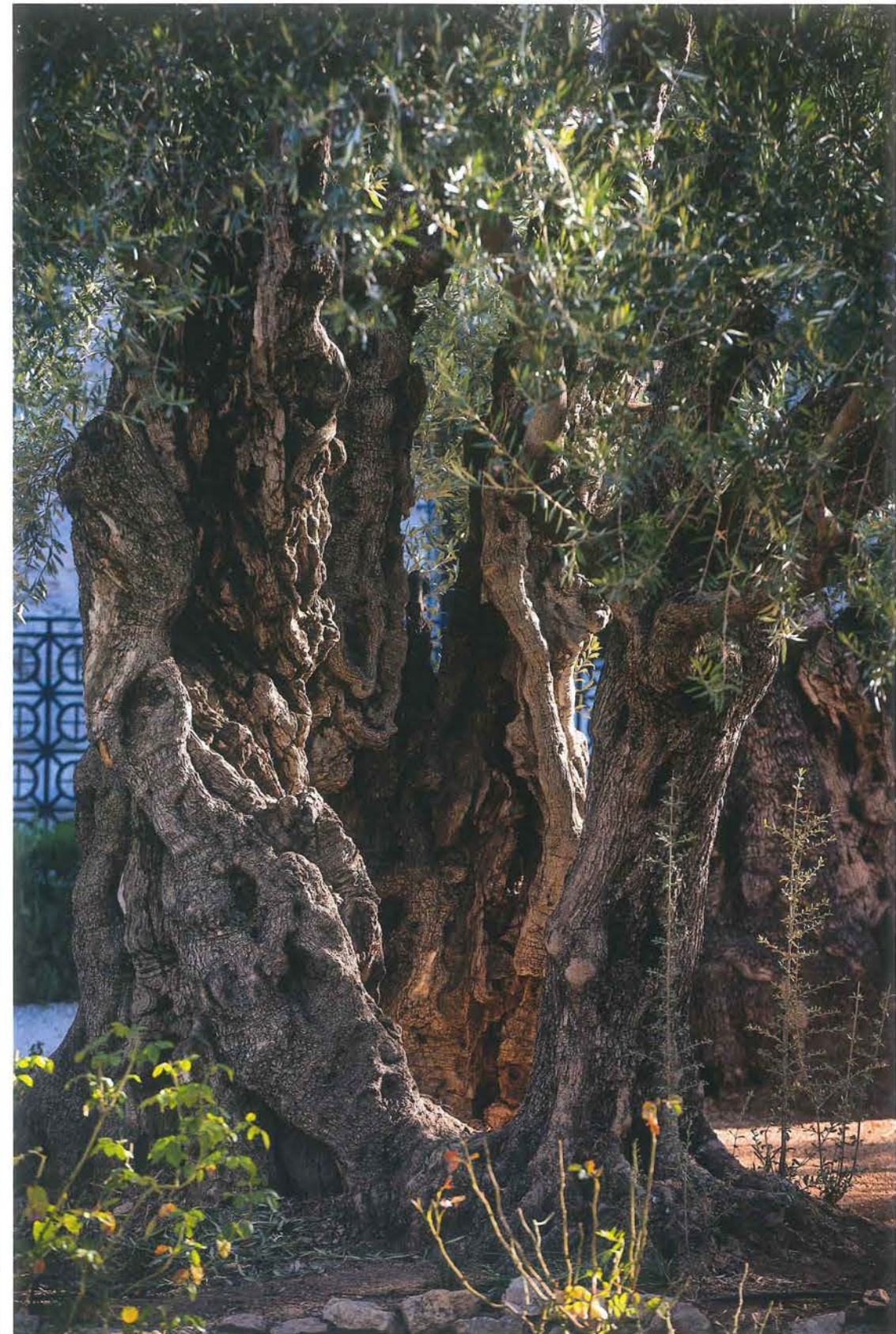
En el cruce



Peregrino de Etiopía



Olivo milenario





Puerta de Damasco

Fumando narguilé
y jugando dominó



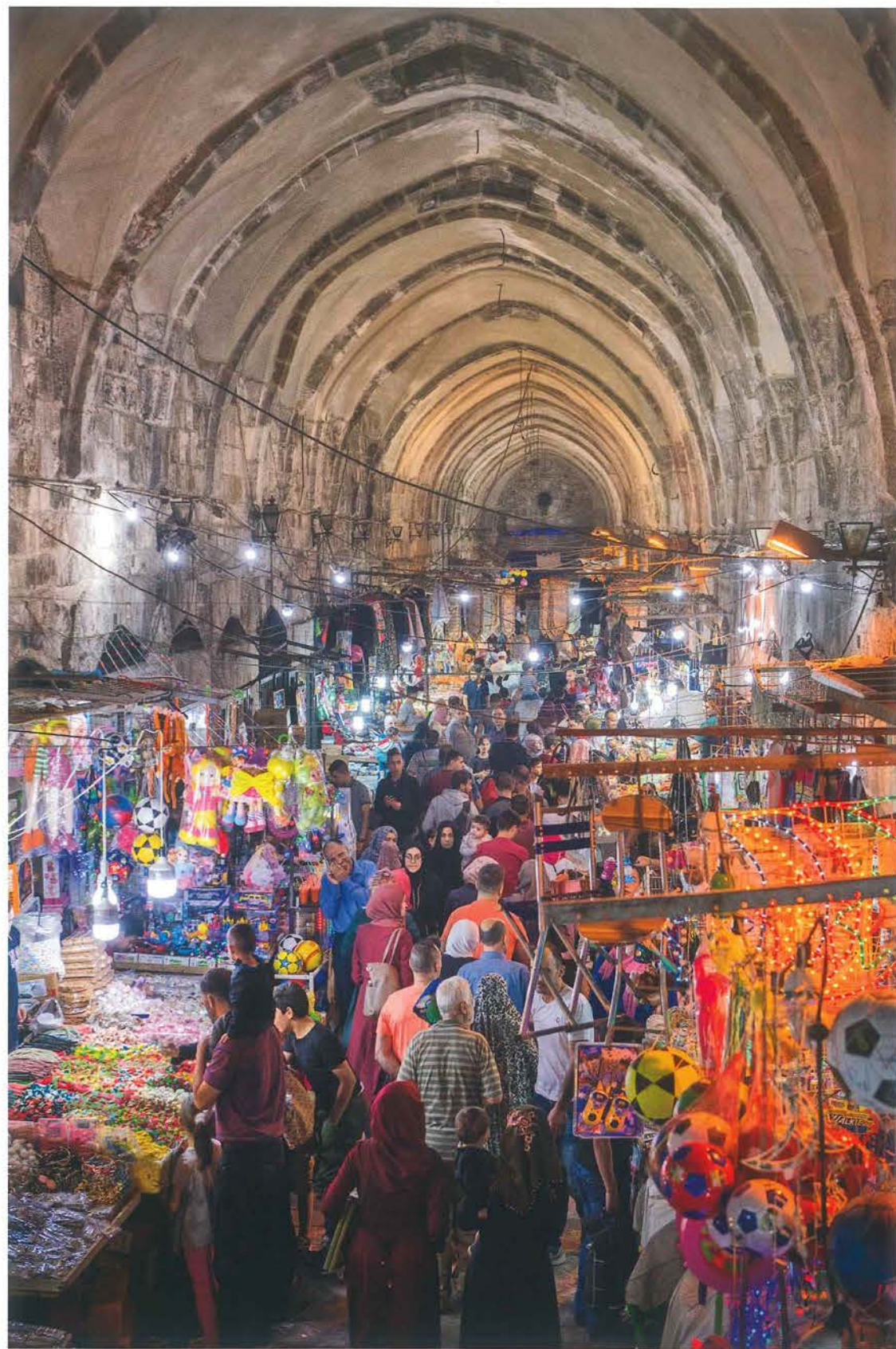
Conversación



Ka'ak, pan de sésamo, especialidad de Jerusalén



Calle Al Wad en la Ciudad Vieja



El mercado del algodón

La casa
de un Hadj



Libertad
sobre los
techos



Victoria



Espacio para
el juego



Orgullo palestino

Curso de música en
el Conservatorio Edward Said



Restauración
de la Memoria



Ruinas de 1948



Lifta

Manifestación frente a la
embajada de Estados Unidos



Represión

El muro de las lágrimas





El árbol aislado



Amistad eterna

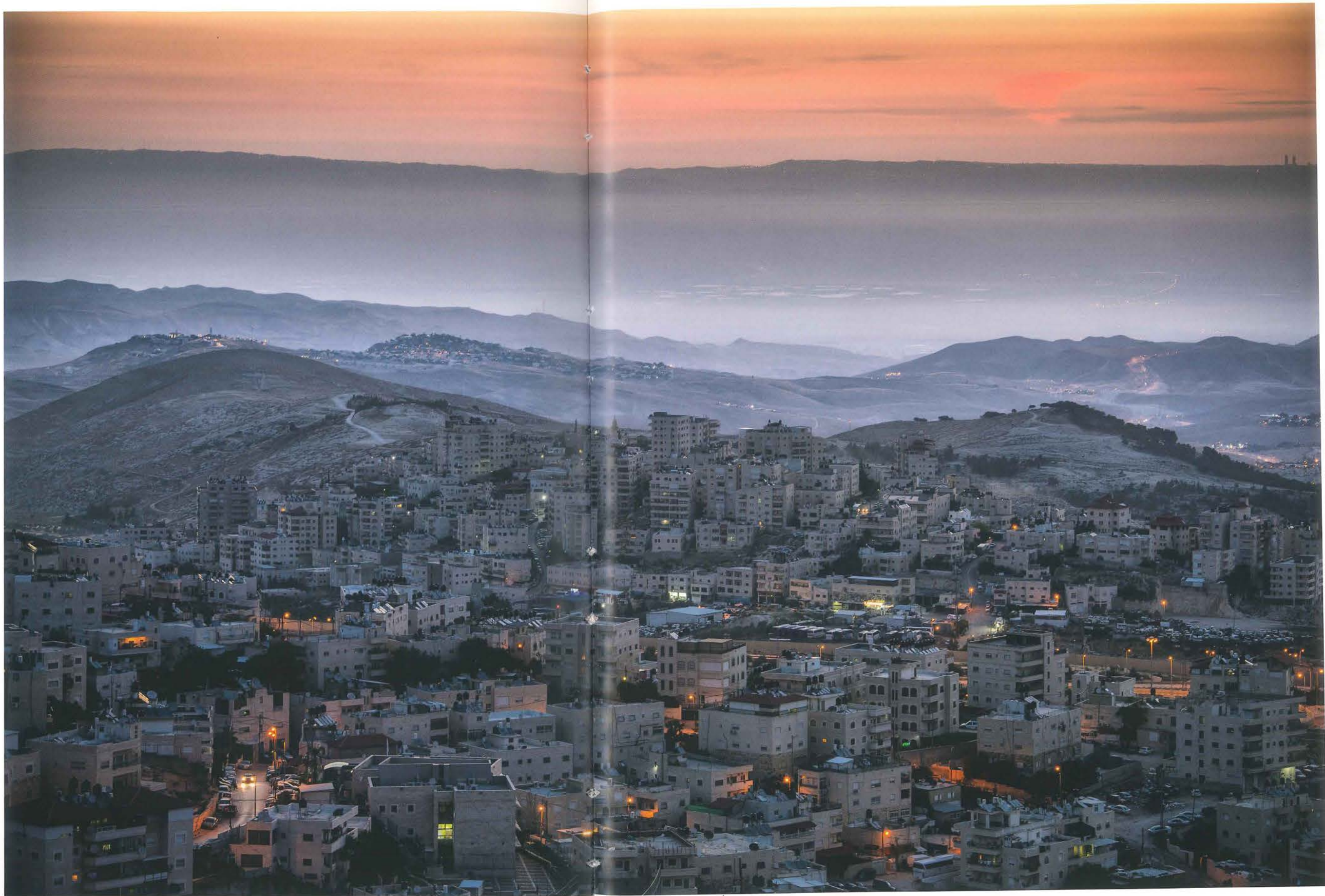


Iluminando
la noche

El alba



El valle del río
Jordán desde el
Monte de los Olivos



Mirando hacia
el futuro



